PIETRO UBALDI

LAS NOURES

TRADUCCION DEL ITALIANO:
NESTOR IVÁN GUERRA BOSCÁN

ÍNDICE

I. PREMISAS……..……..……..……...4
II. EL FENOMENO……..……..15
III. EL SUJETO……...41
IV. LOS GRANDES INSPIRADOS……50
V. TECNICA DE LAS NOURES……..89
VI. CONCLUSIONES……..……..118
INFORME DEL JURADO……..126
PIETRO UBALDI Y SU OBRA……..138

INSTITUTO PIETRO UBALDI DE VENEZUELA

www.ubaldi.org.ve
info@ubaldi.org.ve

I

PREMISAS

Cada siglo tiene una propia característica dominante; se especializa en una creación particular que parece la razón de ser de ese tiempo, y el producto de esa creación es lo que sobrevive, transmitido a los siglos futuros. El nuestro es el siglo de los nervios. Hasta pareciera que nuestros padres no los poseían; por lo menos así se nos aparecen en su vida sin agitación, en su calma que nosotros ya no conocemos ni siquiera cuando reposamos, tanto que muchas veces nos creemos enfermos, siendo posible, entonces, que todo el mundo lo esté. Nervios que no son únicamente irritabilidad, inquietud, insaciabilidad que, por suerte, no tienen sólo el lado visto por la ciencia, es decir, lo pseudopatológico de la neurosis, sino que poseen un lado todavía no comprendido, el aspecto evolutivo de una nueva creación biológica: el psiquismo.

En este nuestro tiempo moderno, el tipo humano está desplazando su funcionalidad desde el campo muscular, hacia el campo nervioso y psíquico. Ya en otra parte he desarrollado este tema, pero he tenido que reanudarlo aquí, porque si bien es cierto que representa el terreno sobre el cual se apoya nuestra vida, se agita nuestra lucha, se realiza nuestra conquista, es así mismo, el marco en que se encuadra y se justifica el problema presente en esta obra de ultrafania[(1)]. No se trata, por tanto, de un fenómeno casual, sino momento substancial y lógicamente situado en el desarrollo de la evolución biológica y de las ascensiones espirituales humanas. En el caso específico de la mediumnidad, no podía dejar de descender la repercusión de ese caso general, que es dado por el momento de acelerado transformismo que atraviesa hoy sobre nuestro planeta la evolución biológica, en su más elevada fase humana; evolución que se esfuerza febrilmente alrededor de su más excelsa creación.

Y la mediumnidad se ha modificado con el modificarse de todas las cosas; debió ante todo modificarse como la más evidente manifestación del alma humana. La mediumnidad que se presentó sobre la escena del mundo actual, a través de la observación científica en forma de mediumnidad física, de efectos materiales, con

---

[(1)] Ultrafania: de ultra, (latín), significa “más allá”, y fania (griego), que significa “luz”. Ultrafania: luz del más allá, del plano espiritual superior, producida por las noures (corrientes de pensamiento). Es la designación, en uso en Italia, de la mediumnidad más elevada, de efectos psíquicos superiores, como el mismo autor, líneas adelante, esclarece. (N. del T.)

características musculares, como era la manifestación del espíritu humano que prevalecía en las grandes masas hasta nuestro siglo, se ha convertido, hoy, en ultrafania, vale decir, en una superior, evolutivamente más adelantada mediumnidad de efectos psíquicos. Pues, ya que todo evoluciona y, esto, nunca se ha realizado tan vertiginosamente como hoy, la mediumnidad, a su vez, debía tener su ascensión. De cómo esto es cierto, también, por íntima y profunda experiencia, lo diré más adelante.

De este modo la mediumnidad ha progresado hoy, en muchos casos, desde la forma física de manifestaciones materiales, hasta la forma psíquica de manifestaciones intelectuales. Tanto que la primera forma queda, ante nuestros ojos – hoy más experimentados, más acostumbrados a penetrar en el misterio – como algo cada vez menos asombroso y menos probatorio. Cada vez más desaparece la manía de lo maravilloso; nuestra cada vez mayor sensibilidad analítica tiene cada vez menos necesidad de la sacudida que proporciona lo prodigioso; nos conmueve cada vez menos el espectáculo de las levitaciones, los aportes, las manifestaciones acústicas, visuales, táctiles. Mientras todo esto se deja a la experimentación científica – que, por otra parte, desde hace decenios no hace más que revolverse en el mismo círculo, del cual, parece, no sabe salir ni para arribar a una conclusión, ni para progresar – la mente humana pide un nutriente más substancial, un contacto más superior; un alimento conceptual que la nutra directamente. Y henos aquí en plena ultrafania.

No es posible entrar aquí, en los casos particulares y señalar a todos los estudiosos, experimentadores y sensitivos que trabajan en esta área, especialmente en Italia, en la que algunos intelectuales amplían los horizontes de la ultrafania. Tanto así que los términos ultrafania y biosofía se difunden, tornándose una psicología de uso común, vistos como fenómenos geniales, de creación artística, relámpagos intuitivos, los cuales alcanzan las profundidades del psiquismo en evolución. Cada uno percibe tales fenómenos, los siente y los define en sí mismo. Se sorprende cuando aflora en su interior ese estado intuitivo e inspirativo que, si alguna vez fue fenómeno limitado a un grupo aislado de pocos elegidos, hoy tiende a generalizarse. Cada uno siente, más o menos distintamente, en medio de la desordenada explosión de una nueva sensibilidad nerviosa y espiritual, entre ataques de nerviosidad e irritabilidad, malamente definidos patológicos y que en cambio, no son más que un nuevo modo de sentir que ya no tolera las viejas formas de vida e impone las nuevas, cada uno siente revelarse en sí el fenómeno – que es substancial, en medio de aquellas escorias y desviaciones – es decir, se revela una nueva capacidad de sentir el pensamiento, de percibir a distancia. Y todo esto ya no se pierde en lo fantástico, sino que aparece como la intuición, como el presentimiento de un estado real futuro, estado de un ser humano hipersensible, que transmite y registra corrientes de pensamiento, “noures”[1], y las transmite y las registra

---

[1] Noures: del griego “nous”, inteligencia, mente, espíritu y “reo”, fluir, manar, correr, por tanto: corrientes de pensamiento.

en relación con seres que parecen irreales porque son inmateriales, pero que sin embargo están vivos y presentes, porque saben dar manifestaciones de sí a nuestros más sensibilizados y perfeccionados medios perceptivos.

El tema que estoy por tratar, pues, si hoy es avanzado, mañana será de dominio científico y de interés actual, también para la gran mayoría que, hoy, apenas comienza a agitarse. Comienza, porque es innegable una vuelta al espíritu; y ello no es solamente retorno de reacción contra el materialismo, no es únicamente una repercusión de cansancio frente a una orientación que se ha demostrado impotente para llegar con sus métodos y medios a una conclusión, sino que es una retoma en pleno, como jamás ha habido en la historia, con las armas de una ciencia aguerrida de experiencias; es una revolución que sube tronando desde las profundidades del espíritu que quiere saber y resolver, para guiarse conscientemente en la vida. Y esta palabra "espíritu" es trasladada desde las iglesias y religiones, y sale a campo abierto en el gran mundo social y vibra en la política, en las instituciones, en las leyes, en las distintas modalidades de la fe y en la obras del mundo.

Paralelamente el fenómeno ultrafánico se afina y se potencializa. En este período postbélico que – aunque difícil de juzgar para quien se halla sumergido en su propio tiempo – indudablemente es grande en la Historia por una fiebre de creaciones universales que, no obstante la resistencia y las luchas, se apresta a echar las bases de una nueva civilización. En este período nuestro la ultrafania se remonta a manifestaciones de fuerza espiritual actuantes en colaboración con las fuerzas superiores que guían al mundo en su actual laboriosa ascensión. Parece que en este general trastorno que es fragmentación y restauración de pensamiento, también las "corrientes de pensamiento" circundantes en el ambiente humano, intervienen activas y operantes para guiar e iluminar. Es natural que un desplazamiento de fuerzas psíquicas excite otros desplazamientos, puesto que nada está aislado en el universo y los fenómenos de las fuerzas psíquicas responden a las mismas leyes de coordinación y de equilibrio a que responden también las leyes de la materia y de las fuerzas inferiores. Y la vida, que jamás se puede extinguir (esto sería un absurdo lógico y científico) es natural que se conmueva y se despierte también en sus formas inmateriales, si es sacudida por el eco de las vicisitudes humanas que, en esa inmaterialidad, se continúan y se completan.

Y entonces, a causa del converger de las fuerzas, es decir, del sensibilizarse de la conciencia humana que supera los últimos diafragmas y la atracción de altos centros de pensamiento que tienden hacia la Tierra por ley de equilibrio, de bondad y de misión, la ultrafania adquiere la potencia de gran inspiración, activa y consciente. El fenómeno medianímico se eleva pues aún más. Hemos dejado atrás la mediumnidad física. Hemos superado la mediumnidad de efectos intelectuales que se manifiestan en la inconsciencia del médium cuyo "Yo" es adormecido y momentáneamente eliminado.

Hablaré en este volumen de un tipo de mediumnidad intelectual aún más elevado, una mediumnidad inspirativa consciente, que opera en plena luz interior, en la que el sujeto receptor conoce la fuente, analiza sus pensamientos, se sintoniza con ella y a ésta se asimila buscándola por los caminos de la afinidad; mediumnidad activa, operante, fundida en el temperamento de un individuo, emanación normal de su personalidad; mediumnidad a tal punto límpida en su funcionamiento, en la conciencia dejada en su estado normal, que es posible a través de un examen introspectivo, llevado racionalmente, y con los criterios científicos del análisis y de la experimentación, reconstruir la técnica del fenómeno inspirativo basándose sobre hechos y estados vividos, recabados directamente de la observación.

Con esta ubicación realista del problema, la hipótesis y afirmación gratuita del origen del pensamiento, registrado en la mediumnidad inspirativa, por un subconsciente humano, viene automáticamente excluida, porque todos los hechos que ya he vivido en mí y objetivamente notado como observador imparcial, hablan en un sentido completamente distinto. La exclusión de esa hipótesis no merece, pues, el apoyo de una refutación explícita. Y todo el desarrollo de la técnica del fenómeno será seguido, precisamente refiriéndome a una fuente completamente distinta de la conciencia del médium receptor. El mundo del más allá aparecerá tan vivo a través de la descripción de mi sensación, que adquirirá los caracteres de una realidad científica. Así pues, amado lector, yo no estoy aquí para exponer sobre la base de disquisiciones teóricas, no me refiero a juicios o interpretaciones ajenas, ni me interesa un alarde de erudición. Toco el fenómeno con mis manos y refiero todo lo que me han dicho mis sensaciones y mi directa experiencia.

* * *

Salgo, fresco de impresiones, de una novísima experiencia. El 23 de Agosto de 1.935, a las 11 de la noche, terminé de escribir ***"La Gran Síntesis"***, en Colle Umberto, Perusa, en la torre de una casa de campo, en la misma pequeña mesa donde cuatro años antes, en la Navidad de 1.931, noche grande, había iniciado el primero de los mensajes de "Su Voz".

Cuatro años de superproducción intelectual, de intenso drama interior, de hipertensión psíquica, de sublimación espiritual, que emergió de la monotonía gris de la enseñanza, esfuerzo que me es impuesto para cumplir con el deber de todos, el de ganarse la vida con el propio trabajo. ¿Quién me sostuvo en la ardua tarea de una tan intensa producción? Una fe intensa, se había adueñado de mí, arrastrándome con una fiebre de altísima pasión. Este es el secreto de la afirmación de un escrito: haberlo, ante todo, vivido profunda e intensamente, de manera de hacerlo el espejo de un jirón de vida; haberlo, primero que nada, luchado y sufrido todo, concepto por concepto y ofrecerlo vibrante como es vibrante el alma, palpitante como lo fue el fenómeno interior que lo

generó. El lector siente, aunque sea inadvertidamente, esta sinceridad y goza de poder satisfacer el instinto humano, de sumergirse en la profundidad del misterio de otra alma. En estos escritos no he ofrecido el producto de estudios exteriores a mi personalidad y separables de ésta, mas he dado todo de mí mismo, como soy actualmente, en la fase de maduración que hoy en mi camino evolutivo he alcanzado. Y poniendo, aquí, al descubierto, las hondas vicisitudes de un alma, en substancia, relato la historia del espíritu humano, en la que el lector se halla, más o menos, a sí mismo y describo el eterno drama de las ascensiones humanas; anatomizo, reflejado en mi caso particular – pero concreto y vivido – el fenómeno cósmico que es de todos.

Si aquellos escritos tienen una historia propia exterior y visible, fácilmente hallable en la prensa y que aquí no es el caso de repetir, tienen toda otra historia interior que yo he vivido en el silencio y en el aislamiento: la historia de la maduración de mi espíritu, para que pudiera llegar a este momento – tal vez esperado y preparado desde milenios – de su más grande realización. Es útil conocer esta historia interior, como lo es conocer la otra exterior, para poder encuadrar el fenómeno de la recepción inspirativa y de las “Nóures” de que nos ocuparemos ahora; fenómeno complejo en el que intervienen elementos morales, espirituales y biológicos, cuya solución implica la de los más vastos problemas del universo; fenómeno que no puede, por tanto, aislarse de todos los factores y elementos concomitantes; no se le puede reducir, sin mutilarlo, a la estructura lineal de una simple hipótesis vibratoria, de transmisión y recepción de ondas; fenómeno concreto, inseparable por consiguiente, del hecho, tal como lo he vivido. Este es mi caso, del cual no puedo prescindir, porque si es particular (y de este particular ascenderemos, a través de los casos afines, al general) es real, es decir, pertenece, en gran parte, a la categoría de los fenómenos controlables con el método objetivo de la observación. A esta realidad objetiva creo, debo atenerme antes que nada.

Objetividad, frío análisis científico pero, al mismo tiempo, profundidad de introspección, para penetrar y resolver este misterio de lo supernormal que yo he vivido. Confesiones, son estas que debo hacer, porque permiten la comprensión de aquellos escritos, aclaran el fenómeno, pueden, por tanto, ser útiles a esta naciente ciencia del alma que yo siento y que es la ciencia del porvenir. Estudio impuesto por el deber, aunque pueda parecer autorreclamo; estudio difícil, porque lo supernormal fue mal comprendido por la ciencia, que lo quiere relegar a lo patológico, confundiéndolo con lo subnormal; estudio que es mal entendido por el público que, en el vórtice totalmente exterior de la vida moderna, ignora completamente, o casi, esta segunda vida del espíritu y ve mal o se desvía, por cuanto juzga desde un distinto e inferior plano de conciencia. Estudio difícil, no solamente porque ninguna ayuda puede llegarme del mundo humano, porque los conocimientos terrestres no saben proporcionarme una directiva en mi camino, ni decirme algo que pueda darme la solución de estos problemas, pero difícil sobre todo en sí, porque lo supernormal, aún en los momentos de excepción en que se revela más poderosamente, parece quisiera esconderse en los caminos del orden natural,

como si el esfuerzo de excepción, que supera lo común, fuera continuamente detenido, frenado y ocultado por la ley universal que quiere permanecer inmutable.

No pido nada a mis semejantes. Sé que nada tienen que darme. Estoy solo y solo me presenté ante los más grandes misterios, que los demás ni siquiera sospechan. He vivido de osadías, de postraciones, de luchas y de victorias que en el camino de mis semejantes – a quienes mi mirada ha penetrado de parte a parte – casi nunca encuentro. Estoy hecho de dolor; no acepto, no quiero, para mí, triunfos humanos, y esto, no por mérito mío sino porque, espontáneamente, el centro de mis pasiones, se halla lejos de las cosas terrenas. He amado, temblando y sufriendo solo frente al infinito, frente a una titánica sensación mía de Dios; he agarrado por la garganta, a las inferiores leyes biológicas de la animalidad, para estrangularlas y superarlas; he vivido mis afirmaciones – como realización biológica – antes de formularlas en palabras. Bajo las apariencias de una vida simple y pareja, he vivido las grandes tempestades del espíritu humano; desde hace tiempo, me he acostumbrado a mirar, sin temblar, en las vertiginosas profundidades del infinito. Es por esto que puedo emprender el estudio de este fenómeno inspirativo, sin profundos vestigios culturales preexistentes, sin preconceptos o referencias, con el alma sola y desnuda ante el fenómeno, libre e independiente de todo concepto humano, tranquilo y virgen de espíritu, como en la aurora de la vida. Sé, perfectamente, que el misterio científico está protegido por las fuerzas de la Ley, y, en otra parte he dicho ya el por qué. Pero yo estoy acostumbrado a violentar estas protecciones; diré mejor, me hallo en muy particulares condiciones, en una fase evolutiva de extrema sensibilización perceptiva, para ser capaz de sentir más allá del límite dado y no superable, por el método racional y objetivo de la ciencia moderna. Conozco este método; conozco la sofocante psicología de los así llamados intelectuales de profesión, de la cultura que repite eternamente el pasado, que comenta y analiza, que nada crea, que pesa, que mata al espíritu. Yo me hallo en las antípodas. Detesto el bagaje embarazante de las nociones y considero un delito desperdiciar las energías psíquicas, para guardar y conservar aquello que debe ser confiado a las bibliotecas. Yo soy libre, debo serlo, para poder elevarme más ligero, rápido, destilando la intelectualidad hacia un puro sentido de orientación; no hacia una mole aplastante de conocimientos, sino a un sentido que, como la vista, domina las cosas, posee todo el conocimiento humano.

Desde la Navidad de 1.931[(1)], hasta Agosto de 1.935[(2)], han transcurrido cuatro años en que, progresiva y metódicamente, han aflorado en mí, por lenta incubación, estados psíquicos profundos, hasta culminar en la maduración de mi personalidad eterna. Expondré,- porque es necesario para la comprensión del fenómeno inspirativo, como yo lo he vivido – los estados psíquicos anteriores a este período y que fueron la preparación

---

[(1)] Nacimiento del primero de los ***"Grandes Mensajes".***(N. del A.)

[(2)] Año de culminación del libro ***"La Gran Síntesis".*** Su primera edición fue realizada en fascículos por la revista **Alas del Pensamiento**, desde Enero de 1933 hasta Septiembre de 1937. (N. del A.)

de ellos; luego expondré la maduración en mí, en forma clara y activa, de una nueva psicología y la producción que se siguió, explicando cómo, sin preparación alguna volitiva y consciente, abandonándome a estados de ánimo, antes desconocidos para mí, haya yo desarrollado una labor intelectual que responde a un plan lógico de desenvolvimiento, en el que no se puede negar un concepto directivo, una proporción de partes y de medios, frente a una meta conocida y querida, fuera de mi conciencia ordinaria, desde su comienzo. Es científico ubicar el fenómeno en su ambiente. Es necesario hacer preceder esta parte descriptiva a la otra en la que yo me acercaré a la substancia del fenómeno, para explicar su esencia y su funcionamiento, hasta remontar a la comprensión del típico fenómeno inspirativo.

En aquella noche de Agosto se cerraba una fase de mi vida, puesto que la vida es, realmente, un camino y el alma, en las diarias vicisitudes, elabora su destino. La vida es un desplazamiento continuo del ser en el tiempo, pero no entendido, éste, como ritmo de movimientos astronómicos reducibles a años, días, etc.; esto no es más que la medida exterior del ritmo, convencional y cómoda. La substancia del tiempo es el transformismo fenoménico que, en el mundo humano, es evolución de la vida y del espíritu. Me doy cuenta que debe sonar extraña la expresión de esta psicología interior mía, en este nuestro mundo moderno, todo proyectado hacia lo exterior en que todas son tentativas de mirar, cada cual, en los demás y nunca en sí mismos. Hoy, ese mi tiempo está cumplido. Aquellos escritos han ido por el mundo.

En aquella noche de Agosto estaba solo. A lo lejos la familia rumoreaba en la noche, alrededor de la mesa de cenar. Mi hija me llamaba desde la terraza: “papá, ven a jugar”. Más lejos aún, el silencio inmenso del campo adormecido. El mundo no veía y no comprendía. Estaba solo. La idea tiene su ritmo de divulgación, tiene que vencer obstáculos psicológicos y prácticos, encauzarse por las vías de la prensa, superar como fuerza la inercia psíquica del ambiente, injertarse en las corrientes espirituales del mundo. Pero una vez estallada la chispa del pensamiento, la idea es una fuerza lanzada y, como el sonido y la luz, se va sola, tiende a expandirse en proporción a la potencia del centro genético, tiende a multiplicarse por resonancias infinitas en el corazón de los hombres. La ley de todas las cosas pulsa el ritmo también de este fenómeno que debe tener su tiempo.

Estaba solo aquella noche, frente al hecho cumplido, la obra[1] en que había volcado todo de mí mismo, lo más grande de mi mismo, como soy en lo eterno. Temblaba frente a una visión inmensa, ya por fin completa, frente a un pensamiento titánico, que en mí había latido por cuatro años – no notado desde el exterior – en una tempestad sobrehumana. Me regocijaba en la satisfacción completa de un profundo instinto biológico, preparado en mi eterna evolución, instinto inconsciente y absoluto, como el

---

[1] “*La Gran Síntesis*” (N. del A.)

de la madre que da la vida a su criatura. Sentía haber tocado, al fin, un ápice de mis ascensiones, de haber obedecido y triunfado a la vez, cumpliendo con mi misión y función de ciudadano del universo, inclinándome ante un mandato de la gran Ley de Dios. La flor, fecundada por una vida de dolor, había nacido; yo no había vivido, pues, y sufrido tanto en vano. Mi pesada vida había dado el fruto que la valoraba, mi pasión incomprendida había podido hacer explosión en la creación de una obra de bien. A mi corazón, que había invocado simpatía y comprensión – a lo que el mundo no había querido responder – había contestado una "Voz" proveniente del infinito, que me había asido de la mano guiándome por los caminos del misterio, ayudándome a ascender a nuevos planos de conciencia, me había dado la visión enceguecedora de la Divinidad, me había embriagado del canto de las grandes leyes de la vida, me había hecho sentir los principios de las cosas, me había aturdido en la sensación del choque de las fuerzas cósmicas, me había aniquilado en mi naturaleza humana y me había regenerado en una naturaleza superior, en una vida más elevada, donde lloraba, cantaba y amaba, en armonía con todas las criaturas hermanas. Me despertaba de un sueño maravilloso, potente y dulcísimo, de un éxtasis profundo, cuyo recuerdo no se borra, para volver a descender a la triste realidad humana. Luego, mi visión, había sido comprendida y sentida por otros. Pero yo la había vivido primero, en la forma del contacto más inmediato, por sensación directa, sin lectura y sin palabra, solo, con aquella "Voz", extraviado en una magnificencia única de belleza, en una potencia aplastadora de concepto, en un impulso arrastrador de pasión, arrobado en un supremo estado de sublimación de todo mi ser. Yo lo había vivido todo, ese escrito, como concepción y como drama, como sensación y como pasión, cada palabra, cada pensamiento había transformado una gota de mi sangre, me había arrancado un jirón de mi alma. En la noche, me miraba sorprendido de mí mismo, exánime en el cuerpo, vigorizado de eterna juventud en el espíritu; exultante y fatigado miraba a ese libro salido de mi pluma, no sé de qué fulgurante fuente, a través de mi alma arrobada, a ese libro escrito sin premeditación ni preparación, tan extrañamente predispuesto por el destino y me preguntaba si es que soñaba aún o estaba loco y qué significado podía tener en mi existencia y en la existencia del mundo, todas esas cosas maravillosas. Miraba la obra terminada, a la que me había lanzado locamente por un impulso más fuerte que yo, que había llevado a término sin saberlo y sin quererlo, porque un centro distinto al de mi conciencia normal lo había sabido y querido por mí. Aquella noche sentía trasfundida en mí la potencia de quien ha estrechado el universo en un monismo absoluto, de quien ha hallado el camino de las causas, en el dédalo de los efectos.

¿Tal vez la Esfinge que mata, al que revela el misterio, me había aniquilado? No, por cuanto yo había obedecido y sobre mí vigilaba el mandato de la Ley; yo no había violado sino respondido, secundado, sin ser rebelde, el equilibrio nuevo de los tiempos modernos. Esa noche, con la cabeza encendida, me hallaba en el paroxismo de mi fiesta de espíritu. Mi ser estaba todo sumergido en la onda y resonaba de las vibraciones de pensamiento que por tanto tiempo me habían alimentado. La vida transcurría, igual,

supremamente indiferente en su correr milenario, alrededor mío, obedeciendo a su propia ley eterna. Los grillos seguían cantando en los campos, las plantas dormían y resplandecían las estrellas; por los espacios los mismos silencios de las antiguas noches egipcias, en el corazón de los hombres las mismas pasiones prehistóricas. Sin embargo, algo extraordinario había acontecido; en mí, la evolución eterna exultaba, por la maduración de su fase más elevada y, desde las lejanías del universo, yo oía resonancias que respondían a esta secreta exaltación de mi ser, quien algo más se había acercado a la Ley de Dios y de la Ley de Dios, algo más se había realizado en mí.

El tiempo pasó. Mi alma, luego, logró calmarse y redescendí desde mi paraíso, al infierno de la psicología humana corriente. Aquel estado de hipertensión psíquica se calmó y yo volví a ser el hombre común y normal que se agita en la vida, enseña en la escuela en donde, la normalidad psíquica y nerviosa viene, seriamente, puesta a prueba, cada día. Sé muy bien que es lo que significa esta normalidad, que la ciencia quiere negar a los hipersensitivos de mi especie y sé muy bien utilizarla en mi defensa, allí donde ésta me es impuesta. ¡Sencillísimo! Es suficiente descender biológicamente a los instintos primordiales, reducirse psíquica y espiritualmente, manifestándose, en cambio, en las formas menos evolucionadas de vida física y pasional y entonces nos volvemos normales, comprendidos y admitidos entre los semejantes.

Escribo, ahora, pasado ya un año, de aquella noche de máxima tensión y del más intenso éxtasis y, vuelvo yo mismo al fenómeno con la mente fría del positivismo científico, con la psicología demoledora de la duda, con la inteligencia normal y objetiva de la mayoría de los lectores. Vuelvo normal; adopto la forma mental de mis semejantes. Vuelvo al fenómeno con la desconfianza con que la ciencia debe estar siempre armada, al parecer, para su propia garantía y seriedad. Desconfianza hacia mí mismo, natural en mí, ahora, que me muevo en el mundo sensorio e ilusorio de la normalidad, ahora que razono y controlo, pero absurda cuando navegaba, seguro en brazos de la inspiración. Y seré normal, vale decir, desconfiado e incierto, como quien avanza a tientas, por hipótesis – hasta que pueda – porque en cierto momento, si queremos resolver también este problema de las “Nóures”, tendré que abandonar aquellos métodos de ciegos y de sordos, para lanzarme al corazón del problema, con el método intuitivo. Coloco, ahora, mi alma, sobre la mesa anatómica de la ciencia – nuevo holocausto de mí mismo – para que el despiadado bisturí de la observación, sondee en su interior, no importa cuáles puedan ser las conclusiones. Otros, luego, se tomarán el trabajo, y mejor que yo, del análisis y de la responsabilidad de un juicio. Pero es mi deber, después de la compilación de los escritos, también esto, de relatar, describir lo que he sentido y vivido, sinceramente, aun cuando tuviera que equivocarme; hacerlo yo mismo, aun si este nuevo esfuerzo mío pueda parecer tuviera otros fines, porque sólo yo puedo saber y decir con exactitud muchas cosas que los otros no podrán jamás deducir sino a través de mis declaraciones. Pero el lector comprende lo absurdo del mentir para lograr mezquinos fines humanos, cuando mis palabras revelan hasta la evidencia, en qué mundo alejado

del humano me muevo; comprendo cómo es necesaria la sinceridad en mi trabajo, cómo es absurdo poner el infinito, en que he vivido, al servicio de lo finito, de las pequeñas finalidades humanas. Por lo tanto, no he sentido este nuevo escrito más que como un nuevo deber mío.

Me propongo, pues, suministrar los datos, lo más objetivos que se pueda, para el estudio del fenómeno de este mi particular tipo de mediumnidad y particular sistema de concebir y escribir, lo que será, por lo menos, un interesante ejemplo de casuística biopsíquica. La obra ahí está, hecho concreto, analizable como construcción de pensamiento y producto del fenómeno. Pero detrás de ese producto hay toda una transformación y maduración de mi personalidad, hay un inmenso mundo mío, cuya descripción se hace necesaria, para esclarecer, a la vez, la génesis y hacer comprender la íntima naturaleza del escrito, no por cierto accesible a primera vista, tanto más que generalmente será afrontado, precisamente, con la psicología así llamada normal, la que se halla muy lejos de poseer los medios de intuición necesarios para anexarse a la substancia de los fenómenos y descender a la profundidad.

Será ésta, a la vez, la historia de un alma y el lector la verá agitarse, palpitante de nuevas pasiones; será espectador de un intenso drama espiritual en que se agitan vivas las fuerzas y los principios de las leyes cósmicas. Trataré de comunicar “mi” sensación del fenómeno, de hacer sentir cómo vibran, en mí, estas fuerzas del espíritu que con tanta frecuencia escapan a la percepción común, y que muchos las niegan, porque no las saben sentir. Trataré de hacer vivir esta nueva vida mucho más grande que yo he vivido; esta exaltación mía, que me ha dado la sensación del paraíso, que me permitió alejarme, por largo tiempo, de la pesada atmósfera de la Tierra. Hay en esto, a la vez, algo de sumamente fantástico y aventurero, aunque considerado con seriedad científica. Hay aquí todo un ser que se agita, corazón e inteligencia, en un espasmo de humanidad y superhumanidad, que no puede dejar de despertar resonancias en el alma de los demás. Y aquí son afrontados los más graves problemas de la psiquis, del espíritu y de la ultrasutil ciencia del porvenir, en la que se habla de ondas-pensamiento, de resonancias intelectivas, de captación de corrientes psíquicas, de atracciones y simpatías entre los más lejanos centros vibratorios del universo. Se implanta, aquí, un nuevo método de indagación científica por intuición y una nueva técnica de pensamiento que circunda los problemas por espirales concéntricas, los estrecha por ángulos visuales progresivos, los afronta por visiones de concepciones poliédricas, hasta desnudarlos en su propia esencia. Problemas científicos, profundos, del futuro, que yo anticipo y escruto para resolverlos. Hay, en el fenómeno, una complejidad, una riqueza de aspectos y, al mismo tiempo, una frescura de verdad – presentado por mí como realidad vivida – como para interesar no solamente al científico, sino también al filósofo y al artista. Por cuanto, en el momento de las conclusiones, yo sabré remontarme en mi psiquis de intuición y con ésta lanzarme al misterio que no deberá resistirme. En el fenómeno hay un lado místico y religioso, porque se ha realizado en una atmósfera de intensa fe y de gracia espiritual; hay en este

fenómeno un amor todo extendido hacia lo Alto, como en el misticismo y que puede recordar – aunque sea de muy lejos y se me perdona el recuerdo – el amor, como lo sintió San Francisco en el Verna[1] . Para comprenderme será necesario saber cómo vivo, cómo pienso, cómo sufro y cómo amo. Es absurdo estudiar, en abstracto, los fenómenos, arrancados de la atmósfera en que nacieron y se desarrollaron. La realidad nos presenta casos concretos que, para que sean verdaderos, deben ser particulares. Si queremos tocar con la mano una realidad, debemos detenernos en lo particular. Y es en este particular de mi caso que yo hallaré las leyes generales del fenómeno inspirativo, leyes comunes a todos los otros casos, que observaré junto al mío.

El mundo tiene necesidad de estas revelaciones íntimas. La literatura se enriquecerá, por lo menos, de algo verdadero, de algo vivido, algo substancial y esto es ya bastante. El mundo tiene necesidad de estas afirmaciones de espiritualidad, tiene necesidad de quien grite, en tiempos de materialismo y de egoísmos desenfrenados, la gran voz del alma, de quien dé, en tiempos de apatía y de indiferencia, ejemplo de fe vivida, de quien repita, en forma moderna y científica, las grandes verdades olvidadas. Y ésta es vida, vida de espíritu, la más potente, la más intensa, que se pueda imaginar. Y si en vez de hablar en los términos vagos de las religiones, precisáramos los problemas del alma, analizáramos a ésta y la anatomizáramos, el haber definido, en detalle, el aspecto de tales fenómenos, no haría más que fortalecer los principios como, hoy, la existencia de aparatos radiofónicos ya no permite más a la mayoría, dudar de la existencia de ondas hertzianas.

Aquí, yo continúo mi lucha para la afirmación del espíritu, la única cosa que me ha parecido digna de poder valorar una vida, lucha que sigo, de aquí en adelante, como una misión. Lucho para que estas realidades más profundas sean vistas, para que estas concepciones, altamente benéficas, individual y socialmente, desciendan a la vida de cada día y aporten aquella esperanza, aquel soplo de fe – especialmente en la fatiga del trabajo y del dolor – de que ésta carece. Será, esto, un romance de especie nueva, un drama superlativo en que se acosan las vicisitudes de mi alma. Yo he vivido muy intensamente, y tengo mucho que decir todavía. He tomado la costumbre de aquel que tiene prisa, para decir todo esto, en la forma más simple, más breve, más sincera. En estas páginas nació en mí un hilo de pensamiento, tomó una dirección y se desarrolló. No sé a donde podrá llegar. Yo lo seguiré e invito, a los lectores, a seguirlo conmigo. Y comienzo.

---

[1] Verna, montaña donde hay un monasterio que es célebre por haber habitado en él San Francisco de Asís y recibido allí, los estigmas.

II

EL FENÓMENO

Yo he sentido en mí y he observado la marcha del fenómeno, en su desarrollo interior y exterior. Queda, así, individualizado en su aspecto dinámico, de la génesis, desarrollo, plenitud, hasta su producto concreto, el pensamiento fijado en escritos que son el documento, susceptible siempre de observación del fenómeno, el último término, el resultado del proceso terminado. He referido esta cronohistoria personal, bien necesaria para la comprensión del fenómeno, pero no es a mí a quien corresponde repetirla aquí.

Observamos, pues, aquí, el fenómeno no ya en su desarrollo en el tiempo, sino en su profundidad para indagar y descubrir su técnica, aislándolo en uno de los momentos culminantes y más intensos: la recepción de mi última obra.

Mi método y tarea es objetivo y anatomizo por secciones varias, trabajadas primero longitudinalmente en la dirección del tiempo, luego verticalmente, en profundidad. El lector ha de comprender que la recepción extendida durante tres veranos[(1)], implica necesariamente la repetición de normas constantes, consuetudinarias, implica formarse un verdadero "método receptivo". Es mi tarea, ahora, describir las condiciones del ambiente y de espíritu que se requieren, los estados psíquicos vividos, el modo de comportarse de mi ser físico y psíquico, considerado, éste, como medio del fenómeno, precisando todos los factores que pueden haber concurrido. Esto, para individualizar las características, definir el tipo y, en fin, encaminarnos a descubrir la ley de ese fenómeno. Procederé indistintamente, al menos en los primeros grados de la búsqueda, partiendo de los efectos a las causas, de lo particular a lo general, de lo relativo a los principios de las cosas. Cuanto este método ya no bastare para resolver los problemas, me remontaré al método de la intuición, de modo que el lector pueda verlo, no solamente descrito sino operante en la solución de las cuestiones más complejas.

En mí es distinto el tipo de inspiración emotiva, del tipo de inspiración intelectiva. Mi mediumnidad, verdadera función de vida, no es fenómeno de tipo inmóvil, sino que varía con mi evolución. En el primer caso entran en movimiento los centros nerviosos afectivos del corazón, en el segundo los centros nerviosos intelectivos del cerebro. Atravesando estos dos tipos de inspiración, yo he vivido en dos centros de vida distintos, centros en los cuales se condensaban todas mis sensaciones. No insisto, en el primer caso, que es más especialmente el de los místicos, porque la producción que de ello resulta, si bien de lógico desarrollo, no es un verdadero organismo conceptual. Esto

---

(1) *"La Gran Síntesis"*, comenzada en 1.932, fue escrita en los veranos de 1.933, 1.934,1.935.

puede dejar en estado de duda a la ciencia, porque el yo se expresa mediante los vagos términos del sentimiento, por tanto, los escépticos pueden más fácilmente hallar la manera de introducir, en la interpretación, un despertar de estados subconscientes, con desviación y traslación de imágenes psíquicas, para terminar al final, con lo patológico de la neurosis. Por cierto no hago referencia a quien cree, siente y razona. Conozco muy bien, en cambio, la mentalidad preconcebida de cierta ciencia catedrática y oficial, y es de ésta de la que hablo.

Y bien; cuando nos encontramos delante de un tratado en el cual el sentimiento está relegado a un segundo plano y se afrontan y resuelven problemas que, esa ciencia, se ha mostrado incapaz de resolver, porque mediante concepciones arbitrarias los ha absurdamente situado, esa ciencia no podrá tan fácilmente refugiarse en la hipótesis de lo patológico y el fenómeno mediúmnico inspirativo revolucionando el pasado – como método de indagación – no podrá más que resplandecer en toda su belleza. Si en ciertos momentos, en el ímpetu de mis impresiones, me abandono a mi lirismo, éste está siempre circunscrito y controlado por una fría razón, que es mi garantía; viene siempre frenado por un volcamiento de psicología, rápido e instintivo en mí, que me obliga a ver, de cada idea, su contrario y a abatir lo que no está bien firme, con la psicología destructora del escepticismo científico. La tan auspiciada fusión, entre fe y ciencia, se halla ya realizada en mi espíritu, visión única en la substancia y desde la una a la otra yo paso, tan sólo, por un cambio de perspectiva visual o de colocación a foco, de mis centros psíquicos.

* * *

Bajemos pues las luces y entremos en el Templo del pensamiento. Avancemos en un mundo de sutiles vibraciones, de formas huyentes que el pensamiento crea y destruye; de fenómenos evanescentes y sutiles, y, sin embargo, reales. Quizá la insolubilidad de tantos problemas depende, precisamente, de un error de ubicación; la solución, a veces es impedida por el mismo preconcepto, aunque inconsciente; la conclusión viene ya dada por la primera postura de la cuestión. Nos acercamos, aquí, a la génesis del pensamiento y tal vez, todo el fenómeno del pensamiento no sea más que un fenómeno medianímico de resonancia noúrica y, los dos, puedan reducirse al mismo principio y muchas diferenciaciones preconcebidas, que manchan la visión substancial del fenómeno, no tengan sentido. Me saldrán fases audaces y desconcertantes, pero quiero llevar a la superficie de la conciencia – donde todo es claro, sensible, racional – estos misterios evanescentes de las profundidades; quiero medir este, casi diría, raro pensamiento radiofónico, que así extrañamente aflora desde los abismos. Descendamos a la profundidad de este océano que se halla dentro de nuestra personalidad psíquica.

Comienzo desde lo exterior, desde la superficie, desde la descripción del ambiente. Yo no puedo escribir en cualquier sitio. En un ambiente descuidado, desordenado,

desarmónico, no limpio, nuevo para mí, no impregnado de mis largos descansos del dominante estado de ánimo mío, no armonizado con el color psíquico de mi personalidad, yo no puedo escribir más que malamente y con gran trabajo. Heme aquí, en cambio, en mi pequeño estudio, ambiente de paz, donde los objetos me expresan a mí mismo, donde la atmósfera resuena de mis vibraciones y todo, por comunidad de vida, se halla sintonizado con mi temperamento. Yo mismo, deteniéndome allí muchas veces, para pensar y escribir, he impregnado las paredes, los muebles, los objetos, de un especial tipo de vibración que, ahora, vuelve a mí como una música que armoniza mi pensamiento. El primer problema es éste, de la armonización, que me permite la selección de las corrientes y la inmersión en ellas; muy delicados estados de conciencia que no puedo alcanzar más que en un oasis de paz a través de un primer proceso de aislamiento vibratorio del violento ruido del mundo. Antes de lanzarme a la exploración de lo supernormal, tengo necesidad de encerrarme – para mi propia ayuda y protección – en esta cáscara de vibraciones simpáticas, armónicas, livianas, como en un vehículo que me permite flotar sobre el mar de aquellas, comunes, de la vida humana, que son densas, sofocantes, ciegas.

Es de noche cerca de las diez, la hora perfecta en que mis capacidades receptivas se intensifican, hasta cerca de la una de la mañana, apagándose, entonces, por cansancio. Hay un antagonismo entre mi pensamiento y la fuerte radiación solar; parece que la luz inhibe mis funciones inspirativas, neutralizando las corrientes psíquicas que me rodean. Amo la luz tenue, difusa, coloreada, que deja vagar los objetos en los contornos indefinidos de la penumbra. He leído que cuando Chopin improvisaba, hacía bajar las luces y buscaba la “nota azul” que debía ser la nota de sintonización entre su alma y la del público. Aquí, el público se halla materialmente lejos, pero espiritualmente se halla presente y cercano y, yo lo siento, inmenso, rumoreante de mil voces: el alma del mundo. Mi soledad está llena de esas voces; es un océano sin límites, que oigo subir en mareas, aullar en la tempestad, océano que me sumerge y me levanta en sus grandes olas; luego se aplaca y escucha, vencido por esa potencia de pensamiento que me arrastra.

En mi sensibilidad, el pensamiento adquiere la potencia del rayo; las corrientes espirituales del mundo son tangibles; estas sutiles fuerzas son reales y yo avanzo entre ellas, dirigiendo con destreza mi navegación. Al comienzo me encuentro extraviado, solo, en el vacío, e imploro apoyo moral, consentimiento, confianza. Pido, a estas menores armonizaciones de ambiente, la primera ayuda para el empuje; pido el encaminamiento, hacia una cadena de simpatías humanas que oficien de círculo medianímico – aunque espiritual y lejano – diría, casi, de caja armónica de mis resonancias espirituales. Ascenderé a una atmósfera rarefacta y mi humanidad necesita de un involucro de simpatías que pueda darle calor y la proteja, la ayude a lanzarse hasta más allá de la zona humana de las tempestades, donde mi alma se encuentra expuesta al choque de fuerzas titánicas. No es posible imaginar la potencia de armonización que

emana de un acto de bondad; esta es una música que yo respiro y que dulcemente me impele en la corriente. Ésta, vibra mucho más por la bondad que por la sabiduría: es perfección moral. Para conquistar el conocimiento, debo alcanzar un estado de purificación que es ligereza espiritual. Se mencionan desde ya, las relaciones necesarias entre evolución y ascensión de un lado, y mediumnidad inspirativa, por el otro; se delinea la afirmación de que la verdadera ciencia no puede ser más que misión y sacerdocio.

Alcanzo el estado de fusión nerviosa necesario, para sumergirme en la corriente; ésta me arrastra, el mismo estado de tensión me protege del choque de las vibraciones inferiores y el mundo humano desaparece lejos de mi sensación. Es suficiente sumergirse en las nóures para poder absorber, de ellas, todo alimento energético y lograr el aislamiento de las corrientes inferiores; entonces uno es feliz, arrobado, aliviado de todo, hasta despertar en la conciencia normal, el cual representa una especie de penoso enturbamiento de potencia receptiva. Pero antes de estabilizarme en esta especie de estrastósfera de la evolución yo permanezco – mientras atravieso sus planos inferiores – todo tembloroso en mi hipersensibilidad desproporcionada a la violencia del asalto; muy vulnerablemente expuesto al choque de fuerzas misteriosas que, oscuramente, siento vagar en torno a mí, como sienten todas las fuerzas de la vida, el temor, la amenaza de un peligro desconocido en la sombra. Si soy fuerte arriba, porque estoy sostenido por la corriente, soy humanamente débil, abajo, y debo temerosamente mover, por mí solo, los primeros pasos de este gran viaje que implica una transformación de conciencia.

Trato de realizar esto, ayudándome con un proceso de progresiva armonización, que se opera desde el exterior a lo interior. Es mediante la armonía, comenzando por el campo acústico musical, con que yo venzo las lacerantes disonancias de las corrientes barónticas[1] del mal y utilizo la música como primer peldaño en el camino del bien y de la ascensión del espíritu. Esto establece relaciones insospechadas entre música, plegaria, evolución de alma hacia el bien. Armonizarme es mi problema, porque ascender implica volver a hallar la unificación, por cuanto ascendiendo, mi sensibilidad aumenta y sufro mucho más por cualquier disonancia. Uno de los tormentos de mi vida es la convivencia en el lacerante estruendo psíquico humano, que solamente la insensibilidad de los involucionados puede soportar. De modo que utilizo la música como otro medio inicial de sintonización de ambiente, para que me ayude a saltar de la armonización de este primer plano sensorio exterior, a mi armonización en los más altos planos supersensorios; música que saco de la radio y del disco, especialmente la mejor música sinfónica, tipo Wagner, Beethoven, Bach, Chopin y otros.

---

[1] Neologismo formado de elementos griegos: “baros”, pesado, denso, y “ontos”, ser, entidad. Barónticas, provenientes de espíritus de constitución densa (entidades inferiores). (N. del T.).

Entonces, lentamente va sustituyéndose a la percepción sensoria del mundo, otra distinta percepción interna, anímica, que siente de muy distinta manera. Las armonías musicales auditivas, se transforman en las más profundas armonías de los conceptos. Música suave; en derredor todo silencio. Luces moderadas en tono menor, todo alrededor, tinieblas. Mi alma es una llama que arde en la noche. Únicamente su luz y su canto es lo que escucho y surgen así mientras se adormece una conciencia del día. Lentamente, las cosas pierden su perfil sensorio y veo vibrar su espíritu, oigo cantar la voz de esas cosas. Mi conciencia se entorpece al exterior, mi "yo" muere para las cosas del día, pero renace en una realidad más profunda.

Es noche avanzada. La vida humana descansa y calla. Las dos vidas son antagónicas: la del pensamiento se despierta, mientras la otra se adormece. Y más me adormezco, más inconsciente me vuelvo de la realidad exterior,
volitivamente destruido, ausente del mundo de todos, más nítida y profunda se hace la visión, más consciente me elevo en esta lucidez interior. El adormecimiento, por tanto, es de superficie y no es más que la condición de un despertar en otro estado de consciencia, distinto, más profundo, sin embargo siempre mío, activo, lúcido. Hay como un volcamiento en el funcionamiento psíquico humano, en cuanto son alejados los estados de atención volitiva que lo caracterizan; hay como una inversión de conciencia, una conquista de potencia en la pasividad, tanto que cae toda sensación de trabajo y de fatiga, y se crea un estado de abandono. La voluntad, en el sentido común humano, encerrada en el círculo de las conquistas terrenas, es para mí, en efecto, un estado vibratorio involucionado y violento, que molesta los más sutiles estados vibratorios del pensamiento. Los comunes volitivos, si son aptos para dominar, son impotentes frente a estas sutiles percepciones.

Así, lentamente, voy perdiendo la sensación física del cuerpo, mecido por los complejos ritmos sinfónicos de una vasta orquestación, me adormezco en un estado de calma confiado. Atravesada esta primera fase de "negación" sensoria, yo me despierto más allá de la vida normal, en otra conciencia. Adormecidos los sentidos, desaparecido de mi percepción el mundo concreto que me circunda, puedo abismarme en el vértigo de la abstracción. No estoy muerto, ni pasivo, ni inconsciente, puesto que todas las sensaciones de la vida vuelven, pero con una potencialización nueva y maravillosa de todas las facultades de mi personalidad, con un vigor y una profundidad de percepción y, a la vez, un lirismo de afectividad que antes ignoraba, como si solamente ahora, despojada el alma de su vestidura corpórea, ella pudiera totalmente revelarse. El pensamiento vuelve, pero con una sensación de potencia titánica, con una lucidez cortante de visión, con una rapidez vertiginosa de concepción, sentido, desnudo de palabras, en su esencia. Siento entonces una sensación de liviandad y de liberación de velos y de límites, siento que tengo en mi conciencia la potencia de la intuición y el dominio de una nueva dimensión conceptual. Se ha despertado en mí una mirada más penetrante, que ve en lo interior y no ya únicamente en la superficie, que no registra

solamente reflejos ópticos, sino, también, reflejos psíquicos en las cosas, no es más detenida por las formas, sino que penetra directamente en la substancia, busca en el concepto genético de ellas, en el principio que las anima y las rige. Entonces veo lo que está más allá de la realidad sensoria del mundo exterior, es decir, las fuerzas que lo mueven, que mantienen su funcionamiento orgánico. Estas fuerzas, entonces, se vuelven vivientes; los fenómenos me señalan una voluntad propia de existir, una potencia de individualidad que me ataca y me grita: “Yo soy”. Toda forma se halla revestida de un hálito divino de concepto que yo respiro; es entonces cuando siento realmente que el universo es un gran organismo, regido por el pensamiento de Dios. Todo, entonces, tiene una voz y me habla; todas las fuerzas, todos los fenómenos, toda la vida desde el mineral hacia arriba, todas estas criaturas de Dios, emanan un canto que yo oigo y escucho armonizarse en la sinfonía inmensa de la creación. Se desarrolla, entonces, el coloquio íntimo que yo registro, por cuanto se han despertado todas las criaturas hermanas y me miran diciendo: “¿Pero, quién eres tú que oyes? Escúchanos, nosotras te hablamos”. Entonces el coloquio se convierte en un abrazo inmenso, un perderse de aniquilamiento dentro de una luz fulgurante; la ciencia es un canto y una plegaria; se abre el abismo del misterio y yo miro: es una visión, un éxtasis. No sé más que decir.

No hay palabra que pueda describir el vértigo de estos estados de conciencia, la potencia de estos destellos interiores, la alegría de esta pasión más grande que la vida y que la muerte, la fiesta de esta liberación del cuerpo y de esta fuga de la Tierra; la sensación de fuerza y de eterna juventud que emana de estos triunfos del espíritu. Así yo imagino mi paraíso. Relato estas cosas para encender los ánimos hacia estas elevadas pasiones, porque deseo que también los otros hallen esta vida de perenne juventud y el dinamismo incansable que está en la substancia vibrante del espíritu. Este vórtice de sensaciones hace tocar con la mano que el espíritu existe y que su potencia suprema no puede morir.

Terminada la visión y la registración, el procedimiento se invierte en un descenso de retorno a la conciencia humana. Así como el trance lúcido y consciente viene preparado por una fase de adormecimiento, así termina por una fase de despertar; adormecimiento y despertar relativos a mi conciencia normal, por cuanto, frente a mi otra conciencia, los términos simplemente se invierten. Para que la una pueda despertar es necesario que la otra se adormezca. Es evidente que el retorno, en mí, al estado normal me da una vivísima sensación de disminución intelectiva, de reducción de la personalidad, de caída en dimensiones más involucionadas, en las que todo está encerrado entre barreras y aprisionado por límites; de una sensación de gigante abatido. Vuelvo a caer, entonces, frente a la realidad cotidiana, donde los otros tienen razón y yo estoy equivocado; la visión se desvanece, el cielo se cierra, yo quedo solo, vuelvo a encontrar el trabajo y el cansancio de la vida y vuelvo a tomar el peso de mi lucha de cada día.

Tengo, pues, la sensación de que existen en mí, dos conciencias, colocadas y actuantes en planos visuales distintos. Ellas se excluyen mutuamente y se disputan, en mí, el

campo de la personalidad, la que no pueden poseer plenamente, más que una a la vez. Es necesario, antes, que yo me adormezca como en un sueño, y es en este sueño en que mi yo puede transferirse a la conciencia más profunda. A continuación, estudiaremos mejor el significado de estas distintas colocaciones a foco y de estos desplazamientos de centros de conciencia, porque allí está la clave de mi técnica receptiva.

* * *

La rápida descripción de estas sensaciones que yo experimento, esta narración de mi hecho interior que he anticipado para encuadrar el fenómeno, es bastante ya para hacer nacer en la mente del lector una cantidad de interrogantes. A todas éstas daremos, gradualmente, respuesta. He tenido que relatar el fenómeno en su lirismo, en la intensidad con la que yo lo he sentido y vivido – esto, a fin de ser verdadero y objetivo – para representar fotográficamente el hecho interior. Ahora, dejo a un lado mis entusiasmos y lo encaro con una diferente psicología analítica. Aún cuando esos estados de ánimo, muy movibles – porque no son controlables por la observación exterior – pueden, aún siéndome necesarios, reducirse a un hecho personal de relativa importancia y ser discutidos y negados, su producto permanece, no obstante, siempre tangible e indestructible: la obra escrita, con su contenido filosófico y científico, con la solución de los problemas afrontados, con su técnica de pensamiento, elementos ampliamente susceptibles de ser observados. El fenómeno terminado, aunque encerrado en su inmovilidad, es una afirmación realizada, que permanece allí como testimonio y de la que podrán reconstruirse los sutiles procesos de combinaciones psíquicas a las cuales debe su génesis. Los estados psicológicos descritos más arriba no fueron estériles, sino que han originado un efecto, que ha de corresponder a una causa; han producido – aún cuando pudieran parecer de exaltación – un organismo conceptual lógico y profundo. Si el efecto revela la naturaleza de la causa, si es una construcción racional, precisa, completa, no se pueden poner los orígenes en el azar o en la anormalidad psicológica y patológica; si la obra trasciende la potencia cultural e intelectiva del escritor, debe existir, en alguna parte, una fuente de donde todo eso ha nacido. Aun cuando se quisiera ser escépticos, negar una causa al efecto y un lazo de proporciones entre los dos términos, sería irracional y anticientífico.

Esos mis estados psicológicos, contienen algo más todavía, representan una nueva técnica de pensamiento, técnica que puede revolucionar los procesos psicológicos comúnmente usados hasta la fecha. Este examen que estoy haciendo aquí, no tiene únicamente la importancia de un estudio sobre un tipo particular de mediumnidad, sino que es el estudio del gran problema de la génesis del pensamiento, de una muy nueva técnica propia, de un nuevo método de indagación filosófica y científica. Esta técnica y este método los he usado ampliamente y presento su primer resultado. Lo llamo el método de la intuición y lo propongo – así como lo he adoptado – como método, más potente que el método inductivo-experimental. Creo que éste ha dado ya su mayor

rendimiento y que un cambio de sistema sea necesario, si la ciencia quiere adelantar en profundidad, si quiere hallar su unidad, en estos momentos en que corre el riesgo de pulverizarse en lo particular y en la especialización, si quiere hallar los principios centrales y llegar a conclusiones, después de tantos años de vanas tentativas. Urge devolver su dignidad a la ciencia decaída en el utilitarismo, llevándola a los descubrimientos en el campo del espíritu, guiándola en el camino de la verdad, de esa verdad que el mundo espera y que, en vano, pide desde hace tiempo. Urge levantar la ciencia al nivel de la fe, para que se refunda con ésta y se unifique el pensamiento humano. También esto es el objetivo de la obra que he terminado recientemente. Aun prescindiendo de su contenido interior, que puede ser considerado como una revelación, ese escrito – como ejemplo de aplicación cumplida y lograda con este nuevo método de indagación – queda plenamente en el campo científico. Con este método yo, sin profunda, ni especializada preparación cultural, con rapidez y esfuerzo relativamente mínimos, he resuelto problemas que los otros métodos no han podido resolver[1].

El método de la intuición es el método de la síntesis, de los principios, del absoluto, es el método interior de la visión y de la revelación; el método inductivo – experimental es, en cambio, el método del análisis, de lo relativo, el método exterior de la observación. El segundo es práctico, utilitario, pero desperdicia el conocimiento; el primero es abstracto, teórico, pero palpa la verdad absoluta, los principios universales directivos de los desarrollos fenoménicos.

Hay que considerar también, la cuestión de la Entidad, u otra cosa, transmisora, cuestión ardua, para cuya solución tendremos, más adelante, mejores elementos de juicio. Por el momento debo observar que, según se deduce de sus propias declaraciones, la fuente afirma no ser una personalidad en sentido humano. En efecto, en su primera comunicación

"Su Voz" dice, como primera advertencia, estas ya citadas palabras: "No preguntes mi nombre, no trates de individualizarme. No podrías, nadie lo podría; no tientes hipótesis inútiles". Por otra parte, repetidamente he leído en la prensa espírita, que es más seria y más real esta impersonalidad del centro transmisor, que no su exacto definirse en una firma, aunque su nombre fuera el más grande de la historia. Y es un hecho intuitivo que la personalidad humana, aún sobreviviendo, tenga que cruzar estas mutaciones que hacen perder los atributos humanos, hacen alterar la filiación psíquica y las características que tenía en el ambiente terrestre. Todo esto debe ser sobre todo verdadero, cuando se trata de entidades que nunca han vivido en la Tierra, o bien tan elevadas que su existencia normal se halla en dimensiones conceptuales y planos de conciencia superiores. Y si la virtud de estos mis estados psíquicos particulares es la de

---

[1] En 1.950, las últimas teorías del gran físico-matemático Albert Einstein confirmaron plenamente las intuiciones que con 18 años de anticipación, fueron formuladas en ***"La Gran Síntesis"***.

hacerme llegar conscientemente a esos planos, tendré que conformarme con hablar, no de espíritus en sentido común, sino, únicamente, de centros emanadores de corrientes psíquicas – “las nóures” – en las que precisamente yo me sumerjo, percibo, vibraciones que registro en mi hiperestesia psíquica. Aparecerá lógica la necesidad de estos cambios de perspectiva, cuando se llegue a pensar en el largo y extraño viaje que es necesario realizar para alcanzar el otro término de la comunicación.

Mi caso, pues, es bien distinto de los comunes tipos de mediumnidad. No es mediumnidad física, de efectos materiales, que recurre a centros humanos y subhumanos, de carácter baróntico. No es mediumnidad intelectual inconsciente en la cual el médium, cuya conciencia viene alejada en el momento de la recepción, funciona como simple instrumento. La mía es mediumnidad intelectual consciente en el plano superior en que opera y adonde se transfiere en la plenitud de sus fuerzas. Es, pues, la mediumnidad de tipo más elevado y dudo, casi, que a tal nivel pueda subsistir toda la armazón de la común concepción espírita y que, todo esto, pueda llamarse todavía mediumnidad, por cuanto linda y se confunde con el fenómeno de la inspiración artística y del éxtasis místico, de la concepción heroica, de la abstracción filosófica y científica; fenómenos de fondo común, reducibles, no obstante las diferencias individuales, al mismo fenómeno de visión de la verdad en el absoluto divino. “En estos momentos, que precisamente se llaman de inspiración”, dice Allán Kardecn su **“Libro de los Médiums”**, “las ideas abundan, se subsiguen, se encadenan, por así decir, por sí mismas y por un impulso involuntario y casi febril, parece como que una inteligencia superior viniera a ayudarnos y que nuestro espíritu se hubiera aligerado de su peso. Los hombres de genio, de toda clase, artísticos, científicos, literatos, son, sin duda, espíritus adelantados, capaces, de por sí mismos, de comprender y concebir grandes cosas y es precisamente porque son juzgados capaces, que los espíritus, que desean la realización de ciertos trabajos, les sugieren las ideas necesarias, por cuyo motivo, en la mayor parte de los casos, son médiums sin saberlo”.

Yo concibo, pues, los estados que siento y cualidades que tengo, como una sublimación normal de todo mi ser psíquico, alcanzada por natural maduración biológica propia, que entiendo una continuación, en el campo psíquico, de la evolución orgánica darwiniana. Fue desde ese punto de observación, que estados de conciencia me habían ofrecido, - estados supernormales frente a la mediana evolución biológica, pero normal para la fase alcanzada por mí – que yo pude contemplar la síntesis del cosmos. Es, precisamente, desde este nivel biológico que siento horror por la mediumnidad psíquica, la que percibo como algo violento, sofocante, involucionado. Dejo a este más áspero trabajo del Espiritismo el valor probatorio para la moderna ciencia de la materia, para los ciegos del espíritu, pero me quedo en mi sensación de adversión y de desagrado. Mi pasión es, en cambio, ascender, sutilizarme espiritualmente, refinarme siempre como percepción y ésta es la condición de mi mediumnidad. Me alejo, pues, de la Tierra, de las formas de vida humana, de todas las manifestaciones barónticas que atraen mi espíritu hacia abajo,

que en vez de abrirlo hacia la comprensión y la luz, lo sofocan en la cárcel de las tinieblas. Si mi pasión es la de huir de los bajos planos de la animalidad humana – y ésta es para mí, la meta y el significado de mi mediumnidad – cuando ésta, aun vagando en el más allá, queda al nivel humano o subhumano, ya no tiene razón de existir para mí, porque ya no es evasión ni liberación. Mirar en el mundo de los vivos y en el mundo de los muertos es, para mí, problema secundario, frente a mi evolución. Yo soy un exilado en la Tierra y busco desesperadamente mi gente y mi patria lejana. Mi esfuerzo es para volver a hallar algo grande, que yo he sentido y he vivido, un conocimiento, una bondad, una potencia que se ha abatido, no sé cómo, aquí abajo. Mi esfuerzo es ascender cada vez más moralmente, para aprender cada vez mejor y mantenerme, en equilibrio estable, al nivel de conciencia, representado por estas nóures que capto y registro. Simplemente busco convertir en normal, para mis pulmones, la respiración, difícil para un humano, que se siente en esa atmósfera rarefacta, pero purísima y espléndida.

He rozado, en este momento, una corriente que me vislumbra una interpretación del fenómeno. Así, en esta forma, siento, con frecuencia, nacer en mí los conceptos más insospechados. Mis capacidades consisten, pues, en saberme mover, con plena conciencia, de un plano conceptual humano a un plano conceptual superhumano; en saber realizar, con la sonda de mi superconciencia, rastreos en las profundidades de este plano superior y referir los resultados de la exploración, en el plano de la conciencia normal, para poderlos – a través de ésta y en los términos de esta conciencia normal – comunicarlos, vale decir, colocarlos en forma racional, comprensibles para mis semejantes. He aquí el concepto: la línea que yo recorro, a lo largo de la cual yo asciendo y desciendo, es la dimensión “evolución” (cfr. ***La Gran Síntesis***, Cap. XXXV “La Evolución de las Dimensiones y la Ley de los Límites Dimensionales”). Todo esto puede suceder, porque yo me hallo en una fase de transición y transformación entre conciencia y superconciencia que me permite, así mismo, oscilar entre las dos fases contiguas de evolución psíquica.

De todo esto se desprende, que debe ser abandonado – si se quiere comprender a fondo el problema – el simplismo del concepto de una entidad que habla más o menos materialmente, a la oreja del médium. De ello se comprende la extraordinaria importancia que tiene, para esta cualidad de recepción inspirativa mía – a fin de completarla, mantenerla, mejorarla – el factor moral; se comprende cúal importantísima función realice – frente a ésta, mi mediumnidad – el factor dolor que afina, educa, purifica; se comprende cómo forman parte integrante del fenómeno – y cómo sea necesario, por tanto, darles real peso científico – factores de carácter religioso, ético, espiritual, factores que la ciencia ha creído hasta hoy, poder ignorar como un no-valor. En mi caso, pues, la recepción se realiza por sintonización, es decir, capacidad de vibrar al unísono, que puede llamarse simpatía, e implica el concepto de afinidad de la naturaleza. Debo, entonces, someter mi naturaleza humana al martirio de vivir en un nivel que no es el suyo, entregándose en el holocausto de una muerte lenta; debo saber

cumplir continuamente – entre los pesos de mi cotidiana existencia humana – el esfuerzo de elevarme y mantenerme, como conciencia al nivel superhumano, a través de una tensión nerviosa debilitante, en la que muchas veces me abato precipitándome humanamente hacia abajo, extenuado. Es a través de un continuo sufrimiento que yo puedo declararme una antena lazada en el cielo de los anticipos de la evolución. Sólo el dolor puede hacer perdonar la audacia de estas afirmaciones.

He trazado, así, las notas fundamentales del fenómeno, tal como yo lo vivo. Este puede definirse como un estado de destacada hiperestesia psíquica que me permite la captación consciente de corrientes conceptuales emanantes de centros psíquicos que existen, en forma biológicamente superiores y difícilmente individualizables para el hombre, dados sus límites sensorios y conceptuales. Estados que pueden llamarse medianímicos, en mi caso, conscientes, lúcidos, convertidos en aptos por la posibilidad que tengo de poder retroceder biológicamente a los estados de conciencia normal y traducirlos, por tanto, en la forma de pensamiento humano. Posibilidad, para mí de oscilar entre estas dos conciencias, que son dos fases de evolución biológica, al nivel psíquico. Capacidades supernormales frente al nivel medio, normales para mí, porque son adquiridas mediante proceso evolutivo normal; capacidades abiertas para todos y a las cuales la humanidad arribará por vía evolutiva normal en el tiempo. Fenómeno de sintonización entre los dos centros comunicantes, lo que implica afinidad y, de mi parte, tensión para mantenerme a un elevado nivel biológico, expresado en este campo psíquico, por leyes morales. Yo adopto todo esto prácticamente como un nuevo método sintético por intuición de indagación filosófico-científico, lo he utilizado, lo ofrezco y ofrezco a la ciencia los productos para sus fines. En el fondo, no es más que el antiquísimo método deductivo de la revelación, que hoy la ciencia ha trastocado por el método inductivo: es el retorno a las fuentes de la verdad, al otro extremo visual del conocimiento.

Con este método se introducen, en la indagación científica, factores sumamente delicados. Hallo absurdo hablar, en estos casos, de laboratorios y de experimentación, en el sentido materialista, porque lo primero que debe hacerse no es tanto lo de inducir al científico a estudiar el fenómeno con su psicología, sino rehacer, desde el principio la psicología del científico. Mi fenómeno no puede ser solamente objeto de observación, sino tomarlo como método científico “para la observación” en el cual no se procede por constataciones exteriores de superficie, con únicamente medios sensorios e instrumentos, sino que se utiliza la conciencia del observador, ella misma elevada a instrumento de indagación. Aquí se procede por sintonización entre el psiquismo del observador y el psiquismo directivo del fenómeno; en otros términos, es necesario que el alma del observador se dilate y se expanda desde lo exterior hacia lo interior y entre en contacto con la substancia – el principio animador del fenómeno – y no, únicamente, con su forma exterior y con la forma exterior de su desenvolvimiento. Es el estado de espíritu del poeta y del místico, de simpatía para todas las criaturas, de pasión de conocimiento para el bien, de visión estética del artista, pero ya no visiones vagas sino

dirigidas con exactitud científica en el campo de las concepciones abstractas. Siento, en estas formas de pensamiento, dilatarse los horizontes novísimos de la ciencia del mañana, siento que en estos conceptos, que aquí expongo, está la semilla de una profunda revolución en la orientación del pensamiento humano, siento que esto que trato es el problema fundamental, el más importante, hacia el cual pueda dirigirse, hoy, la mente humana. Detrás de este estudio, que parece de un único caso personal, se agita el grave problema del conocimiento humano y de los nuevos métodos para alcanzarlo. Todo esto demuestra que a la verdadera ciencia, esa profunda ciencia que palpa la verdad, no se le puede alcanzar más que por caminos interiores, a través de un proceso de armonización de la conciencia con las leyes de la vida y con el divino principio que todo lo rige; demuestra que los caminos del conocimiento no pueden ser más que los caminos del bien, que el saber es un equilibrio de espíritus, que la revelación del misterio no se realiza sino en la fase de perfección moral alcanzada; demuestra que la ciencia agnóstica, amoral, es la ciencia del mal, que se destruye a sí misma; que es absurdo, por tanto, ignorar ciertos imponderables substanciales, prescindir en la indagación del factor ético; demuestra, en fin, que la ciencia no puede ser más que una ascensión cultural y espiritual tendiente a la unificación de todo, arte, filosofía, religión, saber, en Dios. Por cuanto la ley de evolución es, también, ley de unificación.

Con este método, he escrito una obra que fue publicada como dictado medianímico y esto, si corresponde a la verdad, no es suficiente para hacer comprender todo el fenómeno. Vemos, ahora, como este escrito se ha generado en un plano de conciencia supernormal y que, yo, he tenido que poseer las cualidades para saberme transferir a ese plano y poder percibir esos conceptos. Lo mío no fue entonces un esfuerzo realmente cultural de estudioso, sino un trabajo completamente distinto. Nada de libros, que, por otra parte, no existen sobre esos campos inexplorados y para esas novísimas concepciones, ninguna preparación cultural expresa, ninguna recolección de materiales, ninguna búsqueda del pasado, del pensamiento de los demás, sino un contacto inmediato con el problema y con el fenómeno, mediante una nueva y distinta colocación “a foco” de la conciencia. La liberación de la obstrucción cultural fue, en cambio, principal condición que me otorgó la ligereza necesaria para el vuelo y una especie de virginidad de espíritu, libre de todos los preconceptos de anteriores interpretaciones de otros. La dificultad de la composición no estuvo en el estudio de libros, sino en la búsqueda del estado de espíritu. El fenómeno y su ley hablaron en mí directamente, sin velos; la verdad me ha alcanzado con un destello de concepción instantánea; ninguna incertidumbre, jamás tentativa de hipótesis; aferraba, al vuelo, el principio sin perderme nunca en el dédalo de lo particular y del análisis. Nunca he oscilado en la duda, esa duda en que se debate siempre la ciencia. Ninguna casuística necesaria, multiplicada por la observación prolija y paciente; ya no el lento e incierto proceder del ciego que, para garantizarse de la seguridad, tiene que tocar todo, por todos lados, sino un sentido de la verdad, un registro rápido de totales, una potencia de síntesis que inmediatamente concluya. Ya no ese débil contacto con el fenómeno, a través únicamente del estrecho

camino de los sentidos, sino una comunicación abierta de par en par, una transposición completa de mi centro consciente, en el centro del fenómeno, sea él el mínimo o el máximo del universo. De los dos términos que deben entenderse, observador y fenómeno, yo coloco el uno y el otro a la misma altura; no me esfuerzo en cambiar los casos y las condiciones del fenómeno, sino que cambio al observador y sus cualidades perceptivas; devuelvo su alma al fenómeno y la comprendo. En la transmutación de conciencia yo sintonizo los movimientos vortiginosos íntimos de mi psiquismo con los movimientos vortiginosos que constituyen la esencia del fenómeno, los dos nos reducimos, (nosotros dos, el fenómeno y yo, los elementos que deben palparse) a la última y más simple expresión cinética. Reducidas así, al mismo denominador, las dos expresiones pueden comunicarse, mi conciencia puede sobreponerse y coincidir con la conciencia del fenómeno. Este método de indagación por sintonización fenoménica alcanza también fenómenos lejanos, o no reproducibles ya, no susceptibles, por tanto, de ser observados como, por ejemplo, los orígenes de la vida, las dimensiones conceptuales, etc., fenómenos que no pueden encararse más que con tales medios de indagación, porque la ciencia no los posee.

En estos estados no solamente soy consciente, sino que soy centro de indagación activo y no me limito únicamente a la percepción de nóures o corrientes de pensamiento, que emanan de centros psíquicos distintos al mío, sino que siento directamente la gran voz de las cosas, veo el principio que las anima, percibo las corrientes que ellas emanan. Es natural que transfiriéndome a un plano de conciencia más avanzado en la evolución, todo a este nivel se manifieste como vibración psíquica, por cuanto en las fases superiores todo el universo se vuelve espíritu. Lo aferro todo, pues si en la conciencia normal me adormezco, en otra me despierto y, ésta, es mucho más elevada y potente; en ella adquiero una nueva amplitud de visión y de juicio, mía propia, libre y autónoma. Y, a la vez, en la percepción y captación de las nóures permanezco consciente, discierno, ejerzo un poder de juicio y de elección. De ello se comprende a qué grado de comprensión llegue mi mediumnidad y cómo domino yo, perfectamente el fenómeno en toda su extensión y permanezca dueño, a la vez, de sus posibilidades.

Se asoma aquí la delicada cuestión de si su producto es absolutamente mío, o en otros términos, cuál es la paternidad de mi producción, así llamada, medianímica. Sutil es la cuestión precisamente porque a estos niveles de conciencia no solamente adquiero ese especial poder de visión en lo absoluto, no solamente percibo el pensamiento de otros centros, sino que a ese nivel, la distinción individualista humana, propia del separatismo imperante en los más bajos planos de evolución, se anula en la unificación, propia de los planos superiores. Dije que la ley de evolución es, también, ley de unificación. Ascendiendo a dimensiones conceptuales superiores, es natural, ciertamente, que la individualidad se reabsorba en la unidad. Llegando a esos planos en efecto, siento disiparse la distinción entre el “yo” y el “no-yo”, me siento disolverme, fundirme y volver a surgir en una unidad más elevada y potente, siento efectuarse la unificación

entre mi ser y el principio animador de los fenómenos, no solamente entre mi ser y las nóures, sino entre mi ser y los centros de pensamiento que emanan esas nóures. Ascendiendo, se alcanza la unificación con el principio universal en que la individualidad se anula; mi ser se ha totalmente armonizado, entonces, en el funcionamiento orgánico del universo unificándose y no sintiéndose ya distinto, se funde y se pierde en el gran incendio de luz de la Divinidad.

Es difícil para mí, reducir la grandiosidad de sensación de este fenómeno a los términos del vocabulario medianímico. Tanto más difícil en cuanto debo – en homenaje a la verdad – agregar que, aún en los estados inferiores de mi conciencia, cuando el trabajo era adaptado para ellos, éste venía a ellos mismos confiado en colaboración armónica por la ley del mínimo medio. Algunos, al juzgarme, han buscado la evidencia del fenómeno medianímico en la ausencia, en mí, de una adecuada preparación cultural, vieron la prueba en el contraste de mi cultura ampliamente inferior al escrito producido, hasta el punto de creer que cuando este contraste falta, el fenómeno debe ser juzgado sospechoso. Y se escandalizan si yo anulo abiertamente, en mi caso, esta presunción de total ignorancia, como elemento probatorio, disminuyo esta distancia entre las capacidades culturales del médium y el producto intelectual. Pero he hablado de sintonización. Es evidente, entonces, que el centro que recibe, para poder entrar en resonancia, debe saberse elevar hasta lograr un estado de afinidad cualitativa, con el centro transmisor, el que puede ser una nóure, como el alma del fenómeno que se expresa a sí misma. Y en los asuntos más modestos, como la compilación de un cuadro, de un diagrama, la ejecución de un dibujo, el control de un cálculo o de una fórmula, el desarrollo de los conceptos más simples, el mismo raro retoque de la forma y demás, es natural y equilibrado, que tal trabajo menor de contorno, tales servicios secundarios, sean confiados a la psiquis menor, para dejar – evitando inútiles desperdicios de energías – la labor central de dirección a la psiquis superior, la que se reserva la función más elevada, aquella de trazar los planes del tratado e iluminar la esencia de los fenómenos. Todo ello responde a un principio lógico de división de trabajo.

Oigamos lo que dice al respecto Allán Kardec en su **“Libro de los Médiumns”**: “Se puede reconocer el pensamiento sugerido, en cuanto que nunca es preconcebido; nace a medida que se escribe, y, muchas veces, es contrario a la idea previa que nos habíamos formado (muy cierto); además, puede ser superior a los conocimientos y a las capacidades del médium…” “Este último, para transmitir el pensamiento debe comprenderlo y, en ciero modo, apropiárselo para traducirlo finalmente y, aun así, este pensamiento no es el suyo…” Cualquiera que reciba por medio del pensamiento, ya sea en estado normal, ya en estado de éxtasis, comunicaciones extrañas a sus ideas preconcebidas, puede ser colocado en la categoría de los médiums inspirados. Esta es una variedad de la mediumnidad intuitiva, con la diferencia, que la intervención de una potencia oculta es mucho menos sensible, porque en el inspirado es aún más difícil distinguir el pensamiento propio del que es sugerido. Lo que caracteriza a este último,

sobre todo, es la espontaneidad”. Leo más adelante en la misma obra una comunicación de un espíritu que dice:

“.. Cuando encontramos un médium con el cerebro bien provisto de conocimientos adquiridos en la vida actual y su espíritu rico de conocimientos anteriores latentes, propios para facilitar nuestras comunicaciones, nos servimos de él con preferencia, porque, con él, el fenómeno de la comunicación nos es mucho más fácil que con un médium cuya inteligencia fuese limitada y cuyos conocimientos anteriores hubiesen quedado insuficientes…” “Nuestros pensamientos no tienen necesidad de la vestidura de la palabra… Tal pensamiento puede ser comprendido por algunos según su adelanto, mientras que para otros este pensamiento, no despertándoles recuerdo, ni conocimiento alguno en el fondo de su corazón o de su cerebro, no es perceptible para ellos…” “Con un médium, cuya inteligencia actual o anterior se halle desarrollada, nuestro pensamiento se comunica instantáneamente de espíritu a espíritu. En este caso encontramos en el cerebro del médium los elementos adaptados para vestir nuestro pensamiento con la palabra correspondiente al mismo. He aquí por qué los dictados así obtenidos, tienen un sello de forma y de color personales al médium. Aunque lo que queremos decir no provenga en cierto modo de él, éste influye siempre sobre la forma, tanto por las cualidades como por las propiedades inherentes a su individualidad…” “Cuando estamos obligados a servirnos de médiums poco adelantados, nuestro trabajo se hace más largo, mucho más penoso, porque estamos obligados a tener que recurrir a formas incompletas, lo que resulta, para nosotros una complicación”. “Nos sentimos felices, pues, cuando podemos hallar médiums bien adaptados, bien provistos de materiales, listos para ser utilizados… Es por esta razón que nos hemos dirigido de preferencia a las clases ilustradas e instruidas… y dejamos a los espíritus burlones y poco evolucionados el ejercicio de las comunicaciones tangibles, de los golpes y de los aportes… “Una importante “observación” cierra en la referida obra esta comunicación: “Se deduce el principio que el espíritu toma no sus ideas, sino los materiales necesarios para expresarlas, del cerebro del médium y cuanto más rico es de materiales este cerebro, más fácil se hace la comunicación…” “Se comprende que los espíritus han de preferir los instrumentos más fáciles, o como ellos dicen, los médiums más provistos a su punto de vista”.

En mi caso, pues, la cultura no sólo no debe ser excluida, sino que representa un instrumento precioso, puesto en manos del centro transmisor, como puede serlo, también, la elevación de sentimientos y la afinidad moral, que es condición de unificación. Mi mediumnidad es, pues, un caso de verdadera colaboración consciente y activa; por tanto no es absurdo que sean llamados a cooperar y dar todo su rendimiento los mejores recursos que mi personalidad puede ofrecer. Es, por cierto, difícil precisar la distinción entre lo mío y lo no mío, como no siento más aquella entre el yo y el no-yo. Si yo soy el albañil, habré ofrecido algún ladrillo, se me habrá confiado también, la construcción de alguna pared y el trabajo de mecánica cultural que rellena los

intersticios, pero nunca podré igualarme al arquitecto que ha concebido el plano de la obra, ha trazado las líneas, ha vigilado siempre y delineado dentro de los límites, determinados por él, mi trabajo menor. Todo es cuestión de grados y de medidas. Yo he querido lograr un solo objetivo: el de completar la obra y me dí totalmente a ella con la máxima tensión. En esta identidad de metas era donde se realizaba mi unificación con el centro superior y ese mí mismo que todo dí para mi obra, fue arrastrado por esta atracción de lo Alto, a un grado de sublimación, donde no hallo ya a mi pequeño yo normal. En fin, esa concepción ha pasado, cual nuevo Pentecostés, a través de mi espíritu como un incendio, y todas estas palabras demuestran cuánto – a pesar de mi deseo de distinguir – me sea difícil, en ese incendio, hallarme a mí mismo.

Durante el desarrollo del texto, yo oscilaba entre mi conciencia humana y la otra superior, que también sentía mía en esos momentos y ello según las necesidades que la compilación imponía; aterrizaba o emprendía el vuelo, según las necesidades, porque el objetivo era producir y no distinguir. Recuerdo muy bien, cómo habiéndome sumergido – como era mi costumbre – sin saberlo, en la estreches de soluciones difíciles y sin visible salida, la inspiración me tomaba de la mano y me guiaba, ella sola, por el vacío donde me sentía extraviar. Una guía superior, aunque inadvertida y latente, debía estar siempre presente, porque era costumbre mía, tirarme de cabeza sin preparación, en los argumentos más difíciles, ignorando dónde habría de llegar y, a pesar de todo, llegaba siempre a buen puerto, guiado por un misterioso sentido de la verdad. Todas las teorías y desarrollos conceptuales seguidas por mí, no fueron nunca meditadas, no fueron plenamente comprendidas por mí, sino después de haberlas escrito; yo no conozco un asunto sino después de tratado completamente, porque durante su desarrollo, se realiza en mi mente un continuo proyectarse de luces, un multiplicarse de perspectivas inesperadas, un sorprendente pulular de cosas imprevistas. Esto sucede casi siempre, de manera que no sé si dicto o escucho, si escribo o leo. Sólo sé que de mí sale este hilo de pensamiento continuo. Sin duda hay en cada palabra un control y un consentimiento superior, porque una dolorosa disonancia en seguida heriría mi hipersensibilidad, apenas me apartara de la línea de armonización. Me ha sido confiada la ejecución inferior y yo sigo tranquilo, hasta que alcancen los medios de la conciencia humana; pero muchas veces, en una encrucijada inesperada, en un pasaje difícil, me siento atemorizado como un niño extraviado y entonces me aferro al guía. Recuerdo que durante el desarrollo de la “Teoría de la Evolución de las Dimensiones”, había llegado a un punto en que me sentí extraviado; no había podido sostenerme en la tensión y se había roto el hilo de mi pensamiento, la visión se había borrado ante mis ojos; estaba perdido, había extraviado el sentido de la verdad. Mi conciencia común no me sabía decir nada, estaba ciega. Paseando, entonces, por la terraza, bajo las estrellas, durante una noche de verano ya avanzada, orando e invocando, vi toda la teoría en un destello, vi un esplendor de conceptos en el fondo chispeante del firmamento. Fue un instante, porque la visión conceptual está, verdaderamente, por encima de la dimensión tiempo.

Es evidente, pues, la intervención del factor supernormal. Solamente hay que comprender la estructura compleja de esta intervención y apartarse del simplismo que todo lo reduce a la acción de un espíritu sobre los centros psíquicos pasivos del médium. Esto justifica la calificación medianímica dada a mi obra, desde un principio. Así como la comprensión de la transmisión radiofónica – tan simple al parangón – presume el conocimiento de la electrotécnica, así, para comprender mi fenómeno es necesario haber asimilado toda la obra por mí producida, como interpretación de la fenomenología universal, para poder emplazar armónicamente también este caso, en el seno del funcionamiento orgánico del Todo. Detrás de estas mis palabras – para su explicación y base -, yo coloco ese cuadro total cuando hablo de dos conciencias mías y de mi oscilación entre ellas a lo largo de la dimensión de la evolución; me refiero a la teoría de la evolución de las dimensiones conceptuales y a la fase humana de la evolución espiritual. Es racional y científico, científico también en el sentido de la vieja escuela materialista, hablar de niveles y planos de conciencia. Estos no son más que peldaños sucesivos, las fases de la evolución afirmada por Darwin en el campo orgánico y continuados lógicamente en el único campo donde puede (y debe) ocurrir la continuación, es decir, en el campo psíquico. Todo esto corresponde a los conceptos de las religiones y allí se halla traducido en palabras distintas, que expresan substancialmente lo mismo, como “jerarquías angelicales” o “varios cielos” o “esferas celestiales”. Es esta unidad fundamental, en cuya profundidad todo se unifica y a la que permanezco adherido, la que me permite muchas veces, cambiar de forma y estilo, pasando equivalentemente de la ciencia a la fe y viceversa, reduciendo así, los grandes enemigos a cuestiones de palabras y no de substancia.

El fenómeno tiene, pues, dos lados, y de su conjunción resulta precisamente el lado humano en el cual está mi preparación cultural, las cualidades de mi temperamento, mi grado de evolución y esta capacidad de transferirme a un plano superior de conciencia. En el otro extremo está el lado superhumano que desciende, se adapta a mí y al mismo tiempo me adapta a sí mismo, guiándome y aspirándome hacia lo Alto. Hay, pues, no solamente dos centros: uno radiante-transmisor y uno registrador-receptor, sino que hay también dos actividades porque ambos, esos centros, están laboriosamente tendidos, el uno hacia el otro, para alcanzar la unificación. Porque la identificación es la fase de la comunión perfecta. Únicamente a través de la tensión de esta labor de recíproco acercamiento, puede establecerse la comunicación; de parte mía, entonces, como centro registrador-receptor pongo todo mi esfuerzo y siento toda mi fatiga para alcanzar y mantenerme a la altura evolutiva del transmisor. La estación receptora no es, entonces, necesariamente pasiva, como en un aparato radiofónico, sino que es consciente y activa, sabe, escruta, elige, se lanza con todas sus fuerzas para llegar a la captación de las nóures y multiplica sus energías, se da toda, se anula frente a la creación que nace. Es en este sentido que en mi obra está todo mi ser, toda mi fe, mi pasión, mi pobre cultura; está mi pequeño ser multiplicado por el infinito, el que con esta atracción suya que me ha arrastrado hacia lo Alto, ha fecundado mi esfuerzo centuplicando su rendimiento.

Está mi pequeño ser porque esa concepción, aunque tan lejana, se halla sobre la línea de mi evolución, la he sentido toda palpitante, como un sueño, inalcanzable hoy, de una perfección a cuyos pies me inclino, porque no estoy maduro y carezco de fuerzas.

Estas nóures superiores están en mi futuro y me atraen. Están al otro extremo, el segundo término de la comunicación. Desde ahora debemos entendernos sobre el concepto de "nóures", concepto que es muy amplio y muy complejo y que profundizaremos en el estudio de la técnica del fenómeno. No son solamente corrientes psíquicas; una especie de pensamiento radiante, revestido apenas por la onda dinámica más degradada e involucionada cual único soporte sensorio, sino que son corrientes conscientes que conservan, como las formas dinámicas inferiores, las cualidades típicas, y en este caso, conscientes, del centro genético. Estas corrientes no son más que la expansión de ese centro, conservan su propia identidad y su conciencia. Conceptos abismales porque no llegamos a imaginar ondas que contengan tales cualidades. Pero hay más. Del lado transmisor no debemos ver solamente estos centros superevolucionados, más o menos individualizables como personalidades en el sentido humano, sino que tenemos que ver, como ya indiqué, también el alma de los fenómenos, alma que se expresa a sí misma, es decir, debemos ver el psiquismo que se halla en todos los fenómenos, el principio y concepto animador que señala y rige el transformismo continuo, el eterno devenir. También aquí es necesario haber comprendido el espíritu de mis escritos. La piedra también está viva y hay en ella un psiquismo animador, dado por el concepto divino que en ella se realiza a cada instante, exteriorizándose. También una piedra, pues, y también el más simple fenómeno químico y físico emanan nóures y son perceptibles, como nóures, en mi más alto nivel de conciencia. En este plano todo el universo se vuelve nóures; desde este mi nuevo plano psíquico y dimensión conceptual, que siente en lo profundo la esencia, además de la forma de las cosas, yo percibo, efectivamente, el universo en su superior dimensión psíquica, que es suya en la escala de las fases evolutivas. Basta esta mutación de conciencia mía, para cambiar y desplazar toda la gama de mis resonancias interiores, para hacerme percibir el universo tal cual es en la fase superior. La evolución que pasa del plano físico al dinámico y al psíquico, transforma todo el universo en psiquismo, y en psiquismo él se vuelve, como real nueva forma de ser suya, apenas me haya yo conscientemente asomado a esa nueva dimensión. He aquí lo que significa decir: entonces todo el universo se vuelve nóures. Efectivamente, entonces, todo lo que existe emana pensamiento y como tal siento el universo en estos estados medianímicos, cual un poderoso organismo conceptual; la verdadera gran nóure que yo aferro y registro es la emanación armónica y orgánica del pensamiento infinito de Dios.

Cae entonces, naturalmente, el velo de los misterios y todo pone de manifiesto la substancia de su ser, en una espontánea revelación. En estas superelevaciones mías de dimensión de conciencia, tengo la visión de este centro conceptual, en el fondo de un abismo infinito. Las dimensiones gigantescas del fenómeno, la grandiosidad aplastante

del segundo término comunicante, darían una sensación de vértigo a quien no hubiera alcanzado, como yo, a través de largos y lentos entrenamiento, estos estados y a través de una maduración biológica, quien sabe cuántas veces milenaria. Aquí hace falta un equilibrio mental no común, porque puestos a dura prueba, la objetividad y detallada seguridad con que yo me analizo a mí mismo, demuestran cuán lejos estamos, aquí, de la fase neurótica, tan a menudo invocada por la ciencia a objeto de explicar hechos parecidos.

Me encuentro, así, lanzado en un mundo maravilloso. Adquiero, entonces una nueva vista, todo un haz de sentidos nuevos, sin órganos físicos, un poder de percepción anímica directa, supersensoria. Se explica así la necesidad de esa especie de trance que me libera de la presencia activa de los sentidos físicos, para que no vuelvan a llamarme a la realidad sensoria exterior, que no sabe hablarme más que de la forma. Tengo que realizar, ante todo, el trabajo de librarme de esa obstaculizante psiquis racional de superficie que, para los otros es tan fundamental. Entonces no veo más el fenómeno en su aspecto exterior, sino que siento el principio que lo mueve; no veo, por ejemplo, la semilla en sus caracteres morfológicos, sino que la veo en la íntima estructura de su ser, como voluntad de desenvolvimiento, como presciencia del ambiente (instinto) y del fin a alcanzar; veo, más profundamente, el ritmo de las infinitas formas del pasado y la voluntad de desarrollarlas y, más lejos, siento el gran principio de la vida que, en ese tipo, palpita y se manifiesta. Cuando en el silencio de la noche he realizado el proceso de adormecimiento de mi psiquis sensoria, en la armonía y las tonalidades menores de las luces, sobre el fondo de la penumbra, en el ritmo suave de las orquestaciones sinfónicas, las cosas pierden su perfil concreto, el mundo se vuelve irreal, es decir, vuelve a surgir en una realidad distinta y yo siento el equivalente psíquico y espiritual de las formas. Hay una correspondencia entre los distintos planos de evolución, porque la esencia de las cosas que se destila en los planos más elevados, se proyecta como una sombra en los planos más bajos. Y, esto, es lógico, porque cada unidad está conectada a la superior, en la línea de la evolución.

Mi ascensión de dimensión conceptual, entonces, me permite elevarme desde la proyección concreta a la substancia espiritual. Es por esta correspondencia, entre los distintos planos, que es posible hablar en forma de parábolas, que el simbolismo ha podido manifestar los principios abstractos, las realidades más difícilmente imaginables para los incultos, manifestándolas en su sombra más densa o proyección concreta que, asimismo las contiene, aunque veladamente. Se ha conseguido, así, dar expresión, sensorialmente accesible, a la realidad abstracta de lo superconcebible, llevándola a nuestro mundo, revestida con una cáscara que la hace tangible. Yo deshago esta reducción subiendo la corriente en dirección opuesta: labor cuya función es la de desgarrar los velos y superar los símbolos para devolver a la luz de la comprensión aquella verdad que en ellos – por las exigencias de la psiquis humana involucionada – ha tenido que ocultarse. Hemos visto, de esta manera, el contenido científico de la Trinidad.

Veo, detrás de los sucesos, en el mundo de los fenómenos histórico-sociales, la sutil urdimbre en que se entrelaza la causalidad proyectada hacia el efecto, veo el progresar de un concepto hacia la meta, veo el hilo que sostiene, como un collar, la serie de los episodios y el desarrollo lógico que guía la marcha del fenómeno histórico. En el mundo de la materia inorgánica siento el remolinear interior de los átomos, sus atracciones y repulsiones, sus abrazos por afinidad, el dinamismo de sus corrientes eléctricas, el combinarse y unirse de sus movimientos planetarios en fusiones que dan los diferentes tipos de las individualizaciones químicas. Yo no adquiero conocimiento de los fenómenos por adquisiciones culturales particulares y múltiples, con el método común que repite el saber de los otros, sino que poseo un sentido único de orientación que me abre el camino de la comprensión de todos los fenómenos.

No comprendo cómo la ciencia pueda imaginar que, contando cuidadosamente, por ejemplo, el número de las hojas, observándolas y describiéndolas, se pueda llegar a la comprensión del principio de la vida de las plantas: yo siento la absoluta impotencia sintética del método de observación. Pero todo fenómeno, sin multiplicación de casos, lleva en sí escrito toda su ley y es suficiente escucharla. El método experimental me da la impresión de la ceguera, que necesita recurrir al tacto. En lo profundo de las cosas hay, indiscutiblemente, un principio que las rige; este principio yo no lo busco penosamente por los caminos largos y laboriosos del análisis y de la hipótesis, sino que lo alcanzo por percepción directa a través de un sentido mío propio de la verdad, un nuevo sentido de orientación conceptual que sintetiza y supera todos los demás. Avanzo, así, por instinto, por continua registración de totales, sin distraerme en lo particular; alcanzo el conocimiento por deducción, descendiendo en lo particular desde los principios que con anterioridad he intuido y que todo lo contienen; no busco nunca el camino largo que sube lentamente en sentido opuesto; veo cada problema, aún si mínimo, nunca aislado, sino siempre en correlación y resuelto en relación a la organización de toda la fenomenología universal. Únicamente con este método se podrá hallar una síntesis y encontrar la unidad.

El uso de este método, primero intuitivo y luego deductivo, se hace necesario hoy, como método sintético y unitario, para contrabalancear la dispersión del conocimiento a que por propia naturaleza, debía lógicamente llegar el método inductivo; si con un cambio radical de orientación intelectual no se reacciona en contra de esa tendencia, se acentuará siempre más el aislamiento del saber humano en la especialización y desorientación, frente a las causas primeras. Este estudio que yo hago se encara con los males congénitos de la ciencia moderna y se propone curarlos. Dije ya que evolución es unificación, y si el tiempo es el ritmo de una evolución necesaria, debe él traer necesariamente unificación. No puede existir otra meta ni otro porvenir. Es natural que ascendiendo yo evolutivamente a superiores dimensiones conceptuales, haya rápida y espontáneamente hallado la unidad. El método de la intuición es, pues, el método

unitario y sintético que debe dar un mañana a la ciencia y al pensamiento humano. Solamente así se puede hallar la unidad, alcanzando las relaciones entre los fenómenos, más aparentemente alejados que, a pesar de ello, se sienten mutuamente y se influencian. El conocimiento moderno se ha desarrollado tan gigantesca y desordenadamente que tiene necesidad de reordenación, de deshojamiento; la idea múltiple de lo particular tiene necesidad de ser reducida a la idea simple, central y sintética que lo dice todo más brevemente y es necesario saber hallar, luego de haber creado tantas disciplinas, también los lazos que las unan, - mientras intentan alejarse – para refundirlas en una verdad que debe ser simple y única. Son peligrosas estas especializaciones, hoy tan de moda, que no corresponden a la realidad de los fenómenos, que "nunca" existen aislados; estas son posiciones falsas a causa de las cuales la mente del estudioso se desvía sobre la cima de una ramificación última del mundo fenoménico y del saber humano. Este separatismo, si es utilitario, termina por eliminar hasta la visión exacta del campo particular de la especialización. Hay que quedar adherentes, siempre, al tronco y verlo todo siempre en función de las grandes líneas centrales del organismo universal. ¡Y pensar que estas líneas centrales – que son fundamentales para el conocimiento – la ciencia las está buscando aún y tiene todavía que hallarlas! Mi método sintético, en su monismo, combate esta carrera actual hacia la dispersión conceptual.

De todo esto se deduce cómo, racionalmente, yo controle y domine mi trance. El hecho nuevo, en el mundo medianímico del presente y del pasado, creo que sea, precisamente, esto: el haber llevado el trance a un estado de exactitud científica. En mi estado de inmersión en las nóures, mi conciencia queda siempre presente; más bien lo es doblemente, como más profunda conciencia que implica una capacidad superior de juicio que la normal. Estamos pues en las antípodas de la común mediumnidad intelectual pasiva e inconsciente. Hay, mejor, en mi caso una intensificación de lucidez y potencia conceptual, una dinamización de actividad intelectiva y así se debe – y sólo así se puede – entender mi mediumnidad. De otro modo no podría escribir estas mismas páginas, porque normalmente recurro, oscilando entre los dos centros, a esta psiquis superior mía que me permite alcanzar más altura, apenas la dificultad del asunto, me hace sentir la necesidad. Dije al principio que mi mediumnidad es progresiva; y bien, la evolución de ella va, precisamente, desde la forma menos consciente, tal como era en los primeros ***"Grandes Mensajes"***, a la forma cada vez más consciente, tal como es en ***"La Gran Síntesis"*** que, por su misma profundidad conceptual, implica un control más severo de la mente.

* * *

Me he referido, al principio de este capítulo, a las condiciones óptimas habituales de mi registración medianímica. Ello no quita que no pueda sentir y registrar, también, en otros ambientes, además del de mi estudio, si bien su elección tenga siempre importancia capital, por cuanto mi ser vibra de todo lo que lo rodea. A veces el destello de conceptos estalla de imprevisto, aún en medio del resonar psíquico – tormentoso para mí – de la

presencia de personas heterogéneas; una imprevista e inadvertida sensación puede excitar la visión interior. Mi psiquismo se ha acostumbrado, al fin, a esta audición por la que afloran, a mi conciencia, concepciones imprevistas, que me parecía ignorar. Yo mismo mientras escribo, en este momento, me asombro de los conceptos que nacen en mí de imprevisto, de modo que no llego a conocer todo el argumento hasta tanto no se halle finalizado el tratado. Pero en ambientes no adaptados, la audición no puede resultar más que desordenada y fragmentaria. Ambientes bien sintonizados son los de las montañas, de la campiña tranquila, sobre todo la soledad de los bosques. Los grandes árboles tienen, en el lento fluir de su vida, algo de tan sabio y tan pensativo, que me siento guiado en una atmósfera de meditación. La vida vegetal, tal vez por su complementariedad con nuestra vida animal, da una sensación de descanso y de pureza; la vida humana, especialmente en las grandes y rumorosas aglomeraciones, da una sensación de sofocación. Un ser, de naturaleza sensible como la mía, no puede dejar de sentir todas las emanaciones de cada ambiente. Toda cosa, todo ser, tiene su voz.

Siendo el fenómeno inspirativo de naturaleza vibratoria, es fundamental en él la armonización vibratoria del ambiente. Expliqué, ya, cómo yo preparo la interior armonización conceptual, partiendo de una primera armonización exterior, óptica y acústica, del ambiente, cuando trabajo en mi estudio. Afuera, todo es naturalmente armónico ya, las formas, los colores, los sonidos; las luces del día se armonizan en el cielo y en la vegetación y armónico es el pensamiento de la vida que – aún en la lucha – está equilibrado en la convivencia. Estas armonías son, para mí, vías musicales que incitan a la oración y llevan a la concepción del bien. Es por eso que en las iglesias se toca música y se canta. Pero así como en los teatros se presta atención a las cualidades armónicas de resonancia acústica, así en los ambientes de oración – que es fenómeno substancialmente medianímico – las cualidades de resonancia espiritual deberían ser cuidadas, como base de fundamental importancia, si se quiere que el templo responda a su función de elevación de alma. Hay iglesias espiritualmente mudas, desde el punto de vista de las vibraciones psíquicas, sordas y desarmónicas; e iglesias que a pesar de ser humildes y sin adornos, tienen las paredes saturadas de las vibraciones de fe que, por siglos, las generaciones entre ellas generaron y proyectaron. Mi oído psíquico siente, de golpe, estas resonancias; mi alma responde a estas emanaciones que, las antiguas paredes me restituyen, que el alma de generaciones implorantes durante siglos, le han infundido. Y en estos ambientes alcanzo óptimamente mi sintonización medianímica. Algún día la ciencia registrará estas absorciones de vibraciones, estas emanaciones de estados de alma, estas corrientes nóuricas que las paredes pueden devolver y de las cuales algunos ambientes se encuentran saturados. Entonces una restauración artística más consciente – aunque estuviera en consonancia con los criterios del ojo y del estilo – se cuidará bien, antes de llegar a ciertas demoliciones irreparables, porque demolerán la atmósfera psíquica de los siglos, que puede estar vivísima aún en ambientes estilísticamente desentonados. Esa atmósfera es la flor más delicada de la fe, la más evanescente, la belleza más sutil de un templo, su más grande valor espiritual. Es

fundamental el problema de las nóures, también en estas concepciones de arte. No de otra manera podría explicarme la actual idolatría inconsciente por el 300[1], que como una instintiva búsqueda del alma hambrienta, que pide a las viejas paredes las vibraciones de una fe, potente en aquel entonces y que hoy parece perdida para siempre. De esto se deduce toda la vacuidad espiritual que representa la mentira de ciertas reconstrucciones modernas en estilo.

En ningún sitio la sinfonía es tan cacofónica como en las grandes ciudades modernas. Aquí, de cerca o de lejos, no puede ayudarme más que el círculo de las simpatías que, a semejanza del medianímico, aprieta, a mi rededor, el anillo de la comprensión. Afuera, la belleza de la naturaleza representa una armonía inmensa y espontánea, que guía hacia la sensación directa del pensamiento de Dios. ¿Hay ambiente más armónico que el de la naturaleza en donde todo está sintonizado en el concepto divino? ¿Hay llamamiento más dulce y potente que esta vibración en la que se organiza el universo? Cuando desde lo profundo de los seres y de las cosas, surge una semejante emanación, la sintonización es fácil. En las ciudades, todo ello está alejado por millares de barreras y, la atmósfera espiritual que emana de las masas humanas, es baja y sucia; domina en ella sentimientos violentos, ávidos, egoístas, deprimidos, disgregantes siempre, que quitan energía e inhiben el fenómeno. La psiquis del sensitivo viene molestada mucho más aún, porque son vibraciones de tipo humano, más cercanas, por propia naturaleza, al sujeto, por tanto, más propensas a interferir, que las otras disonancias de la naturaleza, evolutivamente más alejadas, las que son reabsorbidas, además, en la potencia del orden universal. En las ciudades la presencia de ondas-pensamiento muy brutales, es inmediata, invasiva; es un asalto de vibraciones ofensivas, de carácter ínfimo, equivalentes – en los efectos de la registración – a los disturbios, a los ruidos parásitos y a las interferencias en la audición radiofónica. Para que la recepción inspirativa pueda resultar pura, se exige pureza de ambiente, de ánimo y de fines. Por este motivo debe ser fundamental la purificación del médium, problema, éste, que trataremos separadamente más adelante. Toda vibración que carezca de equilibrio y de elevación moral actúa como molestia, aparece como una mancha en la registración, lleva a la distorsión de las imágenes conceptuales. Elevando la naturaleza espiritual del médium, se hace más difícil su resonancia a las vibraciones bajas, propensas a ensuciar el fenómeno.

La presencia de ciertas personas espiritualmente hediondas, puede resultar, para el sensitivo, un sufrimiento intenso. Cuando por necesidad social él está obligado a vivir en tales ambientes, su alma se ve impelida a encerrarse en sí misma y no se abrirá más, porque está sólo obligada a defenderse. No puede imaginarse qué condena es, por tal causa, estar obligados a veces, a vivir en medio de ciertas suciedades espirituales, donde el sensitivo se sofoca, mientras que los otros respiran a pleno pulmón. Todo es relativo, y es cuestión de oído. En el caso de mi mediumnidad, la naturaleza de la onda psíquica

---

[1] Por el arte del 1.300 – Siglo XIV.

de las nóures que me embisten es de una tal delicadeza, que fácilmente se resiente de todos los estados psíquicos del ambiente, o en otros términos, una fuente de emanaciones psíquicas de carácter moralmente bajo tiene un poder deformador de la onda misma. Se puede conseguir el aislamiento pero a costa de reacciones, es decir, estableciendo un estado reactivo que, para el médium, representa un gran desperdicio de energías que necesita para sí, y, ello, con perjuicio de la registración. Cada ruido, cada desequilibrio de sintonización, el mínimo disturbio de cualquier naturaleza, hace precipitar la tensión nerviosa – a veces dolorosamente – si es brusca y viene de improviso, destruye la visión al inmediato reaparecer del mundo sensorio. Estas afirmaciones tienen un alcance más vasto que aquellas que se refieren al fenómeno en estudio, porque nos abren horizontes nuevos, en el campo de la ética, dándonos, de ésta, no ya solamente una concepción filosófica y religiosa, sino una concepción científica, vale decir, de cantidades valuables como un estado cinético-vibratorio de la psiquis humana, que el médium siente cual centro constantemente radiante de nóures, de corrientes que puede definir y la ciencia, algún día, las individualizará en la clasificación moral de ellas, con registraciones y mediciones exactas.

De todo esto se deduce el tormentoso esfuerzo que la sociedad impone a estos sensitivos que, sin embargo, están obligados a dar gratuitamente el fruto de su propia vida, para no caer en sospechas. Tienen que estar en el mundo de todos, donde hay que ganarse, con el trabajo, el derecho de vivir; tienen que soportar los choques proporcionados a la sensibilidad normal, aplastantes para ellos. Médium, ser sensibilísimo, muy vulnerable por tanto, y por tanto muy desgraciado. Y éste es el verdadero martirio lento que debe completar el propio apostolado. Es evidente para ellos que, por tener que vivir proyectados hacia el futuro, viendo cuánto hay todavía que progresar, el mundo humano deba parecerles bárbaro, feroz y, a veces, terriblemente inconsciente. Sin embargo, si el deber que imponen los tiempos es el de ir al encuentro del pueblo, éste es su primer deber, porque ellos están siempre más arriba. Al pueblo hay que indicarle y abrirle los caminos activos de la ascensión, porque no sabe y precisamente porque no sabe se lanza por los caminos que encuentra abiertos. Es imposible imaginarse la tenacidad de resistencia, la mole de inercia que representa el hombre medio, aquel que impone las normas de la vida social. Es un verdadero quebradero de cabeza el golpear contra esa masa bruta de psiquismo humano, tanto más feroz cuanto más ignorante es. Sin embargo, los tiempos imponen la nivelación, la que puede resultar, no ascensión de los peores, sino descenso de los mejores. Si esta inmersión en masa en los derechos de la vida es la gran obra de civilización interior de los tiempos – extendida en el número más que ahondada en cualidad, a favor de una sola clase aristocrática – es de imaginarse el holocausto que represente, sobre el altar del número, para los tipos de excepción que luchan solos, por la preparación de un lejanísimo porvenir. Si la excepción no es tomada en cuenta, ella puede tener, no obstante, una función biológica, espiritual, social, fundamental. El sensitivo lucha para cumplirla, en una atmósfera sorda, lucha para no banalizarse, para no descender adaptándose por reposo, para no mutilarse en la

nivelación. Sin embargo, tiene que descender para ir hacia la elevación del hombre medio, la ascensión de las clases bajas espiritualmente, aún si ricas, porque esa es su misión. Es ley que lo Alto se incline hacia lo bajo; que el superior descienda para que el inferior se eleve, por el mismo principio unificador de la fraternidad, mediante el cual llegan desde lo Alto, al sensitivo, luces y ayudas espirituales. Este descenso es un heroísmo trágico porque trastorna las más sagradas fuerzas del alma, pero es ascensión al mismo tiempo porque implica la ayuda de las fuerzas superiores. El espíritu se rebela a estos descensos; sin embargo debe hacerlo para darse, debe olvidar la gran pasión del cielo para fundirse en la pasión humana, hecha de lodo y de sangre, para dar al hombre ignorante y doliente, un destello robado al cielo en la visión. Entonces, aunque sean juzgados de misántropos, soberbios y locos, adquieren el derecho a la soledad, para reconquistar el cielo, para volver a refrescar sus fuerzas, para reunirse con las jerarquías de los seres superiores que descienden para colaborar.

La delicadeza íntima del fenómeno inspirativo, la presencia activa en él (ambiente y sujeto) de factores que, como el moral, la ciencia ignora sistemáticamente; la característica de fenómeno consciente, sea como médium o como nóures, de fenómeno progresivo cual fase superior de evolución biológica en cuya elaboración cooperan factores como espiritualidad y dolor, todo esto define el fenómeno como tipo al que no pueden aplicarse los comunes criterios de observación y de experimento, que sólo pueden ser muy buenos para otros fenómenos. No se puede someter a los preconceptos de la ciencia un fenómeno que en sus resultados domina esa ciencia. Ese fenómeno no responde al mandato de una voluntad humana, con objetivo experimental. Ante una imposición exterior, él se encierra y desaparece. El fenómeno responde a empujes y factores determinantes completamente distintos, cual una misión de bien, una excepcional necesidad del momento histórico que justifique la intervención de fuerzas en el camino evolutivo de la humanidad, por cuanto no se determina a voluntad, el tipo que la evolución lanza sobre el escenario de la vida. El fenómeno, en sus elementos determinantes y en su finalidad, supera toda la psicología de la observación y del experimento, supera toda la forma mental dada por la psicología científica del momento presente. En estos fenómenos, la mentalidad de la desconfianza, de la duda preconcebida que es la base en la seriedad científica, puede tener poderes inhibitorios sobre el fenómeno e impedir su verificación. Éste está basado sobre la sintonización psíquica y la mente del observador – que si bien no aleja, con sus emanaciones, el objeto del microscopio, ni influencia un fenómeno físico o psíquico – puede paralizar, en cambio, el funcionamiento de un fenómeno psíquico. Pues el fenómeno tiene sus defensas y se retira frente a las amenazas en contra de su vitalidad, y entonces la ciencia no logra la observación, sino la destrucción.

Son fenómenos delicados que cualquier mínimo choque puede dolorosamente disgregar; fenómenos son de cierto psiquismo que abandonando los viejos caminos tradicionales, se aventuran en vuelo por caminos supersensorios. No obstante, deben realizarse en el

mundo psíquico humano, que puede ser, muchas veces, la atmósfera más rebelde y más inadecuada. Es suficiente el estado de ánimo de la duda para determinar una corriente negativa demoledora, mientras que la fe, cualidad antiobjetiva por excelencia, tiene la máxima fuerza creadora. Se concluye de esto que la psicología de la desconfianza, que la ciencia utiliza por sentido de objetividad, como mayor garantía de seriedad, posee, por lo menos sobre los fenómenos que estudiamos, poderes destructivos. El observador se halla en el ambiente, y también él genera nóures. Es necesario, en cambio, que se halle en un estado de confianza, de fe que anime, abra el camino, dando calor al ambiente, dando oxígeno, en vez de absorberlo. Se hace necesaria esta vibración positiva de simpatía, sintonizada, modelada al unísono, por tanto apta para fundirse y sumarse, dando incremento, con las corrientes del fenómeno y no la vibración disonante de la duda, de la mala fe, que resta energía al fenómeno y lo lanza contra una corriente deformadora.

Es necesario que el observador haga un severo examen de sus cualidades psíquicas, porque éstas pesan sobre el fenómeno. Es necesario – cosa inaudita – que limpie moralmente su alma y la del ambiente, así como se preocupa de tener limpia la mesa de los experimentos químicos, para que una substancia extraña que se introduzca en sus combinaciones químicas no altere su desarrollo. En el campo psíquico, un estado de ánimo presente en el ambiente, es un elemento que se introduce en la combinación que se estudia, el cual, por tanto, debe tenerse en cuenta. Y como una operación quirúrgica puede dar lugar a graves peligros si es realizada en un ambiente infectado de microbios patógenos, así es necesario, en nuestro campo, la esterilización psíquica del ambiente. El mundo psíquico tiene sus parásitos, sus microbios patógenos, sus corrientes de vida o de muerte a las cuales está expuesto en pleno el sensitivo cuando, arrojados los involucros, se abandona con el alma desnuda a la inspiración. Es un organismo vivo, sumamente vulnerable en su delicadeza, y el mínimo choque psíquico, de los que el mundo está lleno, constituye para él una amenaza y un peligro. En la vida normal su sensibilidad está protegida por un manto de indiferencia querida; pero en esos momentos, la flor tiene que estar abierta hasta en sus más íntimas corolas, para que pueda absorber la luz.

Quien no sabe valorar estos factores y no sabe manejar con prudencia estas muy reales fuerzas imponderables; quien no se halle provisto de una adecuada sensibilidad y no posee la finura psíquica adaptada, debe abstenerse de intervenir en estos fenómenos, porque no solamente los deforma o los destruye, sino que puede inferir heridas dolorosas y dañinas en la sensibilidad del médium. Se trata de una nueva y muy sutil química del porvenir en la que se combinarán, en nuevas armonías o disonancias, los elementos de novísimas sinfonías fenoménicas progresantes. Si la ciencia no consigue evolucionar y transformarse como método, como premisa y como concepto directivo, nunca alcanzará estos fenómenos. Los destruirá, los contorcerá, sin comprenderlos. Esta percepción inspirativa puede ser comprendida como una plegaria, porque implica una elevación espiritual que es introducida en la corriente, sobre la línea de las fuerzas buenas, es

decir, positivas y creativas del universo. La visión de la verdad es una ascensión del espíritu hacia la unidad. La investigación científica a este nivel es oración, es religión, es santidad, y no puede progresar sino sintonizándose con la armonía del universo, por cuanto, a cierto punto, lo verdadero y el bien se identifican y, sin el bien, lo verdadero se rehusa al conocimiento y se cierra a la indagación humana.

III

EL SUJETO

Hemos visto las características fundamentales del fenómeno inspirativo, haciéndolo mover en su ambiente y tal como yo lo he vivido. Pero desde que en la naturaleza nada sucede en abstracto, sino siempre individualizado en su caso particular de la realidad concreta, no se puede prescindir del sujeto entendido como organismo físico y psíquico, como instrumento a través del cual se realiza el fenómeno. En un principio es necesario ser particulares para ser verdaderos. Sólo luego se puede generalizar. Es por esto que no aíslo el fenómeno de la forma concreta de su ambiente. Y este conocimiento tengo el deber de ofrecerlo, yo, porque más inmediatamente lo siento y lo poseo, mientras que los otros no podrán obtenerlo más que por caminos más alejados e indirectos.

He hablado de ciencia. Pues, la verdadera ciencia no puede ser un hecho exterior, mecánico, aplicable a todos, como comúnmente se hace hoy, sino que es una cualidad interior, un estado profundo de pensamiento en que toda la personalidad debe transformarse. Ella debe cambiar la concepción y el régimen de vida, el modo de sentir y actuar. Es algo inmensamente apartado del barniz cultural que hoy, con universidad y laureles, puede aplicarse sobre la piel de todos y que nada es, porque substancialmente nada desplaza por cuanto si el individuo es un salvaje, lo deja perfectamente salvaje. Es esto un mecanismo exterior utilitario; la verdadera ciencia es una cosa profunda, totalitaria, un trastrocamiento de alma, una religión y una fe, frente a las cuales ya no se puede sonreír con escepticismo ni permanecer agnósticos. La verdadera ciencia es apostolado y martirio, y no puede nacer de la psicología del lucro.

Todo ello he tenido que vivirlo, para llevar a buen término mi obra. Si no he llevado a cabo el esfuerzo de una preparación cultural en el sentido común, he tenido que realizar aquel otro, mayor, de cambiarme espiritualmente, hasta el punto de saber lograr y palpar las fuentes del pensamiento. Los cursos culturales los he seguido dentro de mí mismo, solo, de cara al misterio, guiado por las leyes biológicas, sostenido por las gigantescas fuerzas de lo imponderable. No creo en los reconocimientos humanos. Creo en ese otro

tipo de saber, en el que hay que ser, más que parecer, y que sirve para la eternidad. Creo en esta otra sabiduría en la que se mueven las fuerzas de la vida y que no puede mentir, porque es conquistada sangrando en el dolor. La fuerza del conocimiento es dada sólo a quien ha sufrido mucho ante Dios. Ciertas expresiones de fe absoluta, ciertas frases audaces que arrastran, deben ser conquistadas frente a la eternidad para tener derecho de decirlas. Sólo, encaminándose por el camino de la cruz, se adquiere el derecho de juzgar. Detrás de la producción ultrafánica mía, como, por cierto, ha de suceder con otros hipersensitivos, se halla toda la historia de mi vida eterna que estalla en esta cima; hay todo un drama apocalíptico, en el que todas las fuerzas del bien y del mal, se me han desencadenado en derredor, lanzándose contra mi alma para lacerarla y sublimarla; he atravesado solo, el ilimitado desierto de la desesperación y nadie ha comprendido – en la loca danza de los egoísmos – nadie jamás ha sabido expresar un gesto de amor a mi ser quebrantado. Pero he vencido al fin. No tengo ya necesidad de la comprensión de la Tierra, porque, ella me llegó del cielo. Dejo la frase de soberbia tal cual se me ha humanamente escapado, en el primer ímpetu, para que mi alma aparezca desnuda, también en su defecto. Ahora me inclino humillado por tanta dicha, me inclino ante mis hermanos de la Tierra, porque todos tenemos que iniciar y recorrer el largo camino.

He aquí el sujeto. Mi producción intelectual es la explosión de mi pasión de bien, constreñida en un organismo científico, para que, así, se impusiera a la racionalidad humana. Hacer el bien es la más difícil lucha y yo la he querido en gran escala; un bien que nació de mi tormento y que ahora se va solo, de por sí. Esta es la reacción de mi sufrimiento: el perdón de Cristo. Esta es la idea gigantesca que, en mi obra se ha revestido de fórmulas y conceptos; esta es la pasión que se ha fijado en la vestidura racional, desde la cual irrumpe todavía y da alas al escrito. Tal se vuelve la necesidad de amar, cuando el alma se identifica con las corrientes espirituales de la inspiración.

He dicho sufrimiento. ¿Cuál sufrimiento? Físico y moral al mismo tiempo. Para comprender mi personalidad es necesario haber asimilado los conceptos de ***"La Gran Síntesis"*** expuestos como conclusiones en el campo de la evolución individual y especialmente aquellos que están relacionados: "Las Vías de la Evolución Humana", "La Ley del Trabajo", "El Problema de la Renuncia", "La Función del Dolor", "La Evolución del Amor", "Psiquismo y Degradación Biológica". No los repito. Esos conceptos los he vivido todos. El punto de vista con que la ciencia materialista remite a lo patológico estos tipos de personalidad, fue destruido por mí a fondo. El sufrimiento proviene del esfuerzo para realizar mi evolución espiritual, fundido, como estoy, en un organismo animal, que me arrastra hacia abajo, obligado a un trabajo que me arrastra hacia abajo, colocado en una atmósfera humana que me impele hacia abajo. Realmente, el espíritu tiene una fuerza titánica para saber lograr su obra en tales condiciones. En mi esfuerzo hubo horas turbias y horas en derrota. Los empujes biológicos del pasado son fuerzas reales, que reaccionan y se lanzan contra quien quiere aplastarlas. En mí, el espíritu, principio positivo, activo, que siempre da gratuitamente, viril en la lucha,

escogió el enemigo más grande, las fuerzas de la vida, de las cuales los hombres no son más que los ejecutores inconscientes (instintos) y se ha querido imponer a la materia, al pasado sobreviviente en la animalidad, el principio negativo, pasivo, que siempre pide una compensación utilitaria. No se puede pretender enseñar a los demás si antes no se ha, por lo menos, experimentado cuán difícil es forjarse a sí mismo. Este esfuerzo, realizado en la profundidad de mi naturaleza humana, en la raíz de los instintos primordiales, implica una tenacidad, un equilibrio, una lucidez, que sólo se mantienen a costa de una tensión y presencia de espíritu intensas y constantes. ¿Se imagina, el lector, qué significa tener por antagónicas las fuerzas biológicas? Quien vive de instintos y no discute la propia naturaleza humana y vive de acuerdo con los empujes milenarios y va con la corriente, no puede imaginárselo. Pero yo soy un revolucionario y un rebelde y todas las fuerzas atávicas se encarnizan en torno del violador que quiere superarlas. He vivido días de tempestad, en que toda la borrasca del universo parecía agredirme. El bien y el mal son fuerzas reales y yo, en mi hipersensibilidad, he medido todo su ímpetu. He agonizado en poder de corrientes barónticas que me querían estrangular. He luchado y defendido paso a paso mi camino, calculando el asalto y la resistencia, con la estrategia consciente de quien quiere dominar y vencer. Mientras me abandonaba al éxtasis de los místicos para ascender, controlaba racionalmente con objetividad científica las posiciones, para consolidad las bases. No se vuela sino mediante largos experimentos en los que se debe conquistar una técnica compleja. Y yo he relatado, en términos de ciencia, los caminos de las ascensiones espirituales de los místicos. Y todo esto no fue más que uno de los aspectos de mi sufrimiento.

Debo hablar de todo ello porque ilumina mi inspiración, pues este doloroso esfuerzo del despegue de la naturaleza inferior, que he dejado tras de mí a lo largo del camino de mi existencia, sangrando a jirones, fue la condición de esa mediumnidad; la preparó, la explica. De esta manera defino su tipo, es decir, aquel tipo de cierto estado de hiperestesia nerviosa y superpsiquismo intelectual, alcanzados a través de las vías normales, que están en la continuación de la evolución orgánica darwiniana. Fue a través de esta labor de superaciones biológicas, que yo pude alcanzar esa transformación de mi conciencia en la superior dimensión conceptual que me permite la visión, el uso, del nuevo método de indagación por intuición y la captación de las nóures, que son el centro de este estudio.

Tracé las relaciones entre el desarrollo espiritual, ascensión moral y mi tipo de mediumnidad en un artículo: “Selbstbeobachtete Medialität” “Geistige Entwicklung und sittilicher Aufstieg als Faktoren einer hohen Medialität”[1]. Apareció en la **“Zeitschrift für metapsychische Forschung”**[2], dirigida por Schroder, de Berlín. Pues, esto que

---

[1] “Auto-observación de la Mediumnidad – Desenvolvimiento Espiritual y Ascensión Moral como factores de una Mediumnidad más Elevada”.

[2] Revista de Investigaciones Metapsíquicas.

llamo mediumnidad, no es sino la progresiva realización de mi desarrollo intelectual, alcanzado no por vías culturales exteriores, sino mediante la sensibilización lograda a través de la purificación moral y orgánica de todo mi ser físico y psíquico. Si, como ya dije, toda emanación baróntica contamina el fenómeno, yo tenía, ante todo, que eliminar de mi organismo la génesis de tales vibraciones; tenía que apartarme de ellas evolutivamente para alcanzar a no saber ya contestar – entrar en resonancia con tales ondas – para saber, en cambio, entrar en resonancia con ondas moralmente y conceptualmente de calidad superior. Como vemos, llego a la conclusión – cosa desconocida para la ciencia – que la verdadera cultura es un hecho también de carácter moral; que las puertas del conocimiento no se abren sino a que se ha hecho digno y dé garantías del buen uso que, de ello, hará. Pero bien; como estas superaciones biológicas de las ascensiones morales no se consiguen más que a través de una lucha titánica contra las resistencias del misoneísmo atávico y no se vencen sino cuando el incendio del espíritu se empeña en la lucha contra las actuales leyes biológicas, el fenómeno de la inspiración está estrechamente condicionado por ese doloroso esfuerzo de liberación. He aquí por qué he tenido que hablar de dolor. Es justo, es lógico y científicamente equilibrado que, la mayor potencia y felicidad que la evolución confiere, tenga que ser ganada y sea compensada en el esfuerzo de la conquista. He tenido que hablar de sufrimiento porque es condición de ascensión espiritual y, ésta, condición de la inspiración que, para mí no fue donación gratuita. Así, este libro, que trata de las nóures como cualquier argumentación mía sobre la mediumnidad, debe ser, a la vez, el libro y el discurso de la ascensión moral, de la purificación espiritual.

Si en otra parte puse el dolor en la base de la evolución (redención), debo agregar, aquí, que el dolor va colocado en la base de la mediumnidad inspirativa. ¡Cuántos nuevos factores extraños y sutiles, tenemos que tener en cuenta; factores del destino que no se determinan a voluntad, que no existen en los laboratorios de experimentación! Para poder adelantar en la investigación científica y ver en lo íntimo de las cosas, es necesario la sutilización del instrumento de indagación: la conciencia. Es necesario, pues, introducir en la ciencia, si queremos adelantar, no ya solamente microscopios y telescopios, rayos e instrumentos, sino bondad de vida y rectitud de intenciones, cuales corrientes positivas que pesan sobre el fenómeno. En mi caso, la relación entre el factor lucidez inspirativa y el factor pureza moral, es tan estrecha que podría trazar un diagrama para indicar la marcha paralela del desarrollo de ella: a un retroceso moral sigue inmediatamente un enturbamiento de la visión intelectual. Profundidad de visión y pureza de registración no se obtienen más que ahondando cada vez más en lo profundo del ser el proceso de purificación, precisamente para atribuirle la capacidad de resonancia y de sintonización por afinidad con las noures más puras, más profundas y, por consiguiente, más potentes, más cercanas al centro espiritual del universo. Por eso he hablado, en mi caso, de mediumnidad progresiva, reducible a un proceso evolutivo normal. Podría usar la terminología mística y religiosa que, para mí, es equivalente a la científica, pero ésta es más apta para precisar y mejor responder a la moderna forma

mental. Solamente ahora, después de estas últimas observaciones, es posible comprender completamente mi caso, expuesto al principio.

Este sufrimiento que está en mí no es pues patológico, sin embargo se comprende su normalidad que está justificada por las condiciones particulares por las que atraviesa mi personalidad – no equilibrada como es aquella de la media, en un ambiente de fuerzas proporcionadas – sino lanzada a una fase en que ese equilibrio soporta desplazamientos violentos, por la introducción, en el campo dinámico de mi vida, de nuevos empujes. Para comprender mi caso es necesario comprenderme a mí y a estos problemas; esta no es pues una cuestión ociosa. ¿Desequilibrio, entonces, se dirá? Pero esto es el primer desequilibrio del vuelo que se ha equilibrado ya en un equilibrio más dinámico y más ágil; esto es un desequilibrio que, también en el período de las formaciones, fue por mí guiado para llevarlo a estos resultados y constreñido en los límites de una intensa productividad. Siempre he dominado este desencadenarse de fuerzas, para que no me desorientara y la pseudo-neurosis cayó esclavizada a mis pies: esto significa un equilibrio y una potencia más que normal. Pero yo, de esa destrucción de animalidad, que desarraiga egoísmos, avideces, pasiones, he renacido a una vida más grande, a una juventud de espíritu que no muere nunca. Y esta fue mi más grande conquista, mi redención como Cristo nos la ha señalado, alcanzada en la cruz a través del dolor. Y Él, primero, obedeció a la Ley para mostrarnos, también para Él, la necesidad de seguirla, y cómo sea, ella, sentida tanto más inviolable cuanto más se asciende a lo Alto en la armonía del orden divino. Conceptos que la ciencia no puede comprender pero que, sin embargo, están en la base de la evolución humana.

“Si ascendemos a más altos niveles”, dice una registración mía, “parece que la vieja forma biológica que se atrofia, no puede soportar más el psiquismo hipertrófico y surgen aparentes desequilibrios, que la ciencia, no sabiéndolos comprender, define como patológicos, haciéndolos entrar en las formas de la neurosis”. Mucha atención, pues, para no engañarse con observar superficialmente basándose únicamente en algún síntoma; a no coligar, así ligeramente, lo patológico con lo supernormal, colocando a ambos igualmente fuera de la ley, que es considerada verdadera sólo porque es de la mayoría. No elevemos, con esta adoración del tipo medio, un monumento a la mediocridad humana y aprendamos, finalmente, a vibrar de una pasión más elevada que aquella del eterno comer y reproducirse, ensoberbecerse y enriquecerse; quebremos, de una vez, el ciclo en el cual se repite siempre la animalidad humana. Pero otra es la verdad. Cada forma de vida elabora – apenas nacida – sus defensas y, quien ha abandonado, sobre el camino del perdón y del amor, siguiendo a Cristo, sus ofensas y defensas no por ello queda desarmado; igualmente debe luchar su lucha. Tiene el conocimiento y se mueve en un mar de luz. Aún si la agresividad humana imprime en su alma la derrota de una hora, él siente y atrae las fuerzas del universo; tiene la potencia de la sinceridad, de la verdad, de la justicia; lucha por un principio, por un ideal, y, esas fuerzas se sublevan como por una violación de sí mismas y del principio divino que las

rige, cuando quien habla, en nombre del bien, es aplastado. Quien ha echado lejos de sí las armas de la lucha humana, toma aquellas más sutiles y potentes de una lucha más digna.

Mi sufrimiento es dado por el hecho de que, llegado el espíritu a un determinado nivel, no sabe y no puede ya adaptarse a vivir en la cárcel sensoria del organismo corpóreo. Quiere, en todo momento, evadir su cárcel, la prisión que representa todo el ambiente terrestre. Es trágico oír el canto de la gran patria lejana, invocada en la tierra de exilio y no poderla alcanzar. Es un contraste maravilloso y sabio de fuerzas, en el que el espíritu está obligado a inclinar su potencia sobre la materia para sacudirla, animarla, arrastrarla consigo a lo Alto, ya que no puede apartarse de ella y abandonarla. Sólo ese ambiente denso ofrece la resistencia necesaria para hacerla una palestra de entrenamientos. He aquí por qué se nace en este mundo con tal incendio en el alma. Ésta debe, pues, calmar su impulso, estudiar el ambiente, analizarse a sí misma, canalizar sus fuerzas hacia una productividad real. Y en esta compresión de impulso el espíritu se potencializa, se concentra y el alma sumida dentro de sí por un exterior que no la satisface porque no le corresponde, parece hallar en esta compresión, la fuerza para descender en lo profundo, siempre más en lo hondo y allí, en las grandes fuentes de la vida, adquirir potencia. Entonces y sólo entonces, cuando por la sabiduría divina se encuentra, así, encerrada en esta mortaja, se emprende, obligados y con la fuerza de la desesperación el camino de la propia evolución, continuándola en el de las ascensiones espirituales. La sabiduría que en el pasado ha creado los nuevos órganos y organismos, los nuevos instintos y las nuevas aptitudes psíquicas, ha obedecido a esta misma ley de necesidad de expansión comprimida, de necesidad de vida o de muerte. La evolución es una fuerza irrefrenable y cuando se está en la encrucijada, en la época paleontológica como hoy en la fase de la evolución psíquica, hay que elegir: o avanzar o morir. Muchos cuando llegue su hora, tendrán que hacer lo mismo.

Todo esto sirve para hacer comprender por qué, como base de mi mediumnidad, yo coloco, en condición de fundamentales, el carácter de normalidad, en cuanto es fenómeno biológico, y el de progresividad, en cuanto es evolución moral. La desarmonía entre el hipertrófico desarrollo psíquico y la funcionalidad orgánica, necesariamente llevada hacia la atrofia en progresivas reducciones, lleva consigo un continuado y sutil sufrimiento nervioso, no localizado, difuso pero intenso e incesante, como una verdadera sensación de la vida. Pues que la alegría de vivir se halla transferida toda, al centro psíquico del espíritu. Así, el proceso de purificación es completo y profundo, como para afectar también los estratos profundos del metabolismo orgánico. Este proceso de íntima renovación, que crea nueva funcionalidad, ocasiona una sensación de agonía a la vida al nivel físico, porque se realiza en profundidad; es cambio substancial de forma y modo de ser; desciende hasta tocar los íntimos movimientos electrónicos de los átomos y los movimientos vortiginosos que los coligan en la química celular; es realmente una transmutación de órganos y de substancia en otros de distinta composición química y de

diferente orientación atómica. La substancia cambia de forma en la evolución, es alcanzada hasta el alma de su estructura cinética. Esta purificación no es solamente purificación y trabajo moral, sino que es purificación y trabajo orgánico, que entra en el campo de la medicina.

En estos hipersensitivos, la vida orgánica no tolera más el grosero y violento ciclo vegetativo de la vida de los antepasados; paralelamente a esta hipertrofia del psiquismo se verifica una inadaptabilidad, no solamente moral, a los sentimientos de los instintos animales humanos, sino también física, a un funcionamiento vital indolente, obstaculizante, absorbedor de demasiada energía, como es el dado por la asimilación intestinal, por la respiración, por la circulación sanguínea. En cierto momento de la evolución todo esto pesa demasiado, se vuelve, ya no un vehículo de vida, sino una masa embarazosa que el espíritu, demasiado sutilizado, no puede más arrastrar y a cuyo nivel ya no sabe descender. Pero la evolución ha dado siempre el ejemplo de la creación de funcionalidades nuevas y ¿por qué debería detenerse ahora? ¿Qué es lo que puede detenerse en el universo? Y, si la evolución es un ascender, ¿dónde podrá crear, ahora, sino en el campo psíquico? Pero esto es estrictamente científico; es la continuación – que sin embargo hay que ver – de la ciencia aceptada por todos. La medicina habla de atrofias de este o de aquel órgano, que se han desarrollado en los progenitores, órganos que ahora desaparecen porque ya no están alimentados por el uso, porque lentamente fueron cerrados fuera del ciclo del metabolismo orgánico. La funcionalidad se desplaza a lo largo de la línea de la evolución, a medida que el ser progresa y abandona la forma de expresión del pasado y vuelve a plasmarse de otras nuevas. Pero, para comprender esto, es necesario haber comprendido que la evolución orgánica darwiniana no es más que el último efecto sensible de una evolución del psiquismo de la vida, que en progresivas formas orgánicas se ha expresado y se expresa. Y si se dice que algún día nuevos órganos podrán atrofiarse, tal cosa sucederá porque la atrofia se habrá efectuado de antemano en el centro psíquico, interrumpiendo por tanto, la alimentación energética por las vías nerviosas, del órgano afectado; la evolución orgánica será siempre la forma exterior de una más profunda evolución psíquica – que dirige aquella – y el desplazamiento por ella determinado en los órganos no podrá efectuarse sino cuando ella haya realizado y estabilizado sus conquistas en planos más elevados.

Todo esto había que decirlo porque yo hago de mi inspiración un caso de evolución también orgánica. No puedo prescindir, en el estudio de la captación nóurica, del estudio del organismo en el cual este fenómeno se efectúa y de las mutaciones profundas que en él, por tal motivo, se efectúan y deben de efectuarse. Todo esto está y debe estar conectado: mi método de la intuición es una superelevación de conciencia a su extremo más adelantado, aquel que está en comunicación con el otro extremo que, en mí, tiende a apagarse abandonado al pasado, es decir, la estructura y el funcionamiento de mi organismo animal. Cuanto más avanza el primero, más reacciona sobre el segundo, modificándolo. El proceso de sensibilización espiritual tiene resonancias en los más

bajos niveles del mundo orgánico y la purificación moral en lo Alto, se completa imponiendo, a la vez, una purificación celular – es decir, de células y tejidos – a la substancia orgánica. Es un hecho que con la alimentación nosotros introducimos las sustancias químicas que luego constituyen nuestro organismo. Para el sensitivo, entonces, que todo percibe también como nóures, es decir, como corrientes de emanación espiritual, ciertas substancias, vistas así en su más profunda esencia, son instintivamente rechazadas como intolerables. La grosera estructura normal resiste a muchos venenos, a los cuales, el sensitivo, no resiste más. Se desplaza la gama media de la tolerancia y algunas substancias del régimen dietético común se tornan superlativamente tóxicas. Tóxicas porque el organismo sensibilizado alcanza a percibir en las substancias nutritivas emanaciones que, antes, no percibía; y cuando él haya introducido en su organismo esas substancias inadaptables, será torturado por aquellas emanaciones, durante el largo ciclo que no termina más que con su eliminación final, a través del metabolismo orgánico. De allí la necesidad de vigilar el alimento y el por qué del surgir de nuevos sufrimientos, al más pequeño error; de allí el continuo peligro de ensuciar la capacidad receptiva de las nóures. Pues que todo el organismo del sensitivo es una orquesta resonante de corrientes espirituales y en el concierto no se puede introducir nada de heterogéneo, especialmente con el alimento, directamente en circulación. Una substancia disonante continua mandando su voz, su radiación cacofónica, mientras permanezcan rastros en el organismo. Así como he hablado – con respecto a la verificación del fenómeno – de esterilización psíquica del ambiente, hablo aquí de purificación celular. Y esto no debe ser un hecho sólo momentáneo, sino un método dietético constante, todo un régimen de vida. Por este camino se llega a tal grado de sintonización con la armonía universal, que ya no es lícito violarla sino a costa de graves sufrimientos, también en el campo moral, que está hecho de sutiles vibraciones y actitudes de espíritu. Se siente culpa, entonces, no como ventaja, sino como un dolor.

¡Pureza! He aquí extendido hasta el campo de la medicina, el sistema de los místicos. El alimento nunca ha sido el amigo de ellos; ellos estaban siempre entre los ayunadores. La cantidad pesa, el cerebro debe servir a otras funciones y atrae para sí la circulación y la nutrición de la sangre; el sistema nervioso no puede ya descender al servicio de una laboriosa digestión acumuladora de grasas. El místico es flaco, quisiera ser transparente. Sin embargo es dinámico, es un continuo relampaguear de energía. Esto demuestra que es cien veces más vivo y más joven. El largo, circunvolucionado camino intestinal en el cual el alimento se estaciona hasta la putrefacción, le trae inevitablemente una nota de veneno, en la sensación orgánica de la vida. Vencida la cantidad, es necesario dirigir la calidad, para que ese grosero sistema de reabastecimiento dinámico al que está ligado el psiquismo, pueda dar el mayor rendimiento con el menor daño posible. Tóxico se vuelve, entonces, todo lo que contiene alcohol, drogas, el fumar, las salsas, la carne, especialmente la no blanca, todo lo que es jugoso y excitante al paladar y no sea simple y puro producto de la naturaleza. La fruta, las verduras, el pescado, la leche, fermentan menos. Y luego vida al aire libre, en contacto directo con el sol y el aire; con las grandes

corrientes de la vida. Es al aire libre donde no solamente se realiza la sintonización psíquica que registra las nóures, sino que se efectúa también la sintonización de todo el organismo con ellas. El místico, pues, debe ser también un deportista ágil y dinámico en cada edad, resistente a las nieves, a los baños, flaco, bronceado, joven siempre de cuerpo y de espíritu.

La verdadera salud es un régimen. La medicina es hoy preponderantemente un desplazamiento de principios con un objetivo utilitario. Agregar substancias nuevas en el intercambio, para corregir excesos precedentes, sumando una acción violenta para corregir la natural reacción orgánica al error cometido anteriormente, es un absurdo, allí donde es necesario, en cambio, no poner causas maléficas; y cuando ello haya sucedido, no seguir atormentando al menos, al organismo, sino darle tiempo para digerirlas. Pero es como creer en los milagros, y además, las medicinas se venden, los sabios consejos no se venden y cuesta mucho seguirlos. Y así ocurre. Y así se suman los daños. Es un principio general, que se necesita dar al cuerpo lo que le es necesario, como a una máquina su alimento, el combustible; y esto según el trabajo que se exija del organismo.

Hasta hace pocos años la mayoría humana no hacía más que trabajo físico; le era, pues, necesaria la carne; las comidas pantagruélicas a lo Luis XIV podían ser su sueño y necesidad fisiológica. Pero en un tipo de hombre que hoy se va normalizando para funciones prevalentemente nerviosas y psíquicas, ese sistema es tóxico; en mi caso, insoportable. Cuando el trabajo de la vida es casi exclusivamente psíquico, la alimentación debe ser adecuada. Es muy lógico. Y diré más. Día por día, según el trabajo a cumplirse, sea físico o psíquico, la cantidad y cualidad del alimento debe cambiar proporcionándose a ese trabajo. Y si el trabajo es habitualmente sedentario e intelectual, el régimen dietético debe ser habitualmente vegetariano.

Así la espiritualidad se completa hasta en los más bajos niveles de la evolución orgánica, y sobre ésta, reacciona donando también al organismo físico sus cualidades de juventud perenne. La causa de la vida, su motor es el espíritu; más espíritu se es y más se domina el decaimiento senil y se siente que la muerte no mata. Se envejece, entonces, hacia una juventud que está llena de fuerza, porque es fiesta de espíritu. ¡Envejezco y no muero; moriré y viviré: experiencia sublime!

IV

LOS GRANDES INSPIRADOS

He hecho conocer el examen de mi caso individual, para remontarnos a una visión más elevada del fenómeno, observando los casos de mediumnidad inspirativa que la historia nos ofrece. Semejanzas y puntos de contacto, me permitirán establecer la ley del fenómeno, mucho mejor que la observación de un solo caso. En el anterior estudio de anatomía psíquica, he realizado la vivisección de mi alma. Ello era necesario para la comprensión de mis escritos medianímicos, de los cuales, el presente, es el complemento y la lógica continuación. Y este caso mío, medianímico, se desenvuelve sobre el panorama grandioso de muchos casos mayores. Todos estos, aunque muy distanciados por importancia histórica y por potencia y, a pesar de las naturales diferencias dadas por el temperamento del médium, por la naturaleza particular de las circunstancias y del ambiente que se imponen a su labor, todos estos casos tienen un fondo único, notas características comunes, que renacieron también en mi caso menor y, ello, convalidad mis afirmaciones e interpretaciones del fenómeno con esta teoría de las nóures. Distintas palabras se han utilizado para definir a estas nóures: inspiración, visión, éxtasis, arrobamiento, intuición, mediumnidad, el demonio, las musas, el espíritu, el subconsciente, la superconciencia, etc. El misticismo, las religiones, el espiritismo, la filosofía, el arte, la psicología, toda actitud del pensamiento humano, ha creado su expresión y ha observado el mismo fenómeno desde un punto de vista suyo particular. El místico, el santo, el profeta, el poeta, el artista, el héroe, el científico, el inventor, en una palabra, el genio en todas sus formas, ha vivido, igualmente, ese fenómeno. Fenómeno propio de los grandes adelantados en la evolución, de los cuales, por tanto, el genio no es más que el anticipo que agita la antorcha del espíritu en medio de la gris normalidad. El fenómeno es universal y tan antiguo como el hombre; o mejor aún, fue precisamente, en la antigüedad cuando se le honró mayormente, cuando el conocimiento se alcanzaba directamente por revelación y el método intuitivo y deductivo, que la racionalidad humana ya no sabe usar, era, muchas veces, el único método de indagación para la solución de los problemas y para la conquista del saber. El alma humana, entonces más virgen, parecía estar aquí más cerca de los orígenes, como para poder beber directamente en ellos. Hoy el pensamiento ha decaído, precipitándose en el fondo de la racionalidad y ya no sabe hallar los principios. De estos grandes contactos espirituales nacieron las revelaciones.

Entramos aquí en un mundo maravilloso. Al fenómeno de la registración inspirativa ya no se le puede contener dentro de los límites de un fenómeno científico; este caso está para la simple captación nóurica, como un relampaguear en comparación con la centella eléctrica, porque el hombre viene levantado en un turbión frente a Dios, centro

conceptual del universo, el cual aparece y se revela para señalar los destinos del mundo. Si en mi pobre caso he tenido que hablar de ascensión espiritual y purificación, como condición de una sintonización que no puede suceder más que por afinidad, ¡en qué vórtice de potencia se habrá efectuado la transhumanización de aquellos grandes inspirados que han leído el pensamiento de Dios! Aquí se toca el caso límite de la humana posibilidad de ascensión. Si la recepción nóurica es fenómeno de elevación humana a las altas esferas de lo superconcebible, ¡a cuál tensión del ser, a cuál vértigo de altura, a cuál vértice de potencia habrá llegado el alma humana, en estos casos! ¡Y cómo se vuelve pequeña e inadecuada la ciencia y su análisis frente a estos fenómenos que rigen la historia del mundo! Frente a los grandes inspirados, a estos gigantes que se han movido en una atmósfera de pensamiento titánico, frente a la potencia de estas fuerzas vivas del espíritu que descienden sobre la Tierra para fundirse en la Historia, para dar el soplo de vida a las civilizaciones y orientar el progreso del mundo, frente a las revelaciones que han bebido por contacto espiritual directo la verdad de los orígenes primeros del pensamiento de Dios, ¿qué se vuelve la ciencia con sus métodos exteriores, con sus preconceptos inhibidores, con la inseguridad de sus dudas y sus hipótesis? ¿En qué se transforma, frente a estos fenómenos que superan al hombre todo, la pobre ciencia humana extraviada en las tortuosas vías del análisis y que en la pequeña técnica de la experimentación quiere juzgarlo, aprisionarlo todo? La ciencia, con su método, ha puesto, ella misma, sus propios límites, obligándose a la incompetencia en estos casos en que actúan en el fenómeno, factores trascendentales. En estos casos las nóures han llevado tan arriba al hombre, a lo largo de las jerarquías ascendentes y convergentes hacia la Divinidad, que el fenómeno no puede ser reducido a un concepto científico, porque se efectúa fuera del mundo y de su ciencia.

Las religiones – esta orientación dada por lo Alto al espíritu humano para guiarlo en el camino de sus ascensiones – son un descenso del espíritu divino a través de las revelaciones. En el fondo de éstas hay una sola y única religión que marcha y en la que, adaptándose a la psicología de los pueblos, en las formas del tiempo, la idea de Dios avanza. Avanza desde la Atlántida a la India, a Egipto, a Grecia, al monoteísmo intuido por Moisés e impuesto al pueblo de Israel para que llevara la idea hasta Cristo, quien debía continuarla y fecundarla en Su Evangelio de Amor. Todos los grandes creadores del pensamiento humano han bebido, por inspiración, en la misma fuente única, transmitiéndola progresivamente cada vez más perfecta: Krishna, Zoroastro, Hermes, Moisés, Buda, Orfeo, Pitágoras, hasta Cristo que las supera a todas. La verdad es una. Las aproximaciones humanas son distintas, sucesivas, proporcionadas al progresivo desarrollo de la evolución psíquica del hombre. Por eso, la idea de Dios, en su esencia, es un superconcebible; el hombre debe limitarla para reducirla a su concebible, que es su única medida que puede, en su relativo, señalar sus confines. Pero este relativo se dilata por evolución del sujeto humano y en seguida, paralelamente, también aquella idea se dilata. Así, la evolución de la idea de Dios es paralela a la evolución humana. El Dios del poder y la venganza de Moisés, se convierte en el Dios cristiano del amor y del

perdón, y se convertirá en el Dios científico de la Sabiduría; el Dios terrible que aparece entre truenos y relámpagos en el Sinaí, inexorable y tremendo en su justa venganza, se completa y agiganta en el gesto más humano de la bondad, se acerca a la Tierra y lanza con el Evangelio, la semilla de la paz del alma y de la convivencia social. Y hoy la recia potencia de la revelación mosaica, la profunda bondad de la revelación evangélica se continúan y se funden en la luz de la racionalidad científica moderna, que bien nos ha enseñado a pensar y que le ha llegado la hora de su comprensión. Hay, así, un continuo proporcionarse, del descenso de las nóures, reveladoras de la Divinidad, a las capacidades intelectuales humanas; hay, paralelamente una ascensión del hombre y de su representación conceptual del Centro, un descenso progresivo de verdades por revelación, una continua purificación de los atributos humanos de aquel concepto, a medida que el hombre se purifica él mismo, de ellos. En pocas palabras, Dios, verdadero centro dinámico y conceptual del universo, cuenta de sí, a través de revelaciones confiadas a pocos escogidos, aquello poco que este niño humano puede comprender, a medida que crece, porque decirle algo más, de un concepto sin confines, sería inútil y peligroso. Tengo que hablar de Dios porque es, precisamente, de ese Centro, de donde desciende la altísima nóure. De este modo la Divinidad se acerca siempre más al hombre; cada ves más viva y sensible se realiza en su corazón, despojándose, poco a poco, de las reducciones impuestas por la representación humana, se hace cada vez más real, siempre más transparente en su esencia, en el espíritu humano. Todo esto es, a la vez un propio agigantarse, porque la visión se vuelve vertiginosa pero, precisamente por esto, no viene concedida sino por grados, porque la idea de Dios es necesaria al hombre, debe tenerla cerca de su vida; debe, para ser útil, proporcionarse a su comprensión y necesidad de acción; debe como representación, mantenerse a una justa distancia para que ilumine, sin enceguecer; se revele y se esconda al mismo tiempo.

Así, el gran concepto, desciende en el mundo por sucesivas aproximaciones. Inspirados y revelaciones están unidos en cadena, en la expresión progresiva de un pensamiento único y progresivo que rige el mundo. Hay una gran nóure que desciende en continuidad, a través de instrumentos distintos y es esta divina unidad de principio la que mantiene una continuidad de pensamiento, a través de los ciclos de las distintas civilizaciones, ciclos que se sueltan y se reatan. Es esta unidad originaria, que se ramifica en el pensamiento humano, la que mantiene, a través de las vicisitudes históricas del mundo, una línea constatable y evidente, de lógico desarrollo. Ello prueba que es idéntico el centro irradiante animador de los distintos instrumentos registradores, grandes o pequeños, todos no obstante, coordinados en el tiempo, bajo el mismo impulso, en la ejecución de la misma obra de revelación progresiva del pensamiento divino.

Así se fundió en un solo cuerpo, la voz de los profetas del pueblo de Israel, en la idea del Mesías; así, en términos aún más amplios, se une la visión mosaica – que reduce a monoteísmo el fragmentarse de la unidad divina en el politeísmo a través de todo el

cristianismo – al actual monismo que nos expresa la Divinidad no solamente una, justa y buena, sino realmente palpitante, cual sensible psiquismo animador, presente en todas las cosas. Moisés tenía que imprimir con una marca de fuego, en el alma de su pueblo, la idea de un Dios terrible, que para nosotros es absurda y repelente, porque fuimos acariciados por la piedad de Cristo. Hoy el temor ha desaparecido, por haberse mitigado aquella venganza que no conocía piedad, pero subsiste el misterio; cada vez menos puede imponerse una fe aterrorizando la mente y mutilando el conocimiento, y la revelación de la bondad se continúa en la revelación de los misterios. Hoy no se levanta únicamente el gesto del profeta que dice: “Penitencia, para aplacar la ira de Dios”; no asoma solamente el gesto de piedad que dice: “Bienaventurados los que sufren”, sino que se da la explicación de la inflexibilidad de la justicia divina y de la redención cristiana a través del dolor, en términos precisos de razón y de ciencia. Nada se ha modificado del pensamiento anterior, pensamiento perfecto. Sigue continuado. El mismo pensamiento después de milenios, es trasladado a la luz de la conciencia humana surgida hoy de la minoría de edad, ya no como solo acto de fe y estado de gracia, sino como una imprescindible necesidad racional que esa misma doctrina “impone” por los nuevos caminos, los únicos que, en los tiempos de pérdida de la fe, permanecen activos, es decir, la racionalidad, que es precisamente la forma mental de nuestro momento. La noure, la misma en sus profundidades, traslada el Evangelio substancialmente olvidado, nuevamente a la luz en forma de ciencia.

Esta es la necesidad de los tiempos, para que el Evangelio sea nuevamente sentido; para que la muy moderna concepción del saber no se extravíe, ella viene retrotraída a los orígenes, fundida con las antiquísimas intuiciones de los iniciados, utilizada en el momento de la imprevista madurez espiritual alcanzada como medio de divulgación de los misterios, en los que hoy ya no es permitido ocultar la verdad. “Unidad”, dice hoy la gran nóure; unidad de religión y de ciencia, nuevo hallazgo de una conciencia unitaria de la humanidad en torno a un Dios único, idea central que tendrá que salvar y regir el mundo en la “Nueva Civilización del Tercer Milenio”. Así la ciencia es tomada, con la Síntesis, en el ciclo evolutivo de las revelaciones, para preparar en la humanidad, la maduración de una nueva conciencia cósmica. El momento histórico es grave, solemne, rico de valores en descomposición y de gérmenes en frenético desarrollo, como en los tiempos mesiánicos. En mi estado de continua percepción nóurica, siento las corrientes espirituales del mundo y tengo la sensación viva de inminentes orientaciones nuevas del pensamiento humano, que revolcarán las resistencias de todos los misoneísmos. Y he dado todo de mí mismo, sin límites, a las fuerzas de lo Alto, para lanzar, entre tantos, una semilla que germinará.

* * *

Observando los ciclos de las revelaciones del pasado que más cerca están de la civilización europea, vemos, en sus comienzos, un período heroico que es sublimación de potencia de voluntad, explosión de la corriente positiva y masculina de la vida, el ciclo mosaico y del profetismo hebraico; luego el período de la bondad que es la sublimación del amor, explosión del principio opuesto de la vida, de la liberación en el sacrificio, de la redención en el dolor. En la primera revelación, la voz de Dios virilmente dice: "Yo Soy"; en la segunda la misma voz redime a la mujer y eleva su misión creadora de amor. Hoy la revelación reaparece, equilibrándose en una pulsación de retorno, para alimentar y empujar hacia arriba al principio masculino que afirma y nuevamente dice: "Yo Soy", pero no en el terror de la fuerza y del misterio, sino en la potencia luminosa de la sabiduría.

Jamás, en la historia del mundo, la inspiración se ha presentado en proporciones tan gigantescas como en Moisés, en el momento de la promulgación de la Ley en el Sinaí. La voz emerge desde un fragor de batalla, en medio del aterrorizante desencadenarse de las fuerzas naturales, conductoras de pueblos y dominadoras de pasiones, emerge del caos de las vicisitudes humanas en un aplastante ímpetu de potencia. La lucha entre las fuerzas del bien y las del mal asume aspecto concreto, desciende hasta el alma de los fenómenos físicos, tiembla la tierra, se abren las aguas de los mares. Dios es fuerza, frente a la cual vacilan el cielo y la tierra. Sin duda Moisés introdujo en la religión hebraica la sabiduría de la iniciación egipcia, que consigo llevaba como sostén. Pero fue la gran voz interior de la inspiración la que lo ayudó y lo guió en los grandes momentos. El pensamiento estaba, en aquel entonces, densamente revestido de acción, se expresaba inmediatamente en acto en los sucesos, debía pues poseer en su origen la violenta potencia energética que le permitiera penetrar los estratos densos de la materia y del alma humana; la verdad debía ser simple, precisa, pero lanzada como un proyectil y cortante como una espada, para poder penetrar en el endurecido corazón del hombre. El profeta debía ser un conductor de pueblos, su pensamiento debía estar armado de potencia humana y sobrehumana. La Ley de un Dios único debía imponerse por su potencia, en medio de la idolatría de los cultos, debía imprimirse en la conciencia de un pueblo, en medio de la anarquía de las naciones. La solitaria, dolorosa, sublimación mística de los santos del cristianismo no había nacido todavía; antes de la sutilización de la pureza debía tronar la fuerza para sutilizar el alma humana. La cosmogonía mosaica es una ruda e inmensa construcción ciclópea, reducida a sus líneas esenciales para ser comprendida, verdadera hoy aún, pero carente de todo detalle de diseño arquitectónico. El gesto creador de Dios es material como es el del hombre, que proyecta en el cielo la multiplicación infinita de sus propios atributos, que no sabe decir de Dios sino sólo cuanto la propia evolución psíquica le permite comprender. Ese gesto se espiritualiza hoy en la voz que desciende a iluminar y animar a la ciencia, y el pensamiento del Génesis vuelve en un plano más elevado de conciencia.

El Génesis es el primer libro del Pentateuco al que sigue: El Éxodo, el Levítico, Números y el Deuteronomio, y fue escrito bajo inspiración de Moisés, mientras erraba por el desierto, con el pueblo de Israel. Comienza desde la creación, describe después el diluvio (sumersión de la Atlántida), la Torre de Babel, la historia de los patriarcas, hasta José. El Éxodo es la salida de Egipto del pueblo de Israel y la promulgación de la ley sobre el Sinaí. El espíritu de Dios está presente en todo momento; el capítulo XIX del Éxodo es un continuado coloquio entre Moisés y Dios:

1. Al tercer mes después de la salida de Israel de la tierra de Egipto, en ese día llegaron a la soledad del Sinaí.

2. Pues que, salidos de Raphidin y llegados al desierto de Sinaí, levantaron en ese sitio los alojamientos y allí Israel esperó frente al monte.

3. Y Moisés subió hacia Dios, y el Señor lo llamó desde la cima del monte, y dijo: Estas cosas dirás a la casa de Jacob y las anunciarás a los hijos de Israel. (…)

9. El Señor le dijo: En seguida yo vendré a tí en la oscuridad de una nube, a fin de que el pueblo me oiga hablarte a ti, y de a ti fe perpetua. Refirió, pues, Moisés al Señor la palabra del pueblo.

10. Y Él le dijo: Vete al encuentro del pueblo y haz que se purifiquen hoy y mañana y que se laven sus vestimentas.

11. Y se hallen preparados para el tercer día, por cuanto el tercer día descenderá el Señor ante todo el pueblo sobre el monte Sinaí. (…)

16. Y ya había llegado el tercer día y luminosa era la mañana, cuando he aquí que comenzaron a sentirse truenos y a relampaguear los rayos, y una densa niebla cubrió el monte y el potente resonar de la trompeta repercutía fuertemente; y el pueblo, que se hallaba dentro de las tiendas se atemorizó.

17. Y habiéndoles Moisés, llevado fuera de los alojamientos al encuentro de Dios, se detuvieron al pie del monte.

18. Y todo el Monte Sinaí echaba humo, porque allí el Señor había descendido en medio del fuego, y el humo de allí salía, como de un gran horno, y todo el monte infundía terror.

19. Y el sonar de la trompeta poco a poco se hacía más fuerte y más penetrante. Moisés hablaba; el Señor le respondía.

20. Y bajó el Señor sobre el Monte Sinaí, sobre la cima misma del monte, y llamó a Moisés sobre aquella cumbre. (…)

25. Y Moisés bajó, y contó al pueblo todo lo que había visto.

Así nació el Decálogo, de la palabra pronunciada por Dios: Cap. XX.

1. Y el Señor pronunció todas estas palabras:

2. Yo soy el Señor, Dios tuyo, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de esclavitud.

3. No tendrás otros dioses delante de mí. (…)

18. Y todo el pueblo oía las voces y los rayos y el sonar de la trompeta, y veía el monte que humeaba; y aterrorizados, y abatidos por el miedo se quedaron alejados.

He aquí el relato del momento culminante de la más poderosa recepción nóurica que el hombre haya conocido. Y el espectáculo es, realmente, de una grandiosidad terrible. La mole inmensa, severa y salvaje del Sinaí, que recuerda el Brocken[1] goethiano, la gran montaña desnuda y obscura de granito sobre cuya cima está el trono de Aelohim, circundada de leyendas pavorosas, resonante de los bramidos de los truenos, las cimas ocultadas en la tempestad de las nubes mugientes y zigzagueantes de relámpagos, las laderas del monte ennegrecidas por las masas humanas, vibrantes de pasiones, lanzadas a la conquista del propio destino; he aquí el cuadro grandioso, el ambiente de sintonización donde se realizó el diálogo entre el profeta y la voz de Dios y entre el profeta y su pueblo. La vibración estaba en su desnuda potencia de las cosas primordiales, estaba en el primero y gran choque cósmico de las fuerzas espirituales y se convirtió en una atmósfera de revuelta y de sangre, bajo un cielo negro de tempestad, con la matanza de los rebeldes idólatras, desobedientes de la ley, frente a los cuales la ira del profeta quiebra las tablas de piedra, seguro del derecho absoluto de la verdad, de la comunicación con lo Alto, de la protección de las fuerzas supremas. Sin esta rapidez y prepotencia de acción de Moisés jamás habría impuesto su autoridad y la nueva ley de Dios. La ferocidad humana imponía los caminos del terror.

El contacto con la divina fuente se alargó, continuando en el pueblo hebreo, con el profetismo. Este mi pobre estudio del fenómeno inspirativo asciende, sin quererlo, a potencia interpretativa y demostrativa de este gran fenómeno histórico y teológico que fue considerado por los apologéticos, junto a los milagros, como la columna probatoria de la verdad del cristianismo. Y aquí la ciencia, por fin ya no enemiga, da su contribución. Si el arte adivinatorio es común a todos los pueblos de la antigüedad, el profetismo entre los hebreos potencializándose en la concepción monoteísta, se eleva mediante la comunicación directa con la Divinidad, continúa y produce el pensamiento

---

[1] Elevada y granítica montaña al norte de Alemania. El Brocken ha jugado un papel principal en las leyendas del lugar (Sierra del Harz)) en la que se habla del diablo y de las brujas; Goethe tomó parte de su leyenda haciendo mención al comienzo de su Fausto en la que se celebra una noche de Walpurgis en su ladera. (N. del T.)

de lo Eterno en la maduración del destino de un pueblo y, mientras se espera al Mesías, del destino del mundo.

Después del Pentateuco, la Biblia sigue y en el libro de Josué, escrito por el mismo Josué siempre por inspiración divina, continúa la historia del pueblo de Dios. Moisés ha muerto, pero el divino coloquio no calla. En los cuatro libros de los Reyes habla Samuel y los profetas Gad y Natan. Precisamente en el libro III de los Reyes, cap. XIX, se habla del profeta Elías quien internándose en el desierto… "deseaba la muerte y dice:

> Basta, oh Señor, llévate mi alma, y se echó al suelo, y se durmió; pero he aquí que el Ángel del Señor lo tocó y le dijo: Levántate y come. Se dio vuelta y vio cerca de su cabeza un pan cocido debajo de las cenizas y un vaso de agua. Y él comió y bebió. Fortificándose con ese alimento, caminó cuarenta días y cuarenta noches, hasta el monte de Dios: Horeb. Y llegado allí se refugió en una cueva; en seguida el Señor le habló y le dijo: ¿qué haces aquí, Elías?"

Y aquí se desarrolló el coloquio. Posteriormente de Elías dice el libro IV de los Reyes[1] Cap. II:

> 11. Y mientras iban adelante, y caminando conversaban juntos, de repente un carro de fuego con caballos de fuego separaron al uno del otro, y Elías subió al cielo en un torbellino."

El libro primero de Esdras fue escrito bajo inspiración por éste, que era de casta sacerdotal y doctor de la ley de Dios. También el libro de Judith, que sigue, es reconocido como divinamente inspirado. En el libro de Job, éste, a menudo, profetiza del Cristo. En el libro de los Salmos, el rey David, instrumento del Espíritu, profetiza de Cristo y escribe himnos maravillosos que son poesía, profecía, sabiduría, oración. En David está vivo el presentimiento del nuevo pensamiento de Cristo. Nadie antes que él, se había atrevido a hablar de Dios con tanto amor y confianza, en el seno del pueblo hebreo que entendía la protección divina como un imperativo severo, pleno de tremendos castigos. David cantaba en el arpa, no ya de un Dios que sojuzgaba con el miedo de su cólera y sus venganzas, sino de un Dios dulce y bueno que se acercaba al hombre en el esplendor de sus obras:

"Los cielos narran la gloria de Dios,
Y sus obras anuncian el firmamento.
Un día da al otro la palabra
Y la noche a la noche la repite.
Sin palabras, sin discursos,
Se extiende su Voz
que se expande por toda la Tierra
y hasta los confines del mundo resuena".

---

[1] El IV libro de Los Reyes corresponde a la Biblia Hebrea, la cual utilizó el autor. En las ediciones griega y latina, el antiguo libro de Samuel es dividido en dos e igualmente el siguiente, el de Los Reyes. Así, el texto citado se encuentra en nuestra biblias actuales, en el II Libro de los Reyes, Cap II, V. 11. (N. del T.)

Inspirado es el libro de los Proverbios, dictado por la sabiduría de Salomón, libro lleno de sentencias sublimes.

Inspirado fue el libro de la sabiduría, atribuido al mismo Salomón.

Inspirado también es el libro llamado el Eclesiastés.

Y he aquí que aparece en la Biblia Isaías, el primero de los grandes profetas, sublime en sus predicciones referentes al Mesías. Habla luego Jeremías, profeta ya a los 15 años, hasta después de la ruina del templo y de la ciudad de Jerusalén, cuando postrado sobre las ruinas de la ciudad Santa, dio rienda suelta a su dolor en las Lamentaciones. Sigue su discípulo Baruch, profeta también él. Ezequiel comenzó a profetizar en el quinto año de su cautiverio en Babilonia; fue el inspirado misterioso, taciturno y terrible, que ve la destrucción de Jerusalén, la dispersión de los hebreos, luego el retorno, la reconstrucción de la ciudad y del templo y el reino del Mesías. Profecías relativas al Mesías tiene el libro de Daniel, escrito por él mismo, en la corte de los reyes Caldeos. Siguen los profetas menores: Oseas, Joel, Amos, (tal vez mártir también) Abdías, Jonás, el náufrago vomitado por la ballena, Miqueas, a quien se debe la célebre profecía relativa a Belén - Efrata, donde tenía que nacer el Mesías. Nahum que predice la destrucción de Ninive y vio sobre los montes “los pies de Aquél que anuncia la buena nueva”. Hababuc que según creencia fue transportado por un ángel a Babilonia para alimentar a Daniel, encerrado en la fosa de los leones. Sofonías, Aggeo, profeta también del Mesías; Zacarías, en quien la profecía de la venida de Cristo se hace cada vez más clara, hasta precisar su entrada en Jerusalén, su muerte y las treinta monedas como precio de la traición, la ruina de Jerusalén y la persecución. En fin, Malaquías, anuncia claramente la venida del supremo Maestro.

Por ocho siglos, la idea viviente de Dios resplandece así, en el alma de un pueblo; la misma luz desciende coloreándose de distinto modo a través de distintas personalidades, por sobre la Tierra; es siempre una voz con la que Dios clama y llama a los hombres extraviados. La inspiración se hace auditiva o visible según las aptitudes del medio, pero la corriente, que asume formas de vibraciones diferentes, es una. Hay un pensamiento constante, desarrollado con medios tan diferentes y quebrado en el tiempo, sin embargo coherente, y continuo como para atestiguar detrás de sí una unidad de origen. Esta idea única ha mantenido compacto a un pueblo trabajado por las más extrañas vicisitudes, hasta la génesis de su flor magnífica, Cristo, después del cual se dispersa. La Biblia es el documento más amplio de recepción nóurica mundial, que se abrevó en las fuentes más altas. El pueblo hebreo nos da el ejemplo de un fenómeno inspirativo gigantesco, trasladado por siglos y siglos, puesto para preparar el suceso del cual tenía que surgir la civilización que debía regir el mundo. No se puede dudar ni negar frente a hechos históricos de tal importancia. Y el cristianismo fue esperado y preparado por esta

elevadísima mediumnidad inspirativa que al presente estudiamos; continuamente se ha alimentado de estos contactos superiores y se ha fortalecido en su fatigoso camino.

Frente al relato bíblico de las visiones de los profetas, como la de Isaías que ve destruida Babilonia, que recuerdan las de San Juan, como las visiones terroríficas de Ezequiel, como otros hechos de luz y de bondad, todas grandiosas; frente a las figuras ensimismadas de estos profetas, inclinados frente al infinito, evocando luz y paz para las almas humanas en tempestad, yo, que he escrito la demostración racional de la realidad de estas fuerzas tremendas y que las siento agitarse en mí y en el mundo, oigo extrañas resonancias en lo profundo de mi conciencia y me sacude un escalofrío de temor. La sabiduría moderna, que ha matado esta sensibilidad, puede reír escépticamente. Pero en las lágrimas de Jeremías, en el gesto solemne de Ezequiel que profetiza, en esa voz concordante que desde Isaías a Malaquías habla de Cristo, y más tarde todavía hasta la voz de Juana de Arco que crea una mártir y salva a Francia, yo siento algo tan tremendamente potente que no hallo otra actitud de espíritu que la plegaria. Todo lo demás es inconsciencia. Inconsciencia en un momento en que Europa toda se arma y sin embargo tiembla ante el espectro de una guerra que siente podría ser el fin de su civilización[1]. Pues el gesto profético está regido por la mano de Dios. Y Europa será dividida, a lo largo de un frente mediano, en dos partes, la del orden y la del desorden, en las que lucharán, en forma concreta, las fuerzas cósmicas del bien y del mal. Si las fuerzas disgregantes del mal llegaran a vencer a las fuerzas constructivas del bien, las puertas de Europa desorganizada, quedarían abiertas de par en par, frente a la inmensa amenaza de Asia, el dragón gigantesco y temible que ya levanta la cabeza mirando la suculenta presa. Pero una luz lo enceguece, una luz que parte de Roma, centro espiritual del mundo. En la tierra y en el cielo hay una inmensa tempestad de pensamiento que, en grandes corrientes, lucha y se lanza a la conquista de la unidad espiritual del mundo.

La idea principal desarrollada por el profetismo hebreo con un movimiento ascensional de evidencia y de potencia, fue la idea de la centralidad espiritual de Jerusalén y de la venida del Salvador del mundo. Esta visión se hace cada vez más nítida, hasta en los particulares y en ella, en la contemplación de la dulce figura de Cristo, se apaciguan las tempestades angustiosas del espíritu. Alimentada por la vibrante palabra de los profetas, la imagen mesiánica se graba y se agiganta en la conciencia, hasta que en los últimos tiempos se sentía, por doquier, vaga pero ciertamente cercana, la realización tan esperada y predicha. La historia, en la plenitud de la hora romana, contenía los gérmenes del derrumbe y de la resurrección, como hoy; los dioses paganos vacilaban, el equilibrio del mundo se deslizaba hacia un nuevo eje. Algo sacude a la civilización en sus fundamentos y también el mundo pagano despierta al primer choque, que es siempre de almas y el dulce Virgilio ve:

---

[1] Este libro “Las Nóures” fue escrito en el verano de 1.936 y la publicación de su primera edición se realizó en 1.937, por U. Hoepli, Milan.

Ultima Cumoei venit jam carmines aetas,
Magnus ab integro soeclorum nascitur ordo,
Jam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna;
Jam nova progenies coelo demittitur alto.
Tu modo nascenti puero, quo ferrea primum
Desinet, ac toto surget gens aurea mundo,
Casta, fave, Lucina; tuus jam regnat Apllo.
… Aspice convexo nutantem pondere mundum,
Terrasgue, tratusgue maris, coelumque, profundum:
Aspice venturo laetantur ut omnia soeclo.

(Virgilio, Égloga, IV).[(2)]

Con Cristo aparece, en su plenitud, un concepto que parece preparado, desde hace tiempo, en el pasado de toda la evolución espiritual de la humanidad. Esta se halla madura para subir un nuevo escalón de su ascensión espiritual y la revelación inicia un nuevo ciclo. El concepto de "bien" y de "virtud" adquiere un valor nuevo, el "dolor" se sublimiza sobre la cruz como medio de redención. Es anunciada la buena nueva de un nuevo reino de los cielos que está, ante todo, en el corazón de los hombres; se palpa una nueva potencia que Moisés no poseía: la potencia del amor. "No penséis que Yo haya venido para abolir la Ley y los Profetas; Yo no he venido para abolirlos, sino para continuarlos", dijo Cristo (Mateo, V, 17). La revelación seguía.

Sería absurdo querer reducir la idea de Cristo a un fenómeno inspirativo, tanto lo trasciende, tan inadecuados son los medios de observación y comprensión humana, tan profunda y completa fue Su unificación con el Centro conceptual del universo. Para que podamos comprender, tenemos necesidad de fenómenos más accesibles, más amenguados de potencia hacia la debilidad humana, menos transparentes de Divinidad, para que no aparezcan enceguecedores. He sentido, en mis estados inspirativos profundos, a Cristo cerca, no al Cristo reducido a imagen humana, sino un Cristo real, cósmico, un espíritu radiante, centro de atracción espiritual en torno al cual gravitan los mundos, centro que me ha encendido y me ha dado la fuerza para vivir y para obrar y a quien todo lo debo. Me atrae desde el vértigo de los cielos hacia el cual me arrastra de zona en zona, fustigando mi carne para que pueda aligerarme y subir, en una visión de sabiduría y de bondad en la que mi mente se pierde. Otra cosa no se decir de Cristo, otra cosa no soy digno de decir y me callo.

---

(2) "Pasada ya la última era de que habla el oráculo de Cuma
Surge de nuevo una gran serie de siglos.
Ya vuelve la Virgen y los reinos de Saturno
Una nueva generación baja de las alturas,
Tu, oh casta Lucina, protege al niño recién nacido,
Con quien empieza, en todo el mundo, la edad de oro
Después de la de hierro y triunfa tu hermano Apolo.
Mira como el mundo con su convexa mole,
Mira como los mares y el cielo inmenso,
Se estremecen de júbilo, al empezar la nueva era."

Siento llegar al mundo sucesos inmensos y tremendos, siento un lejano fragor de tempestad, una ola inmensa que amenaza la gran civilización, y solo muy pocos lo ven y lo saben. He implorado para que se vea y se sepa. En esta atmósfera grave de amenazas, en la cual aloquece el mundo, mi espíritu oprimido no descansa más que en la dulce visión de Cristo, que apacigua las aguas enfurecidas y salva la pequeña nave que amenaza naufragar. Cristo es, ciertamente, una fuerza real, siempre presente, fuerza que guía los centros espirituales del mundo, irradiando Su luz. Y me reconforto con sus palabras referidas por el Apóstol Juan: "Tengo todavía muchas cosas que deciros, pero por el momento están por encima de vuestro alcance". (**Juan**, XVI, 12). "Os he dicho estas cosas en parábolas. Pero llegará el tiempo que no os hablaré más por parábolas, sino abiertamente os hablaré del Padre". (**Juan**, XVI, 25). Eran las palabras del adios. Pero antes había dicho: "Yo rogaré al Padre y Él os dará otro consolador para que quede siempre con vosotros". "Es decir el Espíritu de Verdad, que el mundo no puede recibir, porque no lo ve y no lo conoce pero, vosotros, lo conocéis porque morará en vosotros y estará con vosotros". "Yo no os dejaré huérfanos; volveré a vosotros". (**Juan**, XIV, 16, 17, 18). ¿Cuál será la señal de los tiempos? El descubrimiento completo de los misterios que la revelación da a la mente humana, llegada a la madurez a través de la ciencia. Por cuanto la revelación es progresiva, como dijimos, y proporcionada al desenvolvimiento de la inteligencia humana, y Cristo está siempre presente con ella, y ha llegado la hora en que el cambio de civilización impone, también, un paso adelante, en la lentamente progresiva realización del Reino de Dios en la Tierra, de la que el Evangelio no fue más que el anuncio; impone su actuación individual y organización social en la colectividad humana, el advenimiento de Cristo en la Sociedad, el descenso del espíritu de verdad, de amor, de justicia en las instituciones, en toda la vida de los pueblos. El Pentecostés, limitado a los escogidos, se extiende a todos los dignos por bondad y a los maduros por fuerzas intelectivas.

El primer gigante de la revelación cristiana es San Juan mismo. Juan, alma profunda, intuitiva y ardiente, enamorada y triste, impetuosa y soñadora, Juan que inclinaba la cabeza sobre el regazo del Señor, perdido en los silencios de la contemplación, penetraba el pensamiento profundo de Cristo a través de un estado de gracia que le daba el amor. Y también más tarde, hasta San Francisco, ninguna fuerza ha acercado tanto el hombre a Cristo, abriendo de par en par las puertas de su corazón, como el amor.

El Apocalipsis del apóstol Juan fue escrito por él después de su Evangelio, hacia el año XCVI después de Cristo, en su destierro en la isla de Patmos. El nombre griego Apocalipsis equivale a revelación. Esta, que había tomado de la mano al hombre, en los orígenes, continúa, ahora, prediciendo los destinos de la Iglesia, desde sus primeras batallas sobre la Tierra, hasta el último tiempo suyo en el cielo. Es una visión grandiosa, llena de misterio: "CAP I

1. Revelación de Jesucristo, la que Dios le dio para hacer conocer a sus siervos las cosas que deben pronto suceder y Él mandó significarlas por medio de su Ángel a su siervo Juan.

2. El cual dio testimonio de todo aquello que vio de Jesucristo. (…)

9. Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación y en el reino, y en la paciencia de Jesucristo, me hallo en la isla que se llama Patmos, a causa de la palabra de Dios y del testimonio (dado) a Jesús.

10. Fui arrebatado en espíritu en día domingo y oí detrás de mí una voz fuerte como de trompeta.

11. La que decía: escribe lo que veas en tu libro. (…)

12. Y me di vuelta para ver quien hablaba conmigo; y ví siete candelabros de oro. (…)

19. Escribe, pues, las cosas que has visto, y las que son, y las que deben suceder después de esto.

La percepción, primero auditiva, se transforma en visual; a cada momento dice: yo vi. Pues la fuente de la gran corriente nóurica es idéntica, no importa en qué forma de vibración sensorial se materialice para herir los sentidos. Hay una orden explícita de la voz: escribe. Hay el aturdimiento de los sentidos que hace caer a Juan como muerto y la voz le dice: “no temas, soy yo, el primero y el último”.

* * *

Pasan los siglos. La voz que había detenido a San Pablo en el camino a Damasco, repercute en una muchedumbre de mártires. Los primeros siglos del cristianismo resuenan de voces pero, más tarde, la tenebrosa Edad Media impide hallar los orígenes del espíritu y la tradición se quiebra. Como Sócrates tuvo su “demonio”, la voz superior que él oía hablarle dentro de sí, dándole muy nobles dictados, así tenía, también su “demonio” el filósofo Filón. Porfirio y Plotino declaraban abrevarse de un espíritu familiar, fuente de su inspiración. Como Mahoma oirá el llamado de su arcángel, así Alarico, Rey de los Visigodos, se creía inspirado por la voz de un espíritu que lo impelía a marchar contra Roma. “Un genio”, decía, me guía siempre; ¡Adelante! ¡Adelante!¡destruye a Roma! Voz, esta última, tal vez, entre las barónticas, que no se eleva por su nobleza de fines morales y sociales, por pureza de inspiración. Esto se puede hallar sólo en el seno de una gran fe, cuando la inspiración es, a la vez, misión, apostolado, muchas veces martirio. Y sólo ésta es digna, y la que me interesa. Si el hilo de la revelación se había roto, tal vez por razones profundas o tal vez únicamente en apariencia, la fe en Cristo no estaba destruida, la ascensión espiritual que culmina en la figura de los Santos, iluminando en multitud la Edad Media, era continua y laboriosa, y las corrientes descendían siempre desde lo Alto para unirse a la tierra y fecundarla, y germinaban ejemplos de holocaustos en la tensión para abrazarla. La gran emanación de

Cristo se expandía, ya aquí, ya allá, como una revelación ya no heroica o guerrera, apocalíptica y tonante, sino apasionada y gentil que amansaba la ferocidad de los tiempos, con la dulzura del amor evangélico. Y surgen almas nuevas, ardientes de pasiones más elevadas; la fuerza se desmaterializa en un perfume de sentimiento, la voz ya no resuena en el fragor de las batallas y en el tremendo destino de los pueblos, sino que canta las armonías de lo creado.

¡Y aparece Francisco de Asís, cual distinto cantor de Dios, que ya no es el rudo Moisés, o el tempestuoso Isaías, o el terrorífico Ezequiel, o el mismo apocalíptico Juan! Realmente, con Cristo, el mundo del espíritu había cambiado. La fe se dulcifica como un canto de poeta y una visión de artista, tal como se transmuta en belleza la misma verdad que asciende a un plano más elevado. La fe canta y sonríe entre los dulces pintores de la escuela de Umbría y de Toscana, gorjeante de niños graciosos y perfumados, de dulces rostros de la "Virgen". Y sean poetas, artistas o santos, es siempre la misma fuente inspirativa que desciende de lo Alto y hace del 1300[1] el siglo de las más puras creaciones espirituales. ¡Qué importa la forma con que esa inspiración se imprime luego en la materia! Y gran inspirado fue Dante, como Giotto y luego Rafael. Allí donde el pensamiento es nuevo, profundo y noble, lo Alto vibra y se da, siempre. El 1.300 parece un descenso de ángeles sobre la Tierra, para rasgar las tinieblas de un milenio. Fue la primera dulcificación de las costumbres en la fe de Cristo, la primera oleada de preparación del Reino de los Cielos. Hablo de fuerzas reales, presentes y decisivas en la evolución de la civilización. Hablo de mi mística Umbría, donde con tanta dulzura ha florecido aquel sueño de fe.

La voz habló por primera vez a Francisco (1.182 – 1.226), en San Damian de Asís. Así cuenta el hecho el P.V. Faccinetti, en su **Vida de San Francisco**: "Había entonces, como hoy, sobre el declive de la montaña (el Monte Subasio, cerca de Asís) una capilla dedicada a San Damian. San Francisco amaba recogerse en la penumbra de aquella pequeña iglesia abandonada, y orar ante un crucifijo. Un día se hallaba arrodillado a los pies de la imagen del Redentor… y pedía poder conocer al fin, la voluntad divina a su respecto, y he aquí que bañado en lágrimas aún, y con el corazón agitado por el ardor de la plegaria, con los ojos fijos en el crucifijo, lo ve acercarse y de sus labios divinos siente salir una voz que dice: "¿No ves tú, que mi Iglesia está por derrumbarse? Vete pues y restáurala por mí", y por tres veces se repte el llamado doloroso, la plegaria divina: "¡Vade itur et repara illam mihi!" (Aquella imagen se conserva hoy todavía en la Basílica de Santa Clara en Asís). A esta voz Francisco, temblando de miedo y de emoción, contesta con entusiasmo: "Lo haré de buena voluntad Señor". "¡Libenter faciam, Domine!" Y en seguida se levantó, para comenzar a realizar la obra. Este es el relato.

---

[1] El 1300, el siglo de Dante. (N. del T.)

La voz de lo Alto vuelve a descender para salvar los destinos de la Iglesia, el impulso de Cristo vuelve a manifestarse presente. Estos fenómenos de excepción, no se realizan al azar, sino en circunstancias particulares, con fines excepcionales. Las puras corrientes no descienden a nuestro plano por sola curiosidad de ciencia, sino que obedecen a profundos equilibrios, que las guían para alimentar los valores espirituales del mundo, cuando éstos vacilan. Ya desde hacía tiempo que Francisco buscaba y todavía no se había hallado a sí mismo. Se había olvidado, en la vida alegre de la juventud, pero era olvido momentáneo, puesto que al primer choque su alma volvió a despertar y desde lo hondo surgen las realidades del espíritu, para las que estaba maduro. Y en la prisión de los perugianos, luego en la enfermedad en Spoleto, las primeras visiones revelan a Francisco su verdadero ser. Yo creo que esto de los primeros contrastes interiores es el momento psicológico más decisivo para la comprensión de ese tipo de personalidad y de toda la fenomenología supernormal que se le había formado en su derredor. Estos desplazamientos de equilibrio interior que llevan a un alma desde el mundo a Dios, proyectándola en el vértigo de la inspiración mística, tienen raíces profundas en las que está la clave del misterio. Estas repentinas crisis psicológicas no son más que el precipitar del equilibrio biológico normal, tras empujes que se han madurado en lo eterno. Y, como siempre, es necesario estudiar y comprender el fenómeno. Francisco se aislaba en el silencio de los bosques y de los montes, para orar y para oír; esta necesidad de soledad, propia de los inspirados, fue para él fundamental, especialmente en los más resaltantes momentos de su misión.

"¡Vade igitur et repara illam mihi!" Todo alrededor de San Damian, el cielo y la tierra sonreían de una luz nueva, como impregnados de la gran emanación espiritual del Santo; la belleza natural parece brillar de una más profunda belleza de alma; toda la creación alrededor se vivifica en el espíritu, ora, también ella, en un impulso de fe, se dobla en sintonía para alimentar el fenómeno de Francisco y de su vibración de amor hacia Dios. En los momentos de su gran inspiración, la naturaleza acude siempre, a colaborar en armonía de fe y de amor, como cosa viviente, ardiente, enamorada, también ella, de Dios, por cuanto la gran recepción nóurica es un concierto inmenso en que toda la creación, canta en Dios. La dulcísima inspiración del amor de Cristo se verifica aquí, no ya entre las tempestades del Sinaí, - porque la nota de sintonización es bien distinta – sino en la musicalidad dulce del panorama úmbrico[1] que, todavía hoy, canta y asciende, simple y dócil como por humildad, perdiéndose en los azules esplendores del misticismo. Y en realidad, nunca hallé ambiente de sintonización espiritual mejor adaptado que este paisaje umbro.

Pero Francisco había malentendido. El despertar de un alma sumergida en la carne, por muy poderosa que sea ella, no puede ser instantáneo; su mirada es en un principio exterior, todavía en los conceptos, está materializada en los sentidos y sólo más tarde

---

[1] De la región del centro de Italia llamada Umbría.(N. del T.)

llega a los profundos significados del espíritu. También Juana de Arco no comprendió bien. Pero luego, el medio se purifica, el contacto se hace más vivo, la percepción más transparente. Aquí también, aunque preso en un torbellino, el fenómeno es progresivo. No era pues, la restauración material de la Iglesia de San Damian, mediante el transporte de piedras, sino la restauración espiritual de Su Iglesia lo que Cristo predicaba. "Yo no os dejaré; volveré a vosotros", había dicho Él. Voz universal, activa y presente, que se infiltra en el mundo por las vías de quien siente, responde y habla, según la potencia del oído de cada cual para oírla. ¡Qué evidencia tenía, pues, que alcanzar a través de un alma como la de Francisco!

Todo está en relación a la capacidad individual, a la sensibilidad espiritual y, ésta, se halla en relación al grado de purificación alcanzado. Aquí surge en primer plano la relación, ya notada, entre elevación moral y potencia perceptiva del alma; pues que se hace necesario un estado de afinidad vibratoria, para poder obtener la sintonización. Se comprenden, así, los tres votos franciscanos: pobreza, castidad, obediencia, que flagelan en el cuerpo y en las pasiones, toda la animalidad humana. Para sentir la palabra de Cristo, Francisco tenía que hacerse igual a Él en el dolor y en el amor; y tan cerca los tuvo estrechados que se imprimieron en su cuerpo con los estigmas, en el incendio espiritual del Verna.

En el espíritu franciscano existe un conocimiento profundo de las vías de este laborioso esfuerzo de la ascensión espiritual. Es suficiente recordar el episodio de la perfecta alegría en que, frente a los asaltos más atroces y los desgarramientos más radicales impuestos a la naturaleza humana, Francisco termina siempre con un creciente impresionante de ejemplos: "Oh, hermano León, escribe, que allí está la perfecta alegría". Las Florecitas (**I Fioretti, VII**). Pero, una verdadera técnica de ascensión espiritual, una descripción de los métodos usados por el destino, para imponerla al hombre, está descrita en el capítulo XXV de Las Florecitas (**I Fioretti**). Allí está relatada, en la forma simbólica de la época, el esfuerzo del proceso evolutivo del psiquismo humano que, en ***"La Gran Síntesis"***, es explicado científicamente; concordancias que se iluminan mutuamente. Un monje sueña que:

> "… él fue arrebatado y llevado en espíritu sobre un monte altísimo, en el cual había un precipicio profundísimo, y aquí y allá piedras rotas en pedazos, rocas desiguales que se elevaban de la masa de piedra, por lo que el aspecto del precipicio era pavoroso. Y el Ángel, que conducía a este monje, tanto lo empujó, que lo echó por el precipicio. Y el monje, bamboleándose, golpeándose de escollo en escollo y de piedra en piedra, llegó finalmente al fondo del precipicio, todo desecho y despedazado, según a él le pareció. Y yaciendo así maltrecho en tierra, díjole, el que lo había conducido:
>
> Levántate, que es necesario que hagas un viaje mayor.
> Respondió el monje:

¡Me pareces un hombre indiscreto y cruel; me ves morir por la caída, que me ha despedazado y me dices que me levante!
Y el Ángel se acercó a él y tocándolo le arregló perfectamente todos los miembros y lo curó. Luego le muestra una gran llanura llena de piedras puntiagudas y cortantes y de espinas y zarzas; y le dice que por toda esa llanura le conviene pasar con los pies descalzos, hasta llegar al final, donde existía un horno ardiente, en el que debía entrar. Habiendo el monje pasado toda esta llanura con gran angustia y pena, el Ángel le dice:
¡Entra en este horno, pues así te conviene!
Respondió el monje:
¡Pobre de mí! ¡Qué guía cruel eres! ¡Me ves que estoy cerca de la muerte, por esta angustiosa llanura, y ahora para descanso, me dices que entre en este horno ardiente!...
Y mirando, el monje vio alrededor del horno muchos demonios con horquillas de hierro en las manos, con las cuales, porque titubeaba en entrar, lo empujaron dentro rápidamente…
…Y el Ángel que lo conducía, lo empujó fuera del horno y le dijo:
Prepárate para un horrible viaje, que, sin embargo, tienes que hacer.
Y el monje, reacomodándose, dice:
¡Oh durísimo conductor, no tienes compasión alguna! ¡Ves cómo me quemé en este horno y sin embargo me quieres llevar a un viaje peligroso y horrible!
El Ángel entonces lo tocó y lo volvió sano y fuerte. Lo llevó luego a un puente, que no se podía pasar sin gran peligro, porque era muy delgado y estrecho, y muy resbaladizo y sin agarraderas a los lados; por debajo pasaba un río terrible, lleno de serpientes, dragones y escorpiones, que despedían muy gran hedor. Y el Ángel le dijo:
Pasa este puente, pues te conviene pasarlo todo.
Le contestó el monje:
¿Cómo quieres que lo pase sin caer en este peligroso río?
Respondió el Ángel.
Ven tras de mí y pon el pie donde veas que yo pongo el mío, y así, pasarás bien.
Y el monje sigue al Ángel, como éste le había enseñado, tanto que llegó a la mitad del puente; pero llegado a este punto, el Ángel voló y alejándose del él, se posó sobre un monte altísimo, muy lejos del puente. Examinó bien el monje el sitio donde había volado el Ángel. Pero quedando él sin guía y mirando hacia abajo, veía esos horribles animales esperando, con la cabeza afuera del agua y las bocas abiertas, listos para devorarlo si caía. Estaba tan asustado, que no sabía que hacer, ni que decir, pues no podía volver atrás, ni seguir adelante. Por lo que viéndose en tal tribulación, que otro refugio no tenía más que en Dios, se inclinó, se abrazó al puente y con todo el corazón y con lágrimas se recomendó a Dios, que por su santísima misericordia lo ayudara. Y hecha la oración le pareció que comenzaban a nacerle alas, por lo que con grande alegría esperaba que crecieran para poder volar más allá del puente, hasta donde había volado el Ángel. Pero después de algún tiempo, por el apuro que tenía de pasar ese puente, se puso a volar, y porque las alas no eran lo suficientemente grandes, cayó sobre el puente, y las plumas también se cayeron. Nuevamente se abrazó al puente, y como antes se recomendó a Dios. Terminada la oración, de nuevo percibió que le nacían alas, pero como anteriormente, no esperando que le crecieran perfectamente, poniéndose a volar, una vez más antes de tiempo, volvió a caer sobre el puente y las plumas cayeron. Viendo, entonces, que por el apuro que tenía de volar antes de tiempo caía, comenzó a decirse a sí mismo: cuando me nazcan alas por tercera vez, esperaré hasta que sean tan grandes, que podré volar sin volver a caer.

Y estando en este pensamiento, notó que le nacían alas por tercera vez, y esperó por mucho tiempo, hasta que se pusieron bien grandes, y le pareció que desde la primera, a la segunda y

> tercera vez que le crecían alas, habían transcurrido ciento cincuenta años. Finalmente se levantó esta tercera vez, con todo su esfuerzo, y voló hasta el sitio donde estaba el Ángel y golpeando a las puertas del palacio, hacia el cual él había volado… comenzó a mirar las paredes maravillosas de ese palacio; y esas paredes eran tan transparentes que veía claramente los coros de los Santos y lo que dentro se hacía… Luego que hubo entrado, sintió tal dulzura, que olvidó todos los sufrimientos que había pasado, como si nunca hubieran existido…"

He aquí el camino del afinamiento espiritual; he aquí el laboratorio de experimentación, en el cual se preparan los estados de ánimo para la recepción de las más elevadas corrientes nóuricas. Detrás del relato imaginario, se siente el esfuerzo, la lucha, el caso vivido, la percepción directa de las fuerzas espirituales de la vida, se oye el eco de las asustadoras pruebas de la iniciación egipcia, impuestas en los grandes templos de Tebas o de Menfis, por los sacerdotes de Osiris; hay un sentido difuso de la ciencia del bien y del mal, que el alma dolorosamente aprende, como así lo relatan los misterios de Eleusis en la caída de la virgen Perséfone por obra de Eros, en el tenebroso reino de Plutón. Y, verdaderamente, la divina Perséfone, caída en el sufrimiento del infierno, era el símbolo del alma humana que expía en la vida y lucha por su redención, que cae y se purifica de las bajas pasiones y vuelve a hallar la visión de la verdad. Pues que, he dicho y repito, el fenómeno nóurico, que estamos estudiando, no es otro que el fenómeno de la evolución, el fenómeno de la ascensión del alma. La ciencia no debe aislarlo, sino comprender que es un fenómeno de inmensa vastedad en el que se precipita el equilibrio biológico de todo un pasado, estabilizándose en un equilibrio de fuerzas espirituales más elevado; comprender que el alma no llega a la percepción inspirativa más que a través de la dolorosa elaboración de los milenios. Este relampaguear de intuiciones, que le permite sentarse en lo Alto, delante del trono de Dios, digna, al fin, de conocer la verdad, está en el ápice de la escala de la evolución humana. Concluyo con Las Florecitas (**I Fioretti**) de San Francisco:

> "El águila vuela muy alto; pero si ella tuviese atado
> algún peso en sus alas, no podría volar muy alto".

La apoteosis de Francisco ocurre en el Verna. La corriente divina desciende en la nueva forma de amor querida por Cristo, y el alma de Francisco no la alcanza completa más que en la plenitud de su madurez, al final de su camino terrenal:

> "Nel crudo sasso, intra Tevere ed Arno,
> Da Cristo prese l'ultimo sigillo,
> Che le sue membra du'anni portando"[1]

---

[1] "En la dura piedra, entre el Tiber y el Arno tomó de Cristo la última señal (los estigmas) que sus miembros por dos años llevaron. (La Divina Comedia, Canto XI del paraíso). (N. del T.)

He aquí brevemente, el relato real extraído de Las Florecitas (I Fioretti):

> "… y San Francisco, de mañana temprano, antes que despunte el día, se pone a orar delante de la puerta de su celda, dando la cara hacia Oriente… Y estando así, e inflamándose en esa contemplación, en esa misma mañana, vio venir del cielo un serafín, con seis alas resplandecientes y encendidas, el cual con veloz vuelo, se acercó a San Francisco, tanto que lo podía discernir y conoció claramente que tenía, en sí, imagen de hombre crucificado… Y, estando en esta admiración, le fue revelado por aquel que se le aparecía, que por Divina Providencia, se le mostraba en tal forma esa visión, a fin de que comprendiese, que no por martirio corporal, sino por incendio mental, él tenía que ser transformado en la expresa semejanza de Cristo crucificado. En esta admirable aparición todo el monte Verna parecía que ardiera de esplendísima llama, la cual iluminaba todas las montañas y valles de alrededor como si fuera el sol sobre la tierra; por lo que los pastores, que velaban en esos sitios, viendo el monte inflamado y tanta luz alrededor, tuvieron gran miedo, según así lo relataron a los monjes, afirmando que esa llama habría durado sobre el monte Verna por espacio de una hora, o más. Igualmente, al resplandor de esa luz que iluminaba a través de las ventanas, en los albergues de esas localidades, algunos mulateros que iban hacia la Romagna, se levantaron creyendo que había salido el sol material, y cargaron sus animales y, caminando, vieron cesar dicha luz, y levantarse el sol material. En dicha aparición seráfica, Cristo, que se hizo visible, habló a San Francisco ciertas cosas secretas y elevadas, que San Francisco jamás, durante su vida, quiso revelar a persona alguna… Desapareciendo pues esta admirable visión, después de hablar por mucho tiempo y en secreto, dejó en el corazón de San Francisco un ilimitado ardor de amor divino y en su carne dejó una maravillosa imagen y marca de la pasión de Cristo…"

El fenómeno fue tan potente que alcanzó forma visual, auditiva y de efectos físicos permanentes. El espíritu del Cristianismo tocó en el Verna, uno de los más altos vértices de su realización. Alcanzada su cima espiritual, la vida de Francisco ya no tenía razón de existir en la Tierra y se abate en el cansancio del cuerpo, gastado por tanto incendio, se apaga cantando las armonías de la creación. En el "Canto de las Criaturas", se logra alcanzar la unificación, el alma se armoniza en la sinfonía del universo, todo revive en el espíritu; al llegar la gran corriente espiritual del amor de Cristo, que desciende en el corazón humano, responde en sintonía el canto de todo lo creado:

> "…Alabado seas, mi Señor, por todas tus criaturas, especialmente por el señor hermano Sol, el cual nos da el día y nos ilumina…
>
> Alabado seas, mi Señor, por la hermana luna y por las estrellas, que en el cielo has formado claras, preciosas y bellas.
>
> Alabado seas, mi Señor, por el hermano Viento y por el Aire, nublado o sereno y por todo tiempo, por el cual a todas las criaturas sustentas.
>
> Alabado seas, mi Señor, por el hermano Fuego, por el que alumbras la noche; y es bello, alegre, robusto y fuerte.
>
> Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre Tierra…

> Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal, de la cual ningún hombre viviente puede escapar…

Las alabanzas al Señor por sus criaturas, son el último cántico del gran inspirado, con el cual la voz interior se apaga. La emanación radiante del divino centro del universo, las vibraciones espirituales emanadas de reflejo del principio animador de todas las criaturas y de todas las cosas, se han fundido en el alma del gran sensitivo, artista, poeta y santo a un mismo tiempo, en una sola armonía; y el encanto de esta armonía en que en Dios, canta todo lo creado, sería su paraíso en el cielo como lo fue en la Tierra.

He hablado de Francisco con el alma temblando de veneración y amor, como quien mira a un gigante mucho más avanzado en el camino de la vida, que se mueve, allá, por las cimas vertiginosas de la perfección que desearíamos alcanzar también, pero ante las cuales las pobres fuerzas humanas caen postradas.

* * *

Hablar de todos los inspirados de la Edad Media, hasta nuestros tiempos modernos, sería trabajo enorme, que no puede reducirse en las limitadas páginas de este libro; sería un inútil alarde de erudición, fácil de adquirir, por otra parte, en las páginas de una enciclopedia; sería un tratado por demás pesado para el lector. Amo mejor crear en brazos de las atracciones que son de mi simpatía, simpatía que es, además, la que garantiza mi comprensión y me permite una visión más cálida y más íntima.

Pero después de Francisco, apareció en Foligno una mujer admirable por su inspiración, tanto que fue llamada –a pesar de estar privada de estudios- Magistra Theologorum:[1] la beata Ángela de Foligno (1.245-1.309).

Frente a ciertas verdades elevadísimas, a veces vale mejor soñar, porque más fácilmente las descubre el poeta que el científico, o el científico tiene que hacerse poeta para saber mirar al mundo, con la ingenuidad de un niño. También en Ángela hallamos el período preparativo de maduración, período de las dudas y los contrastes, de la vida del mundo, que en una encrucijada del destino, se transmuta en una vida de perfección moral. Y en ese momento también aquí una voz habla, da una sacudida y el ser se transforma. En la evolución de las almas existe siempre un momento crítico, en el cual se precipitan los equilibrios precedentes, para estabilizarse nuevamente en un plano más elevado. La eclosión del estado inspirativo parece ser la nota fundamental del fenómeno de la génesis mística, así es como lo encontramos y está siempre unido a la aparición de estados morales de elevada perfección. Ángela oyó la voz de la inspiración en la Iglesia de San Francisco en Foligno, distante pocos pasos de su palacio, mientras oraba. Esa voz

---

[1] Maestra de Teología.

la encendió de divino amor y marcó el cambio de su vida a la pobreza y a la contemplación. El recuerdo de Francisco, fallecido hacía poco, estaba cercano; cercano estaba su Asís. La vida mundana se transformó en vida de penitencia y paralelamente explota la inspiración. Se dice que se dirigía a la famosa basílica de Fray Elías y de Giotto, realizando, a pie, el trayecto de casi quince kilómetros, siempre abstraída en meditación. Volviendo cierta vez a Asís, siente, poco después de Spello, donde el camino comienza a subir, que el espíritu le dice: "Te acompañaré hasta San Francisco, conversando contigo, haciéndote probar goces divinos… Yo soy Aquél mismo que hablaba a los apóstoles… soy Yo… el Espíritu… no temas…" Despertando de su éxtasis al ingresar al templo, se puso a gritar en presencia de todos su sobrevenido desengaño. Termina luego como San Pablo que, arrebatado al tercer cielo, confesaba: "…el ojo no vio y nunca el oído oyó las misteriosas palabras…"[1] El concepto expresado en la tradicional terminología religiosa se mantiene verdadero, aunque sea traducido a la moderna nomeclatura científica, demostrativa y exacta.

Siempre más afinada por el sufrimiento y la renunciación, Ángela se convierte en mujer célebre, como Rosa Viterbo y Catalina Benincasa, hija de Jacob, tintorero de Fontebranda (Santa Catalina de Siena). Son muchos los casos de personas que, sin preparación alguna cultural, frecuentemente analfabetas, saben resolver elevados problemas de teología. Recuerdo a San Felix de Cantalice, a San Juan de la Cruz, a Santa Brígida, quien afirmó haber oído de la voz de Cristo, las reglas de la orden por ella fundada, a San Agustín que en sus "Confesiones" afirma, también él, la presencia de una voz que lo guía; recuerdo a tantos, que es imposible enumerarlos.

¡Ciertos caminos que se abren a los humildes, parecen ser obstruídos a los sabios! "Hay verdades que se rehusan a quien las indaga, para concederse a quien las siente", dice Carlos Delcroix. La verdad no se conquista por violencia de voluntad, sino por estados de sutil penetración de alma. Y agrega Schuré en su obra "Los Grandes Iniciados", en una nota de la pág. 649:

> "Les annales mystiques de tous les temps démontret que des vérités mora1es ou spirituelles d'un ordre supérieur ont été perçues par certaines âmes d'élite, sans raisonnement, par la contemplation interne et sous forme de vision. Phénomène psychique encore mal counu de la science moderne, mais fait incontestable. Catherine de Sienne, filie d'un pauvre teinturier, eut, dès l'âge de quatre ans, des visions extrêmement remarquables"[2]

---

[1] Epístola de San Pablo a los Corintios, 2-9. (N. del T.)

[2] "Los anales místicos de todos los tiempos demuestran que ciertas verdades morales o espirituales, de orden superior, han sido percibidas por ciertas almas escogidas, sin razonamiento, mediante la contemplación interior y bajo forma de visión. Fenómeno psíquico mal conocido aún por la ciencia moderna, pero hecho incontrastable. Catalina de Siena, hija de un pobre tintorero, tuvo, desde la edad de cuatro años, visiones extremadamente notables". (N. del T.)

Estos seres de excepción se elevan en la gracia divina, absorben su esencia y luego descienden entre los humanos para dar, a éstos, la sabiduría y la beatitud que ha inundado sus seres. Todo esto fue llamado histerismo. Y ¿Sabe la ciencia qué significa histerismo? Si lo conociera lo sanaría. Yo llamo, a todo esto, simplismo. Y si este presunto mal patológico da productos tan elevados como para imponerse a la atención y veneración del mundo y ofuscar la sabiduría humana, si todo esto es desequilibrio, bendita sea entonces, esta enfermedad y este desequilibrio, porque ambos representan las vías de aquella luz que, a los sentidos de los sanos y normales, no llega. Hay aquí, en cambio, signos de una madurez de espíritu que significa la conquista realizada de los más altos valores morales, individuales y sociales, aquellos por cuya conquista la humanidad – involucionada todavía – vive, sufre y trabaja; todo esto significa la evolución realizada a los más altos niveles biológicos, los del espíritu, que para el hombre común, todavía muy cercano a la animalidad, están inmensamente lejos.

El alma de Ángela había llegado a su maduración, no en el estudio, sino en el dolor. Analfabeta, tal vez no ha dejado escrito alguno, directo. El evangelista del verbo de su elevada intelectualidad, fue el monje Arnaldo, franciscano de Foligno. Ella le hablaba en estado de éxtasis, de las cosas elevadas que había oído, cosas que la palabra era insuficiente para expresar. Arnaldo escribía, tratando de alcanzar su pensamiento, sin lograrlo y cuando releía a Ángela lo escrito, ella se admiraba, casi no lo reconocía, diciendo: “¿He dicho yo esto? Pero yo no te he dicho esto. Yo no reconozco haber pensado como tu escribes”. A menudo quedaba absorbida en sus visiones, por varios días. Cristo, es también aquí, el centro de irradiaciones; Cristo, que fue precedido por una corriente que, en el profetismo hebreo era esperado, ahora en el Cristianismo es seguido por una corriente que lo recuerda y en la cual revive. Así, esta insigne mujer de Italia alcanzaba, por altura de concepto, los más arduos campos especulativos, razonaba con agudeza de ingenio y con tranquila sublimidad, de la esencia de la Divinidad, de sus misterios; alcanzaba, en el campo teológico, aquella orientación que los sabios no poseían, navegaba segura en un mundo de abstracciones conceptuales que estaban, en absoluto, por encima de sus normales poderes psíquicos. Volaba, así, por intuición, poniéndose a modelo, -ella que era mujer inculta, de mística teología- de cosas trascendentales del espíritu, tanto que fue llamada Magistra Theologorum, vale decir, considerada como campeona de sabiduría mística. En vida, muchos llegaban desde lejos a conferenciar con ella, de los problemas difíciles del espíritu y de la fe; después de muerta tuvo el homenaje de la ciencia y de las letras de Italia y de Europa.

Otra gran mujer aparecía, a breve distancia, sobre la escena de la vida para influir e imponerse a la atención del mundo: Catalina de Siena (1.347-1.380). Demasiado conocida para insistir sobre su historia, hace pensar en la corona de gentiles flores que la Edad Media, ha sabido producir. Ávida de soledad, desde su niñez, se refugiaba en ella para gustar de sus visiones. “¡Oh beata Solitudo! ¡Oh sola beatitudo!” podríase decir

también de ella. Pero ese aislamiento no está vacío, es únicamente búsqueda de un ambiente adaptado a la percepción interior. A los dieciséis años, tomaba el hábito de Santo Domingo; iniciaba la vida de sacrificio, la potencia visible se afina y se intensifican las místicas visiones. Alimentada por éstas, vuelve a descender en el mundo, para obrar el bien. Se comenzó, entonces, a comprender su naturaleza, se le formó en torno una corona de comprensión y de admiración y ella se da, toda, para confortar materialmente y espiritualmente: enseña, defiende y alienta. Se dilata, así, su vida pública y de allí nace un vasto epistolario dirigido a los papas, cardenales, reyes, príncipes, capitanes de aventura, hombres de estado, nobles, parroquianos, grandes damas y humildes siervas. No escribe, aunque esto lo haya milagrosamente aprendido, pero como estaba en uso en esos tiempos, dicta. Nace, así, esa voluminosa correspondencia que, junto al “Dialogo”, escrito todo en éxtasis, forma un monumento que es admirable por la pureza de lenguaje, belleza de imaginación, profundidad de concepto, altura de perfección moral. Derrama en su derredor el incendio de su elevada pasión y, finalmente, induce al pontífice, desterrado en tierra de Francia, a volver a Roma, realizando así una misión política que la asemeja a Juana de Arco, aquella que la biosofía venera como su Patrona. Además tiene un discurso dado en el Consistorio, en presencia del colegio de cardenales, para salvar a la Iglesia del cisma. Vida de lucha y de grandes esfuerzos, en los que estaba sostenida por aquellos íntimos contactos con lo Alto. Cristo, es, siempre, como para Francisco, el gran animador de estas vidas que se mueven como una emanación de su fuerza y de su pensamiento. Esta vez la corriente de pensamiento y de pasión desciende para salvar la Iglesia en Peligro. El fenómeno obedece siempre a una lógica ley de finalidad a la cual se proporciona. ¿Son también histerismo estos, que asimismo han tenido una misión social, han inspirado el arte, han dado una producción literaria, han interesado el mundo, han sido venerados por las muchedumbres, sobre los altares entre las cosas santas?

Hay un hecho que resalta evidente, en todos estos casos, pero especialmente en éste: las corrientes nóuricas no se manifiestan nunca a través de aquellos que parecerían los más preparados, es decir, los poderosos y los sabios, sino que escogen a los simples y a los humildes; eligen, para instrumento, aquellos que parecen los últimos de los mortales. Característica del fenómeno, que tiene su significado porque la cultura es un preconcepto y el poder una voluntad rebelde, que obstaculiza el libre fluir de las corrientes y su aceptación. Y hay una necesidad de soledad para el hallazgo de la sintonización receptiva, soledad de los anacoretas, en el desierto, como de los eremitas sobre las montañas, de los monjes en los claustros, necesidad de los silencios del mundo para oír, en él, la voz del alma. Está, luego, el dolor, la renunciación, que aleja al espíritu de la Tierra y frecuentemente hay una progresión de potencia receptiva y de claridad perceptiva, en proporción a la purificación alcanzada a través de aquel dolor y aquella renunciación. Hay en el alma un sentido de misión que justifica el dolor, el esfuerzo, la vida; que alienta y sostiene la dura labor del apostolado, que guía todo el plan de acción. Hay, frecuentemente, el aparecer evidente del momento crítico de la crisis espiritual en

la que la voz se hace oír distinta, inflama una vida y después no callará más. Hay, paralelamente, una ascensión moral continua y en el fondo de todo, la gran fuerza animadora que habla, que vibra, que inflama: Cristo. Desde Moisés hasta hoy, hemos visto, siempre idéntica, esta potencia de divino pensamiento que desciende y rige el mundo. Es, ésta, una realidad histórica que no se destruye. Y muchas veces, frente a esta gran fuerza, hay una inmolación de todo el ser, un martirio ya breve, ya largo, toda una vida; siempre el mismo dolor y la ciencia de su superación en un mundo más elevado que el término medio no ve. Sólo esto parece dar el derecho y el valor supremo de hablar en nombre de Dios. ¿La evolución, entonces, sabrá, ella sola, resolver el gran problema y llevar a la superación del eterno enemigo del hombre, el dolor?

La falange de místicos es grande, y cuando se dice místicos, se dice inspirados; desde Santa Clara a Santa Gertrudis y Santa Teresa, Carmelita de Ávila, reformadora de órdenes, célebre por sus místicas visiones (1.515-1.582), hasta la extática de Paray – le – Monial, que fue comparada con el embelezado de Patmos, el apóstol de la dulzura, Juan, que había descansado sobre el pecho de Cristo; la mística esposa Margarita María Alacoque (1.647-1.690). En ella el coloquio con Cristo es continuo, intenso, doliente e inefable de alegrías espirituales. Como los profetas y los apóstoles, ella habla con Dios y recibe una revelación que transmite a la humanidad; pero todo esto lo hace humildemente, silenciosamente, en afectuoso tono menor. Su ascensión se gradúa por coloquios sucesivos donde se revela el plan de su misión. Recibe mensajes por inspiración y los transmite, mensajes entre los cuales uno es para el rey Sol, Luís XIV, no escuchado. Es una característica de estos siglos, tal florecimiento, especialmente en tierra latina, de mujeres místicas a las que parece confiada la divulgación del nuevo sentido del amor, traído por Cristo; la mujer, que nunca había aparecido en el severo, tempestuoso profetismo precristiano, hoy puede florecer su flor de más delicada fragancia. El gentil poema de Francisco continúa, a través de los siglos, se desarrolla una sinfonía de almas armonizadas alrededor de un pensamiento único y de una misión constante: hacer revivir a Cristo en la Tierra, mantenerlo presente, para que su palabra sea verdadera: “Yo no os dejaré huérfanos; volveré a vosotros”. (**Juan**, XIV, 18). Es el nuevo canto que continúa el profetismo hebreo, el canto de la realización, en la Tierra, del reino de los cielos.

* * *

Llegamos, así, a los tiempos modernos en que el fenómeno asumirá nuevos aspectos. Podría extenderme sobre muchos otros, como Catalina Emmerick, la gran vidente alemana del siglo XIX. ¿Y qué decir de Teresa Neumann, de Konnersrereuth, la famosa vidente bavara, la estigmatizada que en sus visiones sigue la Pasión de Cristo, la revive en su cuerpo, oye y repite palabras en griego, hebreo y arameo, lenguas que ella no conocía? También en este caso hay pasión, amor y dolor, sublimación en el espíritu, el elemento moral elevado al primer plano, la virtud heroica del sacrificio para el bien de

los demás. Existe un contacto espiritual con Cristo, tan profundo que constituye para Teresa su principal nutrición y sustituye el alimento del que, por ley orgánica, todos tienen absoluta necesidad de ingerir para vivir.

El hecho, que es tendencia general de los místicos, de descuidar la alimentación material, prefiriendo lo espiritual, hace pensar que en los más elevados grados de evolución el ser pueda conseguir su reabastecimiento dinámico directamente de fuentes inmateriales, sin tener que recorrer el largo camino de los órganos digestivos.

El estudio, entretanto, de estos problemas colaterales nos llevaría a gran distancia.
Omití, para sobre ella hablar ahora particularmente, pues que se eleva como cima solitaria entre la multitud de los inspirados, tanto por la potencia de la percepción, como por la vastedad de la misión y tragedia del martirio, la gran inspirada, la heroína de Francia, Juana de Arco (1.412-1.431). Su caso, que es inspirativo por excelencia, se distingue sobre el mismo fondo místico por el carácter heroico que le confiere la particular misión impuesta por los tiempos. Esta distinción nos es necesaria para trazar, con ejemplos, las notas fundamentales del fenómeno, las mismas que nos darán la expresión de su ley.

Veamos como, en este caso, las fuerzas superiores han organizado la misión y dispuesto los elementos decisivos en la estrategia del destino de Juana. Quiérase o no, estos son los elementos que individualizan el fenómeno y siguen su marcha. Es a una conciencia en las causas –que son estas corrientes que iluminan, guían y quieren- que nosotros debemos coligar la lógica concatenación de los efectos, concatenación innegable. Es a esta historia interior, que ye veo, a este drama que se agita en la profundidad de la trama histórica exterior, de todos conocida, que yo doy la mayor importancia. Releyendo así la vida de Juana de Arco en los planos más elevados del espíritu, nosotros podemos comprenderla. Para comprender estos fenómenos se necesita haber penetrado la personalidad y toda la vida espiritual del sujeto; es necesario, cuando se enfrentan estas vidas de misión y de martirio, poseer un alma sensible a este mundo de sutiles vibraciones, sino se es incompetente, como lo es el matemático que quisiera resolver problemas sin tener el sentido de la matemática; como lo fue Anatole France en su **“Vie de Jeanne d’Arc”**. En estos casos el pensamiento permanece negativo y no sabe alcanzar más que la destrucción. Pero reservémonos el trabajo más difícil que es el de afirmar y crear.

Volvemos a hallar aquí, como hemos visto en muchos casos, los elementos del fenómeno inspirativo, que lo preparan y lo acompañan. Para comprenderlo, lo reduzco a su estructura esencial, que es un cálculo de fuerzas, imponderables y reales, provenientes de los centros superiores de emanación nóurica y que descienden para unirse y combinarse con las corrientes espirituales de la historia, como del destino individual.

El elevado origen de estas fuerzas, su proveniencia desde los más altos planos espirituales está, fuera de duda, en el caso de Juana de Arco. Ella había hecho pintar en su bandera, de un lado el escrito: “De la part de Dieu” (De parte de Dios); en el otro lado el lema: “Jhesus–Maria”. Este lema lo escribía en sus cartas, como hacía Catalina de Siena. Esto demuestra que aquí también, el pensamiento de Cristo dominaba en el ánimo de Juana. Ella amaba mucho su bandera y la quiso a su lado en la catedral de Reims, en la plenitud del cumplimiento de su misión política y guerrera, cuando la coronación de Carlos VII. Decía de su estandarte: “Il avait été a la peine- c’était bien raison qu’il fut á l’honneur” (Estuvo en el dolor, es justo que esté en el honor). Proc. I, 187. La última palabra que Juana dijo en la hoguera, frente a la muerte, cuando ya no se puede mentir, fue “Jesús”. Pues, aquel “Vengo de parte de Dios” es la invocación suprema que lleva a Dios de testimonio, es el juramento que impregna toda la vida hasta el martirio. Un instintivo terror impide mentir, impide hablar en nombre de Dios cuando no se es digno de él. Juana, que era inspirada y dio su vida para atestiguar la verdad de sus voces, no podía dejar de sentir cuán tremenda palabra es ésta que dice: hablo en nombre de Dios.

La Iglesia, que jamás ha mutilado las capacidades intelectivas humanas hasta recurrir, en la interpretación del fenómeno de Juana, a la tesis de la sugestión, del histerismo y de la neurosis, ni siquiera en el momento de la más profunda ceguera, cuando Juana fue condenada a la hoguera (gran responsabilidad moral para la Universidad de París), la Iglesia no ha tenido más que esta preocupación, es decir, saber si las corrientes provenían de lo Alto o de lo bajo, de Dios o de Satanás, si eran, pues, de verdad y de bien o de error y de mal. Esta es la cuestión fundamental. Y si en un primer momento, en el proceso de la condena de 1.431, el severo juicio fue ofuscado por odios de parte, de intereses, envidias, por errores del clero local que se imponían, mientras el papado (Eugenio IV) se halla lejos y no informado, tal vez en la misma imposibilidad de salvar a Juana, la Iglesia ha estado dispuesta a la más completa y explícita reparación en el proceso de rehabilitación emprendido casi en seguida en 1.456. Este proceso de revisión, comenzado a los cuatro años por voluntad del Pontífice Calixto III, por el rey Carlos VII y por la madre de Juana, se cerraba con una sentencia de rehabilitación, en que la inspirada aparecía ya en su linea de santidad, que la colocaba a los altos niveles de la inspiración cristiana. En fin, la misma Iglesia, después de la beatificación (1.909), proclamada la canonización en 1.920 y Pío XI en 1.922 la declaraba Santa.

En el fenómeno inspirativo de Juana de Arco reluce, pues, enseguida y siempre más intensa, esta característica que he considerado como fundamental para la pureza de la revelación, es decir, la altura espiritual de la fuente. No nos sorprenda la diversa comprensión de los tiempos. Una idea no podrá ser comprendida en un siglo si este siglo está sordo a las resonancias que exitan aquella idea. Cuando las almas están sordas a ese género de vibraciones, entonces la mayoría niega, se encierra al fenómeno en una apariencia de falsedad, desaparece en el silencio para volver a elevar su voz más

adelante, cuando las almas sabrán responder. No todos los tiempos son capaces de comprender. Así Juana ha dormido 400 años y se ha despertado después, olvidada por la frivolidad del siglo XVIII, negada por el materialismo; se despertó en la religión y se despertó en la ciencia, que ya no puede negar. Cuando los tiempos están sordos a la comprensión, el fenómeno sabe esperar la época de su resonancia, en la que, al fin, la lenta alma colectiva, habrá sabido llegar hasta su altura, condición necesaria para el contacto de la comprensión.

Este lado moral, del cual la ciencia, prescinde, es, para mí, fundamental en estos fenómeno, porque es éste el que define el timbre de las voces y establece su valor. La elevación moral de la fuente, la encontramos reflejada en el sujeto, en el género de vida que le está impuesto por la inspiración; se proyecta, así, también en nuestro mundo, en actos que son garantía de pureza nóurica, son el signo que nos asegura hallarnos lejos de aquellas horribles comunicaciones barónticas de las que tengo horror, como si fueran una pesadilla. Y, en Juana, la grandeza moral aparece triunfante, en todo momento. Sola contra todos, impone a Francia su salvación. Es humilde y obediente delante de sus voces; nada pide para sí, se da, en abnegación completa a su misión, para no renegar de la verdad, afronta el martirio. Las mismas fuerzas de lo Alto la mantuvieron en este camino de pureza porque apenas cumplido el esfuerzo de la victoria, y cuando aparecía la amenaza de un descanso entre los laureles humanos, aquellas le quitan todo, haciéndola caer en una prisión. La ascensión moral resplandece total en la última fase de la misión de Juana que llegada a la apoteosis del triunfo heroico sobre la tierra, y viene, en seguida, lanzada a la conquista del triunfo espiritual en el cielo. Pues que es ley de las altas corrientes el dar siempre al espíritu, quitando todo al cuerpo. Al nivel humano, Juana combatiendo a los Ingleses, que eran la injusticia y la opresión, combatía por la legitimidad, que era entonces la base del poder y la forma que en aquella época asumía la Justicia y por eso hace consagrar a Carlos VII en Reims. Sólo así, un rey coronado, podía, según el concepto de los tiempos, legítimamente gobernar ante Dios y los hombres. Juana usa y soporta la guerra como un medio indispensable y un mal inevitable, frente a la justicia de sus fines. Guerra para la salvación de la patria, para la gloria de Cristo, por el triunfo de un principio de bien colectivo. Juana no es partidaria de la guerra hasta el exterminio, si bien es hábil estratega, innovadora, rápida, hábil comandante; no amaba la guerra, sino la paz. Guerra justa y ofrecimiento de paz, es su sistema. En fin, aùn en el infierno guerrero en que había tenido que descender para el bien de su patria, su posición moral encierra siempre el máximo de elevación, que las condiciones del trabajo impuesto, permitían. Elevación, pues, en todo momento, nunca desmentida, coherente e inmutable, elevación progresiva hasta la pasión y el martirio. Hay, a la vez, una progresividad ascensional en el camino espiritual de Juana, indicada por el intensificarse de su dolor. Sufrimiento y despegue, paralelos, aún en este caso, al avance de la perfección espiritual. Siempre el mismo procedimiento de purificación que es sublimación de espíritu. Existe este gran hecho, el dolor, que siempre subraya la intervención de lo Alto, proporcionado, en su intensidad, a la altura de la fuente.

Además de las caídas de la debilidad humana, el dolor es la garantía indiscutible del valor de la inspiración, por cuanto el espíritu se embellece sólo si es flagelado, la ascensión es el esfuerzo de su reacción, el dolor es la fuerza que lo desnuda, lo afina y lo pule como a un diamante.

Establecido este punto de la elevación inspirativa de Juana de Arco y de la progresividad de su ascensión moral, fenómeno paralelo al de un intensificarse de su dolor, después de haber recordado, aún en este caso, esta relación ya notada al principio entre sufrimiento y progreso del espíritu, veamos, ahora, cómo se comportan sus voces, cómo ellas actúan cuales fuerzas conscientes. Cual sea, después, la técnica científica del descenso de ellas, es otro problema que afrontaremos al final. En el caso presente, las corrientes nóuricas revelan una conciencia del momento histórico, su intervención supernormal está justificada por una necesidad excepcional e impelente, su acción directa, que guía a una aldeanita, niña casi analfabeta, está proporcionada a los sucesos, es tempestiva, victoriosa. La causa, pues, es sumamente inteligente, es de una fuerza volitiva y comprensiva superior a los hombres, aún los más selectos de ese tiempo, que forman el fondo gris y bajo de vileza, sobre el cual se mueve el destino radiante de Juana.

El momento histórico no podía ser más trágico para Francia. Hay una proporción y una tempestividad entre ese momento y la obra de Juana, aunque el cuadro histórico completo de su tiempo ella no lo podía ver, no solamente porque era ignorante, sino porque contenía el germen de lejanos desarrollos, para la comprensión de los cuales era necesario alejarse del instante contemporáneo y obtener aquella visión de conjunto que sólo, a la distancia de siglos, puede poseerse. En efecto, la misión histórica de Juana no fue comprendida sino mucho más tarde; los contemporáneos, fijos en las cosas recientes, en general, ven poco o nada de estos destinos de vanguardia.

En aquel entonces la civilización europea, que es decir civilización cristiana, estaba amenazada de ruina. De Italia, de Alemania, de España, nada se podía esperar. Europa está revuelta por el “cisma”, por continuas guerras y desde oriente los infieles amenazan. Francia abatida por la guerra de cien años, entre herejías y rapiñas, está espiritualmente postrada. Era necesario devolver la paz a Europa, cortar la invasión inglesa que, sumergiendo a Francia, amenazaba su destino y su misión de desenvolvimiento de la civilización europea. Estas cosas no las podían ver los contemporáneos. Los ánimos, abatidos por larguísimas luchas extenuantes, se habían dejado desfallecer y la anarquía triunfaba. Faltaba la chispa que reanimara la esperanza y el valor. Juana responde a la necesidad impelente, de arrastrar al alma colectiva hacia lo Alto. La historia no está hecha por el hombre, sino por las fuerzas imponderables que lo guían. Ellas intervienen con evidencia cuando hay alguna gran razón y aquí era urgente salvar una civilización que, creada desde lo Alto, fue siempre guiada y protegida por lo Alto.

Miremos más de cerca el momento histórico.

Isabel de Baviera se unía en matrimonio con Carlos VI; ávida, viciosa y traidora, tanto cuanto el rey era loco, impone el tratado de Troyes, que, en el año 1.420, abre las puertas a los ingleses en Francia. El rey queda abandonado y Carlos VII, hijo de ellos, viene a ser el Delfín de Francia, en 1.416. Es suficiente mirar su retrato. Por deseo de vida tranquila, se hace remolcar pesadamente, como un peso muerto, por Juana, disipando el fruto de las conquistas de la heroína. En 1.415 Enrique V de Inglaterra pretende el trono de Francia y se apresta a conquistarlo para formar un solo reino con Inglaterra. El alma de Francia está dividida en rivalidades y discordias de partidos. Los ingleses avanzan. En 1.420 Carlos VI firma el tratado de Troyes, por el cual la corona de Francia pasa al rey de Inglaterra. En 1.422 Carlos VI muere y Carlos VII se convierte en rey, pero no está todavía legitimado por la coronación de Reims, que sería obra de Juana. Los pequeños señores están divididos, inconscientes del momento, ambiciosos, pasivos ante el peligro. ¿Quién salvará a Francia con un rey, tan irresoluto, apocado y abandonado? Urgía una acción guerrera y política, un empuje que cambiara el curso de la historia. Ese impulso no podía llegar de ninguna parte de la Tierra.

Juana había nacido en 1.412. A los 13 años, en 1.425 oye las primeras voces. Durante casi cuatro años, desde 1.425 a 1.429, las escucha y madura su propia preparación espiritual; a principios de 1.429 la heroína, de diecisiete años de edad, entra en acción. Son cuatro rápidas etapas progresivas: encuentro en Vaucouleurs con el capitán Roberto de Baudricourt, encuentro en Chinon con el Delfín, liberación de la ciudad de Orleáns de los ingleses, coronación de Carlos VII en Reims. En el mes de Julio ocurre esta consagración. Tres años y medio de incubación del fenómeno, cinco meses y medio para traducir el pensamiento en realidad. El empuje, que no podía venir de la Tierra llegó del cielo. La chispa que faltaba en la conciencia nacional Juana la encuentra en el espíritu, fuerza grande también en los sucesos políticos. Políticas y guerreras eran las necesidades del momento, y esta es la forma que asume la inspiración. La fuente de las corrientes inspirativas no es, pues, sólo moralmente elevada, sino, también, supremamente inteligente.

La obra de Juana viene así sentida, aquí, como fuerza activa que interviene y actúa en la historia. Las nóures, que eran bondad y justicia, pensamiento y conciencia, eran también voluntad y energía de acción. Y el caso de Juana no es único. La historia, como todos los fenómenos, tiene una meta y se desenvuelve según un principio lógico de desarrollo. Yo veo en el desenvolvimiento de todos los fenómenos, como asimismo en el histórico, este último término substancial que es la fuerza que los mueve. Y hay una ley de equilibrio entre los empujes de todos los fenómenos y todos son inmateriales, conectados, obedientes a una ley única central que es Dios. En los momentos de depresión de las fuerzas directivas de los sucesos humanos, el vacío de abajo, sobre la tierra, atrae, por equilibrio, una corriente espiritual del cielo y ésta desciende por las vías inspirativas. Los impulsos del mal tienen que equilibrarse con aquellos del bien. Esta es la ley que

hace nacer a los héroes, los genios, los santos, cuando urge una misión de redención. En el momento decisivo de la crisis, que amenaza los sagrados valores del espíritu, que sintetizan una civilización, algo “tiene” que nacer. Así nació Juana. Cristo, la gran fuerza que había fundado la civilización cristiana, vigilaba, siempre presente, a su mantenimiento. El destino entonces despierta y sacude las almas adormecidas. Carlos VII, aún cuando era rey, substancialmente no era más que un vacío. Juana, aunque pastorcilla, substancialmente era la fuerza que hizo explosión al lado.

En los momentos decisivos de la historia, obra la substancia del valor, no la apariencia de la posición social. ¡Y qué diferencia de armas y de métodos! Juana va rápida, recta y segura, porque maneja las fuerzas del bien, de lo justo y de lo verdadero; el rey y sus cortesanos van por las vías tortuosas de la duda y de la traición, como inciertos, vacíos, disgregantes. El espíritu y el bien lo rigen todo y Juana poseía ambos. Ella era una tea encendida, los otros una tea apagada. He aquí el secreto de su triunfo.

En este caso de Juana, la inteligencia del centro inspirativo, no es dada únicamente por la tempestividad de la intervención, por su proporcionarse a los sucesos del momento, sino también por el desarrollo lógico, innegable que ese centro imprime al destino de Juana. La inspiración tiene una meta precisa, constante, un plan de acción complejo, que cambia de naturaleza a lo largo de su desarrollo; tiene un período de preparación para la gradual formación del instrumento. Observemos de cerca cómo nace y se desarrolla la inspiración de Juana, cual motor espiritual de toda su misión activa. Volveremos a encontrar muchos de los conceptos ya notados. La forma impuesta por las circunstancias al desarrollo de esa misión, que está confiada a una adolescente, no podía permitir los largos períodos de maduración a través del dolor, como los hallamos en otros casos. La distribución de las partes está invertida y el factor dolor está condensado todo al final. Esto, porque el primer objetivo, en orden de tiempo, es la salvación de Francia y el segundo es la purificación espiritual de la heroína. El dolor toca, pues, únicamente la segunda parte del desarrollo individual de la misión, cuando la realización política se ha cumplido.

A los trece años en el verano de 1.425, Juana oyó las voces en el jardín de su padre. Esto de las voces es el *leit-motiv* de la vida de Juana, siempre presentes, sobre todo en los momentos más decisivos. Ellas están detrás de los hechos, son el centro motor de toda su misión. Desde los trece a los diecisiete años, desde el verano de 1.425 hasta el fin de 1.428, es decir tres años y medio, duró el período de preparación del instrumento, tres años y medio para que la inspiración se apoderara completamente de esa alma. El fenómeno es progresivo. Antes que la lucha pueda exteriorizarse sobre la Tierra, con hechos concretos, debe ser cumplida en el espíritu; debe haberse, ante todo, sólidamente estabilizado el equilibrio interior de las fuerzas motrices del fenómeno. He aquí cómo describe Juana su primera percepción de las voces:

> "Lorsque J'avais 13 ans, J'ai eu une Voix de Dieu pour m'aider á me gouverner; et la premiére fois, J'eus grand'peur. Cette Voix, vint vers midi, en été, dans le jardin de mon pére; je n'avais pas jenué la veille. J'ai entendu cette Voix sur la droite, du còte de l'eglise, et je l'entends rarement sans voir une clarté. Cette clarté est du cóte oú la Voix se fait entendre et elle est habituellement très vive." (Proc.1,52)[1]

El primer sentimiento es de miedo y, aquí también, la primera advertencia de la Voz es, "no temas", "ne crains rien". Más tarde, cuando la costumbre ha tranquilizado a Juana, la Voz se hará más fuerte y segura y comienza con sus órdenes de mando: "Va, va, fille de Dieu, va…"[2], y agrega: la misión viene de Dios, "De la part de Dieu"[3].

Las voces son varias. La primera es la de San Miguel el ángel guerrero, el Santo de las batallas que guía las armadas. Le llegan luego en auxilio, casi para mejor proporcionarse, endulzándose hasta la feminidad de Juana, otras dos voces: Santa Catalina y Santa Margarita. Aquí también hay razones de simpatía, de atracción y de afinidad de misión.

Esta última santa estaba representada en la capilla de Domremy, el pueblo natal de Juana, por una estatua que ella veneraba. La voz guerrera de San Miguel desaparece luego en los fosos de Melun, cuando la misión guerrera de la heroína ha terminado y su destino se eleva por las vías místicas del martirio. Hablan, entonces, únicamente las dos santas del sacrificio y de la virginidad.

Juana ve además, una luz en dirección a la Voz. Oye, entonces, ve, tiene hasta sensaciones táctiles y olfativas: las corrientes adquieren las más variadas formas de vibraciones sensorias, pero sobre todo, ella oye. El ambiente de sintonización está todo inundado de paz idílica, de una sencilla musicalidad campestre, llena de poesía. En este ambiente las corrientes espirituales saturan de por sí grandemente el alma de Juana, el vehículo que debía luego comunicar la transfusión espiritual al alma de Francia. Los bosques debían ser su ambiente de sintonización preferido, porque durante el proceso, sumergida en las vibraciones más bajas y opacas, Juana debió haber tenido más trabajo para oír, pues en una sesión decía: "Si estuviera en un bosque oiría mis Voces". Juana en esos tres años y medio de su preparación espiritual, como aldeanita, vivía en el campo, entre los bosques y las pequeñas iglesias de los pueblecitos tranquilos, en la más armónica atmósfera de vibraciones. En ese ambiente, ella asimilaba las corrientes

---

[1] Cuando tuve trece años escuché la Voz de Dios para ayudarme a gobernarme; y la primera vez tuve gran miedo. Esta voz llegó cerca de la hora del mediodía, en verano, en el jardín de mi padre; no había ayunado la vigilia. Oí esa Voz hacia la derecha, del lado de la Iglesia, y raramente la oigo sin ver una luz. Esta luz se halla del lado de donde se hace oír la Voz, y habitualmente es muy viva. (N. del T.)

[2] "Camina, camina, hija de Dios, camina…" (N. del T.)

[3] "De la parte de Dios". (N. del T.)

intensificando su cualidad de resonancia, volviéndose cada vez más afinada, hasta fundirse y convertirse, ella misma, en el impulso transmitido. La primera voz se manifiesta en el jardín paterno, luego sigue manteniendo siempre el contacto, continuando la iniciación, no ya a saltos, sino constantemente, varias veces a la semana, un poco por todas partes, por las colinas del Mosa donde Juana llevaba a pastar su rebaño, bajo el árbol llamado de las hadas, por los bosques que cubrían la región, cerca de las fuentes, entre el canto de las aves y el perfume de las flores, al son de las campanas, que Juana tanto amaba y que, realmente, especialmente si son grandes, tienen un extraordinario poder de armonización vibratoria. Estas eran las dulces vibraciones que siguen las corrientes espirituales, como vías de descenso, como telón de resonancia; era el armónico motivo de la materia sobre la que se apoyaba la sinfonía divina; el concierto debía ser perfecto, sin disonancias hasta en sus ecos lejanos, en el mundo físico.

Así descendían las nóures, en el alma de Juana a través de la íntima voz de las cosas buenas y dulces, que se le inclinaban alrededor en corona y se ofrecían como canal de sintonía. Así en las cosas humildes se esconden las grandes cosas. El ambiente de las Voces está, pues, casi siempre abierto y en lugares lejanos y solitarios donde Juana amaba refugiarse. Y la campiña de Domremy, donde ella vivía, es aún hoy realmente sugestiva, por su tranquilidad y silencio.

Pero las Voces se hallan también en la iglesia, otro ambiente místico excelente, es decir, en la pequeña iglesia de Domremy y en el vecino Santuario de la Virgen de Bermont. En la primera se halla la estatua de Santa Margarita y ante ésta Juana oraba. El cercano santuario de Bermont, aislado en los silencios, entre los árboles, era el ambiente apartado ideal de sus inspiraciones. La soledad de esos silencios le era necesaria a Juana para oír mejor, y la buscaba para su preparación. Entretenida en su profunda labor interior, su alma, al exterior, necesitaba paz. En este ambiente, la aldeanita de la Lorena había cumplido su promesa solemne, había aceptado su misión y tomado el empeño con el cielo de seguirla hasta el fondo. La historia no asiste a esta escena íntima, donde el alma de Juana debe haber hablado y tal vez también largamente luchado con sus Voces. Pero, de cierto, que ellas estuvieron presentes, como lo estuvieron en el Sinaí, en Patmos, en San Damián. Hay en la capilla de Bermont un Cristo doliente y acongojado, a cuyos pies la joven debió haber pronunciado su sí, un voto solemne recogido por el Cristo moribundo y del cual ya no era posible retirarse. Era este, también, un voto de dolor y de pasión. La Ley de Dios desciende y se humilla ante el consentimiento del alma, porque respetando su libertad, se respeta a sí misma. Pues, solo Juana, formada ante todo en lo interior, podía lanzarse por los caminos del mundo. El dulce período de la efusión espiritual ha sido llenado; se desatará ahora, la gran batalla de la conquista y del martirio.

He dicho “luchado”, puesto que Juana no acepta pasivamente sino que discute y muchas veces resiste a sus voces; ella opone los razonamientos de su buen sentido que calcula las dificultades y sus fuerzas. Las voces eran siempre distintas de su yo, con el cual, a veces chocan y con el cual no se confunden nunca. Hay un choque entre su voluntad humana y la voluntad superior y como una progresiva imposición de dominio de ésta sobre aquélla; pero no hay violencia que anule voluntad y libertad. Si Juana obedece es porque primero ha discutido, ha comprendido y está convencida. Se forma un pacto entre dos seres libres, conscientes y consintientes. Las fuerzas del cielo y de la tierra son distintas, se encuentran y lentamente se funden en una fuerza única. Por ello, fue necesario un largo período de incubación, mucho más largo que el de la conquista guerrera y del martirio; un período de preparación invisible, antes que el fenómeno pudiera estallar en su madurez; un proceso de progresivo desarrollo, antes que pueda alcanzar su plenitud. Si las dos voluntades concuerdan, permanecen sin embargo distintas, como distintos son los trabajos a realizar. La voluntad más elevada y más sabia queda a la dirección y guía, la otra sigue. En Juana las Voces no revelan todo su plan pero, a pesar de demostrar que lo conocen totalmente, comunican sólo aquella parte que, momento por momento, interesa en la ejecución. El inspirado es, por tanto, guiado siempre de la mano, como un niño. La misión viene revelada paso a paso, la comunicación se limita al mínimo necesario; parece casi que las Voces amen esconder en el silencio lo que alma no tendría el valor de aceptar; actúan para guiarla dulcemente con el menor desperdicio posible de energías.

Observemos cómo se comportan las Voces en la vida de Juana. Agotado el trabajo de preparación, Juana es lanzada y parte en el momento justo. No sabía nada más que: “Va, va, fille de Dieu, va…”.

Pero las Voces saben y precisan enseguida cuatro objetivos exactos: Vaucouleurs, Chinon, Orleáns, Reims, combinados entre ellos por una proporción y lógica de desarrollo que asciende hacia una meta. Cuando las Voces no tengan que ser precisas, no lo serán. Hay un acuerdo entre la Sabiduría del cielo y las exigencias de los sucesos.

Ellas saben que Orleáns, es la llave de toda la posición y que, perdida ésta, se derrumbaría la misión que es la de salvar a Francia del dominio de Inglaterra. Orleáns está sitiada desde Octubre de 1.428. En los primeros días de 1.429 Juana está ya en movimiento. Reims es el objetivo político que no puede ser alcanzado más que en un segundo tiempo: ante todo la victoria que permita la legitimación, después la legitimación que confirme la victoria. La marcha heroica progresa con una seguridad de guía que los grandes jefes de ese tiempo no poseían. Todo está predicho. Juana, en el caos, va derecha como una flecha. “A pesar de los enemigos, el Delfín será Rey y soy yo quien lo llevará a la consagración”. (Proc. II, 450). Así había afirmado la pastorcita. ¿Cómo podía afirmar esto una tan humilde criatura, sin estar loca, y si era loca cómo podía acertar con tanta precisión? En Marzo, Juana se halla en Chinon y reconoce al

Delfín en medio de la muchedumbre de cortesanos… "…par le conseil de ma voix, qui me le révelait". (Proc. I.56). "Quand j'ai vu le Roi pour la premiére fois il y avait lá plus de 300 chevaliers et de 50 torches sans compter la lumiére celeste. Et j'ai rarement des révélations sans qu'il y ait de lumiére. (Proc. I, 75). "Je l'entends rarement sans voir une clarté…"[1] había ya dicho Juana de su primera aparición. Mientras habla al Delfín, ella lee en lo íntimo de su alma lo tocante a la cuestión de sus dudas secretas, a saber si realmente era hijo legítimo de Carlos VI e Isabel y le dice que precisamente por esto ella lo hará consagrar en Reims.

Se agrega otra señal: El milagroso hallazgo de la espada enterrada de Santa Catalina, hecho que Juana no podía saber y que le fue indicado por las Voces[2]. En Orleáns la inspiración sostiene la estrategia y la técnica militar con una capacidad que Juana no podía poseer y que superaba aquella de los jefes de esos tiempos. En pocos días, una aldeana de 17 años logra aquello que no habían podido alcanzar, en varios meses, los hombres aguerridos de esos tiempos. Orleáns queda liberada. Las Voces se han confirmado con exactitud. Pero Juana sabía que era necesario obrar con celeridad, para acercase a la terminación de su misión guerrera. Era necesario consagrar en el rey la victoria alcanzada, completarla en plano de derecho. Y avanza sobre Reims. La tarde del 16 de Julio Carlos VII entra en la ciudad, como las Voces habían predicho. Enseguida, el día después, Domingo, se cumple la coronación: "Gentil Rey", dice Juana, ahora está cumplido el deseo de Dios que quería levantara el sitio de Orleáns y os condujera a esta sagrada ciudad de Reims para recibir la Santa Consagración, mostrando así que sois el verdadero Rey, a quien debe pertenecer el reino de Francia. (Proc.IV, 186). Francia estaba salvada, las Voces que han alcanzado su primer objetivo, ya no tienen, por un tiempo, la precisión y la potencia de Domremy. En efecto, ¿Para qué, si su objetivo cambia? La Pulcella[3] había despertado el alma nacional. La revancha francesa preparada por ella avanzará y liberará su patria. Sus profecías se realizaron todas. Resurgirá el ánimo de Carlos VII y, cuatro lustros después Francia estará libre. Fue suficiente esa chispa; las fuerzas habían limitado su intervención al mínimo indispensable.

---

[1] … "por el consejo de mi Voz que me lo reveló. Cuando vi al Rey por primera vez, había allí más de 300 caballeros y 50 antorchas, sin contar con la luz celestial. Rara vez tengo revelaciones sin que no haya luz. Rara vez la siento sin que no vea una claridad." (N. del A.)

[2] Referencia a un hecho muy notable. Las Voces le dijeron a Juana que debía usar, en la lucha contra los ingleses, la misma espada de Carlos Martel, que en el año 732 (siete siglos antes!) expulsará a los musulmanes invasores de Francia en la batalla de Poitiers. Y las mismas Voces le indicaron donde encontrarla, enterrada y olvidada, bajo el altar de una iglesia campestre. (N. del T.)

[3] Apodo de Juana de Arco. (N del T.)

Después de Reims se presenta otro objetivo a esas voces y hacia éste se dirigen y a él se proporcionan. Las Voces continúan siempre en su sistema de decir, guiar, dar ánimo y promover acontecimientos, vez por vez. Aquí principia el nuevo destino de Juana, pero las Voces no se lo revelan. Sólo hablarán claro en la Pascua de 1.430, en Melun. Su destino asciende lenta e inadvertidamente desde los triunfos humanos, hacia los triunfos divinos; ya no mira a la salvación de Francia, sino a la sublimación del alma de Juana, a través del dolor. Y su pasión comienza. Es un triunfo más grande que debe consolidar al primero y convertir a Juana en una santa. Progresividad ascensional del fenómeno, que lo lleva a un límite inmensamente más alto, donde el sufrimiento es, como ya vimos, factor fundamental. Para Juana era necesario consolidar y consagrar su idea en el martirio, porque contenía algo más grande que la salvación de Francia y que, en el testimonio de la muerte, debía extenderse a todo el mundo. Para que Juana pudiera ascender todavía, era necesario, para ella, el fracaso de su triunfo humano, era necesario que su grandeza terrena naufragara en la traición y en el abandono, por parte de los ingratos para quienes había luchado. No tenía que ser ella la que debía recoger para sí los laureles terrenales; el suyo debía ser un sacrificio purísimo por Francia. Una recompensa y un goce humano habrían destruido toda esta sutil fragancia del espíritu.

Vemos, una vez más, en el fondo de todas estas misiones, resplandecer a Cristo, quien, en la renunciación y en el martirio atrae hacia sí a las almas electas. Desarrollo lógico, pues, en el íntimo progresar del fenómeno; la primera tarea de las fuerzas superiores fue, pues, la de despojar a la “Pulcella” de todos los triunfos humanos que, naturalmente, estaban por rodearla y que amenazaban su más grande triunfo. Era necesario avanzar más aún. Pero las Voces guían con galantería, no aplastan el espíritu con un planteamiento inmediato demasiado vasto que desoriente, excite rebeldía y miedo, sino que lo canalizan por el inevitable camino, siempre presentes, cuando incluso parecen estar ausentes en la sabia estrategia del silencio. Había llegado, en la eterna vida de Juana, la hora de la gran superación y era necesario afrontarla, con una gran prueba, porque ésta es la ley de las almas maduras. Las Voces usan la piedad del misterio hasta lo último; le hacen entrever la liberación, entendiéndola, pero en sentido espiritual y no le revelan la horrible muerte que le espera, aquella que ella más temía. Y sin embargo le hablan, para endulzar los caminos del dolor. Lo Alto, a diferencia de lo bajo, conoce esta piedad y si no puede evitar el sufrimiento, es porque éste es parte esencial e integrante de la ascensión que lo Alto desea porque es el camino de la felicidad. ¡Cuántos casos sutiles y profundos, nos enseñan este ponderado avanzar de las Voces por los caminos del Señor!

Y solamente cuando el alma ha adquirido la fuerza para mirar de frente el martirio, las Voces, entonces, hablan más claramente. Sólo cuando Juana podía comprender el verdadero sentido de su liberación, las Voces le dicen: “Toma todo esto con buen ánimo. No te preocupes de tu martirio. Vendrás, finalmente, al reino del Paraíso”. Por cuanto todo el profundo significado de este fenómeno, que vamos estudiando, está en la

evolución del espíritu, en el trabajo de su potencialización que le permite, como vimos en **“I Fioretti”** de Fray Francisco, tomar el vuelo hacia planos superiores de vida.

Pero miremos de cerca los sucesos. Después de Reims, la estrategia de Juana queda abandonada a sus recursos humanos. Ella había obrado en el bajo mundo humano y era ley que éste tuviera que reaccionar: demasiado había ella triunfado, para no excitar celos y envidias de todas partes. La grandeza la aislaba. Son bajos los comunes niveles de conciencia humana y los hombres no saben unirse más que por intereses, rara vez por un ideal. Es natural que la sabiduría limitada de Juana, ya no más sostenida por las fuerzas superiores, tenía que quebrarse, enseguida, contra las astucias de gente inclinada a todas las insidias y ella cayó víctima de la traición de ellos. Los hombres eran ciegos, veían el pequeño interés, pero cercano y propio; sólo las potencias de lo Alto habían demostrado una conciencia superior del momento histórico, dominando en el espacio y en el tiempo. Pues los hombres bajos son los más tenaces y los más armados de voluntad, de astucia y de mentiras. El plan lógico de Juana era el de dirigirse, enseguida, sobre París y terminar allí la paz, como vencedora. Carlos VII mismo, por quien ella luchaba, es quien la obstaculiza, prefiriendo un armisticio con París y una paz de acomodamiento. Todo empuje moral creado por Juana en Francia queda quebrado; ella aparece traicionada por el mismo rey. En el momento de la acción decisiva que debía recoger todo el esfuerzo pasado, ese rey se detiene y espera. En Septiembre, Juana ataca París. Aquí sucede la primera traición. Parte de los comandantes, no queriendo que la empresa triunfara, se retiran del combate. Al día siguiente se anuncia que la expresa voluntad del rey era la de abandonar la ofensiva.

Pero la traición continúa. La primera derrota ofusca la aureola de la heroína. El pueblo quiere el triunfo, la aplastante persuasión del hecho concreto, que lo justifica todo, tanto el delito como el milagro. Frente a la derrota, la santa se convierte en una bruja. Juana queda cada vez más sola, contra todos. El rey quiere sus ocios, no toma en cuenta a Juana, sueña con la paz. En esos tiempos no se sospechaban las demoledoras hipótesis del materialismo. Hoy Juana sería encerrada con los locos. En aquel entonces, no podía ser más que bruja o santa. Para los franceses, mientras fue útil con sus victorias era, naturalmente, una Santa. Para los ingleses, siendo enemiga de sus intereses, era una bruja: la tesis, para éstos, más preciada, tesis, que harían triunfar. Por cuanto las naciones, como los hombres, creen que Dios está siempre de su parte, que no puede ser sino la del derecho y de la justicia. El mal fue que, por envidia, también los franceses, a la primera derrota, comenzaron a calificarla de bruja, estrechando en torno a ella el anillo total y fatal que habría de estrangularla. Sin embargo, si los siglos recuerdan algo de aquel tiempo, de todos aquellos personajes insignificantes, es únicamente a causa de la heroína perseguida, que ellos quisieron aplastar. Sólo el dolor y no la astucia ni la fuerza, crea las cosas eternas.

Pero la hora de la mayor traición se apresura. El destino ha emprendido, decididamente, el nuevo camino, y las Voces nuevamente hablan. Hasta ahora habían callado, frente a la derrota de París, silencio. “Cuando fui hacia París, no tuve revelación alguna de mis Voces” (Proc. I,146), dice Juana, “no fue ni en pro ni en contra la orden de mis Voces”. (Proc. I,169). Las Voces dejaban pues, que su destino de mártir se cumpliera, que la traición, que era su condición, adelantara. Así también Cristo dejó a Judas a su mesa. Hay en ello un sentido de fatalidad del destino, que una vez ubicado en sus causas, no puede más detenerse. Las Voces volvieron a hallar la potencia de Domremy, en una encrucijada decisiva. “En la semana de Pascua, mientras me hallaba en los fosos de Melún, me fue anunciado por las Voces, es decir Santa Catalina y Santa Margarita, que habría de caer prisionera antes de la fiesta de San Juan, y que así debía suceder y no me asombrara y tomara en buen ánimo todas las cosas, pues Dios me ayudaría”. (Proc. I, 115-116). Estábamos en Abril de 1.430. Son hechos de experiencia estos períodos de silencio, en los que parece que la Voz abandona y se apaga, mientras que luego en el momento oportuno resurge vibrante; se comprende, entonces, cómo ella haya estado siempre presente, guiándolo todo, asimismo, sin revelarse. Silencios necesarios que forman parte del plan directivo, de la estrategia de los reposos y de los retornos, en que se maduran los impulsos más elevados. Juana, pues, debía caer prisionera; esta era la voluntad de Dios. Se pide una nueva aceptación, pero al mismo tiempo se alienta y se promete esa ayuda divina que, después de Orleáns, realizará el segundo milagro de la inabatible firmeza de Juana hasta la hoguera. En efecto, Juana fue hecha prisionera en Compiégne a causa de una nueva traición. Entra en la ciudad sitiada sin sospechar nada, pero al efectuar una impetuosa salida (el enemigo, tal vez estuviera de acuerdo con los mismos jefes de la ciudad) los ingleses le cortaron la retirada. Enseguida Compiégne levanta los puentes y cierra las puertas. Tuvo que rendirse, y fue hecha prisionera por la traición de sus mismos franceses. Se dice que la traición fue ricamente recompensada.

¡Prisionera! Así, de mano en mano, pasa a los ingleses a los que queda vendida y quienes pagan espléndidamente por la rica presa. Los sucesos se precipitan. Juana arrastra su pasión de prisión en prisión, hasta que se inicia el proceso. En manos de los ingleses, Juana debía ser una bruja, ésta era la conclusión prometida a todo el proceso, porque debía servir al interés de anular la consagración de Reims , reducida así a un sacrilegio y de destruir con esto la autoridad conferida a Carlos VII por este nuevo juicio de Dios. En la incertidumbre de las vicisitudes humanas, el pueblo había visto esta milagrosa intervención divina, que era garantía de la legitimación real. Pues bien, los trecientos hombres del proceso, tan aguerridos en sabiduría, no comprendían esta verdad elemental, que todas sus astucias y violencias, si podían destruir a Juana, al rey y a toda Francia, no podían violar a Dios y por tanto tampoco a estos últimos que estaban protegidos, es decir, tomados en el círculo de las fuerzas superiores de la divinidad. Los jueces, al buscar el punto de contacto entre Juana y Satanás, han señalado, en cambio, al mundo, el punto de contacto entre la Santa y Dios. Contra ella se utilizaron las palabras de San Pablo. Mejor no se podía mentir. Sin embargo, toda esa dialéctica, tanta

pomposidad puesta en la escena judicial, tanto ensañamiento de fuerza y de astucia, no han podido borrar una sílaba de la simple y sublime verdad de Juana. Para demoler todo esto que salvaba a Francia, los jueces buscaron destruir a la heroína y a la santa, para colocar en su sitio la figura de una hechicera. Era necesario dar vuelta a la situación, a Dios sustituirlo por Satanás. ¡Pobres miopes que no veían que este trastocar de valores era precisamente el pedestal de la grandeza de la Santa, porque era la condición de su martirio! Ellos eran la fuerza ignorante que lo Alto utilizaba para el más grande triunfo de Juana.

En la Edad Media era fácil pasar por hechicera. El aire parecía saturado de la idea del demonio y, realmente, con todas aquellas muertes violentas y crueles, con tantos odios y venganzas, ese aire debía ser espiritualmente irrespirable, ¡tan impregnado estaba de emanaciones barónticas! Juana está sola, oprimida, privada hasta de los consuelos de la religión, sola, ante los insultos de los carceleros y los asaltos a su pureza, sola delante de una formidable asamblea de jueces sabios y de mala fe, que intentaban por todos los medios arrancarle el reniego de sus Voces, para tener así, el modo de condenarla legalmente y fuera salvada la forma de la justicia. Y ellos creían que esa ilusión de la forma, pudiera bastar para sostener un hecho que era mentira e hipocresía. Pero las fuerzas reales de la vida surgen e imponen luego la rehabilitación. ¿Cuándo se comprenderán estas leyes? Aquí, vemos, en cambio, a qué extremos de injusticia puede llegar la llamada justicia humana.

Pero las Voces hablaban a Juana y ella respondía a todos, sencilla y sublime. Esta es la gran fuerza, sin armas, de lo justo y de lo verdadero. Cuando se han emprendido ciertos caminos, no se puede volver atrás. Dos dramas, pues, se desarrollan en esta última parte: El drama exterior que es el del proceso en el que la autoridad ciega, preconcebida, de mala fe, se precipita de error en error hasta dar de cabeza contra la hoguera, frente a la cual uno de los jueces ingleses, gritará: “Nos hemos equivocado, hemos quemado a una santa”. El Obispo Cauchon, juez del proceso, a quien Juana había aplicado más de un reproche, llorará. A su lado está el drama interior de Juana, que relampaguea sobre el fondo gris de tantas bajezas. En este drama se agiganta la grandeza del cielo y Juana, destruida, fulgura con la potencia del infinito. Está sola, pero sus Voces están con ella. Esto le basta. La unificación se completó en Bermont y ya no se puede quebrar ni aún siquiera en la hora del Getsemaní y del Gólgota. Se trata de ataduras que no se sueltan en el tiempo y van más allá de la muerte. Las Voces son piadosas, sostienen, no asustan. Han prometido la liberación y no han mentido, porque entendían la más grande liberación. No le quitaban a Juana la esperanza de una liberación humana, para no oprimirla antes de tiempo, para proporcionarle una manera de comprender su nuevo esfuerzo y madurarse gradualmente a la gran idea del martirio. Busca la fuga, atiende a la salvación material y se le deja esta interpretación como una dulce piedad que mitigue su pasión. Es, muchas veces, beneficio ignorar las vueltas del destino; algunas ilusiones del alma son, a veces, necesarias para afrontar pasos que asustarían. Las Voces la

alentaban para que resista hasta la liberación. Únicamente más tarde habría de comprender. “Ne crains rien” ellas habían dicho, desde el principio.

Era necesaria la prueba suprema, para dar al mundo el testimonio del origen divino de las Voces. El destino de Juana no debía ser únicamente el de alcanzar la meta de la salvación de Francia, de santificar aquella alma, sino también el de afirmar al mundo la verdad del espíritu. Juana dio la vida por esa afirmación. Jamás ha renegado de sus Voces, siempre ha repetido su lema: “De la part de Dieu”, “Vengo de parte de Dios. Y al final repite: “Si dijera que Dios no me ha mandado, me condenaría. Y, realmente, Dios me ha mandado”. Únicamente en la jornada del cementerio de Saint Ouen, tiene un momento de debilidad humana. Su cansancio ha cedido frente a tantas presiones y astucias; tal vez fue engañada con substitución del texto, tal vez se ha engañado, creyendo que esa fuera la liberación. Vaciló un instante vencida por esa voluntad tenaz de sus jueces y, por cierto, era una fuerza que quería su retractación para condenarla de cualquier manera. Son muy humanos estos desánimos que quitan el sentido de la responsabilidad. Pero Juana, readquiridas sus fuerzas, temió, frente a sus Voces, haberlas desmentido siquiera fuera por un solo instante y se repuso enseguida. Y su último grito, el más grande, lanzado al mundo, entre las llamas de la hoguera de Rouen había de ser: “Mis Voces venían del Dios”.

Atestiguación solemne, hecha frente a la muerte, cuando ya no se puede mentir; destello de verdad eterna, descendida, como siempre, desde una cruz, verdad probada con el martirio. ¿Qué dice la ciencia de esta clase de pruebas? En la apoteosis del sacrificio, Juana reafirma, dando para ello su vida, las supremas verdades del espíritu, atestiguando que existen y que se alcanzan a través del dolor. En el momento supremo la “Pulcella de Orleáns” vuelve a encontrar el punto de contacto que la une a Cristo, vuelve a entrar y se nexa, como fuerza palpitante de vida, en el plano divino de su redención. Y Cristo, es su último grito, que es de triunfo.

Jamás en la historia, como en este episodio, las fuerzas del espíritu descendieron tan cerca de la Tierra y en una lucha cuerpo a cuerpo, tan decididamente se han impuesto a los sucesos humanos; nunca el contraste fue tan vivo, la intervención tan evidente; jamás los sucesos fueron a tal punto violentados por los empujes de lo imponderable. Los dos mundos se colocaron frente a frente y se miraron, desafiándose. Y el espíritu venció.

V

TÉCNICA DE LAS NÓURES

Cuando, desde el estudio de un pequeño caso, hemos ascendido a la interpretación de los gigantescos casos de la inspiración, hemos constatado que la ciencia, en sus concepciones, es demasiado pequeña para contenerlos, porque abrazan algo de superhumano y ciertos factores trascendentales – indispensables para su comprensión – que la ciencia ignora. Hay, en el fenómeno, elementos substanciales y determinantes que volvemos a hallarlos en cada caso, los que representan, por lo tanto, sus características fundamentales, elementos reales, aún si son imponderables, y aún si la ciencia moderna – por sus premisas y su orientación – se ha sentido incompetente para valorarlos. Para llevar al fenómeno dentro de los términos de la psicología científica actual, es necesario una reducción, casi una mutilación, del fenómeno mismo, en su aspecto técnico y mecánico, tal como es aquella psicología. Es este particular aspecto técnico y científico del problema, el que profundizaremos en este capítulo. Al mismo tiempo, trataremos de elevar a la ciencia, niña en este campo, hasta la comprensión de estos fenómenos y las fuerzas imponderables que los rigen.

Hasta ahora nos hemos extendido en un campo supercientífico, en un mundo de sueños, de emociones y de esperanzas, el mundo del espíritu. Para quien lo siente, todo eso es ya de por sí supremamente persuasivo. Ahora cambio el engranaje de mi pensamiento y hablo al que no siente, al que para convencerse tiene necesidad de tocar, medir, experimentar. Sin embargo, hay necesidad de tener presente estos factores espirituales, aunque haya quien los niegue, porque no los posee en su propia conciencia, porque son factores integrantes del fenómeno fundamentales en la definición de su desarrollo. Por otra parte, ya dijimos que ellos son el producto de estados evolutivos que se elevan más allá de la media; es obvio, por tanto, que solamente a través de un descenso, pueden ellos reducirse a los términos de la psicología normal, de la realidad sensorial. Así que, cuando hablemos de vibraciones, y de ondas, recordaremos que tocamos únicamente la fase perceptiva humana del fenómeno, la última e inferior zona de la transmisión nóurica, su término más bajo y el último momento de llegada, que es el más comprensible, porque es el más cercano a la fase sensorial, que llega al contacto humano. La fase más elevada es una emanación abstracta, supersensoria y superconceptual, que se desenvuelve en otra dimensión de conciencia y en otro plano de evolución, fase en que la ciencia y la misma psiquis humana normal, no posee los medios de percibir y concebir, sino después de una reducción de dimensión, que precisamente la recepción inspirativa realiza en las corrientes nóuricas. Cuando, en las fuentes, nos hallamos a un nivel evolutivo supertemporal y superespecial, es absurdo pretender poderlo comprender todo en los términos de una pura cuestión técnica. En su

estado de emisión, la nóure no es todavía pensamiento, tal como nosotros normalmente lo concebimos. Yo mismo, para hablar en los términos de la psiquis normal, tendré que realizar una reducción de la emanación originaria y de mi percepción de ella, en la dimensión del pensamiento, que es un estado vibratorio mucho más denso; deberé realizar un regreso involutivo en el mundo más concreto de las oscilaciones de la materia, vistiendo la radiación originaria de un involucro físico que le permita excitar la reacción sensible en la psiquis hundida en los centros cerebrales. Recordemos, pues, que este estudio del fenómeno, en su menor aspecto técnico, no lo abraza más que en su plano humano de llegada, y no en aquel superhumano de partida. En este estudio, para llegar a la solución de estos inexplorados problemas – para cuya solución no hallo elementos de guía dentro de los conocimientos que se poseen – me serviré yo mismo, cuando cultura y razón no me basten, del método intuitivo y de las averiguaciones por captación de corrientes nóuricas. En este momento, siento que no poseo más que una inicial y vaga idea del asunto, pero sé que escribiendo tendré la respuesta a todo interrogante.

Al estudiar el fenómeno en sus grandes y pequeños casos, he trazado ya su interpretación sumaria; en las características que vemos volver con una constancia que tiene su significado, hemos delineado la línea fundamental de su figura. Entre estas características, hemos visto que la primera es la progresividad, por lo que he definido al fenómeno inspirativo como un caso normal de sensibilización por evolución biológica continuada en los estados superiores de evolución psíquica y ascensión espiritual. El caso, como evolución, es normal, como posición frente a aquella relativa al término medio, es supernormal. Se trata de un proceso evolutivo de desmaterialización del ser en planos superbiológicos; de un proceso de purificación psíquica y orgánica, cuyos factores son: dolor, renuncia, régimen de purificación pasional y dietética. De esto he hablado en los capítulos: “El Fenómeno” y “El Sujeto”.

Hemos vuelto a hallar estos elementos en la historia de los grandes inspirados. Suprimiendo estos factores determinantes, el fenómeno, naturalmente, se detiene o retrocede. Estos conceptos, aunque desembarquen en un campo supercientífico, tienen base científica, porque representan la continuación de la evolución biológica darwiniana, evolución orgánica que si debe continuar como la lógica impone, ya no puede ser más que psíquica y espiritual. Es necesario que la ciencia materialista – si quiere continuar progresando – comprenda, sin más, este problema de la desmaterialización del organismo humano, obtenida lentamente por progresiva atrofia de funciones orgánicas e hipertrofia de funciones psíquicas. Hablo de posiciones relativas al momento evolutivo actual. También esto es lógico y lo he mencionado. Estos principios generales, como siempre sucede en la naturaleza, soportan adaptaciones al caso particular, que es siempre el de un tipo especializado y permanecen verdaderos, aunque no aparezcan en el breve ámbito de una vida.

He dicho progresividad de sensibilización. ¿Y qué es la evolución sino un proceso de continua sensibilización? En un primer plano tenemos al mineral que también sabe modelarse, sintiendo la resistencia del ambiente, en las formaciones cristalinas; luego la planta, con una sensibilidad que abarca la vida vegetativa; después el animal que ve y oye y en el que se delinea el mundo sensorio; a continuación, el hombre, que desde la síntesis sensoria, se eleva a una interpretación racional de la vida; después el superhombre que, con la capacidad de intuición, supera los límites de la razón y siente directamente el universo. Y se podría continuar con los seres incorpóreos llamados ángeles, por toda la jerarquía de su elevación. El mineral se orienta, la planta siente, el animal percibe, el hombre razona, el superhombre intuye. He aquí la evolución de la sensibilidad. Si con la civilización disminuye la ferocidad es porque aumenta la sensibilidad, a la que es inversamente proporcional. Se cultivan las plantas como se cultivan los ánimos y se domestican los animales. Y la planta cultivada pierde las espinas, el animal domesticado pierde los instintos feroces, los hombres civilizados se han hecho más gentiles en los pensamientos y los actos. Idéntico universal proceso de sensibilización, que absorbe la ferocidad. Así la sensibilidad dolorosa de los animales y de los salvajes es mucho menor que aquella del hombre civilizado. La reacción embiste siempre más los estados profundos. Los límites del universo son dados únicamente por las capacidades perceptivas y se dilatan cada vez más a medida que estas capacidades aumentan.

Hemos notado otra característica del fenómeno inspirativo, común en ciertos inspirados, es decir, la crisis espiritual en que el fenómeno estalla después de una larga e invisible maduración. Esta explosión está conectada con profundos desplazamientos en los equilibrios evolutivos y a nuevas estabilizaciones en planos más elevados. Además, hemos visto las condiciones mejores de ambiente y la importancia de éste para la pureza de la recepción. Hay siempre en todos los inspirados una necesidad de soledad, que funciona de aislante. Está la oración, elevación de espíritu, que pone la psiquis en estado de receptividad, lo que significa corriente eléctrica negativa necesaria para cerrar el circuito con las corrientes de las nóures, que es positiva y activa. La oración puede ser, a la vez, un deseo que ayuda a la elevación de la tensión nerviosa, necesaria para alcanzar los planos superiores de conciencia más sutiles, pero más poderosos que, por tanto, representan, frente a las corrientes nerviosas en estado normal, corrientes de alto potencial. Todo lo que eleva el potencial nervioso, facilita la recepción nóurica, por cuanto dinamiza y en la evolución, la desmaterialización es proporcionalmente compensada por esta inversión dinámica suya. En efecto, la percepción nóurica da un sentido de alegría y de potencia al espíritu, sucede en organismos que se han purificado de la animalidad, representa, en sí misma, un radio de acción y de sensibilización mucho más amplio del normal.

He hecho la descripción de mi progresiva puesta en fase, para alcanzar la sintonización con la emanación nóurica; proceso de adormecimiento de la conciencia potencial normal

y de activación de la conciencia de alto potencial, que momentáneamente neutraliza y, reabsorbe en sí, el funcionamiento de la otra. Comienza a delinearse aquí el significado y el porqué de aquellas condiciones del fenómeno. En esta primera parte del capítulo he tratado de eliminar los aspectos más espirituales y menos técnicos de la cuestión, para deshojar el fenómeno hasta llegar a su aspecto más simple y esquemático, por tanto, más fácilmente analizable.

De las otras características sumariamente indicadas en los primeros capítulos, como captación consciente y activa de las nóures, individualidad o naturaleza de su fuente, mi capacidad de oscilación entre conciencia y superconciencia, sintonización por afinidad entre centro transmisor y mi centro psíquico registrador, etc., hablaremos en el estudio técnico que sigue y que no podía ser realizado en la primera parte, esencialmente descriptiva, sino solamente ahora después de haber expuesto y fijado los elementos de hecho. Son estos dos momentos que era necesario mantener bien distintos: primero descripción y luego interpretación de los hechos; observación de conjunto en el principio, penetración del significado al final. Se comprenderá, entonces, la necesidad de un ambiente bien sintonizado, como bosques, montañas o templos, o el propio estudio saturado de emanaciones nóuricas; la necesidad de estados de ánimo de paz y de alejamiento de interferencias por vibraciones psíquicas bajas que perturban la pureza de la registración; se comprenderá la necesidad de una purificación orgánica y psíquica, proceso evolutivo que lleva a la afinidad con la fuente y que posibilita la capacidad de sintonización del instrumento de resonancia, que es toda la personalidad del médium; se comprenderá el paralelismo que existe entre ascensión espiritual y sensibilización receptiva. Se comprenderá cómo el instrumento pueda mal interpretar al principio – como sucedió a algunos místicos – si todavía no está bien maduro; se comprenderá, en mi caso, la transformación progresiva de mi mediumnidad, de pasiva e inconsciente al principio, a una forma siempre más activa y consciente, después. Se comprenderá, en fin, cómo todos estos fenómenos nóuricos, a pesar de la diferenciación individual que los separa, vuelven a hallar su unidad en la gran corriente central que se llama Dios.

Trataremos, pues, de profundizar el aspecto técnico del fenómeno con una nueva colocación a foco de nuestra observación. Cualquier fuente de emanación irradia en su derredor un impulso que se transmite. Llamaremos a esta fuente el centro transmisor. Se constata, por ley general, en todos los planos de evolución, aún los superpsiquicos, por tanto superespaciales, este fenómeno de expansión cinética que es un principio de unidad y de amor que une en sus partes y elementos a todo el universo. Me faltaban palabras superespaciales, supertemporales y superconceptuales para poderme expresar; pero evito toda referencia a las dimensiones espacio y tiempo, que en el centro transmisor ya no existen. Para comprender también este aspecto técnico es necesario haber comprendido el universo, como escalonado sobre fases evolutivas que implican planos o niveles de existencia de sensibilidad, de concepción. Las fases más cercanas a nosotros y concebibles de nuestro universo son materia, energía, espíritu; el universo

físico evoluciona hacia el universo dinámico que, a su vez, evoluciona hacia el universo psíquico, que más adelante evoluciona hacia el plano superpsíquico que actualmente y, normalmente para el hombre, es inconcebible.

Se necesita haber comprendido – y tener presente – la teoría de la "Evolución de las Dimensiones", como ha sido explicado en ***"La Gran Síntesis"***, pues que el paso, por evolución, desde un plano al otro, cambia su dimensión y unidad de medida. Volviendo al concepto inicial, aquel principio de irradiación lanza, en las varias dimensiones de la evolución, emanaciones que, cuando encuentran otro centro sensible, pueden ser registradas por ellos.

Veremos luego si se trata de recepción pasiva o de captación activa. Este segundo centro es el instrumento receptor.

Hemos colocado, así, los dos extremos del fenómeno, que es esencialmente fenómeno de transmisión y recepción, el cual halla su contraparte en el plano inferior del universo dinámico en la transmisión acústica y, a un nivel relativamente más elevado, en la transmisión radiofónica por medio de las ondas hertzianas, forma de energía más evolucionada que las ondas acústicas. Se trata siempre de oscilaciones en el centro transmisor, transmitidas por vibraciones del medio, (aire o éter) a la estación receptora (oído o aparato radiofónico). Las variaciones o modulaciones del impulso originario son repetidas exactamente por el órgano de llegada, puesto que los dos centros alejados son acercados, por el medio que los hace realmente comunicantes entre sí y refundidos en una unión de movimientos. La comparación acústica o radiofónica no daña a la espiritual inmaterial del transmisor, porque, efectivamente, el universo, en los varios planos, responde a un principio único que si bien es inconcebible en lo Alto, se refleja no obstante en nuestro universo físico, aunque más tosco, debido a un revestimiento más denso. Arriba, si bien nos agitamos en dimensiones superespaciales, queda aunque destilado como pura emanación cinética, el principio que más abajo es transmisión espacial por ondas esféricas. El parangón implica una reducción de potencia y de fuerza, pero es exacto, teniendo en cuenta sin embargo, que la vibración ondulatoria es la forma de llegada (pensamiento), no la forma nóurica de salida. Decimos por tanto, sólo emanación, para expresar el mismo principio de difusión, recordando no obstante, que estamos más allá del plano espacial, dinámico y aun del mismo plano psíquico.

Hay sin embargo, gran diferencia con el caso tomado en comparación. Mientras en éste, transmisor y receptor están colocados los dos en el mismo plano de evolución (dinámico), en el caso inspirativo, los dos extremos comunicantes están colocados en dos planos distintos de evolución y por consiguiente en dos dimensiones diferentes. En la recepción radiofónica el desarrollo final es acústico como el inicial; la vibración acústica originaria se transformó en vibración eléctrica para volverse, al final, acústica; y tanto mejor será la recepción cuanto más el fenómeno final esté identificado con el

inicial. Ha habido únicamente una transformación de la forma dinámica, menos evolucionada y por tanto más lenta, menos ágil y veloz porque está más aprisionada en la materia, el sonido, en la forma eléctrica, más evolucionada, más veloz, más libre de la dimensión espacial y, por consiguiente, dominando un campo espacial mucho más dilatado. Y en esto consiste precisamente la utilidad y el progreso del descubrimiento. En la recepción ultrafánica tenemos mucho más. Aquí no hay solamente una transformación temporaria, a solo objeto de transmisión, para volver al punto de partida. En radiofonía se permanece siempre en el campo de la dimensión espacio-tiempo del mundo dinámico. En ultrafania se atraviesa una mutación mucho más substancial y profunda, más bien que una simple transformación de ondas acústicas en eléctricas y viceversa y una simple transmisión espacial. La fuente inspirativa se halla situada en otra dimensión y la transmisión no se efectúa en sentido espacial, es decir, en el campo de la misma dimensión espacio, sino a través de diversas dimensiones.

Como ya dije, aquí los conceptos científicos ya no bastan y es necesario que la ciencia haga suyos estos conceptos trascendentales por ser necesarios para la comprensión también del aspecto técnico del fenómeno. El centro genético de las emanaciones nóuricas no tiene ni los caracteres del mundo dinámico, ni los conceptuales del mundo psíquico humano, sino que se halla situado en una dimensión superconceptual de carácter abstracto, donde están los principios universales. La fuente no vibra, no irradia vibraciones en el sentido conocido por nosotros, aunque fueran de pensamiento, no transmite ondas-energía en la dimensión espacio-tiempo sino que emana un “quid” absolutamente inmaterial, un impulso, una potencia que no puede definirse en los atributos de las dimensiones de nuestro universo. Desde esta dimensión suya más elevada esa emanación tiene que descender; esa potencia tiene que precipitarse en la dimensión conceptual del pensamiento humano y la, así llamada, recepción no puede realizarse más que en virtud de este descenso. Precisamente este es el fenómeno mucho más complejo de la inspiración que, por eso se diferencia de la radiofonía. Aquí los dos extremos del circuito están cualitativamente alejados, por tanto la comunicación que determina la repetición del impulso originario en la parte receptora, no puede ser establecida más que a través de un proceso de transformación de dimensión. Este proceso nóurico podría compararse a aquel de una transmisora que pensara o compusiera “directamente” en ondas hertzianas, que para ser percibidas en el plano sensorio, tienen que soportar una transformación involutiva hasta convertirse en energía mecánica (vibración de la membrana microfónica) y finalmente, sonora. Para unir los dos polos del circuito es necesario realizar esta inaudita operación que implica el paso de un plano evolutivo a otro, y que es mutación de la substancia, de una forma suya a otra forma. En otros términos, para hacer expresable a la emanación originaria como pensamiento en el concebible humano, es necesario realizar una reducción de dimensión; este descenso sobre la Tierra, significa que esa potencia debe atravesar un regreso involutivo; esta es la condición para que ella pueda manifestarse en la dimensión humana de lo inteligible. Esta reducción de dimensión y regreso involutivo es un proceso de íntima

transformación de la substancia cinética de la forma radiante y se realiza no en el espacio, sino atravesando distintas dimensiones de varias fases evolutivas, para llegar, únicamente al final de su transformación, a nuestra dimensión y fase de evolución. El camino no se realiza, pues, en sentido espacial sino en sentido evolutivo, vale decir, recorriendo la dimensión evolución; evolucionando se asciende hacia la transmisora, involucionando se desciende hacia la receptora.

Como vemos, a pesar de la correspondencia entre varios planos, inevitables en un universo orgánico de principio unitario, el fenómeno inspirativo es mucho más profundo y complejo que el fenómeno radiofónico. Si, por ejemplo, en telepatía se puede hablar de ondas-pensamiento, porque hay pensamiento, en la inspiración el hablar de vibraciones es absurdo, porque la dimensión de la zona psíquico-conceptual está superada. Diré más exactamente: En el fenómeno inspirativo no hallamos la forma vibratoria de la onda-pensamiento sino en la extrema fase de la recepción, es decir, al final de la reducción involutiva, como último derivado, por continuidad, de la emanación de origen traducida en los términos del pensamiento humano. De esto se deduce cuán superiores son estos fenómenos a la psicología de la experiencia de laboratorio y como es necesario, para su estudio, que la ciencia se afine y haga suyos estos elementos de lo trascendental.

Las dos estaciones están, pues, situadas, una, en la fase evolutiva o plano dinámico (si se trata de mediumnidad a base de percepciones sensorias) o psíquico (si se trata de conceptos como en la mediumnidad intelectual-inspirativa) y, esto, del lado humano; la otra del lado superhumano, está situada en la dimensión superconciencia que supera la del psiquismo humano. No hablo de mediumnidad baróntica o física, cuya transmisora puede estar al mismo nivel humano, o tal vez, más bajo. Y si evolución significa desmaterialización y espiritualización, la comunicación entre la transmisora evolucionada y la receptora humana, relativamente involucionada, no puede realizarse más que por medio de una materialización de la emanación que es reducción de potencia y revestimiento del concepto abstracto, sintético, instantáneo, en la forma del pensamiento objetivo-analítico y progresante en la palabra, como es el humano.

Veamos, ahora, cómo se puede establecer la comunicación entre los dos centros. Es obvio que, siendo el universo siempre un Todo presente, en sus varias fases evolutivas y dimensiones que los seres atraviesan en el infinito, el límite de lo perceptible está únicamente en los medios de percepción individuales y no en los fenómenos.

Así, por ejemplo, el oído humano no abarca más que cierta amplitud, en la frecuencia de vibraciones de los sonidos, más allá de la cual no tiene percepción. Y es obvio, también, que, como con la creación de nuevos instrumentos y medios de indagación se ha conseguido la revelación de un nuevo mundo, así, toda extensión de sensibilidad, ha de desplazar el límite de lo cognoscible que es, precisamente, una función de aquélla, un

relativo susceptible de continua evolución. Puesto que lo perceptible no tiene límites en sí mismo, sino solamente en la relatividad de nuestra posición en la evolución; si en ésta se asciende, se dilatará también automáticamente lo perceptible. He explicado cómo evolución significa progresividad de sensibilización. La percepción y concepción del universo, es entonces, relativa a la sensibilidad individual y cambia y se dilata con el progresar de ésta. A medida que la conciencia se desarrolla, la visión del universo se amplía. Así también lo concebible es progresivo, la visión de la verdad es relativa a la potencia individual y no puede ser alcanzada más que por sucesivas aproximaciones. Queriendo establecer gráficamente el concepto, se podría graduar la sensibilidad progresiva del ser que se desarrolla, mediante una escala, en el siguiente orden: Mineral, planta, animal, hombre, superhombre, capaces de responder a una gama de radiaciones cada vez más vasta y profunda. Esto responde al proceso de exteriorización cinética, que es la substancia de la evolución; es, al mismo tiempo, dilatación de conciencia a lo largo de la línea de la sensibilización psíquica y manifestación de la Divinidad, doble proceso de acercamiento de los dos extremos, por el cual la criatura vuelve al Creador.

Así se puede establecer para cada ser, según el más alto punto alcanzado en la escala, una amplitud de capacidad perceptiva que comprende todas las menores, pero viene excluida por las más extensas. Ahora, para que dos seres, inclusive en el mismo mundo humano, puedan comunicarse, es decir, comprenderse, es necesario que utilicen el mismo lenguaje, expresen la misma sensación del universo, vale decir, que la sensibilidad de ellos abarque el mismo campo de capacidad perceptiva. La comprensión es sólo posible hasta donde el campo se sobrepone, en aquel trozo de amplitud que coincide. Así lo más puede comprender lo menos, pero no viceversa.

Probemos explicar a un ignorante un concepto abstracto; no nos sabrá comprender más que si sabemos reducir la idea abstracta a su dimensión conceptual de representación sensoria. Esta es la condición de la comunicación.
Todo esto puede ser dicho en otra forma: Si, dado dos diapasones vibrantes para la misma nota, golpeamos a uno de ellos haciéndolo vibrar, también el otro entrará en vibración emitiendo el mismo sonido. Este principio de resonancia es universal, verdadero en el campo acústico, eléctrico, como en el psíquico y superpsíquico. El contacto de la conciencia con el mundo exterior, por medio de los sentidos es debido, precisamente, a un fenómeno de resonancia. Sobre éste se basa la radiofonía, así como la telepatía. Muchas veces, cuando una persona está por decir una cosa, ya se le siente en el propio pensamiento. “El fenómeno de resonancia consiste en el hecho de que dos órganos susceptibles de oscilaciones y que poseen la misma característica o frecuencia (o sea, en el caso de un diapasón, el número de vibraciones por segundo) pueden influenciarse mutuamente, cuando uno de ellos, mediante sus propias oscilaciones, produce ondas en un sentido que abarque a los dos”. (Ing: E. Montú, Radio, pág. 31).También el pensamiento puede transmitirse por resonancia, cuando los centros cerebrales – en los movimientos atómicos de su estructura celular – son susceptibles de

oscilar poseyendo las mismas características. Entonces los dos centros psíquicos pueden influenciarse mutuamente, a través de un medio común que recoja y transmita sus vibraciones. Está fuera de duda que el pensamiento es una vibración, pero reducida a sutilísima y evolucionadísima forma dinámica, que se halla en vías de superar la dimensión espacio-tiempo. Y en realidad, la psiquis humana es un órgano capaz de vibrar y entrar en resonancia, de transmitir y registrar normalmente corrientes psíquicas, por que es así como se forma, se lanza, se comunica, se recibe el pensamiento que, como la luz, circula por doquier en la atmósfera humana y más allá. Así, se transmiten estados de ánimo, sentimientos, además de conceptos. El secreto de los oradores, de los "conductores de gente" que arrastran las masas, está en saber despertar estas resonancias. El pensamiento vibra en el universo, repercute, reacciona, vuelve a la fuente, une en sintonía a los centros alejados, se escabulle, se acumula, se suma, se desintegra; nosotros irradiamos y somos irradiados, entre humanos, desde abajo, desde lo Alto, en un mar de nóures, de vibraciones infinitas. Cada cual responde como sabe y como puede, según su capacidad; pero la conciencia del sensitivo es una caja armónica en que resuenan todas las radiaciones del universo.

La telepatía no es más que un fenómeno de resonancia. Resonancia significa sintonización en el mismo estado vibratorio, base de la percepción sincrónica; significa simpatía, afinidad. El pensamiento no solamente se transmite por resonancia, sino que por resonancia funciona y es impulsado a moverse por conexión de ideas, que es su forma de menor resistencia. Las ideas se atraen espontáneamente, por afinidad. Su reaparición en la conciencia es debida a la excitación de un estado vibratorio, que se propaga a las formas semejantes, capaces de resonar. Las vías de la Mnemónica (memoria) son las vías de esta resonancia por conexión. Las de la resonancia son los caminos principales de la conciencia colectiva. La comprensión es un fenómeno de resonancia. El pensamiento tiende, en fin, como todas las menores formas del mundo dinámico, a la difusión y una vez lanzado, es indestructible.

Todo esto nos conduce a las mismas conclusiones de antes. Para que se realice la comunicación entre dos centros, es necesaria la misma capacidad de resonancia, es decir, que ellos sean susceptibles de desplazamientos cinéticos, poseedores de las mismas características. Para obtener esto, es necesario partir del mismo equilibrio cinético, o sea, es necesario encontrarse en el mismo grado de evolución y de sensibilización que abarque el mismo campo de capacidad perceptiva o conceptual. Sólo entonces puede realizarse la sintonización. Base, entonces, de ésta, es la afinidad. Para que pueda establecerse la comunicación es necesaria una sintonización entre la conciencia del médium y el centro de emanación; un estado de simpatía que permita la atracción, por semejanza y por complementariedad que establezca la fusión. Las leyes de afinidad se hallan en la base de todos los fenómenos, aun de aquellos comúnmente controlables, de atracción psíquica. He aquí porqué he insistido tanto sobre el paralelismo entre sufrimiento y mediumnidad inspirativa; precisamente porque el

primero es instrumento de evolución, que implica sensibilización que lleva a la afinidad con los más altos centros transmisores. La recepción nóurica, que es comunicación con centros superevolucionados, exige la ascensión espiritual hasta ese nivel. Para que se pueda establecer el contacto con la fuente, es necesario que la conciencia se sensibilice por evolución, hasta el punto de alcanzar una amplitud de capacidad perceptiva que se sobreponga a aquella de la fuente, por cuanto ésta, es la condición de la comprensión; es necesario adquirir por ascensión espiritual, la capacidad que le permita responder a las sutiles emanaciones nóuricas. "Para comunicarse, el espíritu extraño se identifica con el espíritu del médium y esta identificación no puede tener lugar a menos que exista simpatía entre ellos; se podría decir afinidad", dice Allán Kardec en su **"Libro de los Médiums"**, Cap. XX, "El alma ejerce sobre el espíritu extraño una especie de atracción o de repulsión, según el grado de sensibilidad o diferencia entre ellos; los buenos tienen afinidad para los buenos y los malos para los malos; de donde se deduce que las cualidades morales del médium tienen una influencia esencial sobre la naturaleza de los espíritus que se comunican por su intermedio. Si él es vicioso, los espíritus inferiores vienen a agruparse a su alrededor y siempre están listos para ocupar el puesto de los buenos espíritus que fueron llamados. Las cualidades que atraen de preferencia a los buenos espíritus son la bondad, la benevolencia, la sencillez de corazón, el amor al prójimo, el desapego de las cosas materiales; los defectos que los rechazan son el orgullo, el egoísmo, la envidia, los celos, el odio, la concupiscencia, la sensualidad, y todas las pasiones por las cuales el hombre se siente apegado a la materia. Todas las imperfecciones morales son otras tantas puertas abiertas que dan acceso a los malos espíritus".

Tenemos, pues, dos centros, transmisor y receptor, situados en distintos planos de evolución. Se comunican por el principio de resonancia, el que puede funcionar únicamente en el caso de que exista una capacidad de vibración al unísono, lo que puede suceder sólo cuando los dos centros se hallan al mismo nivel de evolución, es decir, al mismo nivel de sensibilización, perfección moral y potencia perceptiva conceptual. Kardec considera particularmente el lado moral de la afinidad, pero la evolución es ascensión de todo el ser e implica también sensibilización a las resonancias más sutiles, expansión perceptiva y potencialización conceptual. El fenómeno de la mediumnidad intelectual inspirativa, es por tanto un fenómeno de sintonización cuya condición es la afinidad. Hay una distancia cualitativa, de capacidad de correspondencia, entre los dos centro y es necesario llenarla. Para su unión en sintonía se impone, entonces, una transformación y dos son los casos: O la transformación se realiza por obra del transmisor que involuciona sus comunicaciones, (los dos centros son activos y conscientes), hasta el nivel perceptivo sensorio del receptor, y este es el caso de las audiciones acústicas, visiones ópticas y otras percepciones sensorias de varios místicos, cuya fuente – aunque de efectos físicos – se distingue siempre de las producciones barónticas por la elevación de la proveniencia, demostrada por el objetivo de la aparición y por su elevado contenido moral. El encuentro puede, de este modo,

efectuarse también en el plano sensorio humano, si ésta es la vía de la menor resistencia, dadas las características del médium. Este puede ser un santo del sentimiento y de la bondad y no de la intelectualidad, no especializado, pues, en el lado psíquico hasta la superconciencia. O, la transformación se realiza por obra del receptor que, por su grado de evolución sabe ascender de por sí al plano conceptual del transmisor y este es mi caso de mediumnidad intelectual inspirativa y consciente. Ahora se comienza a comprender su estructura y su complejo funcionamiento.

En este caso la capacidad del médium consiste en saber llenar la distancia que lo separa de la fuente inspirativa, ascendiendo, él mismo, la escala evolutiva y alcanzando la afinidad que se halla en la base del fenómeno de la resonancia y esto en el campo particular (moral, intelectual, artístico, heroico) que corresponde a la comunicación[(1)]. El inspirado debe saber emerger activa y conscientemente en la dimensión conceptual propia del centro transmisor y, para llegar a esto, debe haber atravesado todo el tormento de su purificación, porque únicamente ésta puede sensibilizarlo hasta la captación de las nóures más elevadas. Si alcanzando la inmersión en esa atmósfera rarefacta, la recepción es espontánea, alegre, dinamizante, el esfuerzo, no solamente de la larga maduración evolutiva, sino también aquel inmediato de la ubicación en fase en la elevada sintonización y el logro de la necesaria tensión nerviosa a alta potencia, corresponde todo al médium. Y este médium tiene que mantenerse larga y normalmente – en el caso de registraciones voluminosas – en ese estado de tensión y debe soportar solo, sin consuelo ni compensación humana, el desgaste orgánico que subsigue y la tristeza del aislamiento que sigue al esfuerzo supernormal. Alcanzada la nóure, debe mantener contacto en perfecta conciencia, dándose cuenta de todo y conservando toda su propia lucidez y potencia de análisis. En fin, ahondando, además, en una distinta puesta en fase de conciencia, el inspirado no debe cerrar los puentes detrás de sí, sino que debe dejar enlazada su superconciencia con su conciencia normal, para que le sea posible – después de haber ascendido evolutivamente – redescender involutivamente para transmitir a su conciencia común y con ésta, a sus semejantes, el contenido de su visión.

Es necesario, pues, saber mantener despierta la conciencia en los distintos planos, no solamente en lo Alto, sino abajo y saber mantener la conjunción y comunicación para poder ascender siempre, a la superficie de la conciencia normal humana. Continuamente se hace necesario el dinamismo de estos desplazamientos para que sea permitida la traducción de las sensaciones y concepciones de un plano a otro. El inspirado debe, pues, dominar no solamente una amplitud perceptiva vastísima en la que su sensibilidad viene a ser puesta a dura prueba; su oído psíquico no debe captar solamente una gama musical inmensamente más extensa que aquella de lo concebible humano, sino que debe poseer una rapidez de mutación interior, una agilidad de desplazamiento a lo largo de la línea de la evolución, una presteza de adaptación en la sucesiva fiscalización de las

---

(1) …

varias visuales examinables, por cuanto, sin esta cualidad, su labor sería imposible. Y estos desplazamientos los debe él realizar sin discontinuidad, sin zonas de inconsciencia, siempre consciente y responsable, y debe moverse libremente de un extremo a otro, sea en la pequeña conciencia sensoria y racional hecha para los conceptos analíticos y cercanos a la vida humana, sea en la consciencia intuitiva, hecha para los grandes conceptos lejanos, abstractos y sintéticos de lo absoluto. Solamente en este caso puede hablarse de mediumnidad inspirativa consciente, aquella que domina el fenómeno, siente, pesa y elige las corrientes, controla el pensamiento de ellas, lo juzga y lo acepta. Cuando el grado evolutivo del inspirado es inferior al de las nóures captadas, entonces la reducción de dimensión no puede realizarse en su conciencia y se obtiene la más común mediumnidad pasiva e inconsciente, en la que el sujeto es un simple instrumento que registra sin comprender. El inspirado verdaderamente consciente, debe realizar en la profundidad de su yo este trabajoso esfuerzo, por cuanto él oficia de transformador de emanaciones nóuricas en vibraciones-pensamiento, de instrumento de reducción de lo superconsciente inconcebible a aquello consciente concebible. Si no se realiza este descenso psicológico, no sabría expresarse, y si lo hiciera sería juzgado como un loco. Después de todo esto, debe poseer, también, la memoria precisa de sus estados complejos, para poderlos ofrecer, como datos de observación y a la vez, cualidad de autoanálisis e introspección, que le permitan analizar e interpretar el fenómeno y presentar y utilizar el método intuitivo en la indagación sistemática de lo inexplorado científico.

En mi caso, pues, la registración de los conceptos no es recepción pasiva, sino captación activa de signo, no negativo, sino positivo. Mi inspiración puede entonces definirse como mediumnidad intelectual (registración de conceptos), inspirativa, (es decir, que proviene de los más elevados planos de evolución), activa (es decir, por captación) y por tanto consciente (en los distintos planos y dimensiones). Todo esto se convierte para mí, en un método normal de indagación por intuición, una verdadera técnica mía de pensamiento y sistema intelectual y cultural que yo domino perfectamente. He descrito los medios con los cuales lo alcanzo y lo mantengo. Si condiciones particulares son requeridas, ello no quita valor a los resultados prácticos que obtengo y que son un hecho. En esos estados de amodorramiento de la conciencia normal yo realizo – por mi propia iniciativa y por mi propio esfuerzo – la transformación arriba descrita, que hace ascender mi yo consciente a una dimensión superior. Y cuando la visión superespacial, instantánea, abstracta, ha atravesado mi sensibilidad, debo saber redescender al nivel psicológico normal, cumpliendo la transformación en sentido inverso, porque sin esto, no me sería posible comunicarme y hacerme comprender. Debo pues saber oscilar a lo largo de la escala de la evolución y de la involución, con una distinta focalización de conciencia que me permita expresar en términos racionales y de análisis, la intuición sintética que, en su forma original, es inexpresable.

Lo que he descrito es, sobre todo, la técnica funcional de mi fenómeno, que yo conozco mejor que nadie. Así, confiándome yo mismo en los puntos más sobresalientes a la intuición, he definido el problema, también para mí hasta ahora incierto, de mi inspiración.

* * *

Establecido así el andamiaje central del fenómeno, completemos su interpretación en otros aspectos suyos. El pensamiento es, pues, todo una nóure, que se comunica y resuena de centro en centro; el universo está saturado de emanaciones conceptuales que son percibidas todas las veces que el ser haya – por evolución – alcanzado el grado de sensibilización suficiente para entrar en resonancia. En el plano dinámico y psíquico, el universo aparece, al sensitivo, como un océano ilimitado de radiaciones de todo género. A cada nivel, estas emanaciones obedecen en diversísimas formas al mismo principio universal de expansión: Unen al universo en todas sus partes y representan el órgano de su sensibilidad física y psíquica. Porque, cuanto más se asciende evolutivamente, más sutilmente se siente el universo, más claramente se percibe y concibe a sí mismo. La conciencia elevadísima que conoce todo el funcionamiento del gran organismo, es la idea directriz de Dios. He aquí el centro en cuya dirección ascienden los varios planos de la evolución; he aquí la meta lejana a la cual tienden estas superaciones de conciencia y de dimensiones. He aquí porqué el contenido de la mediumnidad inspirativa es la revelación; he aquí porqué, ésta, lleva a la unidad y a la verdad. Esto nos hace comprender cómo, solamente en nuestro mundo involucionado donde el pensamiento está continuamente obstaculizado en su circulación, por las resistencias de la materia, deba él ser concebido como aprisionado, separado, en la forma de la individualidad humana. Únicamente en estos planos más bajos, el pensamiento puede permanecer distinto entre barreras personales; más arriba circula libremente, se refunde con facilidad en la misma resonancia, en los centros hipersensibles, que de esta manera, se unifican en el mismo modo de ser, cuyo ritmo está definido por la corriente de su plano. A ese nivel la forma del ser es psíquica, no física; ya no es un cuerpo, sino un estado de conciencia y está definido por la radiación naturalmente dominante en ese plano; en dicha radiación los seres, automáticamente se equilibran, por su peso específico, en la escala de la evolución. Como se ve, pueden afrontarse y resolverse problemas de alta teología con los conceptos más exactos de la psicología científica. Ahora podemos comprender mejor cuanto he dicho ya con respecto al problema de la individualidad o al menos, del centro transmisor, cuanto fue ya por otros notado, es decir, que esta voz inspirativa “no debe entenderse como un ser invisible individual, sino como una emanación de energías espirituales fundidas en un haz”. (Ferder, **El Ciclo Progresivo de las Existencias**). Cuando la inspiración alcanza cierto nivel, no se puede hablar de entidad cual centro psíquico en el sentido personal humano, no se puede definir y limitar la fuente en un nombre, sino que se puede indicar únicamente la dirección de proveniencia y hablar de planos de evolución y de corrientes nóuricas que los recorren y los definen.

He aquí en que sentido he hablado de Cristo como centro de emanación, fuente de revelación, corriente de pensamiento, siempre presente, que rige el mundo. Solamente esta concepción cósmica de Cristo, tan superior a aquella histórica y humana, puede darnos el sentido de su divinidad, de su presencia activa y su función histórico-social. La prensa sudamericana, con demasiada precipitación y simplicidad ha, sin más, atribuido a Cristo, Los ***"Grandes Mensajes"*** y **"La Gran Síntesis"**, por su sabor evangélico. Pero es necesario comprender cuán peligroso y anticientífico es, este definir en forma casi categórica, una proveniencia que rebaja a Cristo, en la común concepción histórica humana; es necesario comprender que el Cristo real no puede tener, en su esencia, ninguna forma de nuestro concebible, que no le alcanza y no contiene más que simples reducciones. En mi caso, pues, no se puede hablar más que de dirección en el descenso de las nóures, y puede decirse que desde la dirección, quien sabe cuán lejana y a que vertiginosa altura, que tiene su inicio en Cristo y la Divinidad, desciende, a través de quien sabe cuántos planos, soportando quien sabe cuáles reducciones de adaptación – una nóure – hasta el plano donde mi más elevada conciencia inspirativa, fatigosamente ascendiendo, ha podido captarla, para realizar el último, y por cierto más breve trecho de camino, que tenía que transportarla en las formas de la psicología humana. "Yo vengo a vosotros desde lo Alto y desde tan lejos", dice "Su Voz" en el Mensaje del Perdón. "Vosotros no podéis ver qué largo es el camino para nosotros – hechos de puro concepto – qué largo es superar la grande, la inmensa distancia espiritual que nos separa de vosotros, que estáis sumergidos en el fango de la Tierra. Vuestras distancias psicológicas son más grandes y más difíciles de superar que vuestras distancias de espacio y tiempo". Esto significa distancia conceptual de la fuente y largo camino recorrido, vale decir, reducción de dimensión realizada para superar esa distancia y descender, desde esa altura a nuestro plano de evolución: Distancias psicológicas, evolutivas, de dimensiones conceptuales. Solamente ahora, que hemos trazado este estudio técnico sobre las nóures, podemos comprender, qué proceso de reducción implique este descenso de corrientes espirituales; qué serie de filtraciones sea necesario atravesar, en varios planos, para que la luz sea perceptible, la radiación accesible; cuántos intermediarios de gradual transparencia espiritual deben colaborar para que la ceguera espiritual del intermediario pueda llegar hasta allá arriba y la potencia conceptual pueda llegar límpida, sin ofuscarse, hasta acá abajo. En este procedimiento complejo, cuántas ayudas son necesarias al lado de mi esfuerzo y, no obstante mi forma de mediumnidad inspirativa consciente, cuánta parte de la transformación debe realizarse fuera de mi conciencia, en planos superiores a aquellos, para mí, accesibles, qué trabajo de preparación, que yo ignoro, debe efectuarse por arriba de mí, para llevar las nóures hasta el plano de mi captación. El fenómeno es extenso, hecho de colaboraciones múltiples, por grados de pureza y de elevación y yo no soy más que el último término, el más bajo e involucionado. Arriba, como realidad objetiva y científica, que yo siento, se halla un coro de jerarquías rotantes, de esfera en esfera, en la gran luz de Dios; abajo la jerarquía se continúa y la Tierra es irradiada y guiada.

Después de todo esto, se comprende siempre mejor, cuán fundamental problema es para mí, como primera condición de mi captación nóurica, el de la ascensión espiritual; se comprende cómo para mí la cuestión de la mediumnidad, junto con la del perfeccionamiento espiritual, deban coincidir. Si la fuente de la inspiración está en lo Alto, yo debo vivir siempre todo tendido hacia lo Alto para poderla alcanzar. Yo soy una antena, sensibilizada por el dolor, que debe emerger lo más que pueda, en los planos superiores para aportar, al nuestro, las concepciones. Más me afinaré y más arriba podré subir, más se extenderá mi radio de sintonización y captación. En ultrafania, vigila la ley de afinidad. Es un principio general que todo médium puede entrar en sintonía consciente nada más que con las nóures del propio nivel evolutivo. Porque la recepción inspirativa no es debida a una transmisión realizada por un individuo, sino que es mi inmersión en una corriente de pensamiento o atmósfera conceptual en sintonía, con la cual se determina la forma de mi conciencia. Por tanto, si yo me desmoralizo, me desensibilizo a la vez, y pierdo conciencia de ese plano de nóures, densifico mi peso específico y pierdo la capacidad de nadar hasta esa altura. Debo afinar cada día el delicado instrumento de mi resonancia, en el sufrir y en el desapego, para que pueda superar con facilidad, sin responder, el mar de nóures involucionadas y barónticas que me rodean; debo sensibilizar, cada día, el instrumento para que, por diferencia de naturaleza, permanezca sordo a las vibraciones más bajas y se lance, en cambio, hacia arriba, tiemble únicamente si es tocado por las emanaciones superiores. Así como la onda eléctrica que es más evolucionada y también, más poderosa y más libre que la onda acústica, vale decir, domina un radio de acción más vasto, llega más pronto y más lejos porque más supera la dimensión espacio-tiempo, así la emanación ultrafánica captada en mi recepción, más arriba está situada evolutivamente y más potente y libre es, más ampliamente supera los límites de las dimensiones inferiores, más amplio es el campo conceptual que ella domina. Cada forma, más elevada es, más potente es, Entonces, cuanto más yo evolutivamente ascienda, más poderosa será la fuente a la cual yo podría llegar, por tanto, más dilatado será el radio de mi captación conceptual, más profunda será mi visión de las verdades absolutas. El progreso y la potencialización de mi inspiración viene dada, toda, por mi progreso espiritual, por cuanto basta ascender para saber. Yo no estudio en los libros, sino que leo en la vida. “Hay más en el libro de Dios que en el vuestro”, decía Juana de Arco y “sé leer en un libro donde vosotros no sabéis leer”. La más profunda sabiduría es dada por la evolución, no por la cultura. Estas ideas podrán resultar absurdas frente a la psicología práctica, pero los fenómenos tienen una lógica y hay que seguirla hasta el fondo.

De esto se comprende cómo yo ubique el problema de mi inspiración y porqué creo que, así, deba orientarse el estudio de las cosas de elevada ultrafania. Mientras la gran distinción de la común mediumnidad se halla entre la vida y el más allá, mi distinción fundamental está entre lo involucionado y lo evolucionado, mi problema medianímico es problema ético, es el problema de la ascensión del universo y, mientras ahonda sus

raíces en la más baja animalidad, expande sus ramificaciones en el cielo de las dimensiones superconceptuales. En mi caso, pues, no tiene sentido y me deja indiferente la comunicación con los espíritus de difuntos que, situados más o menos a nuestro nivel, nada saben, nada tienen que decirnos y repetirán las viejas y pobres cosas humanas.

En cambio, para mí, urge superar este plano humano en que vivos y muertos se agitan y en que aquí abajo se permanece siempre en la sombra. Hamlet Decía: ser o no ser. Yo digo: ascender para saber; este es el problema. Dada la premisa demostrada en ***"La Gran Síntesis"***, de la evolución de las dimensiones y de la ascensión de los seres, a través de los planos de sensibilidad, de perfección moral y de potencia conceptual; dado el Monismo, asimismo demostrado en ***"La Gran Síntesis"***, es decir, un universo emergido de un principio único, Dios, y admitida al fin, esta teoría ya evidente, por mí realizada de la percepción nóurica por sintonización, se comprende cómo mi mediumnidad no puede ser más que la forma de la evolución psíquica y espiritual del hombre, más que la repetición de la aspiración de todo el universo, tendido hacia su centro, Dios. Mi mediumnidad pues, es religión, ora y adora, y hace esto frente a la ciencia, porque posee y demuestra la verdad. El fenómeno de mi captación nóurica está abierto, frente a la eternidad; yo siento que a través de ello, de corriente en corriente, de esfera en esfera, subo hacia ese divino centro de potencia y de concepto; yo siento que Él me llama desde lo hondo de mí mismo y desde lo profundo de los seres. Ahondando por medio de mi mediumnidad en los estratos más íntimos de mi conciencia, yo siento que, a través de éstos, yo asciendo los varios planos evolutivos y siento que mi espíritu reencuentra la unidad, el principio, la substancia, lo absoluto; en el fondo y más allá de lo relativo, yo siento la verdad inmóvil, a cuyo rededor este relativo va rotando, en el torbellino de la evolución. Por cuanto la dirección de las nóures está en lo hondo de nosotros mismos y de las cosas, y allí está Dios.

* * *

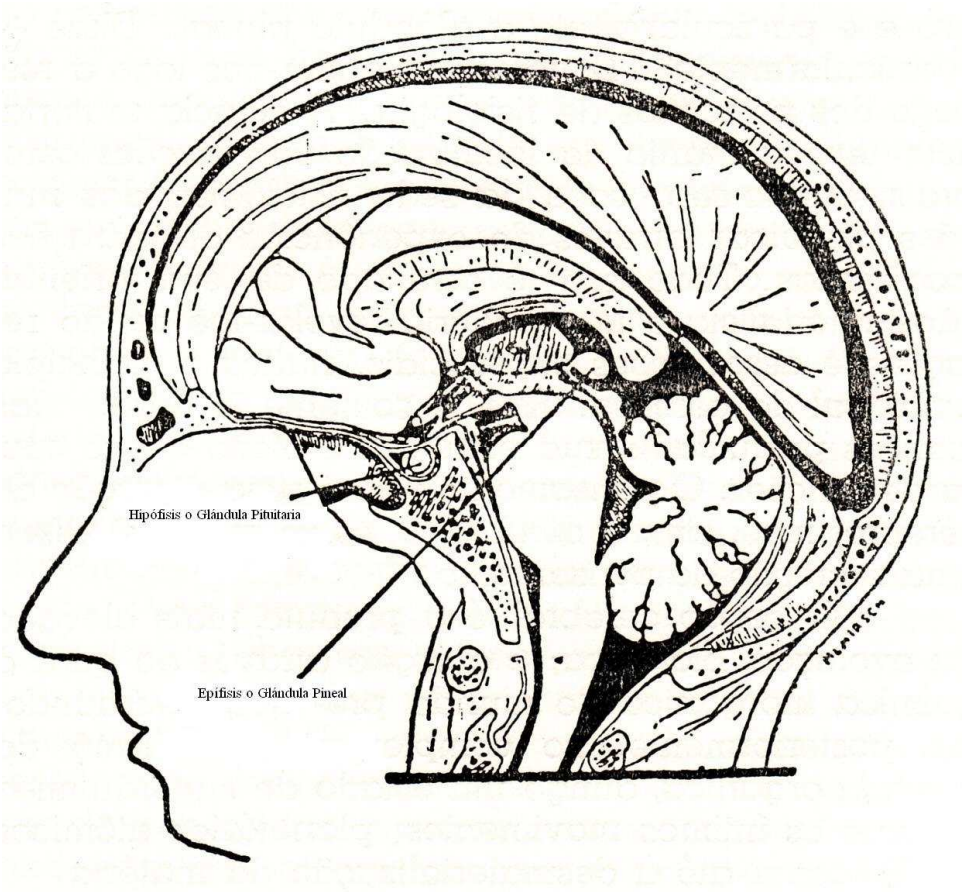
Volvamos, ahora, la mirada al otro extremo, más bajo y más accesible, del fenómeno. Es evidente que, en sus zonas superiores, el fenómeno no puede ser alcanzado por la observación y que, más allá de estas declaraciones que yo solamente puedo hacer, permanezca en su fase de origen, científicamente incontrolable. Piénsese en la relatividad de nuestra posición en la escala de la evolución intelectual de los seres y cómo nuestro más grande genio representa una reducción de dimensión, un medio denso y material, frente a las fases más evolucionadas y espirituales. Desde ya nos admira la instantaneidad del pensamiento, la profecía que domina el futuro y que no son más que las primeras superaciones de la dimensión temporal. La ciencia, producto de la psiquis humana, no puede poseer los medios de observación de lo que supera la capacidad de esa psiquis. En su origen, la nóure elevada de la revelación, no es pensamiento que se transmite esféricamente por ondas, aunque fuera en un medio sutilísimo en los últimos límites de la dimensión espiritual, sino que es emanación de un estado superior cinético

de la substancia, que trasladado frente a nuestro concebible, constituye una realidad inimaginable, porque se extiende en una gama de estados cinéticos, con los cuales la normal psiquis humana no sabe entrar en resonancia (comprensión). La nóure penetra en la zona del perceptible normal, solamente en su fase de llegada, adquiere la forma vibratoria de pensamiento únicamente después de haber cumplido el proceso de transformación involutiva, en la conciencia del médium. La ciencia, pues, no posee otro medio de indagación, no puede alcanzar el fenómeno sino a través de este instrumento. No existe vehículo mecánico capaz de hacer viajar a cualquiera en la dimensión "evolución", más que el yo mismo que evoluciona. No existen medios para captar lo supersensorio, sino solamente este órgano ultrafánico que oficia de transformador nóurico o reductor de dimensiones. No queda, pues, a la ciencia, más que una observación indirecta del fenómeno tal como aparece reflejado en la psiquis del inspirado. Por eso, he querido analizar, yo mismo, mi caso, porque sólo yo lo tengo bajo los ojos para la observación. Únicamente reuniendo en la misma persona la función de la ciencia que observa y la del ultrafano que siente y registra, se podía estudiar a fondo el problema. Otro, aunque fuera más sabio, no posee el contacto directo con los hechos de mi mundo interior. Únicamente yo, asisto al proceso de mi captación nóurica y no me es posible hacer asistir a otros, sino a través de estas descripciones mías. Por ello no queda más que estudiar mis declaraciones y la estructura psíquica de las registraciones conceptuales por mí realizadas. Pero, quedan en lo exterior, porque las mismas leyes del pensamiento, que también ahora permanecen verdaderas, no me permiten comunicar mis sensaciones sino a quien es capaz de entrar en resonancia con tal orden de vibraciones, y quien no lo puede no comprenderá. Es natural, por tanto, que muchos nieguen, porque no encuentran correspondencia alguna con su propia sensibilidad. Nada puedo hacer por ellos. No se puede hacer oír el sonido a un sordo y ver la luz a un ciego. Pero los hechos quedan y representarán un enigma y con la acusación de desequilibrio neurótico deberá atribuírseme la paternidad absoluta de ***"La Gran Síntesis"*** que lo reniega con toda evidencia. Para todos queda indestructible el producto del proceso inspirativo, la constatación de que es difícil alcanzarlo con los medios culturales normales; queda la lógica de esta interpretación mía, una construcción conceptual, extendida a través de toda esta obra, únicamente para sostener una inexplicable humildad, que renuncia a hacer propio un producto intelectual que yo tenía a mi alcance.

Bajemos de la altura de la emanación nóurica hasta el nivel humano donde se define la transmisión y se fija la recepción. El último término de la transformación nóurica, el más bajo del proceso fenoménico, la zona de máxima involución, está en el organismo neuro-cerebral del médium. He hecho notar, ya, que debe elevarse el potencial nervioso para lograr la percepción nóurica. Me es necesario, pues, un aumento de tensión eléctrica, que me permita entrar en resonancia con la corriente nóurica, adquiriendo una frecuencia mayor (intuición) de aquella racional normal. El período de adormecimiento de la conciencia normal, que inicia la recepción, no es más que el trabajo de la colocación en fase, con una frecuencia de percepción superior a la normal, saliendo del

orden de vibraciones comunes, para sintonizarse con uno más potente. La voluntad es una radiación más involucionada, dada por frecuencia vibratoria inferior, cuya presencia tiene poder destructivo para estos más evolucionados y delicados estados vibratorios que permiten la sintonización con la nóure. Por eso el inspirado es un sensitivo y rara vez un volitivo, dominador y apto para el mando, tipo que frente a estos problemas es impotente. Lo dicho explica ese trabajo de sintonización ambiental que ayuda mi registración, la necesidad que tengo de pedirle el encaminamiento a la armonización vibratoria de mí mismo, la que, más arriba se sube, más profunda debe ser. Y esto explica cómo una disminución de tensión por parte mía, por cansancio o molestias en el ambiente, pueda producir reales fenómenos de evanescencia, análogamente al fenómeno de evanescencia (fading) de las radiotransmisiones. En su zona más baja, el fenómeno tiene características eléctricas; en efecto, viene constituido en el plasma cerebral por orientaciones de cinética atómica, y el átomo es un organismo eléctrico. Esta oscilación, pues, que mi ser psíquico debe efectuar a lo largo de la escala de evolución e involución para ascender a una dimensión superior y luego reducirla a la normal, se repercute en su zona más baja en cambios de potencial, de tensión y de frecuencia de vibración en mi sistema nervioso y cerebral. La transformación de la dimensión, que se inició con la emanación originaria, con procesos inmateriales supersensorios incontrolables para la observación, a medida que desciende involutivamente se vuelve accesible a los métodos de la ciencia, porque se manifiesta, al final, en forma de onda pensamiento en mi cerebro y termina a través de los movimientos musculares de la mano sobre la punta de la pluma. Esta es la fase final, la más densa, de la materialización de la nóure. El pensamiento que antes, era movedizo y fluido, se solidifica, aquí, en la palabra, se cristaliza en una forma inmutable. El pensamiento, que antes yo sentía completo, instantáneo y contemporáneo, porque, precisamente se hallaba en una dimensión supertemporal, yo mismo debo, en la reducción transformarlo en consecutivo y filiforme como es en la palabra: reducción de dimensión volumétrica a lineal. El momento en que el fenómeno se vuelve tangible, es éste de la coagulación de la substancia movilísima y evanescente, prontísima para huir y que yo tengo apretada, a través de mi tensión en un estado de extrema delicadeza perceptiva que es, a la vez, vulnerabilidad nerviosa, que me hace temblar a cada molestia e interrupción. Esto aparece lógico cuando se piensa en el proceso que debe cumplirse en mi psiquis y cerebro. Yo sigo la corriente nóurica como arrebatado en éxtasis, debo frenar y dominar su contemporaneidad en la génesis filiforme del pensamiento, debo hacer aparecer, en la modulación racional y lingüística, la modulación de la emanación superconceptual originaria; debo mantener la percepción supersensoria anímica y abstracta, a través de mi tensión, como ataque delicadísimo, que al mínimo choque se quiebra. Piénsese cuán lejana está la emanación de origen de la registración final, y sin embargo ellas deben estar coligadas en resonancia y la modulación de llegada aun cuando reducida, debe coincidir sin distorsiones con la modulación de partida. La más mínima vibración desarmónica (más arriba se sube y más necesario es el estado armónico, porque es un acercarse a la unificación), cualquier choque heterogéneo acústico o psíquico que penetre en el ambiente, puede producir

distorsiones por interferencia. Entonces yo sufro, me canso, donde no debe haber cansancio, porque debo reconstituir la tensión. Un concepto es un estado vibratorio delicadísimo individualizado, que apagado, no vuelve hallarse más, ni con la lógica y mucho menos con la voluntad y no vuelve más que excitado por conexión de ideas, vale decir, volviéndole a pasar cerca en un estado vibratorio afín. Por tanto, yo escribo rápidamente, dejando la forma a los automatismos; mi cultura me es pues necesaria porque ciertos conocimientos inferiores – para alcanzar rápidamente el objetivo – deben ser instintivos. En este caso las capacidades culturales representan el entrenamiento y la afinación de instrumento, y son necesarias por ley de mínimo esfuerzo. Si la tensión es igual a la sintonización adherente – molestias e interferencias ausentes – la registración corre segura, perfecta de concepto y de forma. Por eso tomo mis precauciones y escribo de noche, sea por la detención de los ruidos, como por la seguridad de no ser interrumpido, sobre todo por la tranquilidad que con el dormir sobreviene en el estado psíquico general que en el día, por las emanaciones violentas de todos, es, para mí, realmente ensordecedor; en fin, porque siento que los mismos rayos solares tienen un poder destructor. Sé que muchos escritores y artistas trabajan de noche (como Debussy). Siento hasta los disturbios eléctricos de la atmósfera; todo lo que a la radio molesta, me molesta a mí también, pero relativamente. Pues que, las descargas eléctricas aunque potentes, provenientes de planos distintos de evolución, dinámicos y no psíquicos, siendo de naturaleza distinta, están cualitativamente más alejadas de mí, mientras que un estado de ánimo baróntico (involucionado), de mis semejantes, por mayor afinidad con mi naturaleza humana, se nexa más fácilmente en mi estado vibratorio. Por ello, me hiere un estallido de ira que se produzca en la cercanía, me hieren las emanaciones de los alcoholizados y la de cualquier ambiente moralmente poco evolucionado. Todo esto, especialmente si es inesperado, puede constituir, para mi sistema nervioso, una sacudida, que es agudo sufrimiento. Cierto tipo de música, en cambio, en modo especial si es de profunda orquestación tienen, para mí, un poder sintonizante notable, como Bach, Wagner, el piano de Chopin y de Linz, Rimsky – korsakow, Mussorgsky, Glasunow, Albeniz, Palestrina, Debussy y mucos otros, mientras que Stravinsky, por ejemplo me irrita, la potencia de Beethoven, como la de Miguel Ángel me aplasta, Mozart no sufre ni clama como yo desearía. Tengo necesidad de músicos cuya noure sea afín a la mía, para que su música me ayude, fundiéndose en mi sintonización.



Sección media de la cabeza donde se aprecian la ubicación
y volumen de la Epífisis e Hipófisis (Prof. Rouvière)

Resumiendo, pues, tanto más abstracto es el pensamiento, tanto más la onda de su vibración viene desmaterializada por la forma dinámica. El concepto en sus orígenes no está revestido, ni siquiera de palabra, no tiene lenguaje e involuciona hacia muy abajo, hasta la percepción sensoria y se inmoviliza en el escrito. Más desciende involutivamente el fenómeno, más apreciable es, en la forma ondulatoria de las ondas hertzianas y del sonido, la luz, etc., y se localiza también espacialmente en una sede física: El cerebro. Aquí se puede buscar el órgano específico de la inspiración ultrafánica: la "epífisis". La epífisis puede definirse como "el órgano del cerebro, no aún suficientemente conocido que ultrafánicamente se indica ser el medio mecánico por el cual las nóures son captadas por los hipersensitivos". (Trespioli, Biosofía, pág. 232). El órgano de la sintonización nóurica está en el cerebro y particularmente es la glándula pineal. He dicho particularmente. Debemos entendernos inmediatamente sobre los principios de fisiología. La ciencia materialista ha tenido la manía de la localización de las funciones cerebrales, fue a la caza del asiento fisiológico de las funciones psíquicas a través de extirpaciones localizadas. Todo esto es efecto de su orientación materialista y ésta no podía revelarle más que relaciones y asociaciones superficiales, nunca el

principio funcional del cerebro. Este es únicamente el órgano de las funciones psíquicas, su estructura es efecto y no causa de funciones; el pensamiento no es una secreción del cerebro, sino que el cerebro es, si así se puede decir, una secreción del pensamiento.

El órgano cerebral es el producto más elevado de la evolución biológica, el órgano a través del cual la química inorgánica del mundo pre-vital, internándose, después, en el complejo metabolismo de la química orgánica, alcanza un estado de superquímica en que los íntimos movimientos planetarios atómicos se desplazan hasta la desmaterialización de la materia. La ciencia no admite, ni tiene los medios de observación para conocer las formas de vida invisibles, pero reales, que la evolución biológica ha producido después del cerebro, vale decir, la conciencia. Se halla por tanto, estudiando el cerebro, en las condiciones de un salvaje que observa un aparato de radio sin conocer su principio. Es inútil mirar lo exterior, los alambres, las láminas y válvulas, si no se conoce el principio de las ondas hertzianas. Es inútil pesar el cerebro, medir su volumen, si es la cualidad y no la cantidad la que importa; estudiar su anatomía, contar las circunvoluciones, localizar centros corticales, perseguir los circuitos eléctricos centrífugos y centrípetos a través del sistema nervioso; la ciencia se hallará siempre frente únicamente a los fundamentos del edificio, pero no verá la superelevación evolutiva en el mundo de lo imponderable – otro organismo vivo y funcionante, palpitante de vibraciones, pero inmaterial – cuyo conocimiento anatómico es alcanzado por otras vías y con otros instrumentos, porque se halla situado en dimensiones hiperespaciales. El cerebro es el substrato material de estas fuerzas superbiológicas, su punto de contacto con el organismo animal; es el órgano por medio del cual el organismo psíquico entra en contacto con el mundo sensorio de la materia. El cerebro, pues, que ha sido el medio constructivo del psiquismo es, a la vez, la envoltura exterior, el apoyo material y funcional, y está a la conciencia, como el esqueleto está al organismo humano que sostiene, pero del cual nunca podrá revelarnos ni el principio, ni su complejo funcionamiento. Por consiguiente, para comprender el órgano cerebral no hay que mirar su exterior con simplismo pueril, sino que es necesario penetrar en la orientación cinética de los movimientos planetarios de los átomos de que están constituidas las células; observar los desplazamientos que realizan, en estas orientaciones, las vibraciones ondulatorias del pensamiento y los desplazamientos que allí operan las emanaciones nóuricas, cuando llegan por reducción involutiva, a este plano de las oscilaciones dinámicas. La anatomía debe descender al análisis de la naturaleza magnética de estas corrientes imponderables que emanan de todas las cosas y que golpean estos centros, en los cuales la sensibilización es máxima, porque son el ápice de la evolución biológica.

Se comprenderá, entonces, cómo el cerebro, órgano normal de la conciencia, en ciertos momentos y casos no la pueda contener completamente y ella irrumpa, superando los límites del medio, con una percepción anímica directa, supersensoria. Y tanto la conciencia supera el medio, que sobrevive a su destrucción, con el grado de sensibilidad

que es dado, como vimos, por el plano de evolución espiritual alcanzado en vida, vale decir, proporcional al grado de desmaterialización realizado.

Leo en un tratado, que la conciencia puede persistir aún después de la destrucción de todo un hemisferio cerebral. Esto demuestra la locura de la teoría de las localizaciones y cuán absurdo sea pretender establecer el lóbulo central de la conciencia. El cerebro no puede ser reducido a la funcionalidad mecánica de un órgano muscular. Piénsese que funciona no solamente por corrientes eléctricas nerviosas internas, sino que es recorrido y vibra por corrientes ondulatorias que navegan, sin soporte material, en el espacio. Todo esto lo he dicho para explicar que la localización de la recepción nóurica en la glándula pineal, es relativa y aproximativa; diré mejor, prevaleciente, porque todo el cerebro, todo el sistema nervioso, todo el organismo, vibra de resonancia. La glándula pineal es el órgano central, el condensador variable de la sintonización y también podemos decir, el órgano de amplificación de la registración nóurica. Pero todo lo demás colabora más o menos directamente, todo está conectado en él y oficia de caja resonante, en la que las radiaciones se repercuten y se armonizan.

En la epífisis, la percepción nóurica se realiza por una orientación distinta impresa por las vibraciones de la corriente nóurica degradada en la forma de onda, a los movimientos planetarios interiores de los átomos de las moléculas lanzadas en el metabolismo celular por la substancia glandular pineal. El último término de los fenómenos está siempre, en la cinética atómica. Pero todo el cerebro es siempre golpeado y recorrido por corrientes psíquicas que lo tienen en continua oscilación y oficia, continuamente, de transmisor de vibraciones-pensamiento. Como el ojo vibra siempre a la luz y el oído al sonido, así el cerebro vibra al pensamiento. Este principio general se aplica en el caso de la recepción nóurica en que resalta evidente la resonancia. En la percepción sensoria, la resonancia acontece, guiada a través de un medio conducente; en la percepción nóurica se realiza libre, pero siempre se trata de vibraciones por sintonización. Esto es comprensible hoy que la telegrafía se ha convertido, también, en telegrafía sin hilos. En mi caso la epífisis debe haber alcanzado un estado evolutivo de potencialización (no volumen, sino orientación cinética atómica) y de sensibilización, para poder funcionar de antena en la dimensión evolución y de transformador, es decir, reductor involutivo.

Otro problema afín es el de saber cómo estos órganos, alcanzan este estado evolutivo. El funcionamiento y el desarrollo evolutivo de un órgano viene dado por la corriente nerviosa que lo mantiene y excita su recambio, suministrando su alimentación dinámica. Cuando desde el centro no descienden más estas corrientes nerviosas, el órgano se atrofia; se desarrolla, en cambio, cuando estas corrientes se intensifican. Estas corrientes no son más que impulsos eléctricos que modifican la orientación de los movimientos íntimos del átomo que es un organismo eléctrico; alteran, por tanto, toda la química del recambio que, de esta manera, puede dirigirse hacia la atrofia como hacia superiores formas de evolución. El centro radiante de estas corrientes está más allá del sistema

nervioso y del cerebro, que son los instrumentos más bajos; es la misma conciencia, que está a la cabeza de la marcha evolutiva y que, a medida que se lanza hacia lo Alto, retira las corrientes del funcionamiento en los niveles más bajos, centralizándolas hacia el funcionamiento situado evolutivamente más arriba. Así, en el inspirado, el organismo tiende al adelgazamiento muscular, las funciones digestivas no admiten ya labores pesadas, todo tiende a la atrofia de lo que es físico, para alimentar lo que psíquico. Es absurdo buscar, en el intelectual y en el genio, un cerebro más grande, mientras se halla, más bien en el camino de la desmaterialización. Estamos en las antípodas de la ciencia. En el caso del órgano cerebral, la desmaterialización progresiva de funciones por evolución es, como ya dije, un problema de cinética atómica y en este sentido he hablado, aquí, de funciones espirituales.

La glándula pineal es, pues, el órgano central de la resonancia psíquica y de la sintonización nóurica. En mi caso, dicha glándula es el órgano prevaleciente de la resonancia superconceptual y, al mismo tiempo, de transformación de dimensión, es decir, órgano en el cual se forma, por desplazamientos cinéticos en la íntima estructura de los átomos, la reducción de la emanación nóurica en forma de pensamiento. Pero no todas las resonancias son iguales en los distintos ultrafanos. Algunos de ellos tienen una extensa gama de posibilidades de sintonización, pero manteniéndose en un nivel más bajo; y entre todas está muchas veces la sintonización preferida, que es aquella de mayor afinidad. Mi caso, en cambio, se podría llamar de sintonización fija, de resonancia única, porque, yo, por instinto de simpatía me aferro al máximo contacto que mi evolución me permite y rechazo todos los demás. Por el fenómeno de la resonancia, que es unificación de vibraciones, se realiza algo así como una fusión de mi “yo” más elevado con el centro emanante, una reabsorción de mi personalidad en la nóure por la cual, a ese nivel, no hay más distinción entre el “yo” y el “no yo”; se vuelven todos la misma fuerza, el mismo pensamiento, la misma corriente. La materia separa, pero más arriba se sube y más se alcanza la unificación; la evolución devuelve al ser al centro divino. En ese plano entre entidad inspiradora, nóure captada y mi yo más profundo, ya no logro distinción alguna. Es natural que lo más absorba lo menos, que la pobre lucecita de mi espíritu se confunda con el incendio y ya no sepa decir “yo”. La distinción vuelve inmediatamente, apenas, en la reducción de dimensión, vuelvo a descender involutivamente hasta mi personalidad humana. Mi caso, pues, es de ultrafania especializada en la captación conceptual, y ésta es, en efecto, el sello de mi registración. Tiendo al aferramiento máximo porque, esto, me da el concepto máximo. Ello no quita que la resonancia no pueda formarse y golpearme indirectamente también con seres y cosas de planos inferiores. Pero yo no las acepto más que como elementos secundarios ambientales de armonización; ellos podrían ser útiles, para la inspiración artística y musical, pero no para la conceptual. En el fondo de mi psiquis está también el poder selectivo, sin el cual sucedería, como en algunas viejas radios, una confusión de todos los conciertos; hay en mí, en la glándula pineal, el órgano de la selección, pero yo lo utilizo no para captar, sino para alejar después de haberlas reconocido, las resonancias que se apartan de mi

registración conceptual y que suenan, para mí, como disonancias barónticas, como molestias de las cuales busco aislarme.

Si la glándula pineal o epífisis, órgano de la sintonización nóurica, no resalta radioscópicamente por la transparencia a los rayos de los tejidos, a pesar de ello, zonas de mayor sombra en la fotografía positiva y de mayor luz en la negativa en la zona craneana central (en las fotografías I y II un poco arriba del centro, entre los ojos, en las fotos III y IV, en el centro de la caja craneana), indican la sede de la funcionalidad nóurica. Punto central de la esfera cerebral y craneana, que funciona de revestimiento exterior protector y resonante. Si en el centro, esas zonas de mayor densidad, localizan el condensador variable de la sintonización y también órgano de amplificación de la registración nóurica, la casi-esfera de materia cerebral delineada por la casi-esférica caja craneana, actúa como tejido sensibilizado, de caja armónica de las resonancias y segundo órgano de amplificación. La estructura geométrica de este primer ambiente cerrado está adaptado para una potencialización de la onda transmisora, como así mismo de la onda captada, lo que se verifica en la emanación y recepción nóurica. Sobre todo en este último caso de la registración de emanaciones que provienen de dimensiones superconceptuales, cuando la corriente alcanza por reducción de dimensión la fase dinámica, asume la forma de onda que se transmite por pulsaciones esféricas; entonces la caja craneana cerrada en sí, multiplica y amplifica por refracción interna (en el ambiente cerebral particularmente apto para entrar en vibración, si es excitado por la acción de tales ondas psíquicas), aquellas ondas que en la zona cerebral cumplen precisamente la última fase de su reducción de dimensión ya iniciada antes, fuera del espacio y, luego, en el espacio de emanación psíquica del sujeto. Así transformadas y potencializadas en el cerebro, en el cual se revisten, por absorción, de energía nerviosa, retumbando encerradas, finalmente, en la caja craneana aisladora e internamente casi-esférica, las ondas pueden golpear mucho más enérgicamente la epífisis nóurica.

En la radiografía lateral está visible, como en sección, al margen, la caja ósea que funciona de involucro aislador del medio ambiente amplificador cerebral. Esta masa se abre hacia una zona de mayor transparencia y menor densidad, que en la positiva, es una zona de mayor luminosidad y, esto, hacia arriba, que es la dirección de las corrientes nóuricas. Esta sería – por razones de dirección y de menor resistencia, como de equilibrio vibratorio – la zona normal de penetración nóurica, la puerta abierta a través de la cual la epífisis puede comunicarse al exterior con las ondas que en la fase dimensional más cercana, son especiales. Y ésta no sería únicamente la zona de penetración, sino también la ventana abierta de la proyección nóurica, el punto por el cual aflora y se proyecta al exterior la irradiación espiritual. Cuando a través de esta abertura y esta técnica, la emanación alcanza al sujeto y penetra en su caja craneana, la corriente nóurica degradada en forma de onda, se hace apta para imprimir, e imprime, una distinta orientación a los movimientos planetarios de los átomos, de las moléculas, de las células cerebrales. Entonces la pura excitación nóurica se materializa, aún más, se reviste, se envuelve de energía psíquica y nerviosa, se vuelve prácticamente perceptible, también para instrumentos y como sensación, y, entonces, alcanzada su última fase de transformación, se presenta bastante densa como para golpear la epífisis que, arrastrando consigo, en su sintonización, cerebro y sistema nervioso, dirige la funcionalidad mecánica muscular de la escritura.

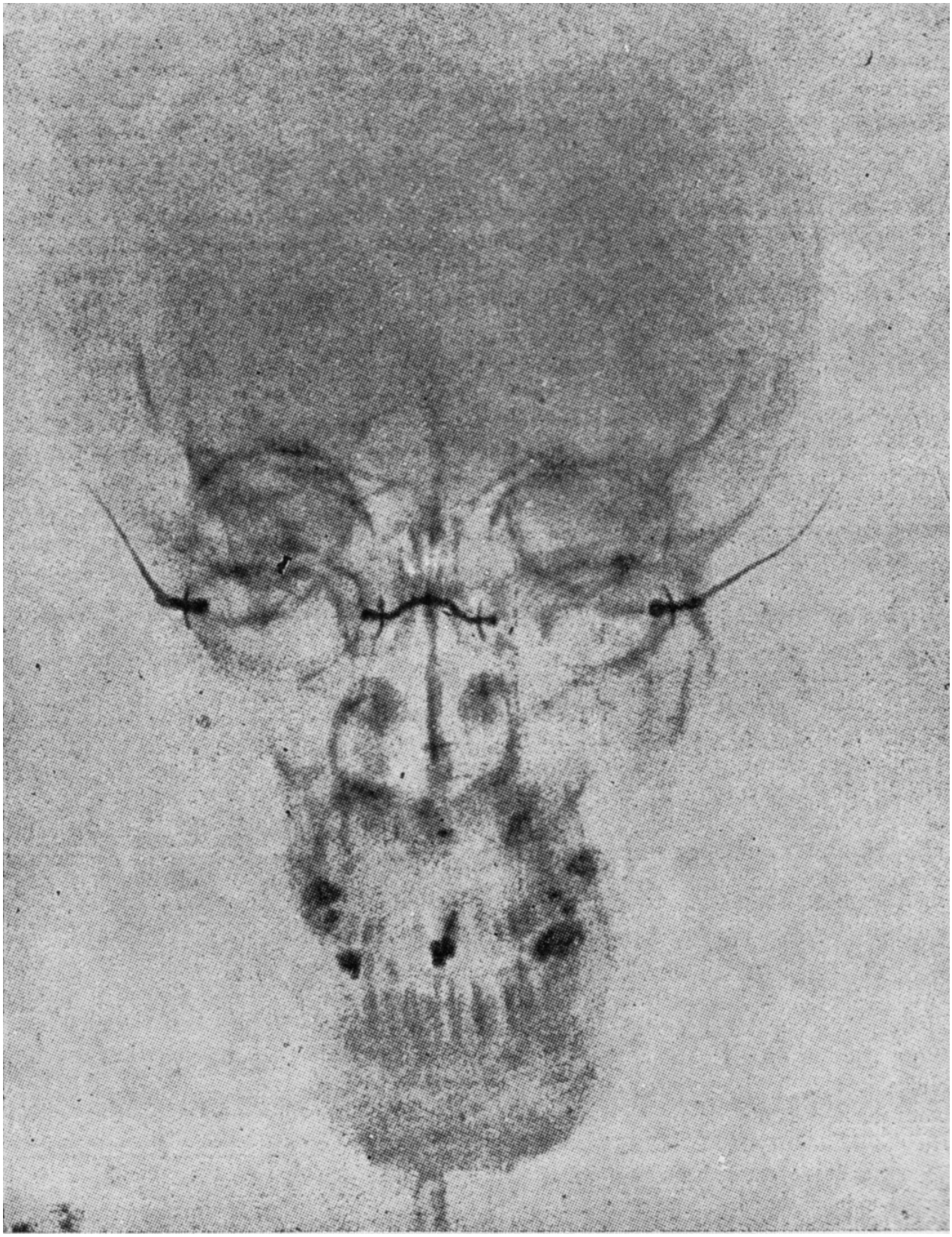


Fig. 1 Radiografía de la zona craneal frontal del autor.

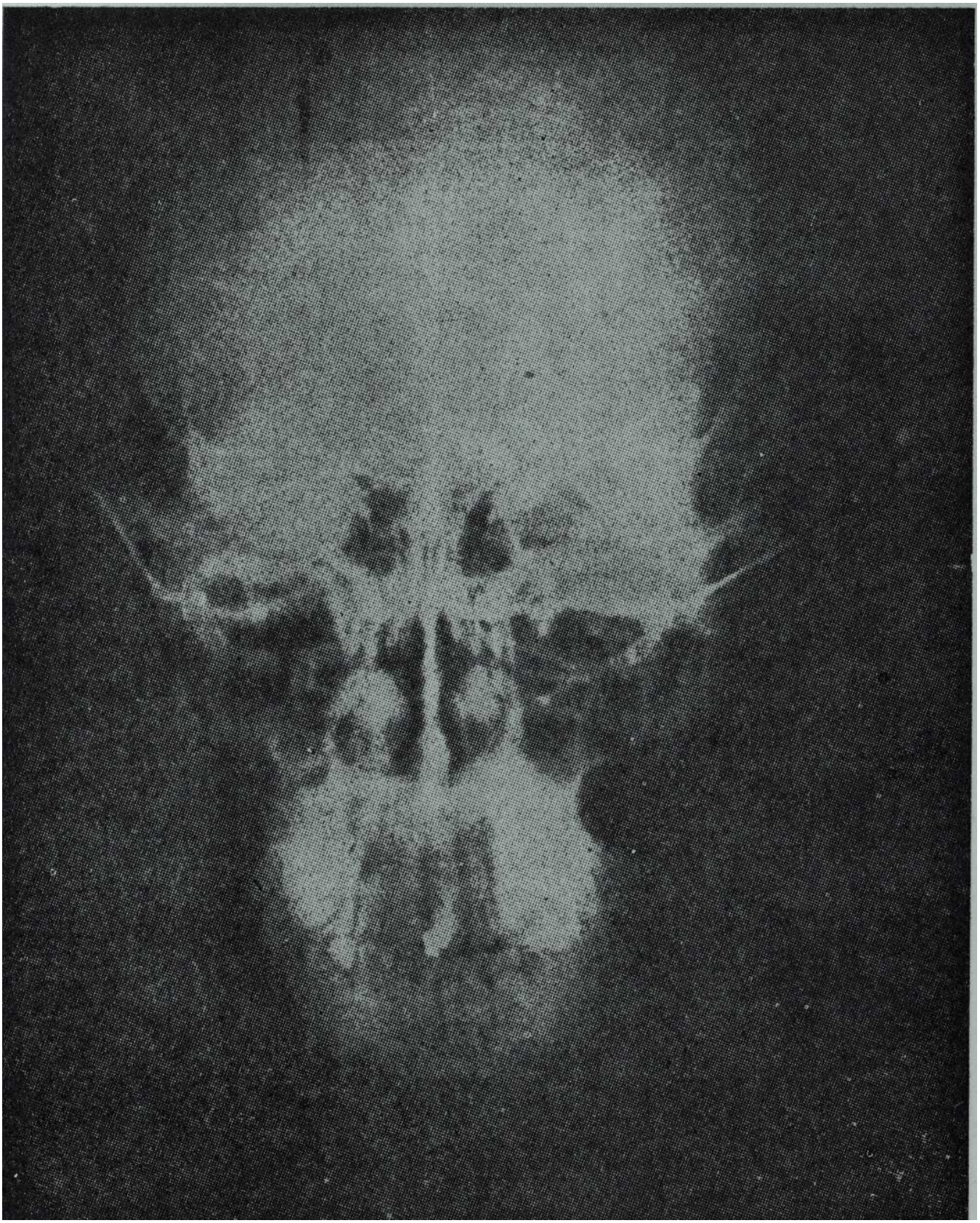


Fig. 2 La misma radiografía frontal en negativo.

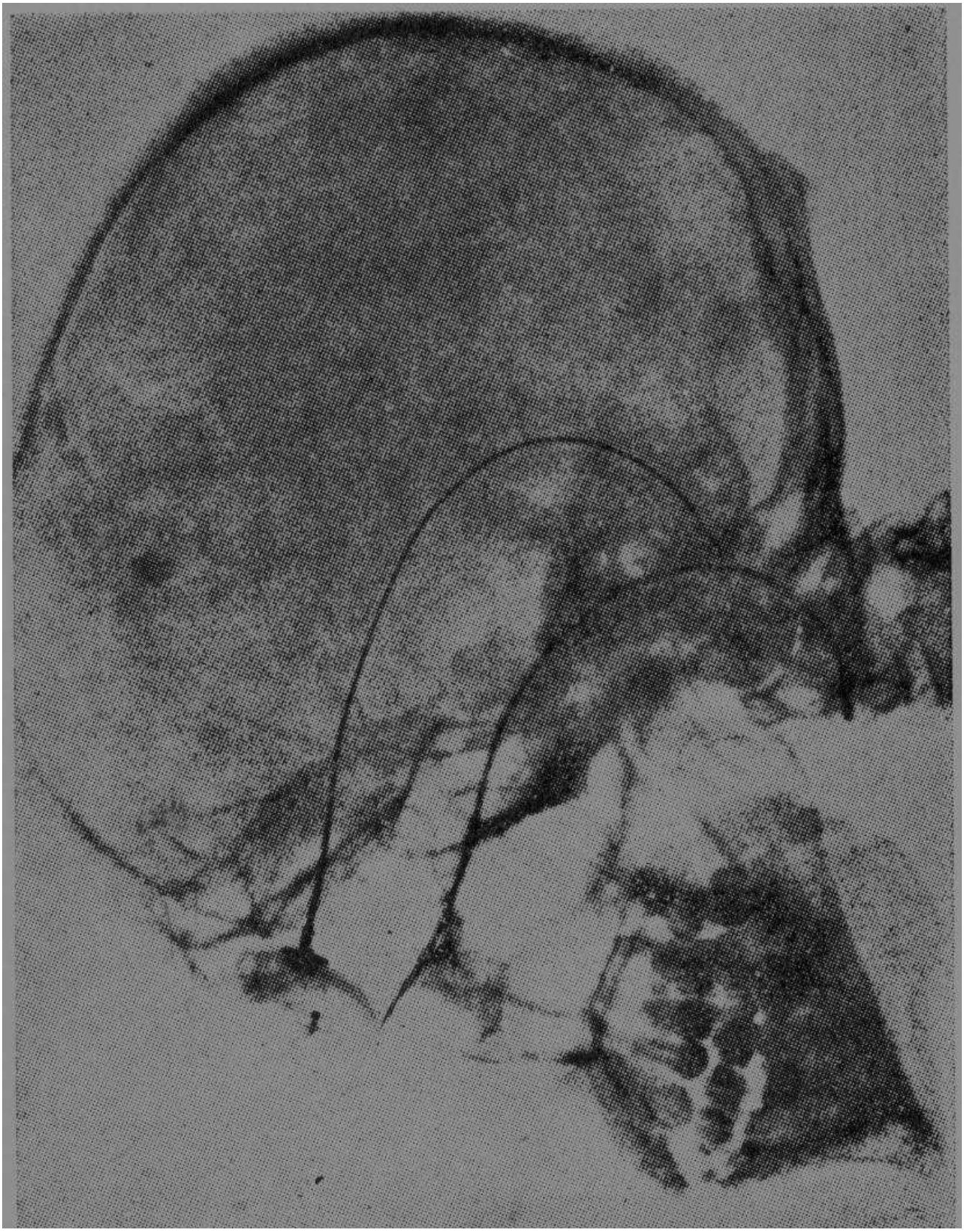


Fig. 3 Radiografía lateral del cráneo del Autor.

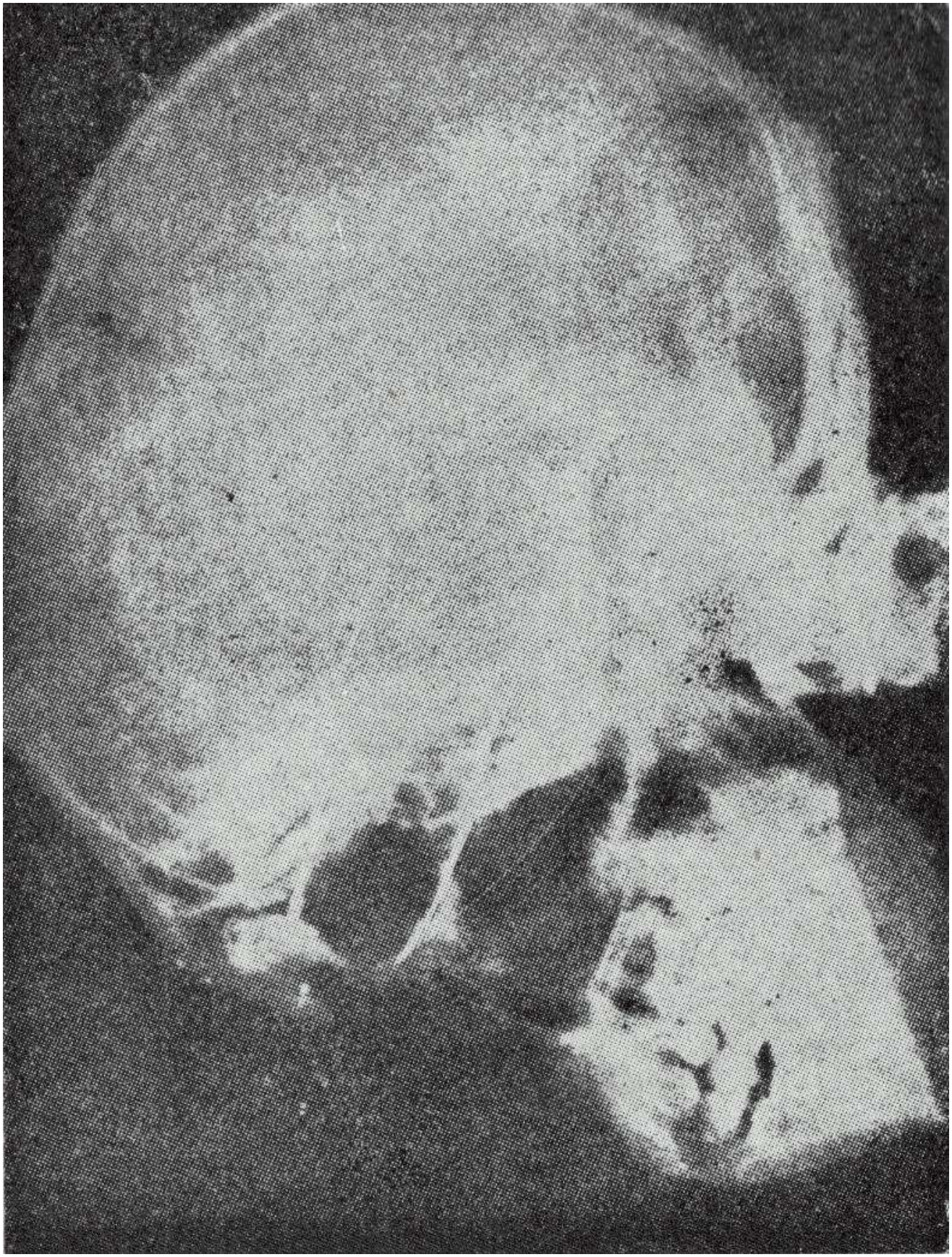


Fig. 4 La misma radiografía lateral en negativo.

VI

CONCLUSIONES

Este mundo, en que nos hemos movido hasta ahora, no es fantástico. En un campo mucho más bajo, la Rabdomancia – renaciente hoy con el nombre de “Radioestesia”- comprueba que, si el sensitivo que pasa por sobre una corriente de agua subterránea o yacimiento mineral, siente algo que puede individualizar con toda exactitud, quiere decir que ellos emiten algo, alguna radiación de ondas electromagnéticas que el sistema nervioso humano sensibilizado, percibe. También los minerales, entonces, emiten corrientes y por todo el universo hay toda una emanación inmaterial. Y si los minerales transmiten corrientes, las transmitirán también las plantas y un paisaje será una sinfonía de vibraciones que el músico podría transformar en armonías musicales. Y corrientes transmitirían todos los seres y, entre todos, la más dinámica central, a saber, la psiquis humana.

Así, el problema de las nóures, adquiere una importancia más vasta que aquella medianímica. El problema de las nóures, es el problemas de la inspiración artística, de la cual puede dar explicación; es el problema del desarrollo psíquico de la humanidad, de los sistemas de adquisición cultural, de los nuevos métodos de investigación, necesarios para progresos posteriores de la ciencia, métodos de concepción que den nuevas orientaciones a la filosofía, a todo el conocimiento humano, con repercusiones sobre la orientación de la vida social, tales como para poder constituir las bases de una nueva civilización. Observemos estas últimas consecuencias con las que concluimos.

Es un hecho constatado – para los que tienen la costumbre de la creación intelectual y artística – que ésta no se realiza, en modo alguno, por las vías de la conciencia normal cotidiana, esa conciencia que nos es tan útil para las necesidades y relaciones de la vida. Parece incluso que el proceso de la racionalidad consciente y refleja, se halle como suspendida, porque un mecanismo más íntimo y complejo debe ser puesto en movimiento para las construcciones superiores, mecanismo ubicado en una zona más profunda de nuestro “yo” y que funciona con métodos superevolutivos y suprarracionales. Los inspirados han tenido siempre “una voz”, los poetas, las musas, los músicos la inspiración. Wagner, a propósito de un pasaje de su **Tristán**, decía en su diario de vida veneciana: “Ese pasaje se me apareció claro; lo transcribí rápidamente, como si desde hace mucho tiempo lo supiera de memoria”. Perosi dice que el componer es para él una necesidad impulsiva del temperamento que amerita producir. Chopin componía en una especie de éxtasis. En el fondo, artistas y genios, no son más que ultrafanos registradores de nóures. Es un hecho de que todas las mentes han sido artistas, científicos y también santos, cada una en su campo, todas las veces que realmente se han

lanzado a lo Alto para arrancar un jirón del gran misterio de las cosas, verdaderos tentáculos, que la evolución por anticipado, lanza contra el infinito; han utilizado estos medios, que se apartan de la racionalidad común; ésta aparece al parangón como cosa pedestre, inferior, condenada por propia naturaleza a jamás saberse elevar más arriba del plano en que, sin esperanza de síntesis, se mueve en la infinita labor de análisis. Es cuestión de grado, pero la inspiración artística se esfuma en la mediumnidad, como en el caso límite de Rosvita Bitterlich, la muchacha de Innsbruck, cuyas telas tanto por el concepto como por la técnica, asombran a pintores y confunden a los psiquiatras.

Hay otro hecho y es la fundamental unidad interior de la inspiración, idéntica para todos en sus orígenes, y que se quiebra y se modula en distintas formas, solamente cuando baja en el mundo exterior por los caminos dados por la capacidad del sujeto. Esto responde a aquella unidad de principio a que se tiende, por ascensión evolutiva, de la que he hablado. Así, la idea abstracta del bien puede convertirse en música, poesía o pintura, renuncia, martirio o acción heroica, según el ambiente humano en que se materializa. Cada realización concreta es un proceso involutivo en que la unidad se ramifica en lo particular. Así, colores y sonidos, las varias sensaciones humanas se equivalen en un plano más elevado y, no son más que un distinto revestimiento del mismo concepto. Concepto visto por Franz Liszt cuando, desde Roma, escribe a su amigo Beriloz, como si sintiera un secreto parentesco entre Rafael y Mozart, Miguel Ángel y Beethoven, entre Ticiano y Rossini. Se podría afirmar que, en lo hondo de la conciencia, se tocan los planos superiores donde la idea, antes de descender y diferenciarse en la forma concreta, es abstracta y existe en tipos simples y únicos para tantos grupos de manifestaciones distintas y que, tanto más ascendemos hacia el centro, tanto más la idea originaria se hace abstracta y única hasta identificarse en ese monismo absoluto que es Dios. Así, arte, fe, ciencia o acción, no son más que diferenciaciones dadas por el descenso de ese mismo y único principio.

Estos elevados problemas de psicología tienen, a la vez, una gran importancia práctica, porque su comprensión y solución revoluciona toda la orientación intelectual y científica de nuestros tiempos; revoluciona los métodos de la investigación científica, como también los sistemas de adquisición cultural.

Estoy convencido que el saber humano, en todos los campos, no puede avanzar con los viejos métodos y que es inminente y necesario un cambio de ruta. Es evidente que la verdad, a la que con tanto trabajo se acomete, existe ya toda, completa, funcionante desde toda eternidad. El universo es, no de ahora, un organismo perfecto y no espera, por esto, la comprensión humana. Tiene su sabiduría y sus leyes y sabe aplicarlas con conciencia y equilibrio. No se trata, pues, de crear nada, sino de saber ver lo que ya existe, de alcanzar conceptos de los cuales se halla lejos nuestro relativo. Es absurdo continuar mirando eternamente los fenómenos del exterior, multiplicando observaciones y casuística, para quedar aplastados bajo la mole divergente de lo particular. Es

necesario perfeccionar y potencializar, si queremos algo que supere un resultado práctico, el instrumento de indagación cual es la conciencia humana. Para mí, el método racional analítico no es más que una reducción involutiva del método intuitivo sintético. La evolución psíquica del hombre impone la ascensión hacia este método más profundo. Estoy convencido que la solución de los problemas no está en lo exterior sensorio, sino en el interior intuitivo y que no se le alcanza proyectándose fuera de sí con la observación, sino internándose dentro de sí, con la introspección. Siento que los principios no pueden encontrarse más que por visión, mediante una transformación de conciencia que se identifica con el fenómeno, por una transferencia del "yo", dentro de un nuevo plano conceptual y que, mientras se permanezca en la dimensión actual de la razón, ciertos problemas quedarán insolubles. Es un hecho que las más elevadas verdades, las síntesis conceptuales han sido descubiertas, siempre, a golpes de genio, es decir, de revelación por inspiración y no por análisis objetivo y racional. Este no sabe más que echarse a cuesta el desenvolvimiento metódico de un principio, cuando este principio y la orientación, están ya dados.

La audacia de mis conclusiones está en proponer a la ciencia el método de indagación por inspiración nóurica como método normal, a fin de que este de la intuición complete aquel otro deductivo experimental, pues estoy convencido que los conceptos existen ya en forma de emanaciones radiantes, de corrientes en expansión, y que es suficiente captarlos; siento que el problema del conocimiento no es soluble más que con este nuevo método de la sintonización nóurica que yo he vivido, aplicado y, aquí, ampliamente descrito. Cierto es que se trata de un método delicado y complejo, que es necesario de antemano comprenderlo, para saberlo usar; que implica una delicadeza psicológica para que no se maltrate y se gaste el delicadísimo instrumento de indagación que es la psiquis del ultrafano. Habrá necesidad de tiempo; tendrán que superarse las resistencias opuestas por el misoneísmo del pasado; será trabajoso rehacer la psicología de la ciencia, pero no hay otro camino si se quiere avanzar. La misma evolución debe llevar, inevitablemente, a la normalización de la intuición; el hombre, llegado a una cierta fase de su evolución psíquica, debe arribar normal y naturalmente al conocimiento por los caminos de la captación nóurica. Los tiempos sienten ya, confusamente, estas inminentes revoluciones que sacudieron las bases del pensamiento humano; se pronuncian ya palabras vagas que expresan tentativas y tendencias. Se necesitaba precisar, ir hasta el fondo, hablar de cosas hechas y de casos vividos, haber aplicado ya el método y realizado los resultados. Los inspirados se han mantenido, hasta ahora, comúnmente, en las generalidades, en los vagos términos del sentimiento, en las aspiraciones elevadas pero imprecisas del misticismo; se han mantenido en la línea de la inspiración artística, no han hecho de la intuición una verdadera técnica de pensamiento metódicamente dirigida hacia la indagación científica. Se necesitaba llegar a una revelación científica exacta; era necesario dar, a la ultrafania, un contenido vasto y concreto, que la convirtiera en un medio transfusor de contribuciones tangibles para la ciencia. En la efervescencia de los tiempos anhelosos de nuevas directivas, se ha lanzado

una corriente de ideas que no puede detenerse; hallará ella resonancias que la amplificarán, repercutirá en las conciencias, las que, haciéndosela propia, la llevarán lejos. El porvenir de la humanidad está biológicamente en su espiritualización. O espiritualizarse o morir. El materialismo ha aprisionado y constreñido el espíritu en la materia, tal vez únicamente para que pudiera hacer explosión mejor. Un soplo nuevo debe dinamizarlo todo en el espíritu, sino la vida se apaga. Y debe ser, no una espiritualidad vaga, sentimental, enferma, sino viril, activa, científica, volitiva, consciente del titánico esfuerzo constructivo que la espera y que ella se echará encima. La lucha por el espíritu será la lucha más digna de la vida.

Además, otras consecuencias de índole práctica pueden deducirse de estos conceptos. Me he preguntado muchas veces: ¿Sabemos nosotros pensar, aprender? ¿No hallaremos en aquellas profundidades psicológicas métodos más fáciles y más productivos para la adquisición cultural? Para estudiar y aprender nos atenemos a los sistemas más empíricos, como leer, repetir, retener, sin darnos cuenta de la esencia del pensamiento y de los fenómenos psíquicos, ni de qué complejo de entrelazamientos de vibraciones y de resonancias sean ellos la síntesis, sin preocuparnos de qué interferencias de onda, de cuales captaciones nóuricas sea susceptible la mente. ¿Lanzamos tal vez al azar, delante de la mente, un alimento para que lo asimile, quién sabe cómo? Me doy cuenta muy bien de cuánto la psiquis humana en masa no está aún madura, para estas sutiles operaciones de pensamiento y mi audacia está, precisamente, en pensar en la normalización de tales métodos. Sin embargo estoy convencido que el hombre se halla en una encrucijada de su camino evolutivo, que la eterna creación biológica obra hoy al nivel psíquico y que nuevos métodos se impondrán por la ley del mínimo medio. ¿Por qué el método intuitivo debe limitarse a las solas formas artísticas y poéticas? ¿Y por qué no podrá haber una nueva inspiración filosófica, matemática, social, moral, científica, en forma normal? ¿Por qué no debemos reconocer que la sabiduría no está en los libros, jirones del pasado, muerte de cristalizaciones de pensamiento, sino que está en las vivas corrientes conceptuales de las que palpita y por las cuales se rige el universo y que, para saber, este gran libro del infinito es el único en que es necesario leer? ¿Y para la adquisición cultural, por qué no se han de preferir, en cambio de las largas y fatigosas vías del estudio, aquellas de la afinación de conciencia, de la evolución que la lleva a la dimensión superconceptual, donde la visión de la verdad es espontánea? Arriba, la sabiduría es gratuita y a través de su progresiva espiritualización, el hombre conquistará algún día el conocimiento por inmersión en estados vibratorios y por exposición de la psiquis a las corrientes nóuricas. ¿Por qué, en vez de un esfuerzo mnemónico para acumular nociones, la formación cultural no debería ser un proceso de sensibilización de la psiquis, que le permita la captación de las ondas-pensamiento por sintonización?

Tengo la sensación de un error fundamental en todo el sistema cultural moderno consistente en un descentramiento de la conciencia en lo particular, que lleva a la desorientación en la especialización; tengo la sensación de que, bajo el peso aplastante

de una serie enorme de nociones, en vez de una concentración conceptual, que en los principios da la clave de todos los problemas, se alcanza la dispersión. El saber no es un montón de nociones, sino que es una superficie que no se domina quedando en lo plano, recorriéndola en todo sentido, sino únicamente elevándose a lo alto de una dimensión superior. La verdadera cultura es algo cualitativamente distinto a la erudición, es un sentimiento. ¿Para la registración y el almacenamiento de la erudición no son suficientes las bibliotecas? La psiquis tiene funciones directrices que cumplir, más importantes que las registraciones mecánicas, especie de peonaje de la inteligencia correspondiente al trabajo material de carácter inferior.

En verdad hoy se comienza a pensar, pero ¿cómo? La producción es caótica, paleontológica, es un estruendo, no un concierto. Se va a tientas, no se domina. La mole cultural es embarazante, no ayuda sino que enreda la síntesis; el saber es exterior y desorientado, no se destila en la transparencia que deja ver los principios. Es raro el caso de la intuición que barre lejos el pasado y que, en vez de repetir las viejas cosas que giran en todos los libros, se lanza virgen por los caminos de la creación. La orientación materialista del siglo ha mecanizado también el saber, ha creado este tipo de saber utilitario, accesible a todos; una vestidura que todos pueden usar, mientras que la cultura es un impulso interior cuyo secreto se halla en la fuerza del alma. Es necesario empujar el moderno deshacerse en competencias, hacia un cambio de ruta; es necesario desplazar el centro psicológico de la vida. Actualmente el pensamiento es labor fatigosa porque debe surgir de la ceguera de la materia pero, en fases más elevadas de sensibilización es espontáneo, alegre, reposado. Las atmósferas más rarefactas de la evolución están hechas de pensamiento; es suficiente alcanzarlas. La escuela tendría que ser una palestra de formación de conciencia, no de cansados peones de la inteligencia, gravados por el trabajo de adquisición de nociones. La opresora supercultura moderna es aligerada en verdades más simples y más sintéticas. Parecerán, éstas, cosas lejanas, pero lo son, tal vez, menos de lo que se piensa. La vida marcha y no puede detenerse. La evolución llevará necesariamente a la normalización de todas estas audacias; la ciencia no podrá permanecer siempre, tan limitadamente utilitaria, y sentirá la necesidad de completarse y el mundo estallará en estos psiquismos superiores. El pensamiento superará su actual período paleontológico y será la potencia del hombre del porvenir. Pues que el mundo ha vivido siempre y siempre vivirá de superaciones.

Y bien, lo he dicho todo de mi caso; en ***"La Gran Síntesis"*** he descrito la nóure como la he sentido; aquí he descrito mis sensaciones, al sentirla. Hemos observado el fenómeno inspirativo en muchos otros casos, los hemos separado del lado técnico y ahora hemos concluido en las consecuencias prácticas. Se puede comprender ahora, qué es ***"La Gran Síntesis"***. Exteriormente es una nueva filosofía de la ciencia, de conclusiones ético-sociales; una demostración racional de problemas científicos y éticos, hoy todavía no resueltos y demostrados. Es una retoma de todo el disperso saber humano para reconducirlo a la unidad. Es por esta su amplitud de visión conceptual que se enlaza al

pensamiento religioso como al científico, a la génesis mosaica como a la evolución darwiniana, ya expresada por la "esfinge egipcia", porque conectándose a todas las revelaciones alcanza la verdad única, y es realmente la obra de la unificación. Unificación más profunda del pensamiento humano, fusión más completa entre ciencia y fe, no podría haberse imaginado. La evolución biológica es continuada en la ascensión espiritual de las religiones, a lo largo de una única línea. ***"La Gran Síntesis"*** ha cumplido la audacia de acoplar en la misma línea de desarrollo, a la ciencia con la revelación. Es, a la vez, la realización del hecho que demuestra la práctica aplicación del método de la intuición, que aquí ofrece sus productos concretos útiles. Es una nueva piedra del edificio inspirativo, piedra que prueba la realidad de la captación nóurica y, más lejos, de la evolución psíquica en varios planos de conciencia.

Pero ***"La Gran Síntesis"*** es algo más. Tiene su aspecto interior y es el documento que prueba la existencia real de lo supersensorio, alcanzado a través de la inspiración. Todo esto puede parecer exaltación, sin embargo aquí, todo está ligado a una cadena de logicidad. Las piedras son inertes, el espíritu es vivo y audaz y yo lo he tenido encadenado en un encierro de racionalidad, para que ésta diera la garantía de la seriedad. En su aspecto interior y profundo***, "La Gran Síntesis"*** es una revelación. En un mundo en que cada ser es obligado, por una ley feroz, a pedir de la carne de su propio semejante su alimento, esta es una "Voz" que tiene un timbre distinto. Revelación alcanzada conscientemente, con métodos precisos, de los que he dado su técnica. En ese escrito, la vestidura científica es exterior y cubre, en lo profundo, una substancia evangélica que enlaza ***"La Gran Síntesis"*** con el desenvolvimiento gradual, en la Tierra, del pensamiento de Cristo, que como hemos visto, es emanación continua. ***"La Gran Síntesis"*** devuelve el Evangelio a la vida – lo que hoy parecería ser suprema utopía – fundido en la gran enemiga, la ciencia, como un nuevo paso en el camino milenario que lleva hacia la realización en la Tierra del "Reino de los Cielos".

¡Afirmación grave! Ella, vagamente ha ondulado en el fondo de mi conciencia durante todo este escrito, y solamente ahora, que debo terminar, he hallado el camino de su total explosión. Yo mismo no había sopesado el profundo significado de alguna frase salida de mí y este concepto, solamente ahora comprendo que me embiste como una revelación. La forma de mediumnidad tiene una gradación evolutiva, involuciona hacia la forma física, evoluciona hacia la forma inspirativa. Hoy comprendo el significado del dolor, de la purificación, de la ascensión moral, colocados sobre el camino de la evolución de mi mediumnidad, único camino que puede permitirme alcanzar estas nóures más elevadas, que son mi meta. Hoy comprendo porqué en el capítulo de los grandes inspirados he elegido, instintivamente, por simpatía, a los inspirados de la revelación cristiana, descartando a los otros, aunque sean grandes. Así entiendo moverme ahora sobre la línea de la inspiración cristiana; me doy cuenta con cuál inmensa nóure me hallé yo en sintonía. Comprendo por qué al trazar la historia de los grandes inspirados, de antes como después de Cristo, los haya visto siempre estar al

frente de su figura central en el mundo y ellos se me hayan aparecido naturalmente unidos en una cadena sobre la línea de lógico desarrollo de esta gran nóure en cuya estela se ve arrastrada también mi inspiración. Hoy comprendo todo el significado de ***"La Gran Síntesis"*** y, cómo realmente existe esta gran nóure cristiana que desde Moisés hasta hoy, no ha callado nunca.

Con todo esto, entiendo indicar solamente la dirección de proveniencia de mi fuente nóurica, que, estando en lo Alto, está próxima a aquella unificación en que todo se funde en Dios. ¿No es Él, acaso, la fuente de todas las cosas? Y ¿qué hay de extraordinario si una inspiración desciende de lo Alto? ¿Por qué esta gran potencia central debe estar ausente, lejana de la Tierra? ¿No está ella allí, para levantar continuamente las criaturas en el camino de las ascensiones del espíritu? Hablo del Cristo Cósmico, inmensamente más grande que el Cristo histórico. Con esto, repito, sólo indico la dirección, porque, como he dicho, la luz filtrada a través de potencias intermediarias y nóures de reducción – quién sabe cuánto habrá tenido que ofuscarse para llegar, no obstante mi tensión ascensional, hasta acá abajo – y esto por la opacidad de mi intermedio; y en la registración, el pensamiento originario llevará ciertamente alguna impresión de mi cansancio y de mi bajeza humana. Todo esto no es prodigioso sino que es lógico y normal. El martirio era un medio feroz, necesario en tiempos feroces, para hacer comprender la verdad a una humanidad feroz. Hoy ya no se necesita eso porque se ha comprendido la psicología de reacción que genera las persecuciones y se considera por tanto, acto de mala política. Hoy es necesario trabajo, no de sangre, sino de concepto.

El momento histórico justifica este descenso de pensamiento desde los planos superiores y hemos visto que la historia es una conciencia viva, que lanza sus fuerzas y produce los hechos necesarios a su evolución. El momento histórico es grave. Hay, en los sucesos, una preparación de maduraciones tan solemnes como nunca se ha visto en todo tiempo. Nos hallamos en una gran encrucijada de la historia del mundo y se siente el presentimiento. La humanidad está echando las bases del nuevo milenio, está jugando la carta de su salvación o de su ruina. Existe hoy la plenitud de la civilización romana que se precipita en las invasiones bárbaras, la plenitud de la realeza francesa que se precipita en la revolución. Es necesario volver a dar a Europa la conciencia de la unidad de civilización y de destino; "después de la reconciliación política del Estado con la Iglesia en Italia, es urgente hoy esta más grande reconciliación espiritual entre ciencia y fe en el mundo", es necesario volver hallar en Dios la unidad fundamental de la verdad y del pensamiento. Pero, en las almas hay deseo de verdad y la separación entre ciencia y fe es cuestión de involución, y la evolución es la gran ley de la vida, es ley irresistible de unificación. Las civilizaciones se cansan; sólo el espíritu puede dar la fuerza para rejuvenecerlas. Y el espíritu está en lo Alto, en la dirección de Cristo, que está presente, sabe y vigila.

Comprendido el mecanismo interior de la vida y de su evolución, todo es lógico. Es lógica también esta mi sinceridad. Ahora se comprende cómo este segundo volumen era necesario para dar luz, desde el interior, a ***"La Gran Síntesis"***, que de otro modo hubiera podido permanecer incomprendida, mal interpretada en su lenguaje, a veces audaz y apocalíptico, tal de parecer ironía, entendida como producto de mi conciencia normal. Y yo mismo debía y sólo yo podía explicar ciertas cosas. Yo mismo, a través de este replegamiento sobre mí, tenía que llegar a comprenderlas. Con el presente volumen no he solamente cumplido con un nuevo deber, sino que este trabajo de reflexión ha sido necesario sobre todo a mí mismo, para mi misma comprensión. En este escrito he hecho afirmaciones graves; ellas me comprometen. He cortado los puentes detrás de mí y no me es ya posible retirarme. Pero también esto era mi deber, ¿Qué sucederá ahora? ¿A dónde me llevará la evolución de mi mediumnidad, cuáles nuevos conceptos registrará mi captación nóurica? ¿Cuál nueva madurez espiritual y sensibilización de percepción me traerá el porvenir? ¿Qué sucede en lo hondo de mi destino y a cuál meta en la eternidad yo me acerco? Yo mismo estoy esperando la maduración de mis estados interiores y, a través de esa maduración, el contacto con nuevas corrientes de pensamiento, de donde se revele ante todo a mí mismo, cuál sea la dirección que debe tomar mi trabajo. Sé que la fuente de pensamiento es inagotable. Mientras tanto, cualquiera que sea la cosa que suceda, estoy seguro de esto: Que el pasado no muere nunca, que ese pasado es la base del porvenir, en el cual siempre resurge, por tanto, que jamás ha sido vivido en vano.

INFORME DEL JURADO

El primer tema que conquistó el premio asignado a los Autores de las monografías y Ensayos que deberán constituir la **“Colección de Biosofía”**, es relativo a ***“Las Nóures”***, hipótesis de las “corrientes espirituales”, emitidas por fuerzas invisibles, Esencias que un día animaban a seres humanos o que no tuvieron nunca que incorporarse al organismo humano y, que viven, actúan en el infinito del tiempo y del espacio e influyen, muy frecuentemente sobre nuestra Tierra.

Hubo un único concurrente, quien, respetuoso de las condiciones del concurso, hizo llegar oportunamente su propio trabajo, junto con un sobre señalado con el número VI y el lema “In hoc signo vinces”.

Después del juicio, unánimemente favorable, fue abierto el sobre: Doctor Profesor Pietro Ubaldi, Gubbio (Perusa).

Sorpresa tanto más grata, cuanto que, no obstante el valor literario, eminentemente biosófico, y las referencias a la producción ultrafánica que, en esta obra, son frecuentes, había hecho nacer ya la esperanza de que el autor fuera precisamente, Pietro Ubaldi.

Si nos fuera lícito hablar de “fortuna” deberíamos exclamar ser una gran suerte que la **“Colección de Biosofía”**, se iniciara con una monografía de un hipersensitivo, dotado de facultades tan particulares, de no poderse confundir con aquellas de los más poderosos y experimentados ultrafanos. Pero nosotros no podemos, ni debemos hablar jamás de fortuna, más o menos ciega; nosotros sabemos que nuestra obra es ordenada, dirigida por una Fuerza Superior, que mide, establece, escoge los instrumentos, los guía y por medio de ellos, cumple lo que debe ser cumplido.

No parezca, superfluo detenernos sobre el argumento, porque el episodio es demasiado hermoso y elocuente, y no puede ser callado.
El relator que abajo firma estas páginas, tuvo un día una idea, o mejor, un deseo: que alguna gran casa editora publicara una serie de monografías sobre los problemas más acuciantes y más ocultos de la vida humana y cósmica. ¡Sueño! No había surgido, no había brillado con toda la fascinación de su belleza y grandiosidad, cuando se esfumaba frente a la repentina visión de todas las imposibilidades: ¿una Casa Editora que, justamente en el período más atroz de la crisis moral, social y financiera, derrochara enormes sumas para una colección de libros biosóficos? ¿Quién los leería? ¿Y quién, ante todo, los escribiría?

Pero “pocos días” después, un socio emérito de la Sociedad Biopsíquica que vive lejos de Italia, dirigía, al que esto escribe, una carta en la cual se decía más o menos lo siguiente: “He pensado sería útil, justo, que los problemas biosóficos, fueran objeto de otras tantas monografías; estúdialo bien, informa y bajo los auspicios de nuestra Sociedad, háganse tantos concursos anuales cuantos son y serán los temas. Lo que se necesite para premiar a los dignos y para la difusión de las monografías, sin determinación del número, está a disposición”.

El que había tenido tal encargo inesperado e inesperable, interrogó inmediatamente al Espíritu-Guía (al Maestro) de la médium (ultrafana) Bice Valbonesi; y he aquí la contestación: “Todo esto es por disposición superior; yo fui el que enlazó tu pensamiento con la mente de tu Hermano lejano, que de otra manera, lo hubiera ignorado; él y tú cumplid simplemente con un deber. Obedeced y obrad”.

Y ahora, he aquí elegido a Pietro Ubaldi para el primero de los trabajos, por esa obra que trata el argumento principal, fundamental de la ultrafania; ese Pietro Ubaldi que está dotado de una excepcional hipersensibilidad, no confundible con aquella de los mayores ultrafanos. Sócrates, también él oía “Su Voz”, pero tal vez no habría sabido hablar a causa de los tiempos, el ambiente, el grado evolutivo de aquel entonces, la condición de la ciencia entre los antiguos, como habla Pietro Ubaldi, con método científico, del fenómeno del cual es instrumento, pero instrumento consciente del valor de la producción que, a través de él, se exterioriza.

Ultrafano (médium) en el verdadero y más amplio sentido de la palabra, en la forma y en la substancia de su obra perfecta, el autor de ***“Las Nóures”***, puede decir de las corrientes espirituales, lo que ningún pensador, aunque genial, podría jamás decir, porque Ubaldi ha “vivido” su obra, ha entregado su propio “Yo” al mandato de una Entidad de inteligencia superior a la que denomina “Su Voz”, y que llega a él, desde el misterio. Ha obedecido, recogiendo y repitiendo a los humanos, las profundas palabras, por él no pensadas, sino oídas; y ha podido seguir, indagar, entender al mismo tiempo, con sus propias facultades cerebrales – lo que era precisamente nuestro deseo – la técnica, digamos así, de aquel hecho espiritual, enorme, que es la radiación emitida por Esencias vivas, en una vida fuera de los estrechos límites de nuestra vida.

La ***“Colección de Biosofía”*** se inicia, pues, con un trabajo, por obra de un autor, que, a las dotes naturales de la mente, a la cultura profunda del formidable problema, agrega facultades supranormales en grado tan elevado, que no es posible, tal vez, hacer parangones, si no apelamos a los grandes Místicos.

Es él, pues, un “elegido”, uno de aquellos que vienen “enviados”, y, nosotros, creyentes en la realidad de la vida, del más allá de la vida, no podemos dejar de reconocer que en

todo lo que aquí exponemos, hay una nueva demostración de que impera una Ley Superior y que es ella la que regula nuestro esfuerzo, por ella ordenado y querido.

El informe de un Jurado exige la brevedad. Pero en el caso actual hay que dejar de lado la costumbre: sea porque el trabajo premiado es, en parte al menos, obra ultrafánica, tal que el Autor debe ser presentado a los lectores como un sujeto que hay que examinar particularmente; sea porque, el actual trabajo, repite, completa y de cualquier modo, se refiere a toda una precedente obra suya sobre el asunto.

Después del éxito del concurso, el Jurado ha creído conveniente conocer de cerca el sujeto. Pietro Ubaldi (nació en Foligno en 1.886), nos dijo: "Tenía instintivamente el Evangelio en el corazón, había nacido para amar". Estudió únicamente para pasar los exámenes, puesto que "no creía en lo que se me enseñaba, y que sentía trunco, inútil, privado de bases substanciales. La verdad estaba en mí, la buscaba dentro de mí. Me lanzaba, rebelde a toda guía, sobre el conocimiento humano, tal vez secretamente, buscando mi propia verdad. Miraba el mundo y las cosas desde el interior, en las causas y los principios, no en los efectos y su utilización práctica. Como lo volitivos y prácticos pueden considerarme un incompetente con respecto al goce utilitario de la vida, así puedo yo considerarlos a ellos como unos incompetentes con respecto a la solución de los problemas del conocimiento".

Esto no le impidió obtener, con honor, el diploma de Doctor en Derecho, haber aprendido varias lenguas, ser experto en música, hacer largos viajes, de conquistar, en fin, una cátedra en la Educación Media. Estudiaba, observaba, meditaba. Sobre todo meditaba; y la "vorágine de las exigencias exteriores golpeaba sin tregua, imponiéndose a la atención de mi espíritu que quería vivir su vida. Se acumulaban las experiencias humanas, casi todas amarguísimas. El dolor martillaba mi alma bajo sus golpes. La maduración se precipitaba. Un día, a orillas del mar en Falconara, mirando el encanto de la creación, sentí, hasta la evidencia, la revelación, rápida como el rayo: que el Todo no podía ser más que Materia, Energía, Concepto o Espíritu; (M= E= C) =S (con la S se indica Substancia)".

Desde ese momento luminoso comienza el trabajo de Ubaldi. En "Ultra" de Roma (1.928-29), en Constancia de Buenos Aires (1.932), etc. , inicia las primeras tentativas, y prepara ***"La Gran Síntesis"*** a través de una maduración, no ya por serios estudios realizados, sino surgida desde el misterio de su alma. Por cierto Ubaldi es culto, por estudios, lectura, viajes hechos en Europa y América, pero niega que su Obra (con excepción de sus primeros manuscritos incompletos y caóticos) – la que en nuestro campo consiste en los ***"Grandes Mensajes"*** y ***"La Gran Síntesis"*** – sea el fruto de estudios y lecturas. Agrega: "Experimentado el proceso de maduración, después de más de un año de descanso, mi pensamiento recomenzó de nuevo desde el principio, siguiendo su propio hilo interior y no otro. Y "La Gran Síntesis" está allí para demostrar

la verdadera naturaleza de mi mediumnidad inspirativa, intelectual. Al principio mediumnidad rudimentaria, intermitente, a chispazos; progresiva hasta convertirse, en mí, en una cualidad estable, una segunda naturaleza".

Esta progresividad es una característica fundamental, lógica, que responde a los principios de la ascensión espiritual de las religiones, como a los de la evolución biológica darwiniana. Este acercamiento al hecho evolutivo – en la espiritualidad y en la biología – es la vuelta de la concepción de Russel Wallace, pero en Ubaldi no queda limitada a un orden exclusivamente racional sino que llega a la conquista de una verdad superior; se diría que Ubaldi hubiera anticipado esa evolución psíquica, que mañana deberá ser alcanzada por la humanidad, la que se halla aún detenida en el ciclo inferior de su devenir. En efecto, para Ubaldi la mediumnidad es, como él la siente, y declara, "el estado normal de mi psiquismo futuro más sutilizado, de una más refinada percepción anímica supersensoria, es una fase superior de conciencia y dimensión conceptual perfectamente normal en la evolución, - excepcional, hoy en la Tierra -, por el estado relativamente involucionado de la raza humana. Nada hay pues de anormal, de extraordinario, de milagroso; es cuestión de camino recorrido. Así yo encuadro el problema, porque así lo he vivido y lo he resuelto".

El dolor tuvo en Ubaldi una parte importantísima; fue el dolor que purifica. Pero aquí no está puesto para una biografía, sino para un examen sintético de lo íntimo de un sujeto que, aun cuando nada tiene de milagroso, como él afirma, es, sin embargo, excepcional, como excepcionales son el Héroe, el Genio, el Santo.

Excepcional como todos los sujetos hipersensitivos, pero más aún, por la nítida conciencia que Ubaldi tiene de sus propias facultades, de su propio trabajo. Cuando en Colle Humberto, en la Navidad de 1.931, escribió su primer Mensaje, obedeció a una Voz que le decía: "¡No temas, escribe!" Temblaba él, anonadado; luego surgió, transfigurado; una fuerza nueva obraba en él; tenía que obedecer; de allí surgió ese magnífico trazo de profunda bondad y firmó: "Su Voz".

"Su Voz": fuente de pensamiento, de afecto, de acción y de bondad. Y le decía: "No preguntes mi nombre; no trates de individualizarme; no podrías, nadie lo podría; no intentes hipótesis inútiles".

Desde entonces Pietro Ubaldi, soldado obediente a una Fuerza Superior, al lanzar sus Mensajes, halló acogida y admiración, y las revistas, en los más distintos idiomas, y los admiradores, competían para que el novísimo pensador donara las "joyas" que por su intermedio llegaban desde el Misterio, y hallaran consuelo el mayor número de humanos que pudieran oírlo. Y la misma suerte y más clamorosa aún, correspondió a ***"La Gran Síntesis"*** después que la revista milanesa Ali del Pensiero (Alas del Pensamiento) comenzó su publicación, por entregas, en el año 1.933; su traducción aparecía en el gran

diario Correio da Manha de Río de Janeiro, en Constancia de Buenos Aires, en la brasileña Reformador, etc., levantando por todas partes, un coro de verdadera admiración. Y mucho más digno de admiración debe ser el fenómeno de ese trabajo, sabiéndose que Ubaldi lo escribía paulatinamente; mientra se publicaba una parte, él lo continuaba, seguro de sí, como ningún autor osaría hacerlo nunca. Ubaldi no tiene necesidad de correcciones; nunca llegan arrepentimientos; todo se desenvuelve con una rapidez fulmínea, en aquellas noches preelegidas, en que "Su Voz" le habla.

Después del Sujeto, su Obra. No se podría apreciar ***"Las Nóures"*** sin, de antemano, detenernos sobre ***"La Gran Síntesis"*** – que en breve será completada y publicada en volumen en varios idiomas – porque ***"Las Nóures"***, repetimos, es su complemento, el comentario, por lo menos, del fenómeno principal, aquel de las corrientes inspirativas.

El conocimiento de esa obra es indispensable para poder bien compenetrarse de lo que Ubaldi expone en el presente volumen, especialmente en sus tres últimos capítulos. Pero, resumir ***"La Gran Síntesis"*** no es fácil, por su estilo extremadamente conceptual. La doctrina que en ella se desarrolla, no solamente es una síntesis del actual conocimiento poseído por el hombre, que bien poco es frente a los problemas substanciales, sino que es una síntesis de la fenomenología universal, es decir, la coordinación de un organismo único de los fenómenos existentes que el concebible humano puede aferrar y más allá. Y por fenomenología se entiende, no solamente cuanto puede ser comprendido en el campo de la ciencia actual, sino también en aquel de la filosofía, de las ciencias económico-sociales, de la ética, de las religiones, etc. La fusión de todos los efectos reconducidos a la causa central, la visión de lo absoluto a través de las infinitas formas de lo relativo, llevan espontáneamente al lector al contacto con el principio único que todo lo rige. Unidad, pues, absoluto monismo es el concepto central de esta doctrina: Monismo, que en la evolución del pensamiento humano sucede a las precedentes afirmaciones. Politeísmo, luego monoteísmo y finalmente Monismo, son las tres etapas del pensamiento humano.

La obra puede tener su aspecto humano, que se mostrará a los no iniciados como una tentativa, plenamente victoriosa, de dominar, en una síntesis única y universal, todo el conocimiento, de organizarlo dando respuesta a todos los problemas que la mente humana pueda plantearse. En este aspecto menor suyo, el escrito responde a una necesidad impelente que existe en la evolución del pensamiento en la hora presente; lleva a la unidad a la ciencia amenazada de dispersión en la especialización, satisface al alma humana, arribando a soluciones que la ciencia se ha demostrado impotente de dar.

Pero, en aquel que sabe leer más hondo, rápidamente nace, por un "sabor" suyo propio que la obra posee, la sensación de que ella no puede ser concebida tal cual es, por un plano mental humano, sino, necesariamente desde un punto de vista elevado, en una dimensión superconceptual. Ya que sólo así pudieron resolverse todos los problemas que

filosofía y ciencia, - que operan con métodos puramente racionales – no han resuelto hasta ahora. Pues que este escrito es trascendental y ultrafánico. Es decir, el autor lo concibió y escribió sin estudios preconcebidos, confiándose, sobre todo, en sus recursos superracionales, siguiendo un novísimo método de indagación por intuición, abandonándose, en los pasajes más complejos y sin precedentes conocidos, exclusivamente a su inspiración. Inspiración, además, exacta y científica.

El escrito, pues, se puede leer con varias mentalidades y a varias profundidades y hablará distintamente, según la potencia intelectiva del lector. Muchos tomarán la obra como un solo sistema, si bien genial, en que la ciencia desparramada es al fin unificada en un Monismo absoluto. Es ya mucho, pero, para nosotros que lo sentimos, existe un aspecto ultrafánico que da al escrito el valor de visión directa de la Ley que anima el universo, y representa una nueva ascensión del hombre en la concepción de la Divinidad.

Escrito ultrafánico que, por otra parte, ha sabido mantener un perfecto equilibrio con la racionalidad. En general, los "Enteles"[1] revelan una distancia en la concepción y el modo de expresarse, debido a la distinta altura de plano evolutivo y dimensión supertemporal y superespacial en que ellos se mueven. Y esto da, tal vez, el sentido de vaguedad, nebulosidad, de lo inaferrable que rechazamos como antiobjetivo y anticientífico. En este escrito se ha realizado una transmisión mucho más compleja que en la común registración ultrafánica inconsciente, porque el sujeto ha sentido y ha constrolado todo el proceso y ha podido operar con exactitud mediante su intervención consciente y activa, la reducción de la concepción entélica superhumana, a los términos de la más estrecha terminología y técnica de pensamiento científico. Por primera vez, pues, la ultrafania ha dado un producto rigurosamente orgánico y racional tal como para coincidir con la ciencia actual, injertarse en su momento y llevarlo más a lo Alto con objetivos de bien, o sea, para lanzar la semilla que se desarrollará sobre bases solidísimas de una nueva civilización, que el esfuerzo del pensamiento humano debe saber hoy preparar y crear. Y es así como un pensamiento superior ha podido fundirse perfectamente, lo que no es fácil, dada la gran distancia del pensamiento actual. Aquí la voz del Cielo a través de esta traducción, ha podido ser elevada desde la Tierra hasta el Cielo. Y la ciencia en lenguaje humano y, al mismo tiempo, la ciencia materialista ha sido elevada hasta el espíritu, ha alcanzado dignidad de filosofía y fe. La Tierra y el Cielo se tocan en esta obra, y en el presente volumen, se ha explicado, confesado todo el "cómo", con objetividad de observador despiadado, con fe de mártir que se da a sí mismo por una idea.

---

[1] Palabra de formación griega que significa "ser perfecto", "esencia perfecta". La ultrafania clasifica los seres espirituales en "barontes" (los inferiores) "anontes" (los que se arrastran en proceso evolutivo) y "enteles"(los perfectos). Véase las obras Trespioli, el relator del infome del jurado. **"Ultrafania – Espiritimo Moderno y Realidad del Misterio"**. Ediciones el Ateneo de Buenos Aires, 1934 (Págs. 302, 304); pág 32 (N. del T.)

La misma verdad desmaterializada que así, concordemente nos es descrita por todos los Enteles en forma tal que nuestro materialismo se pierde en lo fantástico, es en este escrito, alcanzada a través de aquella psicología materialista, asumida como base de partida; alcanzada a través de aquella racionalidad que es la forma indispensable, para la comprensibilidad en nuestro tiempo, y, que por el Entele transmisor es adoptada como forma-pensamiento en su proyección de conceptos. Los escépticos podrán sonreírse, las filosofías discutir, la ciencia negar, las religiones condenar, pero nadie podrá negar que se halla frente a una mole aplastante de pensamiento, frente a una vertiginosa visión del universo como jamás ha sido concebida hasta hoy. Y ni filosofía, ni escuela, ni religión, podrá negar, sin renegar de sí misma, porque en ***"La Gran Síntesis"*** ellas están, todas, las enemigas también, por fin hermanadas en un solo pensamiento.

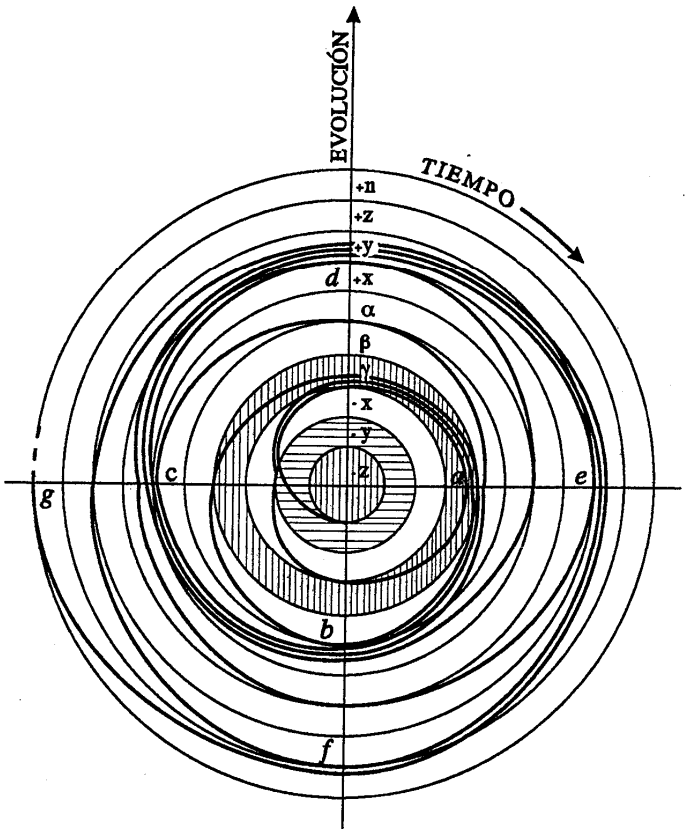


Fig1. Desarrollo de la trayectoria típica de los movimientos fenoménicos en la evolución del cosmos.La evolución procede por replegamientos involutivos periódicos. El diagrama expresa el proceso de génesis progresiva de lo relativo por evolución. Siguiendo el abrirse de la espiral en el tiempo, a lo largo de la zona indicada en la vertical de la evolución desde –z, - y, - x, γ, β, α,… + n, se podrá ver ascender la línea por tres zonas o planos de existencia y descender dos, para luego volver a reascender tres zonas y volver a descender dos, y así sucesivamente. De las pulsaciones de este respiro que cada vez se dilata más, resulta la progresión de una línea mayor que resalta al ojo, alejándolo del detalle de la figura, y que es una espiral de apertura constante. Resulta, ella, por la sobreposición de retornos ascensionales de la espiral menor. Así, la evolución es una progresión creativa que invade

sucesivamente las zonas indicadas en la vertical (evolución), es decir: - z, - y, - x, universo trifásico más involucionado que el nuestro, subfísico y sumergido para nosotros en lo inconcebible. De esto nace por evolución el plano γ, la materia, de este plano nace β, la energía, de β nace α, el psiquismo; y nuestro universo está completo. En α tenemos al hombre, en + X el espíritu entra, por evolución, superando la dimensión conciencia, en una más alta dimensión superconceptual. Desde la conciencia de superficie o razón, se asciende a una conciencia volumétrica o intuición. Se inicia así, por creación en lo relativo un nuevo universo trifásico, +x, +y, +z. Así se manifiesta el infinito y asciende por íntima autoelaboración, el transformismo universal, cual progresiva manifestación de la Divinidad.

Y el tratado se desarrolla en realidad, con un sentido de visión. En el escenario de la sucesión evolutiva de los universos (Fig. 1), está aislado el universo trifásico del concebible humano; trifásico, vale decir, constituido de tres planos de existencia que son: Materia, Energía y Espíritu. Estos tres planos existen en las relativas dimensiones de espacio, tiempo y conciencia. Esta trinidad, tridimensional y trifásica está a un mismo tiempo estrechada en una unidad de substancia en que se funden y desaparecen las apariencias de la forma relativa y evolucionante. Más allá de los límites de esta unidad trina, el concebible humano no puede llegar hoy: al presente está encerrado en su universo, que, sin embargo, superará. Pero las formas son infinitas, progresantes desde las fases submateriales a las fases físicas, dinámicas y psíquicas de nuestro universo, hasta las superconceptuales que lo superan.

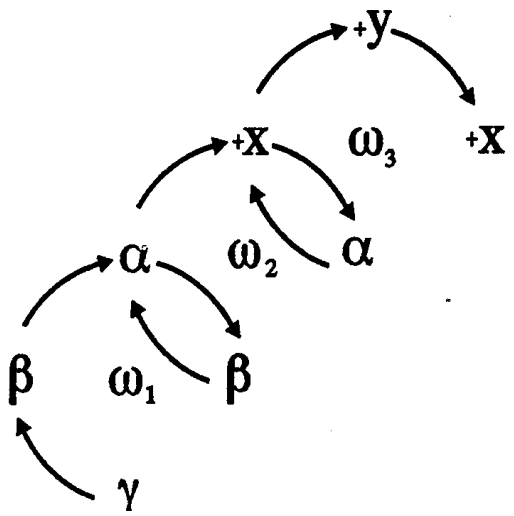


Fig. 2. Aquí se reproduce el concepto del diagrama de la Fig. 1. Los planos o zonas son dados por las letras. En W1, W2, W3 tenemos la serie progresiva de los universos trifásicos. En el primero W1, el nuestro, partiendo desde abajo, Y asciende hasta B y B hasta a. A través de un retorno involutivo hasta el plano B, la progresión evolutiva se continúa en el universo superior W2, desde B, hasta a, hacia +x. A través de un retorno hasta a se desarrolla el nuevo universo W3 que va desde a, hacia + x, +Y, y así sucesivamente.

El hombre, en su psiquismo, se halla en la escala y en la ascensión. Y el gran viaje principia desde la materia, la cual es tomada en examen como producto de desmoronamiento involutivo de universos evolutivamente precedentes – la evolución procede por replegamientos y retornos periódicos – (véase Fig. 1y 2) y es estudiada en la serie estequiogenética (estequioénesis = génesis de los cuerpos) por peso atómico y otras características fundamentales, hasta trazar un árbol genealógico de las especies químicas. De esta manera, la evolución de la materia es seguida desde el hidrógeno de las nebulosas al uranio, es decir, desde los pesos atómicos mínimos hasta los máximos, en que se inicia la disgregación radioactiva, que representa la génesis de las formas dinámicas. De modo que, en un dado momento, la materia muere como materia y renace como energía. Cambia la forma de lo relativo, pero queda intacta la substancia divina del Todo.

También se toman en examen todas las formas de energía. Pero, antes de ascender a este segundo plano, la visión contempla el universo, no solamente bajo su aspecto estático, en que está, por comodidad de estudio, aislado en su forma y concebido en inmovilidad, sino que existe también un aspecto dinámico. Y entonces no observamos ya una sucesión de formas, sino que asistimos a su íntimo devenir, que transmuta la una en la otra. Todo se mueve, se agita, palpita, todo es viviente. Y sube, sube, en una grandiosa sinfonía de empujes, de desarrollos, de equilibrios que gritan: ¡Dios! Y existe un tercer aspecto: conceptual. Tres aspectos, pues: el universo se observa a sí mismo con tres grandes ojos que son una sola luz: Dios. En el aspecto conceptual, la visión se abre sobre las leyes que guían el proceso evolutivo del cosmos, sobre el pensamiento que rige los desarrollos fenoménicos, sobre el principio abstracto, la idea que se exterioriza en todo este devenir, modelándolo a su imagen. Es, así, definida la trayectoria típica de los movimientos fenoménicos (Fig.1), y trazada la teoría de la evolución de las dimensiones. Y vemos nacer y morir por superación al espacio y al tiempo. Y la Ley de Dios aparece toda, también en sus aspectos menores, en el universo inferior de la materia, para relucir cada vez más pura en lo Alto, hasta el universo superior del espíritu.

Nace, entonces, la segunda forma: la energía. Nace el tiempo, nace la protofuerza típica del universo dinámico: la gravitación. El poderoso gesto de Dios da vuelta a las páginas ciclópeas de la creación y la gigantesca inspiración de la génesis mosaica, vuelve a la luz, verdadera, con palabra de ciencia. Y a la serie evolutiva de las especies químicas, “sigue por continuidad” la serie evolutiva de las especies dinámicas, o sea: 1º gravitación; 2º radioactividad; 3º radiaciones químicas (espectro invisible del ultravioleta); 4º luz (espectro visible) 5º calor (radiaciones calóricas oscuras, espectro invisible del infrarrojo); 6º electricidad (ondas hertzianas cortas, medianas, largas; 7º sonido.

En este momento de la evolución, la energía ha alcanzado su máximo límite de degradación, es decir, de apagamiento cinético o disminución de velocidad de vibración y de aumento de amplitud en el largo de la onda. Y como la materia había muerto por disgregación atómica, así la energía muere por disgregación dinámica. El fenómeno es trazado en su íntima estructura cinética y, en la teoría de los movimientos vortiginosos, es estudiado a fondo y resuelto el formidable problema de la génesis de la vida, que es génesis de psiquismo, la tercera fase del universo. La química inorgánica vuelve a plasmarse para ascender a química orgánica. Nace la vida y aparece la visión del mundo biológico. El universo no solamente pulsa, reluce, canta, sino que también vive, ama, sufre, piensa.

El panorama se abre inmenso. Todas las formas de la vida vibran en el universo, la Tierra se puebla, el espíritu lanza sus primeros vagidos. Se afronta el examen de la técnica evolutiva del psiquismo y de la génesis del espíritu. Ambiente, reacciones, instinto, conciencia, suben, suben hasta el hombre, todo canta la gran sinfonía del espíritu que progresa. Aparece el hombre, su alma grande, chispa de Dios, que sube, sube hasta el superhombre, al héroe, al genio, al santo. Y la línea, desde el hidrógeno al genio es única, un ininterrumpido camino de conquistas y de creaciones en las que Dios se halla siempre activo y presente. Y el superhombre se convierte en superhumanidad, y el uno se cansa en las neurosis y las civilizaciones se debilitan en la decadencia, todo envejece y muere con la materia y la energía, en una degradación biológica, que no es muerte, sino resurrección de espíritu inmaterial en dimensiones superconceptuales, ya que la substancia es eterna. Aquí la materia se desmaterializa, descomponiendo en su estructura cinética su apariencia física y, el ser, ya no tiene cuerpo, ni mente, y entra triunfante en la dimensión inicial de un nuevo universo trifásico, donde ya no hay ni espacio, ni tiempo, ni concebible humano.

El gran camino está terminado. La visión se cierra con el cuadro de las últimas, más altas ascensiones humanas, individuales primero, colectivas luego; perfecciones morales, vías de liberación, supremas superaciones. El hombre es tomado de la mano tal cual es hoy, y se le traza el camino de las ascensiones. Se toca la ley del trabajo, el problema de la renuncia, la función del dolor, la evolución de amor. Colectivamente se enfrentan los problemas sociales del momento histórico, la génesis del derecho, la ética internacional, la guerra, el problema económico, la distribución de la riqueza, el colaboracionismo, el poder, el Estado, el jefe, el arte…

Y el viaje, iniciado desde las más densas formas de materia, se termina en el Evangelio y el alma se detiene satisfecha frente a la visión de Cristo, última síntesis. Esta es ***"La Gran Síntesis"***, y una sola palabra hay en el fondo de este esfuerzo de razón y de ciencia: Cristo. Es "Su Voz", que retumba en el fondo del difícil tratado, convirtiéndolo

en un acto de pasión que, descendiendo de lo Alto, se dona a través del sacrificio de un hombre, para bien del mundo.

Era indispensable, repito, detenernos en ***"La Gran Síntesis"***, también porque, aún cuando Ubaldi no la cite suficientemente en el presente volumen, se refiere a ella el agudo análisis que el autor desenvuelve en ***"Las Nóures"***, con tanta novedad de expresiones y de consideraciones, ante las cuales empalidecen todos los tratados publicados hasta aquí, y que, en vano, se ilusionan con poder hablar de la fenomenología ultrafánica únicamente por haber asistido a manifestaciones exteriores. Ubaldi en cambio ha vivido el fenómeno, por tanto su conocimiento va más allá de los confines de la común indagación, conservándose prudente y sabio, superando, así, las numerosas hipótesis, las apreciaciones y los juicios más estrafalarios, las elucubraciones más extrañas, infantiles o impenetrables que se presentan bajo una presunta, cuando no irreal vestidura científica.

Debía corresponder a un hipersensitivo poderoso y, al mismo tiempo a una fuerte inteligencia, la tarea de tratar este tema esencial de la Biosofía; es decir, a alguien que "elegido" para tal obra, pudiera, allí donde no sabe arribar el ingenio, llegar con la intuición y allí donde no sabe llegar ésta, dejar intervenir la inspiración. Y entonces "Su Voz" dice la verdad que la mente humana ignora; la dice a su "instrumento" idóneo y digno.

En Ubaldi, el fenómeno adquiere características que, en vano, pediríamos a los comunes ultrafanos, aun cuando largamente ejercitados y probados. Con esto no se quiere, ni se puede negar que, también en éstos, las facultades paranormales son poderosas, productoras de hechos impresionantes y perturbadores por la manera como se obtienen y por la belleza y grandiosidad substanciales. En las obras ya editadas por la Sociedad de Biopsíquica y, bajo los auspicios de ella, resaltan las excepcionales virtudes de recepción y de transmisión de nóures, que superan la potencia del ingenio humano. Pero en Ubaldi la manifestación, además de superlativa, tiene la característica de no destruir la conciencia o el recuerdo de lo sucedido, de no disminuir la capacidad de comprender el fenómeno, sea del lado formal como del substancial. En muchos de los otros ultrafanos falta además, o es muy nebulosa, esa fe que existe en Ubaldi, y que es potencia capaz de armonizar la mente humana con las energías trascendentales, de tal manera que para los otros hipersensitivos de efectos conceptuales, se hace a la vez posible también el "perfecto", pero para el concurso del biósofo que dirige, regula las manifestaciones, obra la experiencia. Y esto, explica por qué la mayor parte de los mensajes obtenidos medianímicamente sea tan pobre de concepto, mezquina en la forma, contradictoria y hasta trivial y grotesca.

En este volumen premiado, Ubaldi se detiene ampliamente, como era necesario, para hablar de sí, únicamente de sí, porque tomarse a sí mismo en examen, nos ofrece una

demostración positiva, de indudable valor científico, no sólo en cuanto a la observación y experiencia ejercida sobre un Sujeto hipersensitivo, sino que el trabajo está basado, además, sobre el razonamiento, con el agregado de una sólida cultura. Este hecho nos hace también esperar, a la vez, que se pueda o se deba acentuar el progreso de las facultades ultrafánicas: es decir, que todos aquellos que, como Ubaldi sean “elegidos” para dar a la humanidad nuevas y cada vez más luminosas manifestaciones trascendentales, no serán algún día, únicamente instrumentos inconscientes sino conscientes y conocedores del valor del fenómeno que a través de ellos se exterioriza.

Mario Borsalino
Pierluigi Toffanello
Gino Trespioli (Relator)
Milan, Italia, Enero 1.937.

PIETRO UBALDI Y SU OBRA

A las 08:30 minutos de la noche del 18 de Agosto de 1886, nació Pietro Ubaldi, en Foligno, una pequeña ciudad italiana cerca de Asís. En aquella región impregnada de la espiritualidad de San Francisco, inició su contacto con este mundo, que siempre le pareció muy extraño por el juego desesperado de egoísmos, fruto de la ignorancia general de las leyes de la vida, el cual percibió, desde muy joven.

Ubaldi procuró estudiar esas leyes en los libros. Mas descubrió que ellos poco le ofrecían de la sustancia que en vano procuraba. Se graduó en Derecho en la Universidad de Roma (profesión elegida por sus padres, pero jamás ejercida) y en Música (ofrecimiento, también de sus progenitores), se convirtió en políglota, y hablaba fluidamente, Inglés, Francés, Alemán, Español, Portugués, conocía Latín y Griego.

Era un hombre de una cultura envidiable. Su tesis de grado en la Universidad de Roma, fue sobre la EXPANSIÓN COLONIAL Y COMERCIAL DE ITALIA HACIA EL BRASIL, muy alabada por el jurado examinador y publicada en 1911, en un volumen de 266 páginas por la Editora Ermano Loescher & Cia, de Roma, Italia. La escuela secundaria y la universitaria no le auxiliaron en su angustiosa sed de conocimiento. Comenzó entonces un periodo de intenso sufrimiento que fue su contacto con la vida de todos los días, con los hombres de todas partes, lo que constituyó una gran preparación para su espíritu. Había heredado de su padre una gran fortuna que no quiso considerar como suya por no haber sido producto de su esfuerzo personal, y a ella renunció y comenzó a trabajar como profesor de inglés en un colegio estatal en Módica, en Sicilia, después de ser aceptado en concurso público, siendo éste el medio que encontró para su sustento conforme le dictaba su conciencia.

En 1931 tenía 45 años. Se inicia entonces su gigantesco trabajo. Su inspiración alcanza alturas jamás soñadas, dando explicación genérica, sintética y profunda de toda la fenomenología universal, analizando al mismo tiempo y objetivamente, su evolución y la de toda la humanidad a través de 24 libros escritos que constituyen La Obra. Sus libros van siendo esparcidos por toda Italia, pero poco después, la guerra por un lado y la mentalidad europea con su conocida tendencia a la cristalización (saturada de culturas seculares) no parecía ser el terreno apropiado para esta novedosa semilla que

fructificaría en el espíritu humano a través del tiempo. En el verano italiano de 1932, comenzó a escribir La Gran Síntesis, concluida el 23 de Agosto de 1935 a las 23:00, hora de Roma. Este libro, con cien capítulos, escrito en cuatro veranos sucesivos, fue traducido a varios idiomas. Solamente en Brasil ya alcanzó veinte ediciones y otras realizadas en Uruguay, México, Argentina, Italia y Venezuela. Otros volúmenes, verdaderos manantiales de sabiduría cristiana, surgieron en los años siguientes, completando los diez libros escritos en Italia. Esta parte de La Obra está compuesta de:

Grandes Mensajes
La Gran Síntesis
Las Noúres
Ascensión Mística
Historia de un Hombre
Fragmentos de Pensamiento y de Pasión
La Nueva Civilización del Tercer Milenio
Problemas del Futuro
Ascensiones Humanas
Dios y Universo

En 1951 Pietro Ubaldi realizó su primer viaje a Brasil, invitado a realizar una serie de conferencias por todo el país. Finalmente, en Diciembre de 1952, se instaló definitivamente en tierras brasileñas, escogiendo su domicilio en San Vicente, “célula mater” de Brasil, en el estado de Sao Paulo. En 1953, retornó a su misión apostolar, y continuó la recepción de los libros y recibió el último mensaje, “Mensaje de la Nueva Era”, del Libro *Grandes Mensajes*. Dos años después se mudó con su familia al edificio “Nueva Era” (pura coincidencia, nada tiene que ver con el mensaje mencionado anteriormente), donde completó su misión, la segunda parte de La Obra, llamada Brasileña, porque fue escrita en Brasil. Allí desencarnó a los treinta minutos del 29 de Febrero de 1972, después de concluir su último libro (24º): *Cristo*. Ambos acontecimientos fueron previstos en su libro Profecías, escrito con 16 años de anticipación. Ubaldi considera que Brasil es realmente el país más propicio para el gran movimiento de transformación de la Tierra, rumbo a la nueva civilización del tercer milenio. Los catorce volúmenes escritos en Brasil son:

Profecías
Comentarios
Problemas Actuales
El Sistema
La Gran Batalla

Evolución y Evangelio
La Ley de Dios
La Técnica Funcional de la Ley de Dios
Caída Y Salvación
Principios de Una Nueva Ética
El Descenso de los Ideales
Un Destino Siguiendo a Cristo
Pensamientos
Cristo

Escritores católicos, espiritualistas, espiritistas, filósofos, poetas y científicos rindieron homenaje a Pietro Ubaldi y a su Obra. Entre ellos: Ernesto Bozzano, Marc'Antonio Bragadim, Antonio D'Alia, Gino Trespioli, Paolo Zoster, Enrico Fermi, Ricardo Pieracci, Franco Lanari, Paola Giovetti, Moris Ulianich, Antonio Pieretti, Monseñor Mario Canciani, Cura Anthony Elenjimittam, Dario Schena Sterza, Cura Ulderico Pasquale Magni, Albert Einstein, Isabel Emerson, Gaetano Blasi, Maurice Schaerer, Humberto Mariotti, F. Villa Guillon Ribeiro, Carlos Torres Pastorino, Canuto de Abreu, Clóvis Tavares, Medeiros Corrêa Júnior, Monteiro Lobato, Rubens C. Romanelli, Emmanuel, Augusto dos Anjos, Cruz e Souza, etc..

Después de analizada su Obra, se puede constatar la magnitud y el interés palpitante que ella encierra para la humanidad de nuestros días. Pietro Ubaldi nunca pretendió hacer prosélitos, formar grupos o desencadenar luchas ideológicas. Insistiendo en estos puntos, declara en sus libros que el único propósito es hacer el bien y contribuir para que este mundo alcance, cuanto antes, su madurez espiritual.